
3 1761 07990703 6

DISCURSOS COMPLETOS

BELISARIO ROLDAN

DISCURSOS COMPLETOS

Nueva edición autorizada



Ediciones Anaconda
Perú 27 - Buenos Aires


LIBRARY
DEC 11 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

MITRE

Señores:

Al borde de la tumba que acaba de abrirse no se llora. Algo hay más alto que el dolor. Las lágrimas traducirían esta vez una emoción subalterna. No, pues, el vano lamento ni la inútil protesta contra el decreto providencial; no tampoco un obscurecerse de los cielos argentinos ni un melancólico palidecer en los colores del pabellón... En la leyenda árabe, las flores todas del huerto languidecieron de súbito ante la desaparición de la virginal jardinera que las plantara: en la luminosa realidad nuestra, todas las energías nacionales, orquestadas por él en la magnífica sinfonía definitiva, debieran estallar en un himno varonil y bendito, saludando la incorporación a la gloria de aquel que fué Padre y Maestro, de aquel que elevó su grandeza a la expresión más alta del laurel, de aquel cuya vida comienza bajo una blusa de tipógrafo y termina bajo una constelación de inmortalidad, de aquella criatura peregrina que honró a la especie poniéndose ella misma rás con rás de la perfección absoluta...

Serénate, pueblo, —pudo decírsele desde el túmulo sagrado,— no estamos en presencia de una muerte: estamos en presencia de una ascensión. Este día de hoy es como el Sábado de Gloria de tu encarnación soberana... Tañen allá lejos invisibles campanas; quién sabe qué flores se abren en quién sabe qué olímpicos vergeles, y el pórtico de la casa de la muerte dijérase un arco de triunfo bajo del cual acabara de pasar una Vida!

Él no podía morir. Vivirá en nuestras almas, agitándolas en supremos estremecimientos de justicia y de bondad; vagará su espíritu en esta tierra americana como en incienso en los templos de Cristo y, pues que acaba de transfigurarse en astro destinado a iluminarnos por igual, su luz presidirá las altas palpitaciones del pensamiento nacional y, materializado por la enérgica evocación de las almas, su figura evangélica flotará sobre el hogar del más humilde de todos nosotros... Ahora le veremos más y mejor, porque así como para abarcar la montaña en toda la amplitud de sus líneas es menester alejarse de ella, así también para admirar en todo su esplendor estas vidas de culminación, es fuerza que la muerte realice la paradoja aparente de imprimirles el sello de la vida, presentándolas altas y solas, intáctiles y transparentes, en el plano superior de la inmortalidad.

Ahora le veremos más y mejor. El mármol y el bronce prodigarán doquiera su figura; y en las ciudades, en las aldeas, en las villas, en las campañas, el pueblo se agrupará en torno de la imagen del predilecto, que alzará aquella su larga silueta impresionante, el busto agobiado como si lo abrumara el peso de tantos lauros, yo no sé qué evocación del Nazareno trasuntando en el perfil fugitivo y marcada la frente por esa señal gloriosa, que semejaba un escudo de armas nobles coronando el pórtico de un palacio de patricios...

¡Ah! digámoslo, señores: fué el primer varón contemporáneo; y se siente la necesidad de mirar hacia Dios en acción de gracias, al evocar el momento preciso de su aparición en el escenario argentino... Agitábase la incipiente democracia bajo la influencia alternativa de los caudillos y los hombres de estado, sin que las calidades de los unos y los otros, más contradictorias que concordantes, acertaran a conjugar en uno solo. ¡En él conjugaron; y el ungido de las muchedumbres ardientes sabía abandonar su tribuna de la calle, para reintegrarse, silencioso y sereno, al gabinete de estudio; y cuando aún vibraban en la plaza los ecos de los últimos delirios, el caudillo había abierto ya sus libros e inclinado

la frente pensadora sobre el yunque de luz! ¡Fué el primer varón contemporáneo; el primero por su eficacia; por la ininterrumpida ponderación de su personalidad; por la perfecta extensión de su ciclo, que tiene la rotunda amplitud de una buena cláusula oral y por su vinculación con esta grandeza argentina, a tal punto obra suya, indiscutible, original de su copiosa acción determinante, que si fuera posible simbolizar en un bronce esa grandeza, — debajo del bronce, donde va la firma, bien grabadas estuvieran las cinco letras de su apellido!

¡Vida ésta, ante cuya multiplicidad de fisonomía y acentuaciones habrá de detenerse absorta la pluma del biógrafo de mañana; vida ésta, señores, ante la cual qué había de poder la muerte! Nace, como todos los predestinados de la historia, entre las privaciones de un hogar humilde, a la manera de Lincoln en su cabaña de Kentucky; y a semejanza de este último, que apacentaba rebaños en los valles de la comarca natal, doma potros en esa llanura porteña que había de cruzar más tarde al frente de los ejércitos vencedores. Forja su carácter en las amarguras del destierro; vaga por extranjeros pueblos, llevando como un inspirado la palabra de protesta contra el despotismo y la palabra de confianza en el porvenir; trabaja para ganar el pan de cada día y la actividad está absorbida por la ineludible tarea, pero la pupila «quieta y brava» se ha clavado en la patria lejana y doliente... Agítanle nostalgias infinitas; llega, se vuelca todo entero en la tarea superior; echa sobre sus hombros la misión bendita de organizar la despedazada nacionalidad; se apodera del alma de sus muchedumbres, las comprende, las conoce, las ama, las sigue, las guía, las resume, las interpreta, las simboliza, las armoniza, las encarna, las refleja, las lleva, las eleva; señala todos los rumbos, traza todas las orientaciones, marca todos los derroteros, abre todas las brechas y derrochándose en un prodigioso desborde de actividades, está presente — como el soplo invisible en todo lo creador, — está presente, arriba y de vanguardia, en todas las rotaciones de la levantisca nacionalidad... Se alza, bien es cierto, radiante de eficacia;

ámanlo en la calle por varonil y espontáneo; témenlo en la guerra por calculador y bravío; respétanlo en los parlamentos por erudito y sagaz; admíranlo en las ciencias por investigador y profundo; apláudenlo en las letras por creador y castizo; señálanlo en los hogares por modelo de virtudes — y así, con este bagaje, irresistible, trabaja, actúa, piensa, escribe, acaudilla, guerrea, discute, educa, siembra, cosecha, organiza, edifica...; ve realizarse, uno por uno, todos los ideales de su vida; y como que es la encarnación viva de su pueblo, a medida que la turbulenta democracia se ha ido serenando, las arrogancias del caudillo se han ido desvaneciendo, el gesto del guerrero se ha borrado, las brusquedades del luchador se han diluído en tolerancia y la figura ha concluído por plasmarse en una luminosa suavidad de evangelista... Cuando comprende que debe cerrarse el período de su actividad necesaria, se retira para que la vejez lo reciba dulcemente en su seno, y desde la eminencia de su ya glorificada ancianidad, mira, con una casta sonrisa de abuelo feliz, el brotar de los retoños vigorosos y el multiplicarse de las progenies robustas... Ha cumplido su misión sobre la tierra; está aureolado de canas; ha visto desfilar ante sus ojos tres generaciones de hombres; ha gobernado a su país, lo ha gobernado mucho tiempo, ora desde el sillón presidencial, ora desde el solio de su retiro — que no necesitó ceñir siempre las insignias del mando aquel cuyos gestos llegaron a valer decretos, y cuyas alabanzas valieron consagraciones; — ha construído, hilada por hilada, el monumento común, y, más grande el mismo cuanto más grande la patria de sus insognios, muere cuando la unidad nacional es un hecho inflexiblemente cierto, como si el destino no hubiera querido velar sus ojos para siempre, sin antes embriagarlos en la contemplación del soberano ensueño realizado!

Hombre providencial, se ha dicho y se ha dicho bien. ¿Será que esta misma previsora naturaleza que atenúa sus propios rigores con la ternura de sus propios recursos; que pone el oasis en medio del desierto; que hace brotar el agua cristalina tras el largo arenal

interminable; que brinda al aterido poblador de las regiones frías del norte, el alimento ardoroso y tonificante a la vez que la fruta jugosa y fresca al de las maniguas tropicales — será, decía, que esta misma previsora naturaleza dirige, a nombre de quién sabe qué solícitas e invisibles paternidades, el advenimiento a la tierra de los grandes misioneros humanos, de estas criaturas de excepción venidas al mundo como con el mandato imperativo de traducir en *magna facta* las intergiversables voluntades del destino? ¿Es acaso esa misma invisible paternidad, la que ofrenda a la Roma vieja un Marco Aurelio para que ilumine el trono con sus virtudes; a los griegos un «enviado de los dioses» para que bajo su inspiración florezca todo el genio nacional; la misma que pone un mundo en el cerebro de Colón y completa su obra dibujando una sonrisa de inteligencia y de bondad en el labio de la Católica; la misma que da a los irlandeses un O'Connell para que su grito de protesta se perpetúe en el tiempo y el espacio; a los franceses un Gambetta para que la república no muera; a los italianos un Cavour para que la unidad se salve; a los americanos del norte un Wáshington para que el Nuevo Mundo se imponga al respecto del Viejo; a los argentinos un San Martín para que la independencia deje de ser un sueño, y a la republiqueta gauchipolítica un Mitre para que precipite su evolución hacia la luz?

¡No, él no ha muerto! Mitre, el viejo árbol nuestro, cuyas raíces han penetrado tan hondo en la tradición argentina como las del «guernica-arbola» en el alma vascongada; Mitre, el viejo árbol nuestro eternamente verde porque lo recorre y refresca el jugo nutricio de un cariño inextinguible; Mitre, el viejo mirto coposo a cuya sombra viven cinco millones de hombres que acaban de confederar sus corazones en una sola palpitación de amor para el patricio; Mitre, el nuestro, el predilecto, el grande, Mitre no ha muerto! Y sin que la voz tiemble, como ante un altar divinamente humano, oremos, Pueblo, la viril plegaria de hoy:

Padre nuestro que estás en la Gloria; Señor de las agitadas horas liminares, al través de las cuales cruzó

tu imperturbable serenidad de repúblico como un astro sobre un campo de batalla; Caballero de la benignidad y la concordia, a quien ni las tiranías del medio semibárbaro, ni el somatén de las turbulencias diarias consiguieron disminuir un momento el inmutable equilibrio de su numen; electo de este gran corazón argentino que hiciste de tu vida un modelo y de tus balcores un altar, a cuyo pie se agruparan las nerviosas multitudes para recibir el Verbo inspirado, que a veces cayó sobre las cabezas como riego bienhechor en campo seco; insuperada conjunción de todas las virtudes nativas, tan exuberante de gravitaciones irresistibles que sin hablar, sin accionar, sin erguirte, sin aparecer — con sólo vivir — ejercías, a la manera del Sol sobre los mundos del sistema, el imperio dinámico de la total armonía; joven cuya juventud brilló con todas las madureces de la vejez: viejo en cuya vejez relampaguearon todas las primaveras de la juventud; guerrero a cuyas manos confió la Providencia el depósito de la civilización latinoamericana en esa Lepanto terrestre del estero paraguayo, donde tu noble cara plácida se iluminó en un magnífico gesto de bravura bajo el incendio de las trincheras bárbaras; vencedor para quien la victoria no daba derechos, pero cuya victoria sobre los corazones y las conciencias le acuerda el supremo derecho a las consagraciones del corazón y la conciencia; sabio que llevaste tu pensativa curiosidad a todos los rincones de la ciencia; primero y último y único de nuestros historiadores que supo darnos la explicación económica de la Revolución de Mayo; Patriarca que pudiste un día alzar el índice sobre ciento cincuenta mil hombres y agitando en la diestra el chambergo histórico, salmodiar con voz alta y pura el Decálogo de la libertad y del derecho; serenísimo señor que guardaste durante treinta y cinco años un secreto capaz de desvanecer las últimas sombras de tu corona y hablaste al fin mansamente, hablaste al fin con unción sacerdotal, hablaste al fin con bíblica sobriedad; anciano en cuyos ojos brillaban como en un espejo todas nuestras glorias; pecho en cuya víscera repercutía como en una síntesis todo nues-

tro himno; cima moral la más alta de tu hora y de tu raza, — cima moral surgida de entre el chocar de las pasiones bravías, como se altiva en cumbres la planicie cuando la hiere la trepidación del terremoto; Padre, Maestro, Precursor, Apóstol, Evangelista, Patriarca y sobre todo y ante todo y más que todo bueno, bueno, bueno... Sube ahora, elévate, asciende, danos tu alma y tu numen, transfigúrate en luz, desvanécete en núcleo, magnifícate en astro, constélate en sol... Sé para nosotros los que quedamos, la lumbre propicia que nos guíe en las horas supremas de la tribulación y el desconcierto; inspíranos, Señor, que aquí, en el seno de esta tierra que te amó como pueblo alguno del mundo amó jamás a un hombre, tu recuerdo retoñará eternamente en las notas graves y pausadas del himno de la Patria; en el tremolar de todas las banderas de la República; en las más selectas vibraciones del corazón argentino; en la interrogativa perplejidad de los niños y en la escrutadora retromirada de los viejos; en el brillo de nuestras lágrimas y en las dianas de nuestro repechar seguro; en el alma candorosa de nuestros jóvenes conscriptos y en la de nuestros aguerridos veteranos; en la voz de mando del estratega de mañana y en la doliente evocación del inválido de hoy, que se dobla como un mástil roto «de aquella iglesia a la puerta...»; en cada gajo del laurel que se doble sobre una frente y en cada jineta que se enarque sobre un brazo; en las tribunas y en los estrados, en las aulas y en los cuarteles, en las victorias, en las derrotas, en las alegrías, en las amarguras y hasta en el zumbar de los vientos sobre esa pampa porteña, en cuyos llanos enormes recibió su cabeza de adolescente el beso de todas las auras puras y el bautismo de todas las brisas sanas!

Señores:

Ha entrado en la inmortalidad, que es la negación de la muerte, porque es la negación de la ausencia, opulento de títulos, — como de velos una novia al templo... No ha muerto; ha comenzado a reinar: Q. E. P. reine...

JUEGOS FLORALES

(EN CALIDAD DE MANTENDOR)

Ars longa, vita brevis.
(Primer aforismo de Hipócrates).

Majestad:
Señoras:
Señores:

Fué, como se sabe, en el mediodía de la Francia y hacia el siglo X donde tuvieron origen estos nobles *juegos* destinados, por cierto, a perdurar indefinidamente porque sobre ostentar bellísima historia — desde las armoniosas trovas del conde de Potier (1) hasta los recientes torneos de Tolosa y Barcelona, — constituyen solemnidad propia de las capillas del Arte, que es eterno porque es fuente de vida y porque su luz proviene de la sola divina llamarada que permanece inalterable entre los tráfagos de la vida y la continua transfiguración de los ideales, los sistemas, las tendencias, las costumbres, las teorías ,las doctrinas, los conceptos y los dogmas.

Todo, en efecto, podrá trocarse. Paradojas inofensivas podrán ser mañana los graves axiomas de hoy; lugares comunes nuestros cercanos actuales y apenas si ruinosos vestigios las robustas esfinges de la fecha... El Arte, empero, seguirá reinando en todo el esplendor, de su cetro incontaminado, mientras allá, en el rincón más selecto de nuestras almas, no muera, como una paloma en su nido, esa palpitación indefinible que nos

(1) WILLEMAIN, *Etudes sur le moyen âge.*

dignifica y nos blasona, permitiéndonos pensar sin jactancia que hemos sido realmente modelados en la arcilla superior. Sedienta de verdad, como de luz lo estaba el Ayax de Homero, podrá la humanidad del provenir iluminar nuevos panoramas, cantar nuevas canciones, izar nuevas banderas y orar nuevas plegarias; pero, sobre la plegaria, sobre la bandera ,sobre la canción y sobre el panorama, el Arte —uno e indivisible— seguirá desplegando la magnificencia de sus grandes alas... Retrogradaran el mundo a su edad primera; desaparecieran de súbito las obras todas del ingenio humano; abatiéranse las creaciones arquitecturales; quemáranse los libros, pulverizáranse los mármoles, borráranse los lienzos, despoblárase el planeta... El Arte, en tanto, seguirá reinando en la armonía de los mundos, en el poema de la luz y de la sombra, cantado sin intervalo por las noches y los días; en la inefable beatitud de los cielos azules y en la pompa tenebrosa de los cielos negros; en la enorme mancha roja con que el Sol anuncia su aparición en el espacio, como si se hubiera cubierto de sangre guerreando con la noche derrotada; en la música del viento, cuya magna garganta polífona, ora ruge en el desenfreno de los vendavales, ora entona su *miserere* lúgubre en el rodar de las rachas gemebundas, ora suspira y ríe en el madrigal de las selvas encantadas... Seguirá reinando en la castidad de las bellas mañanas y en el horror de las medias noches huracanadas; en la opulenta coloración de las auroras y en el claroscuro indeciso de los crepúsculos; en las misteriosas germinaciones de la tierra; en la peregrina eclosión del capullo, en el río, en el lago, en el bosque, en el pájaro, en el nido, en la flor, en el gorjeo, en el perfume, en el mar y en la ola, que llega enarcándose a quebrarse en la roca para desvanecer sobre la playa uno como abanico de gotas nacaradas, brillando con todas las tonalidades del iris a conjuros del sol que lasa enciende...

Fué, repito, en el mediodía de la Francia, en esa hermosa Provenza, tan parecida, españoles, a vuestra Andalucía, como un jardín se parece a otro jardín, y

cuyos hijos hablaban un lenguaje lleno de adorables y musicales inflexiones. Ya en la Grecia de los grandes días, durante aquel insuperado plenilunio del humano pensamiento, los *juegos* públicos —trágicamente parafraseados muy luego por la Roma Cesárea — habían gozado de artística boga; pero, no propiamente el mejor derecho al amor de las musas disputábanse los contendores, sino el mayor empuje de la cultivada y grácil musculatura o la mayor habilidad para interpretar las armonías de la danza, ya se tratase de la rítmica y cadenciosa *Erumelia,* ya de la danza Lacedemónica o Ateniense, ya del *Paen* famoso, alguna vez bailado por Sófocles, «el más bello doncel de Atenas», o ya de aquel *Anaphale* simbólico, en el cual los gallardos mancebos remedaban graciosamente el entrevero de las batallas. Y a fe que pueblo alguno de la tierra amó la poesía como el pueblo griego ni se entregó como él a sus divinas sugestiones. Cuenta Taine (1) que cuando hubieron perdido la isla de Salamina y malogrado las diversas tentativas realizadas para recobrarla, decretaron la pena de muerte contra aquel que hablara de la reconquista; y que un día Solón, en traje de heraldo, con el sombrero de Hermes en la cabeza, solo y Poeta, se presentó en la asamblea y trepando sobre la piedra desde la cual hablaban los heraldos, con tal fe pronunció una tan honda elegía, que los jóvenes soldados corrieron a reconquistar la isla encantada, para salvarse — decían — del oprobio y la deshonra...

Pero es Provenza, como digo, la cuna de estos juegos. Edad Media... Imaginad un castillo o una torre feudal destacando sus líneas entre las sombras de la noche; una ventana que se abre — furtivamente si os place —, una mujer que asoma, un trovador que llega, un claro de luna que se desvanece, y habréis evocado el cuadro todo del medioevo en cuanto tuvo de artístico y peculiar... Era la edad en que los trovadores vagaban de castillo en castillo cantando sus cuitas y sus visiones; en que las viejas portadas se

(1) El arte en Grecia.

abrían para ellos hospitalariamente, y en que los graves señores tenían a honra amenizar sus veladas con la presencia de los errantes cultores del *gay saber;* edad en que sobre el oro de los escudos resplandecía un bello sol de arte varonil, en que los empenachados sombreros se inclinaban ante la belleza y ante el ingenio, y en que los caballeros, graduados en Arte y en Guerra, rimaban con la pluma y con la espada... Y allí, en Tolosa, a la sombra de unos viejos árboles, algunos de los cuales existen aún, reuniéronse un buen día los dispersos predilectos de la musa provenzal y fundaron la *Sobregaya,* que discernía una violeta de oro al autor de la mejor canción, un jazmín de plata al de mejor serventesio, y un gajo de acacia al de la mejor balada, al par que trazaba las fórmulas del ritual severo y pomposo con que las Justas debían celebrarse. Habría caído en desuso, con todo, esta bella costumbre, si una mujer no la hubiera salvado del olvido. (Una mujer: sépalo la reina de esta fiesta, cuya a la vez arrogante y lánguida hermosura acaba de deslizarse en medio de su corte como una perla entre las estrofas de un poema...). Una mujer, repito. Enamorada Clemencia Isaura —siglos van corridos desde entonces— de un trovador muerto en edad temprana, expresó su duelo dedicando su peculio a la protección de las bellas letras, persuadida, y con razón, la tierna Tolosana, de que honrando la Poesía, honraba la memoria del joven y bien amado poeta muerto... La Historia de la Edad Media se ilumina a trechos con la crónica detallada de estas ceremonias, que ponen la nota mansa y pura del Arte entre el ruido de las armas y el estrépito de las corazas y el chocar de las tizonas. Frente al torneo de armas, a menudo sangriento y bárbaro, este otro del ingenio restablece un tanto el equilibrio.

Ved el primero. Una solemnidad cualquiera, una fiesta religiosa, las Pascuas de Pentecostés, el matrimonio de un príncipe, un nacimiento, un bautizo, una victoria o la celebración de una paz, eran motivos suficientes para organizar el torneo. Un heraldo, seguido de dos doncellas, visitaba castillo por castillo invitan

los nobles adalides a tomar parte en la jornada; y quien aceptara la invitación había de exhibirle primero sus blasones y colgar su escudo en el peristilo de su castillo o bajo el claustro de un monasterio, para dar lugar a la posibilidad de que alguien lo denunciara como indigno de intervenir en la noble faena.

En soberbios pabellones, alzados en el lugar del encuentro y cubiertos de flores, escudos y colgaduras, albergábase el precioso conjunto de nobles damas y caballeros, resplandecientes en la policromía de los trajes señoriles. Saludábanse primero los contendores, cubiertos de pie a cabeza por la armadura de oro y plata y cruzado el pecho por la banda que ostentaba los colores predilectos de la mujer amada. La expectativa llenaba el ambiente; y mientras los escuderos contenían la desbordada muchedumbre, alistaban las armas o embridaban los corceles, juglares y ministriles preparaban los cánticos con que habían de ungir al vencedor, para coronar con una nota de arte aquella fiesta del músculo y del coraje. Sonaba el clarín, y dos de los adversarios cargaban, el uno sobre el otro, jinetes en fogosos corceles españoles, bajo la visera, rectas las miradas y la lanza, jadeante el pecho de los nobles potros. Una nube de arena los envolvía; y cuando uno de los dos rodaba vencido, el otro, al alzar la cabeza vencedora entre las aclamaciones y los lauros y las rosas, buscaba con los suyos los ojos de la mujer amada, de cuyos labios había de recibir un beso en la frente, como suprema recompensa a su bizarría y su denuedo. Sonaban al punto los laúdes; entre las armonías del cántico elevábase el nombre del que en la lucha llegara vencedor; las doncellas lo despojaban de los arreos gloriosos, lejos de allí, otro hombre que no podía escanciar del vino generoso, porque ¡ay! era el vencido, refugiaba también su desconsuelo en los ojos de la mujer amada — de la mujer, compañera de la alegría y de la lágrima, premio de los que triunfan y consuelo de los que ruedan, ave buena que lo mismo despliega la [illegible] heroica de sus alas sobre el resplandor de los [illegible]n como sobre la desolación de los que gi-

(1) El [illegible]

men... Y pues que la he nombrado, y pues que suya es esta fiesta, hoy como ayer y como siempre, séame dado saludarla *fiat* eterno del heroísmo y del genio, — inspiradora, en todos los momentos de la historia, así del poeta que consiguió labrar el peregrino verso victorioso, como del gladiador que cayó muerto, rubricando la arena con su sangre!

Séame dado saludarla en su augusta encarnación argentina; en vosotras, matronas de mi Patria, que realizáis el modelo de la virtud pura y sencilla, cantada por las églogas de antaño; en vosotras, que para evocar el recuerdo iluminador de la madre de los Gracos, no necesitáis volver la mirada hacia la historia de ajenas tierras, porque la nuestra os brinda el ejemplo en aquellas mujeres mendocinas, que asistían a la partida de San Martín adornadas con el brillo de «las ausentes joyas», vendidas, como Isabel la Católica vendiera las suyas, para sufragar los gastos de la atrevida expedición..., en vosotras, que en las horas solemnes por que acaba de atravesar la República, bajo la inminencia de un conflicto internacional felizmente conjurado, habéis sabido erguiros en la plenitud de vuestra estatura moral, animándonos a todos con la energía que brotaba de vuestra propia terneza, porque cuando en la hora de los últimos adioses —y dejadme decirlo aunque el sol de la paz derrame ahora su luz buena sobre todos los horizontes nacionales, — cuando en la hora de los últimos adioses, el soldado que va a partir adivina, sobre la pupila humedecida de la mujer que lo despide, no solamente el dolor de la madre que sufre, sino también el voto y la exhortación de la mujer argentina que confía, ese voto y esa exhortación le acompañan al través del sacrificio, al través del abrupto peñascal, al través de los áridos picachos, al través de las rudas emociones, en medio de las cuales aquel recuerdo no muere, porque está reviviendo a cada instante, a cada paso, a cada minuto, al lanzarse al delirio de los entreveros sangrientos, clavados los ojos en el pliegue majestuoso del patrio pabellón; al recibir el choque eléctrico de las músicas marciales; al vislumbrar entre el dolor de

las nobles heridas abiertas, la blanca toca de la hermana de Caridad que llega como un eco desprendido de los cielos; al morir, envolviendo a toda la Patria en el último inmenso suspiro de la agonía, y acaso también al sentir sobre la piel el frío de la medalla de la Virgen, puesta sobre el pecho del soldado por la mano ingenua de la madre en la hora infinitamente triste, pero también infinitamente grande de la partida...

Hablaba del torneo de armas. Todo, en cambio, respiraba paz en las jornadas del *gay saber*. A menudo una real persona presidía el certamen; y entre la opulencia de los trajes y el fulgor de las corazas y el temblar de los penachos, más hermosa resplandecía la aureola de la Reina simbólica que la testa coronada del Rey Su Majestad. Entonces, como ahora, los Mantenedores habían de dirigirse al público y a los laureados; pero, más previsores antaño que hogaño, no confiaron nunca esta misión a persona de tan escasos merecimientos como la que ocupa vuestra atención, y sí a algún viejo maestro en Teología, quien, al igual de mi distinguido colega el señor Conde, regalaba a la concurrencia cosas hondas y cosas sabias... La Reina, el Tribunal, los Mantenedores, Escribanos y Vergueros ocupaban sus puestos; y aunque tengo mis motivos para sospechar que las mujeres de entonces no eran más bellas que las de ahora, debo agregar, a fuer de cronista fiel, que a veces la hermosura de las damas impresionó mejor que la de los versos... «*E luego uno de los vergueros* — dice el marqués de Villena — *incitaba a los trovadores allí congregados a que expandiesen e publicasen las obras que tenían fechas; e luego levantábase cada uno e leía la obra que tenía fecha en voz inteligible, e traíanlas escritas en papeles damasquinos de diversos colores, con letras de oro o de plata e iluminaduras fermosas...*».

Tal era en sus orígenes esta solemnidad, escrupulosamente reproducida en Francia, en Italia, algunas veces en Alemania y especialmente en España, cuyo recuerdo flota de seguro sobre las emociones de este auditorio, porque es la Madre y porque son hijos suyos

los organizadores del torneo que me toca clausurar. España... No hace mucho, ante una asamblea de españoles y en una fiesta humilde y efusiva, hube de rendirle el homenaje de mi acento conmovido y sincero, — a ella, conquistadora de mundos, que dilató la órbita de sus dominios hasta sugerir al más grande de sus tribunos la visión del Sol engarzado como un diamante en su corona y el mar como una esmeralda en su sandalia...; a ella, la madre, que confiaba al capricho de los vientos el destino de la errante caravana, y el pecho de cuya reina se henchía de orgullo en la concepción de las atrevidas aventuras como el velamen de sus carabelas en el viaje sin término; a ella, señora del denuedo y del arrojo, heroica en el empuje y en la resignación y las vibraciones de cuya grande alma buena no tan sólo se irradian sobre los pueblos de la misma raza, sino que hienden las propias brumas sajonas y van narrando al oído de los hombres la historia de una grandeza que no puede olvidarse, en el lenguaje colosal de sus primeros partes de batalla y de victoria, en el mármol de sus estatuas, en la fulguración de sus lienzos inmortales, en la belleza inmutable de sus estrofas y en la evocación enorme de una crónica que está llenando al mundo con el recuerdo como un día lo llenara con el estrépito de las legiones vencedoras...

España, la madre, yo la saludo; y desde esta tribuna, alzada por sus hijos en aras del Arte y sobre campo amigo, interpreto caros sentimientos nacionales al enviarle el homenaje insospechado de los votos argentinos!

Y en este ambiente de confraternidad y de elevación, fortifiquemos, señores, en nuestros espíritus, la confianza plena en los destinos futuros de la raza. Si no bastara para asegurarlo la reacción indubitable de la España, la grandeza de la Italia y el esplendor de la Francia; si no bastara tampoco el venero inagotable de inteligencia, de virilidad y de honor que palpita en el fondo de su alma, creamos que aquí, en el seno de esta Hispano-América que durante años y años ha malgastado caudales riquísimos de energía en sangrientas agi-

taciones intestinas, dilapidando sus mejores fuerzas sin rumbo y sin medida, a la manera del potro joven que derrocha y divulga sus impulsos, el pabellón de la raza tremolará algún día sobre la cumbre más alta de la cordillera andina, saludando, desde el septentrión hasta el frígido Estrecho, por el coro armonioso de diez repúblicas libres, ricas, grandes, prósperas y fuertes!

Soy de los que creen que las nacionalidades impotentes para labrar su propio desenvolvimiento deben perecer; y si está escrito que desaparezcan, pase sobre sus escombros, en hora buena, la caravana triunfal de los sanos y los fuertes para que vaya operándose, por procesos espontáneos y grandiosos, la selección de la Humanidad del Porvenir; pero, creo también que esta raza latina, fuerte en la guerra, fecunda en la paz, mágnánima en la victoria y resignada como ninguna otra en el dolor, habrá de hacer brillar bajo el sol de los siglos venideros, el blasón inviolable de sus glorias!

....

Señores laureados:

Tócame congratularos en nombre del Arte y la Victoria. Lleváis, con los prestigios del triunfo bien logrado, la impresión inolvidable de esta jornada de luz y de belleza. Habéis gustado la inefable voluptuosidad del laurel; y al rendiros el tributo modesto de mi admiración por vuestra obra, hago votos porque el éxito robustezca en vuestros espíritus el culto del Arte, que es eterno porque es fuente de vida, porque perdura a base de latido selecto en el que lo crea, en el que lo interpreta, en el que lo comprende y en el que lo ama; y porque seguirá reinando sobre las criaturas de la tierra, mientras allá, en el rincón más puro de nuestras almas, no muera, como una paloma en su nido, aquella palpitación indefinible que nos dignifica y nos blasona...

LABARDEN

Señoras:
Señores:

Han querido las damas organizadoras de esta ceremonia —y lo han querido en forma tal que la negativa habría transpuesto los lindes del homenaje, ineludible— confiarme una misión tanto más penosa para mí cuanto que el tiempo transcurrido desde el momento de... la orden — es la palabra — hasta este momento, excluye, por su desoladora estrechez, la posibilidad de consagrar al caso una parte siquiera de la atención que habría debido dedicarle; pero no en vano un autor dramático —la cita es oportuna tratándose de una ceremonia vinculada íntimamente al arte teatral—, no en vano la mejor obra de Alejandro Dumas, padre —Alejandro Dumas, hijo— ha dicho alguna vez que la voluntad de la mujer y la voluntad de Dios se confunden en una misma y sola voluntad...

Heme aquí, pues, dispuesto a cumplir sobriamente mi mandato; explicar qué es, qué busca y qué se propone el Conservatorio Labardén, la nueva institución nacida bajo el augurio propicio de esta grande asamblea, en la cual suman todas las aristocracias y todas las gracias, a punto de que la legítima zozobra de expedirse en su presencia, compensada está, y con creces, por el placer superior de poderla envolver con la mirada...

Señores:

Es el caso que entre el creador de la obra teatral y el público a quien va destinada, existe una indispensable persona interpósita: la persona del actor. Su misión es

tanto más decisiva cuanto que difícilmente brillará el genio del que escribe al través de la inepcia que lo interpreta, — verdad ésta mucho más fuerte que aquella otra según la cual un buen actor es capaz de hacer triunfar una mala comedia. Cuentan de Verdi, que después de escuchar en un *gramophon* la sinfonía del Don Carlo, hubo de expresar su visto bueno con una frase sugestiva: «Tú, al menos — dijo dirigiéndose al aparato — no me traicionarás...». No se ha inventado todavía el autómata parlante y movible que permita a los autores de comedias repetir lo propio; y he aquí que nunca se inventará. Hay, pues, que contar con el actor. Inútil fuera, por lo demás, pretender una exhumación modificada de la máscara griega... En el rostro, en el ademán, en el gesto, en el más leve movimiento del sujeto-intérprete, tiene que trasuntar, viva y destacada, la idea, el concepto la emoción, el estado moral que el autor ha evocado, reflejándose en el comediante con la fidelidad de la imagen sobre el espejo.

Bien; sólo es bueno un actor cuando interpreta personajes familiares a su temperamento, estudiados por él en la convivencia del trato diario, habituales a su observación instintiva o deliberada, personajes que han nacido y vivido dentro del propio ambiente en que él ha desenvuelto sus facultades. Imaginad a un comediante alemán abordando las espinelas de Tirso... Hay, pues, que *hacer* actores, ya que hemos resuelto *hacer* teatro. Eso se propone el Conservatorio Labardén. ¿Que de cien aspirantes, sólo saldrá uno? ¡Bienvenidos el Conservatorio y él! Nada, sobre el haz de la Tierra, es el resultado de una improvisación absoluta: hasta el rayo que irrumpe en seco, súbitamente, supone un proceso previo de elaboración, por más que el estampido haya roto de pronto la callada y aparente tranquilidad de la atmósfera. Comencemos, pues, acatando aquella ley suprema según la cual puede haber semilla que no dé fruto; pero no puede haber fruto sin semilla...

Y ya que he hablado de teatro nacional... ¿Existe? Habrá de permitírseme que alegue por la negativa. Mi

fórmula es compendiosa: tendremos teatro nacional cuando tengamos teatro inmortal. ¿Hubo acaso «teatro español» antes que Tirso, Rojas, Calderón o Lope lo entregaran al respeto de los tiempos? ¿Hubo teatro francés, inglés, alemán, antes de que sus progenitores respectivos los libraran a la vida permanente y gloriosa?

Es fuerza, en esta materia, que el hijo no muera nunca para que el padre pueda invocar su paternidad y para que la tierra en cuyo seno vino aquél al mundo, tenga derecho de adjetivarse con él... Confiemos, desde luego, en que el Teatro Argentino nacerá; porque es tal la suma de inteligencia ambiente que flota sobre nosotros, tal de vigorosa nuestra mentalidad, de fresca nuestra inspiración de fuerte nuestro numen, de pujantes nuestros impulsos, de robustos nuestros anhelos, de activas nuestras esperanzas y de certeros nuestros designios, que allí donde una corriente de la energía colectiva se desate, allí es fácil y lícito, señores, predecir una maduración y una victoria...

¿Y quién era Labardén? Esta pregunta, formulada por todos con ocasión de la ceremonia a que asistimos, permite afirmar que el nuevo Instituto, al bautizarse como lo hace, realiza una verdadera y piadosa obra de restauración histórica, exhumando del olvido un nombre sobre el cual no debieron amontonarse tan implacablemente los años... Pero la justicia, como el sol, llega siempre; y es seguro que el Poeta de quien vamos a ocuparnos, no soñó jamás, ni en sus más ardientes devaneos de inmortalidad, que casi siglos después de su muerte, en el seno de la Buenos Aires monumental, emporio y numen de la más poderosa nacionalidad sudamericana, ante una asamblea magnífica que acaba de escuchar de pie el himno de la Patria, al conjuro de cuyas notas parecía henchirse de orgullo, al lado de sus hermanos del mundo, el pabellón de la República, — labios argentinos habían de repetir su nombre, recordar su obra, evocar sus sueños, perfilar su figura, proclamar sus triunfos, refrescar sus lauros y señalar sus títulos a la consideración de la posteridad!

Homenaje excesivo, podría decirse, tratándose como

se trata de hombres que estaban lejos de esas vanguardias mentales, ante cuya dominación inevitable se inclinan las generaciones ulteriores; pero, es lo común en la historia de las patronimias que el nombre de pila sea dado por el primero en el orden de los tiempos y no por el mejor en la escala de los merecimientos. Tanto más alto el tributo, por otra parte, cuanto más largo ha sido el lapso del silencio injusto, pues que para el lauro debido como para el vil metal prestado, corre siempre un *interés* que abulta el préstamo en la hora de la liquidación demorada...

Imaginad, señores, al Buenos Aires de 1710 a 1730. Un caserío incipiente, melancólico y chato, sobre la cual pesaba la aristocracia un tanto desteñida de las autoridades.

En el gobierno, un virrey. Al caer de las tardes apacibles se le veía, «*gineteando*» un calesón inverosímil, recorrer las calles del poblado en compañía de la virreina consorte, una dama de excelente cepa asturiana, de quien cuentan que al tardío llegar de cada velero, complacíase en obsequiar a sus amigos de la sociedad porteña con amontillado del bueno y turrón de Gijona... Un gran silencio, por lo demás. Ahí debajo, viboreando entre el damero de los solares, amorfa todavía, inasible en su informe germinación de semilla, la idea revolucionaria. Los dos paredones conventuales que sombreaban gravemente las calzadas vecinas, constituían la nota arquitectural más solemne del villorrio y parecían trasuntar yo no sé qué indefinible evocación de la metrópoli lejana. En la escuela San Carlos, el doctor García Torres, con toda la rigidez escolástica que es de sospechar en un *magister* de la época, dictaba, desde atrás de sus gafas, la cátedra de Filosofía. ¡Sabe Dios si el buen hombre sospechaba que muchas de sus escolares habían de llenar, muy luego, la América con su nombre; que aquél, pálido y de incorregible haraganería, iba a desposar con el bronce su pubertad; que ese otro, hijo del jabonero de Barracas, había de inmortalizar su apellido y que aquél, silencioso y astuto, años más tarde había de dejar absortas a las cumbres

en fuerza de cruzar por ella pidiendo enemigos para repasarlas tinto en sangre y en victoria!

Había entre los escasos profesores del Instituto, un joven prestigioso por su amor a las cosas del espíritu. Era rubio y bajo. Acababa de regresar de Chuquisaca, trayendo, a lomo de mula, unas borlas doctorales con las que no sabía qué hacerse el muy poeta en el seno de la villa prosaica. Letrado, como su padre, soñaba, sin embargo, más a menudo con las musas que con las agudezas de la tarea abogadil. Era don Manuel José de Labardén, a quien no tengo inconveniente en atribuír, para honra de la Universidad de Chuquisaca, un poco de familiaridad con los clásicos y otro poco de latín. Nuestro hombre hizo versos. Recordemos, renunciando desde luego, a las impiedades del análisis minucioso, la oda «Al Paraná», un canto lleno de fervorosa admiración hacia el río amigo, cuyas ondas brillantes, serpeando entre el verdor luminoso de las márgenes, comenzaba ya a inspirar el estro de los cantores. Pero Labardén era, ante todo, dramaturgo: *Siripo,* tal el nombre de su tragedia famosa, mucho más respetable, ciertamente, como obra de arte, que las demás proproducidas por él. Y, pues que había escrito una tragedia, el hombre quería fundar un teatro. Su amor por esta idea, su afán de convertirla en realidad, su encomiable perseverancia y su habilidad, al par que la influencia de sus prestigios sociales, llevaron el convencimiento al espíritu del virrey Vértiz; he aquí que en la actual esquina de Chacabuco y Moreno —donde existe hoy un «*mercado*» y donde se levantaba entonces la llamada «ranchería de los jesuítas, — se inauguró una buena noche nuestro Corral de la Pacheca. No se trataba, en verdad, de un palacio. El techo, de paja... legítima; la platea, hiperbólicamente denominada «patio» y los palcos construídos como para justificar el término común con que los ingleses designan al palco y al pesebre: *box*... La inauguración se efectuó ¡Dios nos asista! con un drama de Calderón de la Barca interpretado por actores locales. Se diría que aquella noche la colonia

iniciaba la lucha contra la metrópoli y rompía las hostilidades asesinándole un drama a la madre patria. Asimismo, las cosas se hicieron solemnemente. En el palco «de gala», — todo es relativo, — en el palco de gala, sobre cuyo antepecho se desplegaría seguramente la pompa del pabellón de Castilla, — el Virrey y la Virreina. — El, de casaca roja, pantalón corto, zapato hebillado, peluca blanca y el báculo ineludible: ella, de *parnier*, peinetón y una mantilla triangular que pendiendo del rodete y derramando sobre los hombros la gracia del encaje blanco, le permitía soslayar hacia el Virrey, de cuando en cuando y como al través de una cortina discreta, tal cual burlona sonrisa de inteligencia... Cerca de ellos los altos dignatarios asumían su mejor actitud. Los dos Alcaldes estallaban de gravedad; el del «primer voto», sobre todo, refieren que estuvo estatuario. En diversos sitios, todas las familias se habían apresurado a realzar con su presencia el fausto suceso: en el *patio* mucho pueblo, entre el pueblo mucho negro y en el tablado... el delito.

Así nació nuestro teatro, por obra y gracia de Labardén, respecto de cuya vida aparecen confusas y vagas las crónicas del coloniaje: cuentan que caballero en un zaino de paseo, las vecinas casamenteras recibían complacidas el saludo del poeta que pasaba al caer las tardes, y que los moradores de las afueras solían verle cruzar al galope de su caballo, pensativo y solo, camino de una quinta lejana, donde un viejo hidalgo que vivía encerrado en incurable misantropía, le contaba como el único amigo. Sus biógrafos no coinciden en cuanto a la fecha de su muerte: 1808, dicen unos; 1812, escriben otros. La inducción más feliz a veces que el rastreo por los obscuros cronicones, va a permitirnos descubrir la verdad... ¡Murió en 1808, porque a vivir hasta el año 12, las referencias del día glorioso lo señalarían en la plaza de Mayo, jinete en su zaino de siempre, envuelto en su capa habitual y alzando hacia los balcones del cabildo abierto la noble frente pensadora!...

Señores:

El teatro argentino vendrá. Sabe Dios si no está aquí, entre mi auditorio de este momento, el creador de mañana; sabe Dios si bajo la frente pálida de algunos de los hombres jóvenes que me escuchan, no está germinando la peregrina obra inicial; sabe Dios si como el doctor García Torres —gafas aparte,— estoy dirigiéndome a una asamblea en la cual hay más de una criatura excepcional, para quien está reservado el lauro supremo tras la victoria indiscutible y grande... Vendrá el teatro nuestro. Ahí está, inspiradora y rica, el alma nacional brindando temas propios, para que las primeras obras concreten y perpetúen las características del ambiente. Tengo para mí que cuando la República se sienta definitivamente feliz y plasmada en sus formas terminales, advertirá la necesidad de recoger y conservar esas tipificaciones inconfundibles de su pasado que le dan fisonomía peculiar, tal como el hombre, en el maduro equilibrio de los cuarenta años, cuando ha conseguido por fin orientar su vida a rumbos seguros, siente el deseo de recoger y guardar esos dijes de plata labrada que fueron de sus abuelos y que antes anduvieron por ahí, olvidados y dispersos, indiferentes a su mirada, acaso porque en el vértigo de las luchas diarias no tuvo tiempo para detenerse a admirarlos en su inapreciable valor evocativo. No correrán muchos años sin que manos de nieve, en el seno de los salones artesonados, tengan a honra rasguear las seis cuerdas de la guitarra ingenua, y sin que esos bailes rítmicos y cadenciosos de nuestras campañas, que nos llegan con todo el encanto de la flor silvestre, se ejecuten en la pompa de nuestros palacios; y cuando las parejas se muevan en esas lentas, corteses y caballerescas salutaciones del *pericón* clásico, se dirá que en ellas está retoñando el alma entera de los abuelos, cuya noble cultura física y espiritual parecía estar anunciándonos que al través de las barbaries sobrevivientes, la nacionalidad acabaría por modelarse en las severas y finas pautas iniciales...

Vengan, pues, y vengan pronto, actores argentinos que interpretando el pensamiento de autores argentinos también, cristalicen en el teatro las peculiaridades de nuestro *modo* colectivo, ya que es el Arte la sola ánfora donde perdura sin perderse el perfume de las cosas viejas... ; vengan, para que el verbo de la Patria se difunda por la tierra, advirtiendo a los hombres que crece aquí una raza de selección, — raza cuyos hijos enhiestan a tal punto el penacho nacional, que, a veces, dijérase que el propio suelo se levantara hasta nivelarse con las cumbres del Ande inmediato...

Y cuando ese teatro haya nacido y procreado, habrá en su honor algún día un monumento; y en el pedestal, a martillo, este nombre entre otros nombres:

Manuel José de Labardén.

POR LOS NIÑOS POBRES

Señoras:
Señores:

Pocas veces resonó la palabra en momento más hermoso, ni en presencia de concurso más brillante, ni con motivo más plausible, ni empujada por emociones más puras. Noble ceremonia, en verdad, auspiciada por generosas matronas, que, ante el espectáculo cada día más lastimoso de la infancia desvalida, han sentido vibrar sus corazones en una suprema palpitación de mujeres y de madres; noble ceremonia, destinada a aliviar, siquiera sea un poco, el dolor de los niños pobres, — de los niños para quienes debieran vedarse las amarguras del mundo, flores animadas que perfuman la vida imponiendo en el hogar de los felices la tiranía de sus gracias y sus risas, y en el de los pobres ¡ay! la de sus hambres y sus lágrimas; de los niños, en cuyas carnes — tengamos el valor de decirlo, — en cuyas carnes el harapo es un sacrilegio y en cuyas almas, madres que me escucháis, en cuyas almas es el dolor un crimen de lesa humanidad...

De ellos habremos de hablar: entretanto, séame dado rendir desde esta tribuna, a las misericordiosas matronas que han tenido la feliz inspiración de levantarla periódicamente con un alto propósito de humanidad, el homenaje profundo de mi admiración y respeto.

Señores:

Cuenta una leyenda inglesa, conmovedora y sobria como todas ellas, que los empleados de una oficina de correos de Londres, tropezaron cierta vez con una

carta que tenía esta curiosa dirección: «Para Dios, en el Cielo». Abierto el sobre, ya que habría sido un tanto difícil dar curso a la singular epístola, pudieron leer, garabateado por una mano a todas luces infantil, este ternísimo poema de miseria y de candor:

«Señor Dios: es preciso que usted vea esto. Mi madre está enferma; mi padre no tiene trabajo; yo... yo soy muy chico.»

Luego un adorable diminutivo — Carlitos — rubricaba penosamente aquel formidable alegato, que ponía de golpe ante el Supremo Juez la injusticia inaudita de un dolor sin culpa y sin consuelo... La carta fué publicada; y, levantemos el corazón: la caridad llegó copiosamente a la bohardilla desolada, donde, en efecto, la madre no tenía salud, el padre no tenía jornal y los grandes ojos absortos de la criatura se habían clavado en su Dios, como esperando la respuesta... Nobles damas, altos dignatarios y hasta flemáticos banqueros se conmovieron ante el pequeño drama, y la felicidad brilló de pronto para los tres infelices. No añade el cuento, si el niño se creyó obligado a un acuse de recibo y si una nueva carta suya, dirigida al mismo celestial destinatario, cruzó de nuevo por los neumáticos de la City; pero bien pudo hacerlo sin mengua de la verdad; bien pudo hacerlo, porque la Caridad, señoras, la Caridad es Dios... No el gesto seco con que echamos el mendrugo sobre la mano descarnada que lo implora, sino la alta caridad del espíritu, la que nos hace mirar con interés hacia la desgracia, con benevolencia hacia el error, con tolerancia hacia el ajeno extravío...

En una calle de Jerusalén — Tolstoi lo narra — había una vez un perro muerto, y una multitud congregada en torno, comentaba acremente las fealdades de la pobre bestia inmóvil; de pronto un hombre alto y delgado, cuya cara resplandecía en una tenue fulguración de marfil viejo, acercándose al grupo y levantando su voz a un mismo tiempo serenísima y persuasiva, dijo: «pero, los dientes parecen perlas...»; y como alguien preguntara por su nombre al intruso, contestó humildemente: me llamo Jesús de Nazareth... La caridad es

Dios, generosas señoras, y más que toda la pompa fugaz de las humanas satisfacciones, vale, bien pesada, una sola de esas plegarias fervorosas, levantadas en honra vuestra en el silencio del tugurio miserable, por labios que no engañan y a la luz escasa que acentúa y blanquea la doliente palidez del infortunio...

¡Y cómo no ha de brillar con sus mejores luces en estas comarcas de América, si hasta la tradición secular se inicia con un rasgo de caridad que ilumina todo el conjunto, como en el fondo de esos cuadros de Sorolla una pincelada de cielo matiza y decora todos los rincones de la tela magistral...! Hubo, en efecto, un mendigo que imploró una limosna, radiante la pupila de visiones, y hubo una santa matrona que supo tender a tiempo la dádiva opulenta y abnegada. Reina era la dama, navegante el mendigo: y de aquella peregrina conjunción de la caridad y el genio surgió como de una nupcia sideral este mundo nuevo, por cuyos llanos, montes, bosques, selvas, mares, ríos, lagos, pampas, cumbres, parece que debiera pasar, como un hálito bendito, el soplo de todos los vientos sanos de la tierra!

Señores:

Hora compleja la que tócanos vivir. No es menester una escrutación excesiva para comprender que, epílogo de tiempos que fueron y prólogo a la vez de tiempos que vienen, estos días presentes son días de equívoca transición. Hay una gran suma de angustias que amenaza madurar en clamoreo. Dijérase que las deformidades características del medioevo se hubieran actualizado bajo formas diversas. El oro, más insensible en su calidad de cosa que el propio señor feudal a quien reemplaza; el oro automatizado del todo, porque las nuevas formas de asociación lo impersonalizan en absoluto; el oro, fuerza ciega y dominadora que no tiene corazón, ni se apasiona, ni se conmueve, ni delinque, ni peca, tiene su *siervo* en el obrero. La lucha está planteada. Allí donde veáis al sol llameando sobre un pedazo de tierra en cuyo seno germina una semilla,

augurad el brote; allí donde veáis una opresión gravitando sobre un dolor en cuyo seno palpita una rebeldía, predecid el choque. La reacción está en marcha: y cuando una reacción se inicia con todas las armas y en todos los tonos, desde el sangriento de los extraviados hasta el juicioso y más eficaz de la propaganda razonadora; cuando esa reacción emerge de todos los campos, aun de los más distantes y contradictorios; cuando en ella coinciden hasta las más opuestas teorías, dentro del doctrinarismo político o religioso, es lícito sospechar que el viejo castillo acabará por rendirse a los sitiadores...

Acaso el fenómeno en conjunto obedece a una inflexible y dolorosa ley histórica, según la cual todas las bastillas deben retomarse periódicamente, porque el huracán que pone término a un despotismo deja siempre la larva de otro nuevo que resurgirá plasmado en exterioridades diversas, así quede la traidora simiente boyando en raudales de sangre humana...

Pero no deseara fatigar a mi selecto auditorio con suerte tal de disertaciones; permitidme decir solamente que la Caridad, no en el concepto baladí de limosna repartida, sino en su acepción superior de fuerza intermedia entre el capital que oprime y la miseria que clama; la caridad inteligente, sagaz y eficaz, intensificada como sentimiento y perfeccionada como ejecución, tiene un altísimo cometido en el doble conflicto económico y social.

Por lo que a nosotros respecta, urge extremarla, porque el momento étnico que atravesamos, esta oleada cosmopolita que nos invade, este proceso de homologación de sangres a que estamos asistiendo, determinan una desoladora corriente de indiferentismo que flota sobre las ideas, sobre los hombres, sobre las cosas.

Son muchos —volviendo a los niños— los que sufren en el seno de la ciudad monstruo; es muy larga la caravana pequeña y pálida; y sólo dejando a la conciencia que exhale uno de sus repentes inexorables, es posible aventurarse a proclamarlo: ¡un niño abandonado es un delito de todos nosotros! He aquí, señores,

que el bosque acaba de estremecerse; acaba de estremecerse el bosque, porque un inmenso rugido, mitad imprecación, mitad lamento, va horadando la maraña como una clarinada salvaje que retumba en el silencio, repercute en los troncos, viborea entre los árboles, peina las gramíneas, abanica las hojas, amedrentá las aves, y se difunde por toda la grave majestad de la selva. Es una fiera la que ruge: es una fiera que va jadeante, desolada, hundiendo en los matorrales la investigadora pupila cárdena, estoicamente cubierta de sangre, porque ni a reparar se detiene que en las zarzas del camino van quedando jirones del propio cuero, que flamearán después como estandartes de dolor... Aquella fiera ruge, porque ha perdido al hijo y porque su instintividad inexpresable, adivina los peligros a que está expuesto el cachorro en la soledad del monte. ¡Cómo no conmoverse las fibras todas de la criatura humana, ante el espectáculo de un niño abandonado en la vida, sin padre, sin madre, sin pan, sin abrigo, sin arrullo, sin reparo, sin rumbo, sin apoyo, sin consejo, sin orientación, sin nada! Y para qué traer estadísticas... Todos hemos visto, en la media noche de invierno, en una de esas medias noches en que el viento corta las caras como un navajazo —mientras los lujosos equipajes volvían de la Opera al sonoro trote de sus toncos y entre un concierto de cascabeles y cadenas, —tirado en el umbral de una casa grande, solo, temblando de frío, casi desnudo, metida entre las rodillas la cabecita, un niño...

¡Y ahí estaba ese niño, como una sombra entre las sombras, sabe Dios si soñando con una caricia maternal nunca recibida, con un hogar tibio y amante jamás visto o si dejando que desde aquella noche prendiera en su numen de diez años la semilla de un rebelde futuro! No en vano afirma Michelet que los niños cerebran más permanentemente que los hombres. Nadie sabe hasta qué grado de sutileza llega el pensamiento de las criaturas; nadie sabe qué miran y qué ven esas grandes pupilas, húmedas de perplejidad, que suelen clavarse silenciosamente en las nuestras. Ellos también

tienen sus melancolías, sus tristezas, sus nostalgias, sus dolores hondos y secos. Un médico de niños, cuya muerte dejó por cierto un doble claro en la ciencia y en las letras; un médico nuestro, pasaba todas las mañanas, camino del hospital, por un conventillo en cuya puerta jugaba cotidianamente un grupo de chicos. Un día, su ojo experto echó de menos a uno; volvió a notar su ausencia al día siguiente y se detuvo a inquirir. — ¿Y el rubio? — preguntó. — Está enfermo, señor. Y en efecto, conventillo abajo, en la última pieza, tirado sobre unos trapos, pálido, enfermo, estaba el rubio. Al lado la madre — una obrera.

—¿Quién cuida a este niño?

—Un curandero...

—Desde hoy lo cuido yo.

—¿Y usted quién es?

—Ricardo Gutiérrez.

Horas más tarde el generoso médico — selecto espíritu que gustaba restañar en las almas el mismo dolor que curaba en las clínicas y cantaba en aquella sollozante lira monocorde — volvía trayendo él mismo los remedios; los remedios eran juguetes, muchos juguetes, una profusión de juguetes, y cuando se retiró, dejando a su rubio sano y bueno entre los muñecos y los pierrots que parecían sonreirle fraternalmente, como si también ellos sintieran la dicha inefable de transmitir un poco de felicidad, dió este diagnóstico que sólo podía inspirar su doble alma de sabio y de filántropo:

—Su hijo no estaba enfermo, señora, estaba triste...

¡Madres que habéis visto a vuestros hijos llorar por un capricho, derramando lágrimas verdaderas que rodaban por el carmín de las mejillas: pensad que hay niños que lloran porque tienen frío, porque bajo el trapo precario vibra una siniestra trepidación de carnecitas; pensad que hay niños que lloran porque tienen hambre, porque en la desolación del cuartujo, diez veces se abrieron sus labios pidiendo pan y otras tantas recibieron de la madre un sollozo por respuesta...; pensad que hay niños que lloran porque sienten la nostalgia de una ca-

ricia, de un beso, de un arrullo, de un regazo; pensad que hay niños que lloran porque una noche han comprendido que están solos en el mundo...! ¡Ah, caridad, santa caridad, ala eucarística que se bate desde un plano invisible para poner un poco de Dios sobre la tierra: desciende hasta la enorme caravana pequeña y pálida; llegue sin intervalos tu caricia a todo el lote de las almas en embrión, y que suframos sólo los hombres... que no sufran los niños, al menos porque no debe nevar en primavera... ¡Ya les llegará su invierno; ya las inevitables asperezas de la brega diaria transfigurarán en cálculo la mirada luminosamente buena y se encaramarán los unos sobre los otros, se crearán distancias y se cavarán abismos; ya jadearán tras de su ideal sin detenerse siquiera! ¡ah, vida ésta! sin detenerse siquiera a mirar un momento el cadáver del compañero vencido, que queda en los bordes del camino; ya irán cayendo una por una, como las hojas del árbol bajo el soplo del otoño, esas palpitaciones indefinibles que blasonan de fraternidad el corazón de los primeros días; ya les llegará su invierno... Entretanto, que no sufran; que vivan en su nimbo de aurora todos iguales y todos felices, sin que vaya el dolor a turbar con su presencia el divino hacinamiento de caritas de nieve y miel... La vida no es, en resumen, sino una lucha puesta entre dos ternuras: la infancia, toda fragilidad en su delicadeza de capullo, y la vejez, toda fragilidad también en su melancólica epilogación de flor marchita; aceptemos la jornada en cuanto tiene de irrenunciable a la vez que de intenso y amargo, pero, salvemos del cierzo los dos jardines. —aquél, rosado de los primeros días y este otro, blanco, de los días finales... Cuidemos de los niños, al menos para que, cuando se asomen al mundo desde el pórtico enorme de la pubertad, puedan sentirse espontáneamente inclinados al bien, sin que turbe su conciencia el deseo, a veces misteriosamente imperativo, de vengar en sus semejantes, dolores que no se apagan y agravios que no se olvidan, porque así como el tajo hecho en la corteza del arbusto, se prolonga a través del tronco corpulento, las heridas abiertas en el

alma de los niños perduran a través de la vida y sus azares, al modo de esas cicatrices de hacha sobre las cuales no pasa el tiempo, como no sea para hacer más enérgica y rotunda la hondonada del hachazo... Nadie sabe si esos piececitos desnudos que solemos ver pisando las piedras de las calles, transmiten la sensación de frío hasta el seno del alma misma, para helarla del todo; nadie sabe qué desvíos pueden operarse en esas pequeñas conciencias torturadas por tribulaciones que no se explican; nadie sabe si en el fondo de un hombre que delinque no hay en definitiva, como único antecedente psíquico, una infancia desvalida, — una niñez de dolores estallando en una hombría de venganzas...

Imaginad, señoras, una rosa naciente. Es a a vez débil, confiada y alegre en su virginal eclosión de perfumes y fulgores. La corola parece entreabrirse para sonreir — como unos labios —. Imaginadla de pronto azotada por los vientos y golpeada por la nieve. Si no muere, si no se agosta, si no desfallece, si consigue brotar a través de tanta crueldad, ¿será por ventura una rosa como las demás la rosa que brote? ¿Tendrán siquiera sus pétalos esa coloración inimitable que sólo saben trasuntar el cielo en sus auroras y la femenina mejilla en sus rubores? Y si muere, si un día cruje silenciosamente el tallo y se va para siempre bajo su helada mortaja de copos, ¿No reabsorberá la gran madre tierra esa cimienta de vida malograda para que retoñe por ahí en forma de hierba terrible y maldita? ¡Ah, cuidemos de la infancia! Hagamos muchos niños felices para que mañana haya menos hombres malos; y cuando, como aohra, nuestra caridad descienda sobre ellos, pensemos, para sentir más intensamente todavía la emoción infinita de hacer el bien, pensemos, señores, que nuestras manos están apartando la nieve de sobre la rosa naciente y amparándola contra el huracán, para que brote como Dios quiere que brote y para que se aleje de allí el riesgo de la hierba terrible y maldita...

Niños pobres: interminable caravana pequeña y pálida; caritas donde la vida ha labrado livideces prematuras, almas que se están forjando en el dolor; cuerpos

débiles que tiritan bajo la injuria del harapo; pequeños pies descalzos, grandes ojos húmedos; hermanos de Coseta, niños pobres: —para vosotros esta ceremonia... ; para vosotros un poco de pan, un poco de abrigo, un poco de alegría; para vosotros también todas las lágrimas que acaban de derramar todas las madres... Orad por ellas: quieren ir hacia vosotros en una sacrosanta teoría de ternuras; pedid a vuestro Dios que las bendiga, porque ved si son madres: quieren daros escuelas, talleres, hospitales y asilos— asilo donde hallaréis como un remedio del amor maternal que ellas derraman a raudales sobre sus hijos...

Y vosotras, señoras, seguid en el noble empeño. Persuadíos de que la caridad es no sólo un sentimiento sino también un arte, —acaso una ciencia. Ejercitadla artísticamente. Obstinaos, sobre todo, en ser eficaces; y así como en la leyenda árabe brotaban flores al paso del hada hasta en el peñascal más abrupto, —que a vuestro paso, por los páramos del desamparo, florezcan esperanzas y sonrisas... ; seguid en este santo apostolado de mujeres y de madres, y pensad que, cuando vuestra presencia ilumina la doliente desnudez del patio pobre, esos infelices creen ver el cielo entero refléjado en la pupila bienhechora; pensad que, cuando vuestros dedos divinizados por el contacto espiritual con el Nazareno, se adelantan a restañar heridas tales, es que en aquel momento, Dios mismo se está asomando al mundo...; pensad, en fin, que un día subirá hasta vuestros hogares, como un solemne susurro de olas mansas, la oración de los niños, —de los niños, que cuando se arrodillan, unidas las manecitas en el supremo fervor de la plegaria cristiana, parece que en el espacio se tendiera un arco de luz entre los ángeles de Aquél y los que, desde aquí, desde el valle, reviven en su ingenuo balbuceo el formidable alegato de Carlitos...

POR LA PAZ DE AMERICA (1)

Señor presidente:
Señores estudiantes:

El señor General me invita, como véis, a ocupar esta tribuna, desde la cual acaba de alzarse su palabra mesurada y serena ante el homenaje inapreciable de la juventud estudiosa, que llega hasta él con el prestigio de su luz propia, más intensa y más viva, por cierto, que la que brota de la antorcha simbólica que lleváis en la mano. No sabría disimular mi emoción... Honráis a toda mi Patria en su personalidad más representativa, y el vergo argentino emerge como nunca conmovido y sincero. Ya otra vez — dejadme decirlo — hubo de elevarse asimismo en loor de esta tierra. Fué años atrás cuando la República Argentina se agitó en una suprema palpitación de amor hacia el Brasil y, tremolando confundidas en las calles de mi sonora Buenos Aires, las dos banderas parecían constelarse como en una soberaana irradiación de concordia y de cultura: fué cuando las muchedumbres porteñas aclamaban en vuestro Campos Salles y en vuestro Bocayuba famosos a este gran pueblo brasileño, hermano nuestro, entonces como ahora, por virtud de lazos anteriores y superiores a todas las desavenencias posibles; hermano nuestro en la historia y en la gloria; hermano nuestro en el esfuerzo y en el éxito; hermano nuestro en el jadear nervioso de los días iniciales y en la consagración inequívoca de los días presentes; hermano nuestro en la

(1) En San Pablo, Brasil.

Humanidad y en Dios; hermano nuestro, porque sin ningún interés respectivo que no sea un interés común, provenimos de la misma aurora y corremos hacia la misma cumbre terminal, al amparo de las mismas instituciones, a la busca de los mismos laureles con el blasón de los mismos prestigios, bajo el acicate de las mismas urgencias y ante la visión deslumbradora de los mismos horizontes...

El ideal que en ese entonces conmovió el alma de los dos pueblos, habrá de cumplirse pese a todos los extravíos y a todos los extraviados. La paz será en América por una razón más fuerte que los protocolos y más duradera que los sentimentalismos: la paz será en America por la intergiversable imposición del instinto. Podrán circunstancias inopinadas o diplomacias insensatas, poner el uno frente al otro a dos Estados de este continente: pero cuando el conflicto parezca inevitable, el instinto hará su obra y la solidaridad orgánica que nos vincula con la irrefutable llaneza de un principio físico, se impondrá a la conciencia de los unos y los otros, porque la atracción de sí mismas entre sí es la ley dinámica de estas nacionalidades, agrupadas por la geografía y por la historia en una como armoniosa federación de autonomías, sobre un suelo y bajo un cielo que parecen creador para sostener y presidir el galope triunfal de diez democracias libres, ricas, grandes, prósperas y amigas.

Hablaba del instinto... Ved un lance, sugestivo y reciente. Allá abajo, dos pueblos vecinos, separados por altas montañas y arrullados por las sinfonías magistrales del Pacífico y el Atlántico, jóvenes los dos, los dos vigorosos, frescos, pujantes, — sintiéronse un día rivales, llenáronse de odios, armáronse y momentos hubo en que el uno estuvo a punto de cargar sobre el otro. La previsión de los estadistas — Mitre y vos, general, en primer término — evitó el drama, persuadidos de que para producir la luz no era menester el choque, porque así como el Sol y la Luna, en las rotaciones inmutables del espacio, realizan sin chocar el poema de los días y las noches, así también la civi-

lización chilena y la argentina, surgidas de un mismo nimbo inicial, destinadas a los mismos esplendores en el futuro y propulsadas por las mismas energías en el presente, podían realizar, sin choque alguno, el poema de la luz en aquel rico meridión del mundo nuevo. Sellóse la paz y cada pueblo siguió su rumbo. Un día, una gran desgracia hirió a uno de ellos: — millares de hogares destruídos, millares de criaturas en la orfandad, millares de mujeres en la viudez, millares de madres en la desolación, millares de hombres en el hambre... Entonces, juventud, el otro pueblo se irguió en una inenarrable vibración de misericordia; abatiéronse de pronto los pretendidos enconos, desvaneciéronse de súbito los titulados rencores y allá fué, camino de Chile, la dádiva argentina, la de los ricos y la de los pobres — fastuosa aquélla, tanto más conmovedora ésta cuanto más humilde; — allá fué hasta el óbolo de nuestros niños, que anduvieron como en bandadas implorando la caridad nacional en una correntada copiosa y cristalina, probando una vez más que sobre palpitar a toda hora en el fondo de la criatura humana esa célula superior que Dios puso en su alma para crearla a su imagen y semejanza, — la armonía fecunda de la paz es tendencia instintiva de la especie y que al menos en esta América latina ¡loado sea Dios! los odios de pueblo a pueblo son fenómenos morbosos más inmediatos a la mente que a la verdad!

Tal es la filosofía que brota del suceso; y bajo la impresión de este homenaje magnífico con que el Brasil obliga para siempre la simpatía argentina; ante el espectáculo de esta unánime palpitación de fraternidad, cuyos ecos parecen resumirse en un himno infinito a la concordia y al Derecho, — unamos, señores, los votos en un solo voto y los corazones en una sola esperanza... ¡Por que suene de una vez, para toda la Humanidad, la hora final de las culturas, la hora de la oliva, la hora alta y buena, durante la cual los pueblos fuertes y los pueblos débiles irán a su destino al amparo del respeto recíproco y bajo las supremas potestades de la justicia!

Se dirá que estos votos y estas esperanzas se acercan más al ensueño que a la realidad; pero, no son horas perdidas las que corren al formularlos, porque si es verdad, como reza el viejo aforismo, que en el mundo de la materia nada se pierde, verdad es también que nada se pierde en el mundo de las ideas, y que estas agitaciones del espíritu dejan siempre una luz en su camino, un perfume en el alma, una esperanza en la atmósfera, una promesa de germinación segura en el surco eternamente propicio del humano pensamiento, y un jalón más en el sendero de los que vendrán después de pisar la tierra ya preparada por la anticipación de los precursores, a quienes sólo es lícito insinuar en esbozos tímidos lo que será mañana verdad consagrada por el veredicto unánime de las conciencias... La paz entre los hombres; la santa paz de Dios, fecunda y sana; la boca negra y redonda de los cañones condenada a silencio perpetuo; Krupp, Maxim, Creusot, fabricando máquinas y herramientas... He aquí, se dirá, una bella utopía. ¿Pero, por ventura todas las cosas grandes no han revestido alguna vez el tinte candoroso de la utopía, como todo hombre ha sido niño, toda rosa capullo, todo brote semilla, todo placer esperanza? Utopía... ¡Palabra ingrata, que sólo sirve para señalar la trayectoria vergonzante de la Verdad, desde su gesta dolorosa hasta la triunfal consagración; vocablo amargo con que la ignorancia o la rutina de todos los tiempos macularon las palpitaciones más selectas y flagelaron a los visionarios del ideal; primera palabra que befó a Sócrates, primer murmullo siniestro que resonó a las espaldas del Nazareno, primera mueca con que Salamanca mancilló a Colón, mueca eterna con que las demás salamancas de la historia negaron a Heggel o martirizaron a Copérnico o abrieron para el viejo Galileo las puertas de la cárcel; primera cruz en el Calvario de todas las excelsitudes, primera nube que en los días bárbaros se adelantó a velar la brillazón de los plenilunios! ¡Y bien, jóvenes universitarios que tenéis el alma llena de ideal y llena de patria: pensemos en estas grandes cosas posibles, persuadidos

de que toda idea ha de tener su esquema previo, como todo día de aurora o toda orquestación su preludio; pensemos en estas grandes cosas posibles, persuadidos también de que mañana no brillarían luminosas realidades si no vibraran hoy enérgicas esperanzas, de la propia manera como, según el viejo y casi bíblico símil, no abriéranse hoy a la luz las alas de la mariposa si ayer no hubiera vivido la crisálida obscura...

La guerra... Yo tengo para mí que es a la mujer, a la mujer en su múltiple y manso apostolado de madre, de esposa, de hermana, de hija, de novia, a quien ha de tocar en día no lejano la gloria insigne de declarar «la guerra a la guerra» y vencer en la jornada... No Congresos como el de La Haya, celebrado por iniciativa del zar y en sitio desde el cual los señores congresales, mientras pronunciaban palabras misericordiosas, podían escuchar, como una ironía sangrienta, el clamor de la Polonia infeliz y el chasquear del látigo de Wladimiro...; no efímeras concordancias del interés común ni repentinas exhumaciones de principios que se violarían al día siguiente de consagrados, si una conveniencia cualquiera lo aconsejara; no pactos — como no consistieran en uno de esos «tratados sin cláusulas», de que años atrás nos hablara Bocayuba en una frase compendiosa y eminente... No; la fuerza destinada a concluir con el crimen de la guerra, es acaso una confederación de corazones de madres. ¡Y yo no sé cuál de las dos pasarían a la historia con mayores timbres de grandeza: si la espartana, que empujaba a sus hijos hacia el campo de pelea, o esta otra, que sobreponiéndose a todos los convencionalismos dominantes y penetrando ella misma al seno del pavoroso problema moral, levanta en alto su pabellón sacratísimo de madre, niega a la matanza la carne de su carne y más alta que todas las alturas, retiene a los hijos en el noble egoísmo del hogar!

La guerra... ¡Pa a qué repetirlo! Su roja entraña estéril no ha engendrado nada respetable y nada estable. Hurgad en los ensangrentados balances; conquistas, anexiones, rapacidades, laureles... Todo ello han producido

las armas victoriosas; pero el tiempo, este regulador implacable, ha dispuesto que las cosas volvieran muy luego como el agua, a su nivel. ¿A qué han reducido los siglos las conquistas de Alejandro? ¿A qué las de César? ¿A qué las de Aníbal? ¿A qué las de Carlomagno? ¿Qué queda, por Dios, de la obra monumental de Napoleón? ¡Queda sólo la pirámide colosal de cráneos humanos con que un pintor simbolizó el sedimiento exclusivo de las batallas; las pirámides de cráneos blanqueando su lividez en la llanura desvastada por el delirio de la pelea! Sólo eso queda, porque más alta de la voluntad adventicia de los cañones, alza su diestra una última instancia soberana, en cuyo estrado invisible se debate al fin el pleito fallado antes por la suerte de las armas y cuyos veredictos se cumplen y ejecutan por virtud de irresistibles gravitaciones... ¿Y no amanece aún el día en que los hombres se inclinarán ante el más humano a la vez que el más divino precepto del Decálogo: «no matarás»? ¿Es que esta humanidad de Caín no verá nunca un hermano en cada hermano?

¡Ah! Valemos más por la paz que por la guerra; vale más el mundo por la obra de sus pensadores que por la de sus guerreros; vale más Grecia por su Platón que por su Temístocles; más Roma por su «Laboremus» que por su «Delenda»; más España por su Manco que por su Gonzalo; más Francia por la voz de sus enciclopedistas que por el clarín de sus caporales; más Alemania por su Savigny que por su Moltke; más Inglaterra por su Spencer que por su Nelson y mucho más por su Darwin que por su Wéllington; más Suiza por su Juan Jacobo que por su Guillermo Tell; más esta tierra que pisamos por su Gonçalvez Díaz que por su Osorio; más vos, general Roca, por la sembrada oliva que por el laurel conquistado... más han hecho, en fin, por el pedazo de suelo que los vió nacer, los que agrandaron el patrio límite sin abreviar el ajeno, que cuantos guerreros le brindaron el laurel ensangrentado y fugitivo...

La estatua de Fulton — tomo su nombre al acaso

entre la serena legión de los benefactores — podría levantarse hoy en cualquier punto de la tierra; la de César — escojo su nombre al acaso también, entre la larga serie de los vencedores, — ¿dónde, Dios de las victorias, podría levantarse hoy la estatua del implacable triunfador? ¿Qué pedazo de suelo negaríase, en cambio, a sustentar el monumento conmemorativo del pensador, del estudioso o del sabio, de cuya silenciosa elaboración mental brotaron alas para el progreso o bálsamos para el dolor o murallas para la muerte o ideas para el mundo y que echó a andar el barco sobre las aguas o la máquina sobre los rieles o el verbo sobre los hilos o el ideal sobre las almas, llevando la vida a las clínicas donde reinaba la muerte o la luz a las cavernas donde imperaba la sombra o la verdad a las tenebrosidades donde se enseñoreaba la mentira?

¡Ah! La visión de la paz entre los hombres amándose los unos a los otros, enciende la pupila en una divina iluminación y se piensa que cuando el bronce y el hierro y el acero de las armas homicidas desaparezcan bajo el fuego, para resurgir transfiguradas en herramientas beneméritas, — la hoguera enorme quemará también cuanto en el fondo de nuestras almas quede todavía de hosco, de sanguinario, de antifraterno; y entonces, no más el clarín de la victoria tronando sobre la desolación de la derrota; no más la madre tierra abriéndose absorta para recibir en su seno al ejército muerto; no más un crespón anónimo respondiendo desde lejos a cada laurel notorio; no más la mueca de Caín horadando los siglos y reapareciendo idénticamente siniestra en estas altas horas humanas; no más la imprecación de los vencidos; ni el gemir de la viudez, ni el clamor de la orfandad...; no más la Muerte... La Vida, la vida en el amor, en la benignidad, en la concordia, en la justicia, en el trabajo, en el repechar conjunto de todos los hombres, camino de la misma cumbre, latiendo en el mismo latido, bebiendo en el mismo vaso y comulgando en el mismo ensueño, la vida de Dios, que sólo ha de terminar cuando lo decrete su naturaleza; la vida de Dios, avanzando serenamente a

la sombra de ese trapo blanco que levantó en su hora aquel Jesús de Nazareth, y que izaron después cuantos genios buenos han brillado para bien de sus semejantes en la Humanidad!

¡Brasileños! ¡Ondea en vuestras manos y en las nuestras, un pabellón sagrado que es fuerza conducir y custodiar: el de la cultura! Marchamos, con algún otro pueblo, a la vanguardia de esta civilización continental: nosotros, formando una raza nueva con el concurso de todas las humanas razas; nosotros, más felices tal vez, conservando la línea originaria al través de las inevitables transformaciones y avanzando hacia el futuro con la plenitud del perfil propio, como ese Amazonas fastuoso que se interna cuatrocientos kilómetros en el mar, sin que sus aguas se entremezclen con las del caudal marino... Pesa sobre las dos nacionalidades una misión histórica, y toda desviación en el sendero de su cumplimiento fuera un atentado contra el propio destino. Nada lo justificaría... No puede separarnos una rivalidad política, porque terminado para siempre el viejo litigio, coincidimos en aspiraciones legítimas sin que nadie sueñe con inverosímiles imperialismos: tampoco una rivalidad económica, porque hasta nuestros productos respectivos son diversos, y quiere el hado bendito que nos sea lícito contemplar con igual júbilo, el engrandecimiento propio y el ajeno. Todavía más, hermanos: mirando hacia el porvenir, la misma claridad deslumbra vuestra pupila y la nuestra; y mirando hacia el pasado, el vínculo fraternal se intensifica, porque después de todo, los gritos de Ipiranga y Mayo parecen fundirse en una sola armonía magnífica y rebelde, que anuncia y auspicia el advenimiento de dos pueblos nuevos al mundo libre del trabajo y el progreso!

....

De lo más hondo, como de los cimientos mismos de la sociedad humana, brota un solemne clamoreo. Ideas nuevas avanzan; y cual si la conciencia de los hombres se reencontraran consigo mismo tras un largo período de ofuscación, la paz es una necesidad para los espíritus y la guerra empieza a ser un crimen para las

conciencias... Y bien: ¿por qué esta joven América, que se diría barrida por todos los vientos puros de la tierra, no ha de ser como el huerto proficuo donde prenda y dé frutos el Evangelio misericordioso? ¿Por qué no hemos de sorprender a esa vieja Europa, trabajada por seculares conflictos de raza, convirtiendo en hecho material y positivo, lo que es allá ensueño apenas de algunos espíritus superiores? ¿Por qué hemos de marchar detrás y no adelante, en un ideal para cuya ejecución estamos preparados por la madre Historia y por la madre Naturaleza, como pueblos algunos de la tierra estuviéronlo jamás? ¡Ah, en nombre de las nuevas generaciones argentinas cuya representación asumo sin zozobras, os invito, juventud, a pensar para este mundo nuestro en un gran día luminoso y triunfal: ni una nube en los cielos, ni una sombra en la tierra. Arriba, todas las banderas orquestando sus colores en una sola fulguración propicia, y más generosa que la fórmula del Norte: «América para el mundo», grabado en cada una de ellas bajo el «¡Excelsior!» del dogma común: América para el pensamiento y para la acción, para el esfuerzo y para el ensueño, para la idea y para la semilla, para el espíritu y para el músculo, — América, en fin, para todas las criaturas de buena voluntad que quieran amarse las unas a las otras, al amparo de códigos evangelizados en el ideal moderno, y a la sombra de pabellones imantados en el baño de luz de las auroras nuevas!

¡Lléguenos ese día, para que en breve, cuando entre pompas fraternales celebremos, el uno después del otro, el primer centenario de nuestra vida libre, podamos, alta la frente, dirigirnos a los varones fundadores en el vocativo solemne y jubiloso:

Señor de la Independencia; caballero de Ipiranga y de los Andes; Príncipe Pedro, San Martín: — henos aquí, de pie sobre el surco abierto, a la vera de la máquina que rubrica la tierra con la gran firma del trabajo y bajo un cielo de gala, que pone la nota en su azul sobre el festín eterno de la siembra. He aquí la patria que soñásteis... Imaginadla, de acuerdo con el

símil clásico, materializada en la línea de una mujer. Es alta y grácil, exuberante de frescura en su ya púber belleza americana, y mientras ondea en su diestra el pabellón bien amado, sonríe, asomándose al Mundo, e invitando a todas las criaturas buenas a concurrir a estas pascuas de la libertad y del trabajo... No turban su alma esos odios de raza que a otras razas trabajan y perturban, porque surgida, como a conjuros de una palabra mágica, de las soledades vírgenes de América, pasea la pupila húmeda de compañerismo sobre todas las grandes comarcas de la tierra, de cada una de las cuales aspira a tomar un rasgo para elaborar su alma, al modo de aquellos guerreros antiguos que forjaban su espada de combate con el metal de los aceros vencedores...

Príncipe; Capitán: de lo alto de esta culminación moral y material, más de veinte millones de hombres os aclaman, complementan y prolongan; ni un dogal ni un estigma; todos iguales ante leyes de humanidad, de ciencia y de conciencia; y así de vigoroso el empuje inicial con que los lanzásteis a la vida libre, que nuevos clarines anuncian y afirman nuevas victorias de la progenie robusta en el campo del pensamiento y de la acción, a la sombra de dos banderas empapadas de ideal y destinadas a perdurar por los siglos de los siglos en la Vida, en la Gloria y en la Paz...

....

Señores:

A nombre de esa misma juventud argentina cuyo sereno amor hacia el Brasil interpreto y comparto, yo saludo con la emoción más alta a la República hermana y gloriosa. La saludo en su suelo, en su cielo y en sus hijos: en su suelo, donde dijérase que la naturaleza celebra un festín de gala del cual sólo ecos perdidos llegan al resto del mundo, a tal punto es exclusivamente suya esta paradisíaca explosión de la flora; en su cielo, que vislumbrando al través del ramaje inverosímil, hace pensar en los ojos celestes de Popea vistos

al través de la esmeralda del César...; en sus hijos, de quienes es lícito afirmar que por lo laboriosos, por lo enérgicos y por lo honrados, son dignos de habitar el Edén bendito que la Providencia les ha deparado por hogar, y de quienes el cerebro y la cultura es honra y prez de la América latina, — cerebro y cultura que resplandecen por igual en las ciencias, en las artes, en las letras y en esa diplomacia famosa, la más alta de América, desde que aquel Paranhos inolvidable la orientó por los rumbos severos de la inteligencia y la prudencia; la saludo en sus mujeres, en cuya pupila está la noche y resplandece el día, y para las cuales parece escrito este rotundo tropo de Cervantes: «las cejas arcos de triunfo, la frente Campos Elíseos!»

General Roca:

Sois el primer ciudadano de la República. En ella os aguardan, como a su paladín más esforzado, el espíritu conservador, la paz de la Nación y la armonía internacional. Comenzáis, pues a ser un símbolo. No es posible reintegrarse al seno del grande hogar, con una mayor suma de prestigios y de títulos. ¡Crezcan ellos; y que, para bien de la Patria y honra propia, os inspiren, señor, en estas horas altas de vuestra vida, Dios y la sombra de Mitre!

He dicho.

GUGLIELMO FERRERO

Señor:
Señoras:
Señores:

Tócame, por virtud de honroso mandato, saludaros desde esta misma tribuna toda vuestra, en la cual podría grabarse a buen derecho el *hic docuit* de la inscripción clásica; y si hubiera de reducir mis palabras a una especie de epifonema que compendiara el público sentir — harto expresado ya en el aplauso, que para vos, señor, acaba de concertarse en la más argentina de sus armonías, — limitárame a repetiros esta doctoral fórmula antigua: *Abis magister; sed spiritu tuus manet inter nos* ... Y permitidme, siquiera, porque habré traducido así una segura impresión del auditorio, — permitidme que, ante todo, salude en vos a esa Italia grande y amiga, que después de enviarnos en sus obreros la colaboración del músculo infatigable a cuyo conjuro brilló la maravilla de las primeras mieses en la Pampa, hasta entonces virgen y pagana, envíanos ahora a sus cerebros más altos, para que complementen la obra doble y fecunda de siembra y fraternidad; a esa Italia triunfal, que desde su Roma — Jerusalén del latinismo — hasta su magnífica actualidad, se ha irradiado desde el Universo con un vigor y una permanencia tales, que cabe preguntarse cuándo se impuso más y mejor al respeto de los hombres: si cuando, como antaño, engendraba ruinas para el porvenir o cuando, como ahora, enciende luces para la Eternidad ... ; y permitidme también que en esta hora de caras efusiones, evoque, dentro

de esa Italia grande y amiga, al Piamonte, a vuestro Piamonte, cuyo pasado se exorna de glorias como su suelo de lozanías, y a Turín, vuestro Turín, la ciudad generosa y nueva, nervio y númen de la gran evolución histórica, — hija bendita a la cual cupo la gloria de poner en manos de Roma las credenciales de capital del Reino para entregarla sin emulaciones a la inmortalidad y al respeto del mundo por los siglos de los siglos . . .

Toleradme todavía, maestro, que, a modo de prólogo, insinúe una como cortés rectificación . . . Esa Roma de vuestros desvelos es eterna, no sólo porque en ella comprendió, como en un vivero maravilloso, toda la ciencia política: es eterna también y sobre todo, por la razón física de que se prolonga en sus progenies, a la inversa de Grecia que sólo palpita en sus escombros; y el más alto monumento erigido en su honor es esa unidad italiana, tan orgánica, tan definitiva, tan prepotente y tan indisoluble, que hace pensar en el Sol, cuyo disco no ha desaparecido del espacio por el hecho de ocultarse a nuestros ojos, como lo probará al rayar de la primera autora con el alegato irrefutable de su presencia . . .

Ni sabríamos — yo anhelaba decirlo, — ni sabríamos disimular la satisfacción con que advertimos el asombro que a vos, como a todos los eminentes que nos visitan produce esta cultura argentina.

Repechamos, sin disputa, nuestra cuesta. Acaso, esas dos grandes razas directivas que han andado por la vida sin encontrarse nunca como no fuera para chocar, adelantándose a veces, la una sobre la otra, avanzando aquélla mientras ésta se detenía en dolorosas estagnaciones, — están destinadas a amalgamarse por fin, en este rico crisol americano, para fundar una unidad étnica que, conservando en sus blasones el imborrable timbre latino, sea, por lo laboriosa, por lo enérgica, por lo honrada y por lo fuerte, digna de que el pabellón que os ampara en este momento, tremole entre otros muchos al tope de un viejo palacio romano, el día en que los pueblos latinos de la tierra peregrina jubilosamente hasta

el seno de la propia entraña originaria, — Roma, que como un astro viejo constelado en luces nuevas, presencia y preside la marcha de sus retoños; Roma, la madre común, más grande que todos sus rivales de la historia, porque mientras éstos no han sabido perdurar sino en sus vestigios, ella es la capital de un poderoso reino en marcha, que ha circundado de grandeza presente su grandeza pasada, al modo de esos jóvenes guerreros de que habla Macaulay, que guardaban en sus cofres de oro la espada de plata de sus abuelos; Roma, en fin, cuyas emanaciones se refundieron muy luego con el espíritu sobreviviente para engendrar la civilización definitiva, tal como según vuestro intenso concepto, el paganismo de Nerón y el cristianismo de Pablo, se refundieron en sus derivaciones respectivas y sucesivas, para crear juntos esas catedrales solemnes, que, como símbolo de antagonismos muertos y de armonías triunfales, elevan hacia Dios, desde el fondo de la Edad Media, la penetrante plegaria de sus torres y la pensativa calvicie de sus cúpulas...

Y pues que en un movimiento incontenible, cuya legitimidad alcanzaréis, me he referido a nuestra propia cultura, séame dado añadir que este público, asistiendo a vuestras admirables conferencias con una regularidad de alumno bueno y en horas habitualmente consagradas a otra suerte de ocupaciones, ha dado una prueba tanto más significativa de nuestro estado mental, cuanto que no todo él se explica la influencia que atribuís a la vieja república romana sobre el nacimiento y la marcha de esta democracia argentina. Latinos somos, sin duda; y esta gran *sangue gentile* que corre por nuestras venas, marca hoy y marcará mañana nuestro puesto a la sombra de la bien amada enseña común, al modo como la brújula impasible señala siempre su norte al piloto, pese a las tempestades que desvían y a los vendavales que despistan; pero, institucionalmente provenimos de Sajonia, y aquellas nacionalidades de la América española que no reconocen tal fuente por origen ni tal orientación por rumbo, dormidas están, maestro, en una siesta bochornosa de la que vuestra

vieja república podría extraer pocas comprobaciones halagüeñas, malgrado la turbadora destreza con que sabéis encontrarlas... Nada sabían de aquélla nuestros abuelos; y, a hurgar en la historia buscando modelos, es seguro que antes de llegar a la ciudad de las colinas habrían tropezado con la república griega... Del Norte venimos; y cuando los constituyentes de Filadelfia abrieron su estatuto con aquellas tres grandes palabras, que tremolan como un penacho de libertad al tope del maravilloso edificio institucional — «Nos el pueblo», — replicaron desde el seno de un mundo nuevo, con la democracia sin dobleces a la democracia vergonzante, con la Constitución a la Carta y con el pleno sol a la claridad meridiana, consumando una doble revolución que rompió los moldes viejos y quebró las pautas caducas para engendrar una república, creadora e hija de la libertad, — de la libertad, que en su carácter de entraña suprema no admite otras que se le superpongan ni en el espacio, ni en el tiempo, ni en Roma...

Romanas son, sin disputa, nuestras leyes de fondo; pero ¿no estaremos destinados a modificarlas en su esencia misma? Ese Código Civil, eminentemente imperial, como que sobre provenir de Justiniano y tener el sello napoleónico, no pasó en América, antes de Vélez, por más revisión que la de Freitas, que actuaba por cuenta y orden de otro emperador, — ese Código Civil, repito, ¿no es por ventura como la Esfinge contra la cual marchan los credos nuevos, — toda esa brillante teoría de teorías que el suelo americano, libre de sectarismo deprimentes y de tradiciones lejanas que sólo servirían para desagilizar sus movimientos, se apresura a recibir en su seno con la misma honrada sencillez con que se abre el surco virgen para recibir la semilla? Más felices que nosotros por razón de la forma cómo advinieron a la vida libre, los norteamericanos han podido intensificar su federalismo hasta el punto de dejar a cada estado la libertad de dictarse su ley civil, encuadrándose así dentro de un principio nuevo y por ende antirromano, según el cual, las leyes deben ser la expresión inmediata, y cuanto más inmediata

mejor, de los ambientes para los cuales se dictan, — precioso principio, que acaso está llamado a dar solución al doble conflicto económico y social, convirtiendo cada estatuto en una especie de reflejo material y fidelísimo del gremio o la agrupación que lo motiva, en algo como la proyección precisa e indubitable de la propia entidad física y moral que la produce. Y bien ¿no haremos lo propio, andando el tiempo? ¿No modificaremos, multiplicaremos y localizaremos nuestra ley civil, hasta alcanzar en este sentido un grado de perfección análogo al que hemos conseguido en materia de organización judicial, donde la Corte Suprema, por ejemplo, típica y exclusivamente sajona, es un insuperable instrumento de gobierno?

Todavía más, maestro... Si esa Roma vieja, que al conjuro de vuestro verbo aparece nítidamente a nuestros ojos, tal como a la luz de la aurora va surgiendo el paisaje, por brochazos sucesivos, hasta totalizarse en el panorama pleno a medida que lo viste el día, — tan prestigioso este último en el símil como vuestra palabra; si esa Roma vieja, decía, no fuera la Roma nueva, capital de aquella Italia reformadora y atrevida, que se impone cada vez más al respeto de los hombres por las irradiaciones todas de su organismo, por la obra de sus pensadores, por la acción de sus publicistas, por las especulaciones de su sabiduría, por los avances de su ciencia, por el fulgor de sus banderas, por la ponderación creciente de su personalidad, por la fuerza de sus focos, por la gallardía de su marcha, por el encanto de su arte, por la gracia de su música, por el triunfo de sus pinceles, por el prodigio de sus buriles, por la voz de sus poetas, por la robustez de sus hijos, por el vigor de su ingenio, por la audacia de sus empresas, por la amplitud de sus miras y por ese formidable espíritu innovador, que le ha permitido no valerse de sus ruinas sino para trepar sobre ellas y mirar hacia el futuro, evidenciando que no hay decadencias definitivas allí donde palpita una raza con una voluntad y con un rumbo; y si esa Roma vieja, repito, no fuera la Roma nueva, actuante y palpitante, — acaso a esta incurable *noncha-*

lance americana, no inspirara mayor interés que Jerusalén, Alejandría, Babilonia o cualquier otro de esos emporios de civilizaciones muertas que no sirven, en resumen, sino para interesar al turista cuando los contempla en el silencio de la noche, bajo un rayo de luna que melancoliza las ruinas inmóviles, poniendo en el alma esa emoción indefinible que sólo sabe encender la presencia de lo que ha sido y ya no existe...

El *Nessum maggior dolor*... del verso clásico no puede estar, Dios mediante, en labios de la Italia contemporánea, de la cual es lícito afirmar lo que de ningún otro pueblo de la tierra: que teniendo en su seno un germen de muerte, porque tenía en su seno un cadáver inmenso, resurgió a la vida y a la gloria, de pie sobre los propios escombros; y cuando hubo surgido — yo desearа, señor, decíroslo bíblicamente para herir en lo más hondo vuestras fibras de italiano y de hombre — cuando hubo surgido, más soberanamente todavía se abatieron las alas del Fénix; y, a donde no hubieron llegado sus ejércitos, sus númenes llegaron; y, a donde no sus vanguardias ni sus espadas, su ciencia y sus ideales; y hasta el Británnicus famoso, a su Arte y a sus artistas rindióse; y el ensueño de César quedó realizado por virtud de armas que no hieren; y las siete colinas se desvanecieron, como para que una Roma nueva pudiera alzar sobre el orbe una nueva faz de gracia y de victoria; y del Oriente lejano llegaron aves raras que tenían el plumaje dorado por el sol del Ponto, trayendo en el pico mirra para la hoguera ofrendaria; y hubo en los corazones como un jubileo; y en las florestas hubo como un festín de perfumes y fulgores; y ante el advenimiento de aquella peregrina criatura resurrecta, todas las criaturas de la tierra repitieron dos veces, en un armonioso coro de holocausto: — ¡Italia, Italia...! ¡Sí; así vemos a vuestra Roma y así vemos a vuestro reino; y tal de ingénito en nosotros este afán de mirar hacia adelante, que — dejadme decirlo: — en las horas del comienzo, cuando la libertad era todavía un hecho incierto en el seno del hogar propio, gustaban nuestros abuelos, vestidos de guerra, subir a la montaña para

buscar desde la cumbre pueblos oprimidos, divisarlos, bajar, redimirlos y trepar de nuevo!

Maestro:

No sé yo si Tito Livio lo es de vos; o si, por serlo vos mismo, de vos, señor, nadie lo es... Sólo sé que a la inversa del común de los historiadores, habéis conseguido que el pasado venga hacia nosotros. En aquéllos, el ingenio se dirige a lo antiguo y lo ilumina hasta permitirnos vislumbrarlo al través de las edades: en vos, el ingenio toca llamada y lo antiguo se presenta... Suele en el primer caso esfumarse la personalidad del narrador, porque, obligado a proyectar luz sobre el paisaje, tiene necesariamente que situarse él mismo en la zona obscura: en vuestro caso, el mago evocador —acabáis de protestar contra esta palabra, pero sólo ella expresa bien vuestra eficacia, — el mago evocador, repito, está siempre presente enseñando, comentando, coordinando, induciendo y acaso comprobando que, después de todo, la historia podría definirse por una paráfrasis certera diciendo de ella, que no es sino el pasado visto al través de un temperamento... He creído siempre que los historiadores de tiempos lejanos, falsean los hechos porque sienten la necesidad de plasmar a sus personajes en el sentido de una virtud absoluta o de una depravación total, persuadidos de que las medias tintas interesan a muy pocos. Cuenta Thiers que después de un gran banquete, un gran baile reunió a la mejor sociedad alemana. Goethe y Wieland estaban allí; Napoleón, presente también, prefirió a los halagos del sarao un momento de plática con los dos famosos escritores, y alejados del bullicio, les habló de Tácito, terror de los tiranos, cuyo nombre, dijo sonriendo, puedo pronunciar sin zozobra. Y añadió: pienso que Tácito ha recargado de sombra sus telas y que en materia de historiadores, lo que falta es el pintor bastante honesto para conformarse con pintarnos simplemente la verdad... Si la «Grandeza y decadencia de Roma» hubiera estado escrita en aquel entonces, el gran vence-

dor habría acentuado con su ejemplo inmediato su pensamiento; y Goethe y Wieland habrían escuchado de labios de Napoleón el nombre de Ferrero...

Podrían, en efecto, vuestros impugnadores —¿qué propagandista no los tuvo? — podrán vuestro adversarios —¿qué vencedor no los contó por millares? — podrán vuestros enemigos —¿qué gloria no oyó sus gritos ni sintió sus dardos, ni domó sus furias? — podrán, todos ellos, hostilizar vuestros procedimientos y negar vuestras conclusiones, arguyendo que, en el afán de destruir verdades consagradas, soléis haceros tributario del prejuicio y que el deseo, igualmente legítimo, de extraer principios generales de los hechos aislados —a menudo rebeldes a una pauta común, como manada de potros al grito del arriero, — determina impensada desviaciones del juicio...; podrán, en fin, coincidir con Houssaye por razones de técnica o alistarse bajo Mömmsen por razones de sangre; pero todos, unánimemente, han de reconocer que, paladín de una ideal y de una raza, tal de vigoroso nuestro avasallador determinismo y tal de grande la suma de esfuerzo y de talento desplegados en la brega, que vuestras sienes de pensador y de sabio dignas son de ceñir, por virtud de universal veredicto, la corona más brillante con que soñara para las suyas, el más ambicioso conquistador romano...

Señor:

Fuera excesivo el adiós tratándose de quien al partir, tanto y tanto nos deja de sí mismo que cuando nuestro espíritu se haya familiarizado del todo con lo que del suyo nos queda, no sabremos si el maestro que partió, más lejos está o más cerca todavía, —que no es posible separar del todo, de una mentalidad colectiva, una como la vuestra, no sé yo si porque ésta queda en aquélla o si porque aquélla se va detrás de ésta... Para vos, pues, a nombre de un auditorio que ocho veces fué vuestro discípulo, el testimonio de vuestra profunda admiración; para vos, desde mi labio, el aplauso hecho palabra, el homenaje hecho verbo, la evocación

hecha cláusula...; y para esa Italia vuestra, nuestra, de todos, porque es del arte, porque es de la ciencia, porque es del mundo, para ella el mensaje fervoroso de nuestra alma latina. Decidla que ante el espectáculo de esta vida vencedora, podrían sus hijos repetir con orgullo y con derecho el *anch'io* enérgico y breve; decidla que vuestra visita es el corolario luminoso de una triple colaboración que fué de libertad primero, de trabajo después y de pensamiento en seguida; decidla que fueron brazos italianos los que quebraron el primer terrón de esta tierra, ya cruzada entonces, al galope de su caballo, por un misterioso enviado de la libertad, andariego y romántico, cuya camiseta roja, rimando con el verde sin fin de las llanuras, parecía envolverlo en la visión de la bandera propia cuando derramaba su sangre por la nuestra...; decidla, en fin, cuánto es amada en el seno de esta nacionalidad nueva, que tiene por pasado un breve y rudo batallar, por presente esta luz en que nos véis, por futuro la gloria, por arrollo el mar y montañas muy altas por linde y por modelo... Y ahora, señores, para él, para el historiador eminente, para el sociólogo, para el paladín, para el estadista, conciértese de nuevo el aplauso en la más resonante, en la más encumbrada, en la más argentina de sus armonías!

EN HONOR DEL MINISTRO DE CHILE

Dr. CARLOS CONCHA SOUBERCASSAUX

Señores:

Suavizando un poco, en aras de la verdad, la rigidez del lenguaje diplomático, de vos, señor ministro, podría decirse sin hipérbole que habéis llegado a ser *persona grata* al corazón de este pueblo, y que al deplorar él vuestra partida, que lo priva de un representante arraigado ya en el campo de sus afectos, hace votos por que vientos propicios os acompañen en todas las jornadas de la vida, y por que sean una realidad los buenos deseos que acaba de expresaros el doctor Pellegrini, interpretando los que palpitan en esta fiesta, — fiesta que significa algo más, por cierto, señores, que el simple homenaje a un hombre. Hay aquí, en efecto, algo de más sugerente y más bello que el brillante certamen; más bello que las armonías del conjunto; más bello que las flores inundando el ambiente de perfumes; más bello que la música, entre cuyos acordes parece que resonaran los cánticos serenos de la paz; más bello que la luz quebrándose sobre el esmeralda de las copas o iluminando viejas frentes gloriosas, a las que espera seguramente el mármol de las consagraciones imperecederas... En esta mesa donde hemos compartido el pan y la sal de una fraternidad indisoluble, resplandece también el júbilo de los pueblos, — dos pueblos jóvenes que, así como salvaron la hora difícil de su arribo a la vida libre, acaban de salvar, en un movimiento de serenidad y de cordura que honra a sus hombres directores, el período más grave de su historia; — dos pueblos

jóvenes que han de realizar unidos su misión civilizadora en esta parte de la América, que unidos han de recorrer su trayectoria triunfal al través del tiempo, y que unidos han de borrar del libro europeo ese gesto interrogante con que todavía nos agravia, divulgando en el mundo la convicción de que, en vigor, en fuerza, en organización, en fibra, en impulso de progreso, en moral y en dignidad, aquí está y aquí quedará el contrapeso meridional del continente.

Señores:

Böcklin, el artista alemán, autor de aquella tela horriblemente hermosa que representaba la última «Thule» — la isla sin riberas donde van a morar por fin, las almas de los que mueren en la tierra — trazó también, en pinceladas geniales y simbólicas, el cuadro de la Victoria. Entre un deslumbramiento de aceros, sobre los cuales se diría que flota el perfume trágico de la pólvora, se destacan, ungidos por el triunfo, los ojos del vencedor en una mirada larga y triste y honda; y coloreándolo todo, una gran mancha de sangre, al través de la cual parecen asomar la imprecación de los vencidos, el llanto de las madres, el dolor de las viudas y el gemir de los huérfanos...

Si la vista del intenso pintor germano se paseara sobre esta mesa, de aquí, señores, podría arrancar sus figuras para el cuadro de la Paz... En medio, la cara pálida del joven y brillante diplomático chileno, que en ningún momento, ni cuando la exacerbación de los ánimos llegó a su período álgido, ni cuando el torbellino callejero pareció arrasarlo todo, ni cuando la voz de las cancillerías se perdía entre el grito de las multitudes, sintió vacilar en su espíritu la confianza plena en las tranquilas y sensatas soluciones finales... A su lado — cubro con la evocación el claro que dejan los grandes ausentes — el primer magistrado de la Nación, que no por ceñir los entorchados de general, dejó de comprender un solo instante tampoco, que la paz era, esta vez, la más bella y la más noble de las victorias.

A su derecha, Mitre, el señor de la concordia; Mitre, en cuya honra, señor ministro, este pueblo hace flamear todos los días la seda de su azul y blanca; Mitre, cuya cabeza, marcada por la guerra, se diría envuelta en un hálito de la Biblia, cuando la evocamos aquí, en medio del festín, nívea y joven, irguiéndose imponente como la encarnación viva de toda la República...; junto a él, Pellegrini, desbordante de intuición y de talento, más brioso en su tarea de apagar la hoguera que sus propios adversarios en la de azuzarla, y que puso al servicio de la paz unas energías reveladoras de las que sería capaz de desplegar en la hora de las luchas; Uriburu y Quirno Costa, cuyas figuras se destacarían con perfiles personales y netos; Alcorta a quien es justiciero y triste evocar en medio de la fiesta, y Emilio Mitre, heredero del talento y las virtudes de su augusto padre y que consagró a la gran causa las columnas doctrinarias y severas del primer diario de América...

Sería el cuadro de la Paz, cuadro que podríamos contemplar levantando el corazón y sin sentir dentro del alma esa amargura indefinible que sugiere la tela sangrienta, evocadora de aquella pirámide colosal de cráneos con que otro pintor simbolizara el macabro balance de las guerras; sería el cuadro de la Paz, donde, en vez de la mancha roja que ensangrentaba al otro, resplandecería ese sol de bonanza bajo cuya caricia infinita la tierra germina toda su riqueza en las horas fecundas del trabajo; paz mil veces bendita, en nombre de la cual este pueblo se adelanta a ofreceros, señor ministro, el gajo de oliva simbólico; paz mil veces bendita, que inicia para estos países una era de grandeza cuya magnitud no alcanzamos acaso ni a sospechar todavía; paz en cuyo honor sería poco, para cantarla, orquestar todas las armonías que brotan de este pedazo riquísimo de suelo, venero inagotable que sólo pide un poco de calma para esplender en un desbordamiento prodigioso de riqueza; paz mil veces bendita, y a cuyos autores espera el bronce, porque han salvado del desastre a la civilización latinoamericana; paz que nos permitirá abrir de par en par las puertas

nuevos hogares a todas las actividades del mundo que quieran radicar en su seno y que precipitará hacia nosotro esa lluvia de hombres que la plétora arrojará de ultramar, — caravana interminable de músculo y de espíritu que, difundiéndose sobre el suelo amplio y generoso, fertilizando las campiñas ilimitadas, poblando de humanas voces las lejanías incultas y arrancando a la madre tierra todas sus riquezas, a la selva virgen todos sus secretos, al monte aurífero todos sus tesoros, al cielo azul todas sus sonrisas, a la invisible entraña todas sus respuestas, a la privilegiada naturaleza, en fin, todos sus dones, — convertirán a estas comarcas en la tierra prometida de los hijos del trabajo y permitirán a nuestros descendientes responder con un gesto triunfal a la pregunta de Torcuato Tasso: «*¿Dov'é il paradiso terrenale?*».

Señor ministro: en un rasgo digno de él, Víctor Hugo, golpeando sobre la tumba recién abierta de Gustavo de Kessler, gritó: «¡Vé y dile a Juan Jacobo de mi parte, que la libertad del pensamiento no existe en Francia!...».

¡Que vuestros conciudadanos y los nuestros, inspirados en una convicción diversa de la que dominaba el genial francés, podamos visitar algún día, en interminable peregrinación patriótica, la estatua de José de San Martín, alzada en vuestro suelo y en el nuestro; y golpeando sobre el bronce que perpetúa la imagen del gran capitán, podamos decirle: Y bien, señor de los Andes; ¡no fué tu esfuerzo vano! He aquí dos patrias grandes como tus ensueños infinitos, fuertes como tu espada de combate, altivas como las cumbres que escalaste y eternas como el sol que iluminó tu gloria... !

EN HONOR DEL Dr. DRAGO

Señores:

Nunca —el adverbio abre la cláusula con matemática precisión, — nunca, en esta tierra de los homenajes fáciles, se tendió con mayor razón que ahora la mesa del banquete jubiloso. Y explicárase acaso la inusitada brillantez de la ceremonia reparando que no es sólo el tributo a un hombre: es también el contento de un país lo que palpita en el seno de este concurso, tan rico de significaciones y de eficacias que no temo avanzar una fórmula revolucionaria afirmando que aquí, más y mejor que fuera de aquí, están las fuerzas directivas de la República... Fuerzas éstas que en su calidad de potencias permanentes son anteriores y superiores a las determinaciones adventicias del fenómeno político; fuerzas éstas que no gobiernan por períodos legales, pero gravitan por jornadas legítimas; fuerzas cuya caducidad suele no producir la muerte misma, porque desaparecidas en cuerpo sus encarnaciones terrenas, perduran en espíritu dirigiendo conciencias, sembrando ideales, marcando rumbos, señalando derroteros, abriendo caminos, orientando energías y acaudillando voluntades...

Un ilustre presidente argentino —Avellaneda— al colocar la piedra fundamental de una escuela primaria, pronunció estas palabras hondas y sencillas: «Nunca hemos estado más cerca del porvenir que en este momento». Parafraseándolo, podríais afirmar, doctor Drago, que jamás estuvisteis más cerca de la Patria que en este instante... Rodean vuestra mesa, en efecto, sus encarnaciones más altas, —desde el General, pre-

sente en espíritu y que debió presidirnos con la aureola de sus prestigios inequívocos desde Emilio Mitre, a quien está reservada la honra insigne de hacer vivir en las calles de Buenos Aires el ¡viva! familiar a sus muchedumbres encendidas; desde Guillermo Udaondo, cuyas virtudes patricias tienen del acero y del cristal la rigidez y la transparencia; desde todos, en fin, los viejos servidores de la República, cuyas canas platean cabezas que sólo por ella y para ella meditaron, hasta las más brillantes esperanzas de las generaciones nuevas que llegan con el alma trémula de homenaje para el vencedor argentino de La Haya...

A fe que si no nos hubiera tocado en suerte vivir estas horas un poco... californianas; si el entrevero ético a que estamos asistiendo no nos autorizara a decir, en una frase de apariencia paradojal, pero de verdad absoluta, que Buenos Aires es la única ciudad extranjera de la tierra, una inmensa muchedumbre habría acudido a las dársenas el día de vuestro arribo a la playa porteña, y en labios de la crónica habría podido estar la expresión compendiosa de Martí: «cada adoquín tenía su hombre»; pero consolémonos pensando que es la entraña de la República lo que se agita ahora, la Patria misma que destaca hacia vos sus vanguardias para proclamaros vencedor y rendiros el tributo solemne de sus aplausos y sus respetos...

Los habéis ganado en nobilísima porfía; y al universalizar vuestro nombre, al realizar la proeza histórica que la verba luminosa de nuestro Lugones acaba de exaltar en términos sólo comparables a la vibración de Carbó, a la elocuencia de Argerich, y a la suprema elegancia de Vedia, que se ha expedido como un griego de los mejores días, al universalizar, repito, vuestro nombre, desplegásteis el pabellón de la República sobre todos los ámbitos del mundo civilizado. ¡Sábese ya que no sólo trigo ha de exportar esta tierra!

Imagino el momento de la victoria en la vieja ciudad de Holanda. La «sala de los caballeros» está en sesión plena. Representantes de poderosos imperios y de grandes repúblicas ocupan las bancas del vasto recinto.

Es un solemne concurso. No en vano Nelidow, el presidente, ha podido afirmar emocionado en la sesión inaugural, que los anales del mundo no registraban hasta ese momento el espectáculo de una asamblea internacional en cuyo seno estuvieran representados, casi sin una excepción, todos los pueblos constituídos de la tierra. El auditorio es digno, en verdad, de inspirar un esfuerzo y de consagrar un triunfo. Allí el barón Marschall von Bieberstein, el ilustre alemán, de quien dicen sus connacionales que es la perspicacia y la prudencia hechas persona; allí Perter, decisivo y sagaz, al lado de Hill, Davis, Choate Rosse, Scott, Sperry, sus colegas de la Unión; allí León Bourgeois, prestigioso y atento en nombre de Francia; allí el Right Honorable sir Edward Fry, sentado por orden de Inglaterra; allí, en fin, hombres eminentes llegados de regiones lejanas y diversas... La «Drago doctrin», que dice Roosevelt en su último mensaje, había conseguido disipar un tanto el concepto desdeñoso con que habitualmente se prejuzgan las cosas de esta vilipendiada South América y la palabra del propio autor era esperada, bien que con menos fe que impaciencia. El delegado argentino habla. Su verbo es el nervioso y sobrio que acabamos de oír. Todo él, desde la voz, que tiene nobles sonoridades, hasta la complexión maciza, metódica y cerrada del alegato, denuncia una absoluta dominación del tema, y me parece estarlo viendo: primero, la expectativa ganada palmo a palmo por el orador, los entrecejos cerrándose en el gesto instintivo de la atención, las cabezas subiendo y bajando como en un tic tac irreprimible; los murmullos de aprobación saliendo de todas partes como amigos conjurados por el éxito, y por último, el aplauso, el aplauso sonoro y universal con que una asamblea de hombres eminentes llegados de lejanas tierras, proclamaban ante la faz del mundo la existencia de un pensador argentino!

La imagen plena de la Patria debió inundaros en aquel momento y —musa inspirada de los mejores esfuerzos y los mejores ensueños— debió pareceros

que en la vasta sala ondeaba la bandera bien amada en una suprema tremolación de júbilo...

Correrán los años. Incorporada al derecho positivo en la integridad de su forma y de su fondo, vuestra doctrina constituirá un principio legal; y allá, en ese futuro lejano cuya visión deslumbra la pupila; cuando los hijos de nuestros hijos conduzcan serenamente la nave vencedora; cuando ese Sol que va estampado entre las dos franjas del emblema, y que acaba de inspirar a Lugones la más bella de sus frases, parezca disputar al del Cielo el derecho de iluminar tanto esplendor, podrán aquéllos recordar con orgullo que la República, en los momentos iniciales de su hegemonía, tuvo una inspiración justa y misericordiasa que amparaba a los pueblos débiles conteniendo a los fuertes, la lanzó a la faz de los unos y los otros, salió con ella y por ella a una noble lucha de ideas, cruzó los mares, acudió a una cita de paladines, se batió como buena y como fuerte y se reintegró al hogar con un gajo de laurel entre las manos...

Señores:

Lo mismo en los viejos tiempos que en los de hoy, menos propicios a Marte, pero idénticamente iguales en cuanto a las emulaciones que despierta el éxito — el lauro conquistado en tierra extraña fué siempre el más precioso y duradero de todos. — Entonces como ahora, ¡oh inmutable condición humana! hubo para el vencedor, cuando lo fué de verdad, quienes aplaudieron, quienes imitaran y quienes envidiaran... Bien, doctor Drago: en alto la copa del vino auspicioso, brindo por que vuestros prestigios acrezcan en el caro suelo nativo; por que vuestros destinos se cumplan sin una dilación ni un desvío y por que para bien de la Patria y honra propia, sigáis dando motivos al aplauso, a la imitación y a la envidia.

EN HONOR DE UNA DELEGACION PARAGUAYA

Señores:

No sabría negarme a la cortés demanda ni eludir un esfuerzo grato al labio, ya que sólo se trata de traducir sentimientos arraigados y familiares. Sea, pues; y desde el seno de este gran diario, cuyas columnas robustas y severas dijéranse como enclavadas en el suelo mismo de la República para constituir algún día el monumento simbólico de la fraternidad americana, que fué en todo tiempo el anhelo más fuerte de sus direcciones; desde el seno de este gran diario cuyas mesas de trabajo están impregnadas de Mitre, que es como decir que lo están de patria, de democracia, de verdad, de tolerancia, de civilización, de concordia, de virtud, de luz y de amor, — yo saludo a su delegación selecta al Paraguay hermano, y bravío y evoco el recuerdo de la guerra famosa para pensar en alta voz que si sobre ser provocada por un despotismo, obligó a tres poderosos estados a confederarse para vencerlo, fácil es adivinar la suerte de sus espadas el día en que les tocara batirse en nombre de uno de esos ideales altos que multiplican la energía de las falanjes en marcha...

Guerra aquélla — puedo mentarla sin zozobra, ya que ¡loado sea Dios! dejó a los unos y a los otros en la integridaad de la honra y del solar, — guerra aquélla, señores, que no consiguió sembrar en el alma vencedora un solo rencor contra el pueblo vencido, como que no se había apagado todavía el estruendo de la última bomba cuando ya estaba resonando el rasgueo de la

primera lira que llevó a vuestros padres en versos candorosos y conmovidos el mensaje efusivo de los nuestros...

Señores delegados: Franja roja o franja blanca, nuestras dos banderas son iguales ante el presente y ante el futuro. Ideas nuevas avanzan. Frente a la Europa trabajada por disensiones étnicas que no nos alcanzan, por hondos problemas que no nos llegan y por odios tradicionales que no nos incumben, — soñamos con una América libérrima y solidaria, cohesionada en uno de esos conceptos profundos del internacionalismo inglés; soñamos con un egoísmo continental, y nuestras pupilas se dilatan ante el ensueño superior...

Decid a vuestros conciudadanos que el nombre del Paraguay, junto al ¡viva! ruidoso y sincero ha estado en el labio de las compactas muchedumbres porteñas; decidles que alta la visera, abierto el corazón y trémulas de lealtad las manos amigas les damos cita en la gloria y en la paz, como aquellos caballeros del medioevo, que después de jugarse la vida en la justa sangrienta, se adelantaban a proclamarse recíprocamente dignos el uno del otro; decidles que vuestra bandera y la nuestra han tremolado bajo brisas de Mayo en las calles de Buenos Aires, hermanadas por un nudo que no acertara a romper la espada de Alejandro; decidles, en fin, que para las actuales generaciones, el recuerdo de aquel rojo entrevero equivale a una aurora luminosa, — la aurora de un gran día que paraguayos y argentinos estamos en el deber ineludible de convivir en las comuniones fecundas del trabajo...

EN HONOR DEL Dr. JOSE INGENIEROS

Y bien, doctor: henos aquí de nuevo en torno suyo, rojas de aplauso otra vez las manos amigas y no extinguido todavía, por cierto, el rumor de los últimos tributos. A fe que si a cada manifestación de su talento hubiéramos de responder por nuestra parte con homenajes análogos a éste, habríamos de vivir — tal es, señores, su peregrina actividad mental — como aquellos sibaritas del Bajo Imperio, de quienes cuenta un biógafo que iban al festín del día no marchitas aún las rosas con que habían orlado los manteles del anterior... Fuerza es entonces concretar el pláceme; y al levantar las copas en honra del autor de los últimos triunfos, bebamos sin zozobra por el autor de los triunfos que vienen, porque para este infatigable trabajador, de quien acaba de poderse decir que es en sí mismo un estilista derivado de un decadente y un razonador surgido de un rebelde, — la última palabra de la obra concluída, sólo sugiere la imperiosa necesidad de volcarse todo entero en la obra futura... Es que en él coinciden, por modo admirable, la facultad de crear y la energía creadora; esa fecunda energía de la cual nos hablaba hace un momento en un largo párrafo sonoro que tanto podría parecer un himno como un credo: es que en él están la voluntad siempre en guardia y la idea siempre en vendimia, superabundándose a sí misma en sucesivas y cada vez más brillantes explosiones, — uno como bosque sin invierno donde todo fuera un verdear de ramas nuevas...; es que en él riman la visión y el nervio, el carácter y el destello, el «puedo» y el «quiero» de la

vieja fórmula animosa, eso, en fin, que el poeta de Méjico, a ratos elocuente, compendió en un sonoro verso:

> ... luz y firmeza.
> ¡Firmeza y luz como el cristal de roca!

Yo levanto una vez más mi copa en su honor, «viejo niño», que tiene de las altas horas de la vida el amor a las elevadas especulaciones y de las horas primeras, esa sana y fresca alegría del espíritu que es timbre de vencedores y promesa de triunfo seguro; yo levanto una vez más mi copa en su honor; y ante el espectáculo de esta energía sin ocios, que desde el anónmoi rincón originario ha sabido tender, más feliz que el hijo de Isaac, la escala de luz que le conduce a esta notoriedad respetable y respetada; ante el ejemplo de esta vida que trabaja, que se llena, que triunfa y que se impone, — invitemos, señores, a los que disimulan su impotencia con la estéril sonata de siempre, atribuyendo a nuestro medio intelectual deficiencias orgánicas y enrarecimientos asfixiantes, — invitémosles a pensar que aquí, como en todos los rincones del mundo para los cuales brilla el sol, cada labrador tiene su cosecha y cada vencedor tiene su palma, como cada capullo su eclosión y cada día su hora meridiana... Invitémosles a creer que también aquí hay una recompensa para estos nobles esfuerzos y que el medio mental en que vivimos, con ser «núbil y breve» como la niña del poema clásico, responde a estas austeras vigilias del propio modo como la campiña enorme va respondiendo con inagotables oladas de trigo a las preguntas benditas del arado y la semilla...

No; lo ha dicho muy bien el doctor Cantón: nuestro nivel intelectual avanza. Verdad es que el puesto político se subalterniza a gran galope, aquí como en todas las democracias de la tierra; verdad es que las tandas de mediocres corren a ocupar ruidosamente el puesto que antes fué de los ilustres, acaso porque la funcóin del gobeirno se impersonaliza del todo y porque los atributos del mando brillan más eficaces y destacados

cuanto más se escurre en su propia penumbra el sujeto físico que los lleva...; pero no es lícito inferir de ahí una baja en las acciones del pensamiento, pues si se destiñen las insignias oficiales, se acentúa, en cambio, el fulgor de las academias; y si la Francia — para citar un solo ejemplo — negó a Waldeck Rousseau el honor un tanto relativo del gobierno, precisamente porque tenía el defecto intrínseco de valer demasiado, — libre quedó para el gran francés el sendero de las públicas consagraciones, y palmas y lauros más duraderos que el bastón de M. Faure, premiaran ya, a no mediar la muerte, tanta consagración y tanto cerebro... Contramarche en buena hora la humanidad, en lo que a su tipo gobernante se refiere, hacia el *home buono* de las Partidas. Acaso estará en lo cierto. Entretanto, celebremos el advenimiento de estos «puros espíritus», ungidos por Taine, que viven replegados en su mentalidad como un monje en su convento, y que no ambicionan el puesto político ni corren tras el aplauso trivial de las muchedumbres, — aplaude tanto más irrespetable, señores, cuanto que para traducirse en sufragios a favor del mismo aplaudido, fuera menester tasar y pagar primero la menguada soberanía a razón de tantas lentejas por miserable!

Por usted brindo; por usted, que trabaja, que triunfa y que se impone sin contaminarse; por usted que va a su destino altiva y alegremente, como hacia el castillo de la mujer amada un joven caballero del medioevo, todo él radiante en la jubilosa seguridad de hallar al término del viaje la sonrisa y el premio..,; por usted, el primer compatriota a quien ha cabido la honra insigne de levantar su voz en la Sorbona, llevando, no por mandato expreso, pero sí por virtud de tácita delegación, la plenipotencia de todo el cerebro argentino; por usted que después de haber recorrido en el mundo lejanas tierras y en el campo doctrinario lejanas teorías, — acaba de confesar, «con la ternura de un hijo a la madre cariñosa» — son sus palabras, — que siente, intenso y vivo, el amor de la República y que allá, del otro lado de los mares, frente a las cumbres hel-

véticas o ante el Arno, que «madrigaliza» crónicas de viejas gentes florentinas, o bajo el aletazo de ese Mistral que peinó un día los penachos de la Gran Guardia, o ante el Rhin, cuyas olas parecían sugerir la visión inmediatas de las Walkyrias triunfantes, — creyó escuchar, sin embargo, como en una armonía indefinible, el eco de la patria ausente y percibir el ritmo amigo de una de esas ingenuas vidalitas entre cuyas notas palpita toda entera, en efecto, doctor, el alma de la raza . . .; por usted, que acaba de conminarnos al trabajo en palabras severas como una parábola del Evangelio; por usted, en fin, fecundo y firme que sale de cada esfuerzo más entero y más completo, como esas corrientes de agua que bajan de la montaña y que más brillantes reverberan bajo el sol cuanto más peñascos han golpeado en el camino . . .

AL RETORNO DE "LA URUGUAY"

Señores:

Todos los sabéis; el pueblo entero se lanzó a las dársenas; y cuando, asomándose al Plata, vió, allá a lo lejos, la silueta del barco que retornaba herido, desarbolado, inválido pero vencedor, más hermoso que una carabela de Lepanto porque allí estaba el denuedo que salva y no el denuedo que mata, — una clarinada de las almas se dilató en el espacio y un redoble de corazones vibró en el aire... Y tal la impaciencia por llegar a los brazos efusivos y varoniles, que un hálito de aquella inmensa muchedumbre pareció destaccarse solo; un hálito de aquella inmensa muchedumbre se volcó en el río, rieló en las olas, saltó sobre la borda ennegrecida, acarició primero la anquilosis gloriosa de los palos rotos y serpeando invisible por el mástil, fué a confundirse allá arriba en un beso inefable con el penacho bien amado que flameaba al tope! Después, el poema de las calles, las flores, las palmas y los lauros, el llanto de las mujeres, el ¡hurrah! enronquecido de los hombres, los ojos de los niños alzándose perplejos para mirar hacia la gloria y el pueblo, — el pueblo grande, soberano, generoso «como un atleta manso», cubriendo la calzada con la planta y purificando el aire con el júbilo... ¡Ah, podéis sentiros felices! Y no es que ese pueblo, de suyo extremoso y entusiasta, magnifique el éxito. No: es bello ese triunfo porque como acaba de deciros el elocuente doctor Cané, «simboliza para nostros el brillo perenne de la estrella argentina»; bello no sólo por lo que *La Uruguay* ha hecho, sino por lo que iba dispuesta a ha-

cer; bello porque vos, comandante, habéis desplegado en un minuto el pabellón nacional sobre todos los ámbitos del mundo conocido...; bello, porque todo esto — la iniciativa, el esfuerzo, el éxito — está reposando sobre el latido más selecto que puede agitar el corazón de un pueblo; bello, porque no podemos pensar sin emoción que allá, en algún hogar lejano de la Suecia, la buena nueva de esta jornada ha hecho reabrir las flores marchitas del jardín solariego; y que acaso en este mismo momento, una madre vieja, encanecida por el martirio de la expectativa, abre la bandera argentina y la inunda de lágrimas y la besa y la oprime sobre el pecho palpitante, y en su lengua y en su dogma balbucea para ella la plegaria entrecortada de todas las gratitudes...; bello, porque encuadra en los anhelos de este gran siglo, hostil a la guerra, — dejadme decíroslo, comandante, aunque ciñáis espada — siglo en el cual la fraternidad de los hombres es una visión ardiente de las almas; siglo en el cual vuestra corbeta hace llorar de júbilo, porque en vez de exhibirse al respeto universal con las espadas tintas en la sangre de la muerte, se yergue con las banderas aureoladas por el resplandor de la vida! Por vos y vuestros compañeros; por vos y los vuestros, sabio doctor, arrancado a la entraña polar por esa mensajera de nuestros corazones, a cuyo bordo iba también el voto anheloso de las madres argentinas...; por vos y los vuestros; y que al regresar a la patria lejana, digáis a vuestros hermanos que aquí, de este lado de los mares sombreada por montañas las más altas de la tierra y acariciada por el Plata rumoroso, — crece y se desenvuelve una pujante civilización nueva, un pueblo joven, brioso y elástico, cuyas naves, listas para las jornadas de la guerra donde se consuma la gloria con la sangre de la muerte, listas están también para las jornadas de la paz donde se la conquista con la gratitud de las vidas, un pueblo cuyos hijos saben cómo ha de morirse por la Patria y saben también cómo se lucha, cómo se triunfa y cómo se muere por la causa de la humanidad y de la ciencia,

EN HONOR DEL GENERAL RICCHIERI

Señores:

....

....

La huella de su paso está ahí, visible y enérgica. Asume la dirección del ejército en horas de intensa expectativa: hay que prepararse para la guerra inmediata; y el hombre organiza con celeridad realmente extraordinaria. Modifica la táctica, incorporando a ella, además de sus últimas fórmulas técnicas, conceptos personales y precisos; inspirado bien o mal, pero movido siempre por un amplio espíritu innovador, transfigura el tipo del miliciano, trocando las curvas características del criollo por la rigidez germana; inunda a la República de polígonos de tiro, donde los ciudadanos readquieren la olvidada noción de que por esa boca negra y redonda del fusil que se vuelca bajo el ojo certero del tirador, están hablando a un tiempo mismo el espíritu de los abuelos que han muerto, la esperanza de las madres que viven y la gratitud segura de las progenies que vienen...; difunde entre sus soldados conceptos sobrios y hondos de patria, de disciplina, de guerra; está en todas partes, multiplicándose en actividades fecundas, y cuando la inevitable agresión de los hombres se encarniza con el reformador atrevido, el reformador no vuelve la cara para recoger el agravio y hacer su defensa, porque tiene contadas las horas para preparar la de la República...

Las últimas maniobras constituyen su consagración. Los incrédulos se entregan, los indiferentes aplauden, los hostiles callan... Allí consuma, por fin, la victoria esperada. Evoquemos, señores, para sentir, siquiera sea

pálidamente, la sensación jubilosa. Sobre el campo verde, que se dilata en sinuosidades leves, como un trapo desplegado al viento, las líneas de conscriptos accionaban a conjuros de la nota rápida y seca de la voz de mando y dijéranse vértebras aquellas hileras uniformes, rítmicas y seguras. Ni un solo resorte falla o se resiente en la multiplicidad del engranaje trágico: hay una precisión matemática gobernándolo todo, y es primero un relámpago, en seguida una trepidación y después una avalancha, aquella formidable complicación de músculos y aceros que atropellan en un hacinamiento articulado, inflexible, luminoso, estupendo... Es la caballería que carga; es el jinete legendario de nuestras llanuras sometido a las severas pautas de la ciencia militar moderna; es la carga que hoy, que se exhala en silencio, magnífica y muda, camino de su punto final de horadación y haciendo pensar por antítesis en la *montonera* heroica de otro tiempo, cuyo redomón bravío — hay que decirlo también — no detuvo el galope sino cuando su jinete lo hizo *rayar* en los umbrales mismos de la gloria!

Debió ser harto elocuente el alegato que derivaba de aquellas maniobras, cuando las hostilidades más atiborradas de obcecación se sintieron tocadas por él; y he de añadir un detalle conmovedor: Levalle, el noble, el brioso, el fuerte Levalle, el que lucía en el pecho redondeces de coraza, el hijo predilecto de los campamentos en marcha; aquel cuyos ojos no brillaron nunca tan hermosos como cuando se irradió sobre ellos la luz de los fogones; Levalle, el representante típico del viejo ejército cuyas exterioridades tradicionales iban desapareciendo bajo la osada reforma, — en señal de adhesión y de respeto al joven y brillante Coronel, le anticipó, como un regalo y como un augurio, las bocamangas del traje de General que viste esta noche...

Precioso legado, señor Ministro; él simboliza en vuestra chaquetilla, la plena armonía entre el ejército de ayer y el de hoy; entre aquél, aguerrido y audaz, que labró su primer poema rojo sobre el estero paraguayo, y este otro que tiende sus líneas — yo levanto la mano para jurarlo — auspiciado por la confianza entera de las

nuevas generaciones argentinas... Precioso legado, señor Ministro. ¡Quiera el cielo que si alguna vez suena para nosotros la hora de la sangre y los clarines, sea cual fuere el sitio en que os toque desenvolver vuestra energía, — en el campamento lejano, frente al enemigo, en la alta noche, en medio de cuyas sombras las carpas blanquearán apenas, como mármoles de gloria insinuándose entre las incertidumbres del momento — esas bocamangas robustezcan en vuestro espíritu la convicción de que tras el ejército actual hay una sagrada tradición de gloria que es fuerza saludar en el pasado, revivir en el presente y prolongar en el futuro!

....

....

ACCIDENTES DEL TRABAJO

Este proyecto, que tengo el honor de subscribir, conjuntamente con mi distinguido colega el señor diputado por la capital, doctor Avellaneda, a la vez que conduce a satisfacer necesidades positivas, obedece a un movimiento de previsión que constituye hoy la fuerza inicial diré así, de la acción legislativa de la Europa, donde se han proclamado ya como verdades incontrovertibles que a hechos nuevos corresponden nuevas leyes, reclamadas por las exigencias cada vez más complejas de la vida moderna; que la cultura jurídica debe evolucionar simultáneamente con la cultura social y lo que fué antes para un sujeto de derecho esperanza apenas vislumbrada, es hoy, en razón de los principios nuevos que el comercio de las ideas va consagrando todos los días, una verdad legal que le acompaña y ampara. *(¡Muy bien! ¡Muy bien!).*

No es, ciertamente, una creación, ni pretende serlo. Viene de esa misma Europa, donde, fruto de amargas experiencias, es la resultante de luminosas deliberaciones que son por sí solas el mejor endoso moral con que los autores de este proyecto pueden abonar la modestia de sus opiniones. *(¡Muy bien! ¡Muy bien!)*

No es tampoco, como lo han insinuado algunos, afortunadamente fuera de la Cámara, un proyecto prematuro. Se ha dicho que debiendo reducirse los beneficios de esta ley a la capital de la República y territorios nacionales, no vale la pena de dictarla. Me bastará una cifra para replicar: en la capital de la República trabaján, entre talleres de manufactura y construcción o reparación de edificios, cerca de doscientos mil obreros. No hay

sobre el particular estadísticas absolutamente depuradas, pero es éste el dato más exacto.

Quien haya escuchado el rumor de las necesidades de esa muchedumbre; quien se haya detenido a recordar que todas y cada una de las ventajas que los obreros han obtenido entre nosotros no han sido el resultado de la acción gubernamental, que para nada se ha dejado sentir sobre ellos, sino la consecuencia de iniciativas de color socialista; quien se haya sentido reverdecer en sus recuerdos aquel concepto de Bismarck según el cual «nada exacerba tanto la protesta de abajo como la inacción de arriba» y convendrá conmigo en que este proyecto es absolutamente necesario.

La situación de los inválidos del trabajo, como se les ha llamado con propiedad, es, de acuerdo con las leyes vigentes, deplorable. Pueden iniciar contra el patrón o empresa una acción penal, cuando están de por medio circunstancias que autorizan esta vía o una acción civil, acciones ambas largas y costosas, acciones en las cuales el pobre debe pleitear contra el rico, acciones ambas, lo que sabe bien la honorable Cámara, en que ni a pensar se atreven los interesados.

Citaré dos casos ocurridos en los últimos días en esta capital, casos cuya autenticidad puedo garantizar a la honorable Cámara, porque la he comprobado personalmente.

Un obrero, cuyo nombre tengo aquí, argentino, de 34 años, padre de una criatura de nueve y casado con una mujer enferma e imposibilitada para el trabajo, sufre un accidente en la rueda de una máquina a vapor en que trabaja, pasa al hospital y muere. Y aquí, donde el drama debía terminar, empieza recién. Cuarenta y ocho horas después, la madre y el hijo eran arrojados a la calle, de la pieza que ocupaban en el fondo de un conventillo, en virtud de una orden de lanzamiento dictada por por el juez de paz de la sección; y allí quedarían, en plena calle, sin abrigo, sin rumbo, sin derecho alguno que invocar ante nadie, tal vez para que la rueda de la miseria, implacable como la del taller, concluyera en la familia la obra de destrucción comenzada en el padre... *(¡Muy*

bien!) (Aplausos prolongados en las bancas y en la barra).

He podido comprobar que el comisario de policía de la sección, conmovido ante este espectáculo, ya conocido para él porque se repite con frecuencia, alojó durante cuatro días a la madre y al niño, — cuatro días durante los cuales la madre miraría al porvenir incierto, y en los ojos de la madre clavaría los suyos, absortos, la criatura, en cuya cabeza de nueve años quedó tal vez sembrada aquel día la semilla de un libertario futuro... *(Aplausos).*

Otro caso, señor presidente, más sugestivo. Un obrero argentino, de cincuenta años de edad, soltero, trabajador, sobrio, de antecedentes inmejorables, sufre un accidente en el trabajo y es conducido al hospital, donde se le amputan las dos piernas. Dado de alta, arrastra durante ocho días por las calles de Buenos Aires su dolor y su miseria, y se suicida. Ante aquel cadáver no habría podido repetirse la frase histórica: «He aquí una víctima de las leyes». No, señor presidente: ¡fué una víctima de la falta de leyes! Y en un país como el nuestro, que a pesar de haber inspirado las suyas en las más liberales del mundo, no ha incorporado todavía a su legislación el principio irrefragable de que así como el patrón responde del perjuicio que le irroga la máquina que se descompone o se pierde, con mayor razón debe responder de esos perjuicios, si esa máquina está hecha de sangre y de músculo, si esa máquina es una criatura humana que siente, que piensa, que sufre y que ama! *(¡Muy bien!) (Grandes aplausos).*

Y si tal ocurre aquí, en la capital de la República, en medio de su numerosa población, ¿qué no sucederá en otras partes, en el interior del país por ejemplo, hasta donde no podrán alcanzar los beneficios de esta ley necesariamente limitada a la capital y territorios nacionales, — en esos establecimientos alejados de los grandes centros, en los cuales el patrón, además de las tiranías inevitables del capital sobre el trabajo, ejerce las de un irritante y anacrónico señor feudal? ¡De labios de dos distinguidos miembros de esta honorable Cámara, los

señores diputados por Tucumán, Bores y Lucero, he tenido ocasión de escuchar, en oportunidades distintas, la impresión de dolor que producía en sus espíritus, el espectáculo de obreros, amputados algunos de sus órganos por los «trapiches», y arrojados en seguida por el patrón implacable a las salas del hospital!

La Europa entera ha legislado sobre este particular. Suiza, en 1854, con su ley de fábricas, que complementó el 81 y el 87; Alemania, en el 84; Austria, en el 87; Noruega, en el 94; Inglaterra, en el 97; España, en 1900; Dinamarca, Italia y Francia, en 1898, y los estados de la Unión, en 1895.

Está triunfante en todos estos puntos el principio del «riesgo profesional». Se ha dicho — y tomaré la frase textual del debate parlamentario que últimamente ha tenido lugar en la cámara francesa: «Desde que la industria ha substituído la máquina humana por la máquina de acero, la fuerza inteligente y responsable por la fuerza ciega e irresponsable, el trabajo en el taller por el trabajador aislado, todo ha cambiado, y al dominio de la libertad ha sucedido el del riesgo; en otros términos, el problema que era antes jurídico es hoy económico y social».

Entre nosotros. no hay una sola palabra de legislación al respecto.

Cuestión inestudiada aquí, señor presidente, la cuestión obrera, no sé si porque es rasgo característico de nuestro temperamento desviar la atención de todo aquello que pueda absorberla por entero, o porque hemos arribado a la conclusión acomodaticia de que esa cuestión no existe propiamente entre nosotros, toda vez que la serenidad de nuestra atmósfera no ha sido alterada todavía por el estampido siniestro que hoy perturba la meditación de todos los pensadores de la tierra; cuestión inestudiada aquí a pesar de ser el nuestro un país de inmigración, país de profusas muchedumbres obreras, país cuya grandeza habrá de consumarse en las jornadas tranquilas de la paz, abierto a todas las aptitudes que quieran radicarse en su seno y del que podría decirse sin hipérbole que si el hado adverso no dispone

lo contrario, será con el tiempo y en un futuro no lejano, la tierra predilecta de los hijos del trabajo; cuestión inestudiada aquí, señor presidente, a pesar de no ser una novedad para nostros, que en el fondo de cada obrero inmigrante que abandona su patria para dirigirse a la nuestra y se lanza, mar abajo, en busca de otras tierras y otros aires, viene el germen de una protesta secular, ahogada por la esperanza de hallar leyes mejores, más humanas y más prudentes, en el seno de estos países nuevos que lo llaman con las solicitaciones imperiosas del mundo joven...; cuestión inestudiada aquí, a pesar de ser hoy una verdad aceptada como axioma, que así como el Estado debe mirar hacia adelante para lanzarse por el camino de los grandes rumbos, y hacia arriba para inspirarse en Dios, está también en el deber de mirar hacia abajo, donde la masa anónima construye, hilada por hilada, la obra magna de la grandeza común; donde más vigorosas resuenan las palpitaciones del alma total; donde están todos los esfuerzos y por eso mismo todos los dolores; donde entre el rumor de los talleres y el estrépito de las fábricas y el chispear de los martillos, se realiza sin intervalos la epopeya fecunda de la sangre y de la vida... *(¡Muy bien!) (Aplausos).*

Un escritor norteamericano, Wright, después de haber desempeñado durante quince años las funciones de Comisario del trabajo — un puesto importantísimo que, como se sabe, existe en la Unión, — escribió su libro, un hondo libro, lleno de ciencia y experiencia.

Hay en él un capítulo entero destinado a describir la huelga de Chicago, la huelga del 1º de mayo, fecha trágicamente memorable que sólo Dios sabe si está destinada a constituir el día 1º en un calendario desconocido todavía... *(Aplausos).*

Recuerda Wrihgt cómo aquellas muchedumbres, lanzadas primero en el camino de la protesta tranquila, fueron exacerbándose hasta llegar al de la desesperación, y cómo del fondo de aquella masa humana fué lentamente surgiendo el penacho rojo de todas las locuras

y todas las venganzas. *(¡Muy bien! ¡Muy bien!) (Aplausos).*

Y cuando ha concluido de pintar este cuadro sombrío, cierra su capítulo con una afirmación que vale un proceso. Todo aquello, dice, pudo evitarse, porque todo aquello pudo preverse. Señor presidente: en esta sola frase podría estar fundado este proyecto.

Gobernar es prever, podría decirse, parafraseando el viejo concepto de Alberdi; y es tiempo ya de que este pueblo joven aproveche las ventajas que importa su propia juventud.

Estamos acostumbrados a disculpar yerros comunes con aquello de que somos demasiado jóvenes, olvidando que si en efecto no tenemos sino noventa años de vida propia, están a nuestro alcance siglos y siglos de vida ajena, con un caudal riquísimo de experiencia que tenemos el deber de aprovechar... *(Aplausos).*

La cuestión obrera, entre nosotros — y no digo la cuestión social por no disentir con los que afirman que esa cuestión no puede existir aquí, — la cuestión obrera entre nosotros decía, señor presidente, puede asumir caracteres peligrosos doblemente, porque están de por medio circunstancias especialísimas que he de hacer notar a la honorable Cámara.

En las multitudes obreras de Francia, por ejemplo, y podría nombrar a cualquier otra de las naciones del mismo continente, existe, más o menos desarrollado, más o menos olvidado ya, pero existe, el sentimiento de la nacionalidad, el amor al país, el respeto instintivo a las instituciones, circunstancias todas ellas que han constituído un freno para evitar unas veces y deferir otras el estallido de los descontentos.

Nada de esto existe aquí, donde la multitud trabajadora es eminentemente extranjera, pues el obrero argentino representa apenas un veintiocho por ciento del total. Asistimos, por otra parte, y no es esto tampoco una novedad para nadie, a la formación de nuestra nacionalidad, período grave en verdad y es deber elemental de prudencia, alejar todas las complicaciones que pudieran perturbar la evolución lógica de este proceso de suyo

difícil, — sea siquiera para que mañana, cuando los años hayan transcurrido, cuando haya pasado para la República y especialmente para sus grandes centros poblados esta hora peligrosa de homogeneización social que los perturba, hora de verdadera revolución étnica, hora de formación y transformación de razas; mañana, cuando por encima de los rumores de esta cosmópolis en que vivimos empiecen a sonar por fin las primeras palpitaciones del alma propia, las generaciones de entonces, a las que será dado contemplar el espectáculo jubiloso de la nacionalidad salvada, puedan volver sin rubor la mirada hacia atrás, y decir de los legisladores de hoy, que estuvieron a la altura de sus deberes en las horas inciertas de la infancia nacional. *(Aplausos).*

Una palabra más, y habré concluído, porque me asalta el temor de violar la prescripción reglamentaria que impone la brevedad.

Señor presidente: En la atmósfera moral de este comienzo de siglo fermentan ideas nuevas.

De abajo, de lo más hondo como de los cimientos mismos de la sociedad humana, viene un solemne clamoreo, que ninguno de nosotros sabe si estará destinado a ahogarse ahí mismo o a retoñar mañana entre las notas de una formidable Marsellesa nueva. *(¡Muy bien!)*

Sea como fuere, encogernos de hombros ante la voz que sube, no inspirarnos en el propósito de evitar protestas posibles por medio de leyes previsoras, fuera indigno de nuestra conciencia, de nuestros deberes y de nuestros sentimientos. De nuestras conciencias, porque el problema está ya todo entero dentro de ellas; de nuestros deberes, porque el primero de todos consiste en conjurar complicaciones; y de nuestros sentimientos, porque la larga legión de los que sufren alza en sus manos la insignia del dolor, ante la cual todas las cabezas se descubren para inclinarse y todos los espíritus se repliegan para meditar.

En tales ideas se inspira este proyecto, y al pedir a mis honorables colegas el apoyo necesario para que corra el trámite de estilo, séame permitido agradecer a la honorable Cámara la benevolencia con que lo ha escuchado, hoy que por primera vez tuvo la honra el autor de alzar la voz en su seno. *(Aplausos prolongados).*

EL ESCRUTINIO UNINOMINAL

Señor Roldán. — Pido la palabra.

Voy a votar en favor del despacho de la comisión y quiero dar las razones que determinan mi juicio en este asunto, positivamente vinculado a los más caros intereses públicos, pues que, según la expresión exacta de Tocqueville, a quien yo voy a citar a pesar del chiste que recordaba mi elocuente colega por Tucumán, debatir sobre sistemas electorales es tratar de la vida misma de los Estados a que han de aplicarse.

Este proyecto tiene, como lo hacía notar el señor miembro informante de la comisión de negocios constitucionales, una verdadera historia parlamentaria. Tres veces, en el espacio de cuarenta años próximamente, ha venido a la discusión del parlamento, y otras tantas ha sido rechazado, después de luminosas controversias.

Ahora, con más razón que en el debate del 90 — y al referirme a él séame permitido añadir mis elogios de hoy a los que resonaron entonces en honor de mi colega por Corrientes, el doctor Balestra...

Señor Balestra. — ¡Muchas gracias!

Señor Roldán. — ...cuyo nombre, en los anales de esta casa, es menester buscar en los días de las grandes luchas doctrinarias y en la primera fila de los innovadores valerosos, — ahora, repito, sería del caso, con más razón que entonces, que cuando una idea no muere, a pesar de tantos rechazos, y reingresa al debate, a pesar de tantas derrotas, es porque debe tener muchos prestigios de vida propia y raíces muy hondas en el pensamiento nacional. *(¡Muy bien!). (Aplausos).*

Son, efectivamente, antiguos conocidos, señor presi-

dente, aquella idea y este recinto; y si fuera posible que el eco de la palabra humana reviviera de pronto en el espacio, como revive el recuerdo en el espíritu, habría vacilado mi distinguido colega por Tucumán antes de avanzar algunos conceptos que ha escuchado la Cámara, porque habría debido temer juiciosamente que viejas y vigorosas réplicas se adelantaran a recogerlos o que por ahí, viboreando entre las bancas reapareciera de pronto una de aquellas exclamaciones de Vélez a las cuales la tonada característica daba todavía más gracia y más fuerza, y que parecían a veces golpes venidos de lo alto, como que para mirar hacia el error, el gran cordobés tuvo siempre que mirar hacia abajo... *(¡Muy bien!) (Grandes aplausos).*

Señor Lucero. — Tenía el don de gentes ese gran cordobes, que percibía debajo del pantalón el fleco del calzoncillo!

Señor Rondán. — Yo siento tener que repetir ahora palabras del señor diputado: «deseo no ser interrumpido».

Señor Presidente. — Ruego al señor diputado se sirva no interrumpir.

Señor Roldán. — En un punto fundamental coinciden felizmente, hoy como ayer y como siempre, todas las opiniones: en la necesidad de *hacer algo* y en la importancia de la reforma, reforma que trae consigo, desde luego, este título inequívoco: ella vendrá a reemplazar un orden de cosas sencillamente deplorable, un régimen de gobernadores electores, un régimen caduco que ha dado todo lo que podía hacer, que ha descrito ya su trayectoria total; régimen respecto del cual antes de formular la palabra inevitable y amarga de la censura, ha de hacer el recuerdo justiciero que pondrá de manifiesto, por otra parte, la sinceridad con que vengo a este debate.

Señor presidente: bajo este sistema tan enérgicamente flagelado por el miembro informante de la comisión y por el señor diputado por Tucumán que deja la palabra, bajo este régimen se ha salvado el país, y la republiqueta de antaño, anarquizada y gauchesca, ha llegado a ser la nacionalidad robusta que se alza hoy en su

continente con todos los vigores de una cada vez menos discutida hegemonía. Bajo el actual sistema hemos salvado estas dos vallas formidables: el caudillaje y la revolución. Ya no hay caudillos en la vieja y lúgubre acepción de la palabra. El que pintó la pluma de Sarmiento ha desaparecido para siempre, no ya hundiéndose en las pampas lejanas, «alta el ala del sombrero» como lo quiere la leyenda, sino incorporándose a la civilización y aportando a ella el bagaje fecundo de su inteligencia y su actividad. *(¡Muy bien!)*

El tipo de nuestro revolucionario, aquel que se *extraviaba a menudo,* según la expresión del doctor Lucero, ha desaparecido también, y ha desaparecido por acto voluntario y deliberado, como que llegó a faltarle ambiente para vivir. Con aquél, inolvidable, que se fué para siempre en hora trágica; con aquél a quien no es posible evocar sin respeto porque era la expresión misma de la multitud con todas sus generosidades y todas sus impremeditaciones; con aquél que tenía la mirada a la vez brava y romántica, como que era el símbolo vivo de toda la raza, a la vez levantisca y soñadora, — con aquél, señor presidente, murió el último de todos... *(¡Muy bien! ¡Muy bien!).* Bajo el sistema actual —hagámosle justicia— lucharon y se desenvolvieron nuestros padres, legándonos, después de todo, una herencia de probidad republicana que no sé si sabremos honrar debidamente; nuestros padres, que amaban a la República con una austera sencillez, de que no parecen dispuestas a dar nuevo ejemplo las generaciones que surgen, no sé si porque así lo quiere el cosmopolitismo invasor y resonante o porque el *snobismo* moderno ha decretado una sonrisa de buen tono en los labios que se abran para pronunciar esas grandes en cuyo nombre y a cuyo amparo marchaban nuestros abuelos al sacrificio y a la gloria... *(Grandes aplausos).*

Viene a mí en este momento —la Cámara, bondadosa siempre, me permitirá que interrumpa esta expresición con una reminiscencia — el recuerdo de una escena íntima que alguna vez me fué dado presenciar y que sintetiza de una manera concluyente, el como cómo aquellos

hombres se sentían vinculados a las cosas de la tierra.

Era un aniversario nacional, un 25 de Mayo. Sentados en el sofá de una sala modesta, dos viejos abuelos. Ella, con ese perfil de camafeo de que nos habla el poeta, las canas como dos alas de cisne abiertas sobre la frente sin sombra. El, la encarnación del tipo criollo que se va, llevándose consigo lo mejor, lo más puro, lo más bravo, lo más bueno, lo más fresco del alma nativa. Callaban los viejos, quizá evocando... De pronto, como movidos de súbita inspiración, se pusieron de pie, mudos, solemnes, religiosos, inclinadas al suelo las cabezas venerables, entrelazadas las manos como en una divina conjunción de latidos... Era que manos infantiles hacían sonar en el piano el Himno Nacional; y las notas graves y pausadas de la Canción de la Patria, flotando en el silencio de la sala solariega, pudieron parecerme una bandada de palomas blanquísimas que vinieran a depositar el beso de una invisible despedida sobre aquellas dos postreras encarnaciones del alma criolla! *(¡Muy bien; muy bien! Grandes aplausos).*

Bajo el actual sistema luchaban esos hombres, señor presidente, muchos de cuyos ejemplares viven todavía, incontaminados y rugosos, confundiéndose con la generación de sus nietos, como según la bella expresión de un escritor argentino «las ondas dulces y las corrientes amargas se confunden en los lindes de los mares y los ríos». *(¡Muy bien!).*

Pero he aquí que el actual sistema ha caducado ya; ha llegado a su grado máximo de desprestigio; el uso y el abuso lo han llevado ahí. Ya no hay un resquicio, por oculto que sea, con el cual — todos lo sabemos — no estén familiarizados los profesionales del voto. Como sistema, hoy, se le podía definir sencillamente: el del fraude.

No soy de los que creen que sólo a los defectos de la ley vigente debe atribuirse este estado de cosas, esta indiferencia cívica, interrumpida a veces por inesperadas explosiones, que han hecho decir a un eminente hombre público argentino que la epilepsia es la exteriorización más normal de nuestro temperamento político.

Pienso que causas más hondas producen el fenómeno: en primer término, una tendencia orgánica a la indolencia en las clases directoras, y, en segundo, ese cosmopolitismo a que aludí antes, bajo cuya capa multicolor van languideciendo lentamente todas las energías nativas, no sé si para resurgir mañana más fuertes y más puras, o para quedar definitivamente sepultadas bajo las cenizas de oro del progreso material, porque cuando la mirada de la actualidad se hunde en el futuro para escrutarlo, ignora si lo que ve allá a lo lejos, como proyección final de esta nacionalidad a cuya formación asistimos, es la bandera neta que vislumbró Sarmiento o aquella otra incolora, que señalaba en las afueras de la vieja Roma el lugar de la tienda de los mercaderes... Temores que se alejan por cierto del espíritu, señor presidente, cuando reabriendo la crónica de nuestro pasado, comprobamos con mezcla de orgullo y dolor, que cada conquista institucional ha tenido un prólogo de sangre generosa, que ha sido menester cavar muy hondo para hallar el agua cristalina y que la estatua de las libertades presentes podría alzarse como sobre un palpitante pedestal de sacrificio... *(¡Muy bien! ¡Muy bien!)*.

Ni soy de los que creen que el pueblo es el culpable del actual estado de cosas. Todos los que hemos pasado una vez por la tribuna popular, todos los que hemos frecuentado la plaza en sus grandes días, todos los que conocemos al pueblo, sabemos que se le calumnia y se le engaña; todos sabemos cuán sensible es, a pesar de habérsele mistificado tanto, a las conminaciones del patriotismo, y últimamente, cuando sonó para la República la hora del conflicto internacional probable, cuando la mirada de todos nosotros se dirigió, anhelosamente, hacia las energías de la masa, todos pudimos escuchar alborozados el latir de su corazón, como un inmenso redoble de batalla y de victoria. *(¡Muy bien! ¡Muy bien!)*.

No es él el culpable; son otros a quienes Deschamps en un libro reciente y hermoso llama *los gerentes de la política;* ellos, por razones, en su sentir, de higiene moral viven alejados de la multitud; en las vísperas de

las renovaciones legislativas o presidenciales — y en este último caso se opera a toda orquesta *(risas)* — la llaman, y, alta la cabeza, la voz hueca, solemne el ademán y la cara de los grandes días, le hablan de la patria y de la urna y del voto, y le repiten que cuando el pueblo olvida el camino de los comicios, los advenedizos descubren la senda del poder. Y luego se vuelven a sus cuarteles de invierno; mas, rodeando la bandera, quedan a veces las segundas partes de la compañía, bregando por sus respetos, y alcanzan o no alcanzan posiciones, pero cumplen con su deber y llenan el claro.

Cuando, en la rotación incesante, se repite la elección, los gerentes descienden de su pedestal; pero esta vez con un gesto desdeñoso para los compañeros que han estado ahí, dando y recibiendo golpes, manchándose en el polvo de la lucha, mientras ellos permanecían en los balcones, impecables en su honorabilidad inofensiva. *(¡Muy bien! Aplausos).*

Señor Castellanos. — ¡Esa es la verdad, señor diputado!

Señor Roldán. — Con el sistema que establece este proyecto, ese tipo abominable y profuso de nuestra democracia tendrá forzosamente que desaparecer, porque cuando un hombre, por alta que sea su posición social, intelectual o pecuniaria, aspire al honor de los puestos electivos, tendrá que constituir, si puede, eso que Roosevelt, el presidente de la Unión, llamaba en un poderoso y reciente discurso, «el punto de incidencia entre las simpatías horizontales y verticales»; tendrá que ponerse en contacto con la multitud, solidarizarse con sus necesidades, con sus esperanzas, con sus anhelos, con sus dolores, con sus miserias . . . y ya veremos entonces, señor presidente, cómo las levitas impecables se arrugan entre el polvo de los entreveros y cómo los tenorinos de la política atildados y pulcrérrimos, sienten la necesidad de virilizarse en las jornadas hombrunas de la democracia. *(¡Muy bien! Aplausos).*

Pero — dicen los impugnadores — ahora como antes, *«se nos viene el pequeño caudillo».*

Señor presidente: argumentar de esta manera, es no

darse cuenta de que apenas puesta en vigencia esta ley nueva e incorporada a las costumbres, todo este frágil y deleznable armazón electoral de la actualidad se deshará como por arte de encantamiento, y que nuevos hombres, nuevos anhelos, nuevas esperanzas y nuevos ideales vendrán a tonificar el escenario político de la República.

Yo no he conocido hasta aquí, ni de labios del señor diputado por Tucumán ni de los debates del 89, 90 y 93, un solo argumento contra el distrito, que no sea una repetición de los viejos y conocidos argumentos contra el sufragio universal.

¡Si ya sabemos que el sufragio universal entraña el peligro de traer a la Cámara el mal elemento! ¡Ya sabemos que no todo es perfección en esta materia!

Por avanzada que sea la civilización de un país, el número de los votantes incultos e inconscientes es el de los demás, y si la *lista* ha de ser la expresión de la mayoría, la *lista* debería ser la expresión de la incultura. *(¡Muy bien! Aplausos).* Precisamente, con el sistema del distrito se atenúa ese defecto porque independizamos el voto urbano del voto rural; impedimos que el voto de las grandes masas ignorantes gravite sobre el voto de las ciudades y de las poblaciones pequeñas donde el nivel intelectual ha avanzado.

Por otra parte, señor, manifestar estos temores, importa suponer que existe todavía en nuestra atmósfera política una lucha y una divergencia entre las clases directoras y las clases populares. Esa divergencia ha existido, en efecto, y basta reabrir la historia para evidenciarlo. Cuando en el cabildo abierto el 22 de mayo de 1810 alguien propuso que el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata fuera elegido por el pueblo, la proposición fué rechazada por 220 votos contra 5. Ya estaban tendidas las líneas. Los hombres de Mayo, previsores y juiciosos, que habían debido valerse de la multitud desde los primeros momentos para poder consumar la obra magna de la revolución, vieron con temor su desborde amenazador. Ella debió disimular el encono instintivo bajo los entusiasmos del momento, pero recogió el guante y la primera Junta fué ungida

bajo la impresión de una pueblada. Desde entonces hasta el año 12 los gobiernos eran el producto de la sedición metropolitana que menudeaba a diario o de los cabildos del interior, regidos todavía por la ley española.

Recién el año 13 y para constituir la memorable asamblea, el pueblo fué llamado a elegir, pero todavía en una forma indirecta.

En cada ciudad había, como se sabe, un Cabildo; y el pueblo, dividido en ocho circunscripciones, elegía ocho electores que reunidos a los miembros del ayuntamiento designaban los diputados. Esto se repite en la Constitución del año 15, así como en la del 17 y también en el reglamento del año 19. Fué recién en el año 21 bajo la inspiración luminosa de Rivadavia, que ausculta bien el estado de la atmósfera, y siendo gobernador de Buenos Aires don Martín Rodríguez, cuando se llamó al pueblo a elegir directamente.

Estos cambios en las legislaciones no eran, como lo hace notar Estrada, el producto de un capricho, sino la resultante de acontecimientos políticos productores y concordantes. Estaba definitivamente establecida la lucha.

La muchedumbre, por su parte, tenía el derecho de infatuarse: había dominado la capital por medio de un plebiscito del año 6; había derrocado un virrey el año 7; había consumado la revolución del año 10; había llevado la palabra redentora al Paraguay, se había batido diez años con los enemigos en el norte de la República; había reconquistado Montevideo; y por último había transpuesto la cordillera para redimir a Chile, como si el límite de la propia tierra hubiera sido estrecho para sus anhelos de libertad. *(¡Muy bien!)*.

Aquel monarca que aparece esfumado apenas entre las turbulencias de la historia, aquel indio coronado que no podemos imaginar sin una sonrisa, no es el producto de una extravagancia, sino la síntesis de la muralla que aquellos hombres de pensamiento querían oponer al dique de la multitud que desbordaba.

Pero la civilización hizo su obra.

Ya el año 22, a pesar de discutirse electoralmente cuestiones tan importantes como la descentralización

administrativa, la reforma eclesiástica y la lucha entre los directoriales y los republicanos, la línea divisoria había desaparecido; y el año 24, al elegir el primer congreso, el pueblo confraternizaba ya, relativamente, con las clases superiores.

Viene después para la República la lucha de la anarquía y la del despotismo; todos los dolores, todos los peligros se cernieron sobre ella, pero sale ilesa, a veces milagrosamente, salvando escollos y cruzando tempestades como la barca encantada de la leyenda, hasta encaminarse serenamente, henchido el velamen y al viento las banderas juveniles, hacia la meta de sus destinos seguros y grandiosos. *(¡Muy bien! Aplausos).*

La civilización hizo su obra, repito, y he aquí que en este momento la República es una sola alma movida por los mismos anhelos y agitada por los mismos ideales. No hay clases. De esta Cámara de que formamos parte puede afirmarse que si no es la expresión absoluta de los sufragios populares (reflexión que no puede mortificar a ninguno de nosotros, porque sería pueril inculparnos como una falta el hecho de que no hayamos sabido extraer diamante de la tierra que no lo produce), somos los amigos del pueblo, no somos el producto de ninguna superchería y de ninguna usurpación.

Y están aquí representadas todas las tendencias, todos sus anhelos, y también todas sus esperanzas! *(¡Muy bien!).*

¿Quiénes serían los caudillos? preguntan los impugnadores del despacho, ahora, como siempre, porque es la eterna, la vieja, la repetida pregunta: ¿quiénes harán las elecciones?

Y yo contesto: el intelectual. Desaparecerá ese tipo intermedio que le lleva el diploma e irá a buscarlo él mismo, si lo quiere. He aquí todo.

Por otra parte, ¿qué es el caudillo?

El señor miembro informante de la comisión de negocios constitucionales ha hecho un acertadísimo y elegante estudio sobre este punto.

Conviene recordar, sin embargo, a través de los

tiempos, todas las fisonomías diversas que ha tenido en nuestro país.

Allá en los primeros días, el caudillo era metropolitano y fino. Reflexivo aun en medio de las audacias ambientes, comentaba en voz baja los desbordes de la comuna; alzaba gravemente el índice en la tertulia de los iniciados para glosar una máxima de Rousseau; vestía con pulcritud y con gracia, ceñía el corbatín de los tiempos del directorio, y amaba a la República naciente casi como un hidalgo de Fontenoy pudiera amar a sus blasones. Toda la cultura española, apergaminada y rígida, gravitaba sobre él y era el tipo, curioso por cierto y no repetido, de un verdadero cortesano republicanizado. *(¡Muy bien! ¡Muy bien!).*

Más adelante, cuando la anarquía incendió a la República el caudillo fué bárbaro. La historia será inflexible con él, pero acaso la lira de mañana lo exhumará de los recuerdos viejos y cantará al errante caballero de poncho y de pañal, bravo y sagaz con el corcel de sus correrías, rebelde por pura amplitud de complexión moral, poeta por temperamento, y cuya figura borrándose, noche abajo, entre las brumas del pasado, hace pensar en la melancólica gradación con que el gemir de la guitarra se diluye en el silencio grave de la Pampa... *(¡Muy bien! Aplausos prolongados).*

Más tarde, cuando el nivel intelectual, político, moral y social del pueblo avanzó, el caudillo fué más humano, más civilizado, más intelectual; y aunque debía sentirse mejor entre las aclamaciones populares que en el seno de los consejos gubernativos, tenía positivas condiciones de hombre de gobierno; pero su preeminencia estaba en razón directa de su valor personal y su prestigio subía o bajaba según que la lucha fuera más o menos agria. Era un producto de la borrasca como la espuma lo es de la ola. *(¡Muy bien!).*

Más adelante, cuando la unidad nacional era todavía un problema; cuando cada principio civilizador que se incorporaba a las leyes escritas seguía siendo una interrogación ansiosamente entregada al acaso de la turbulencia diaria, — la Providencia, que no ha dejado de

velar un sólo instante por los destinos de esta tierra, le envió uno solo, pero con tal amplitud de acción y de pensamiento, que cumplió con creces su misión — el caudillo estadista, tipo extraordinario en el cual se realizaba este dualismo difícil e irresistible; — era a la vez el hombre de la plaza y el hombre del palacio; a la vez amado de la multitud y cultor del libro; conocedor de los secretos más profundos de la ciencia política y familiarizado con los latidos más íntimos de la muchedumbre...; hombre, en fin, que poseía el recogimiento de los sabios y sabía llevar con donaire el chambergo histórico. *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Grandes aplausos).*

También ese ha desaparecido de la acción. Vive aún, sin embargo, rodeado por el respeto más hondo que pueblo alguno de la tierra ha dispensado a un hombre público... *(¡Muy bien!);* vive aún, *nex pluribus impar*... Su espíritu flota en la América entera como el incienso en los templos cristianos... *(¡Muy bien!);* la gratitud nacional está en torno de su ancianidad gloriosa; la historia toda de la República vibra en la historia suya, y allá en las canteras lejanas, el bloque se estremece esperando el buril que ha de entregar su figura a la admiración de las generaciones venideras! (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados.*)

¿Qué queda hoy? Excluyamos bondadosamente a ese segundo grupo de que hablaba el elocuente miembro informante, y seamos francos. ¿Qué queda hoy? *L'aiglon,* señor presidente... Una degeneración inofensiva que no tiene ninguno de los perfiles, ninguna de las acentuaciones de aquellos tipos; un nuevo arreador de votantes a tanto por barba, un simple «*rejuntador*» de boletas cuya autopsia moral me conduce a este resultado: cincuenta por ciento de eliminación voluntaria de todos los rivales posibles, cuarenta de mistificación y diez de esfuerzo propio que cualquier otro realizaría con ventaja. ¿Y es temiendo a este fantasma, a este mito, que habríamos de dejar de dictar una ley de progreso que marcará una jornada más en el camino de nuestra evolución?

¡No, señor presidente! Estamos a las puertas de

una reforma fundamental reclamada por todos, y las ventajas de la ley que discutimos son tan positivas, que es menester un esfuerzo para no verlas. El *distrito* vincula al elector con el electo y engendra entre ellos la verdadera relación de mandante a mandatario, que constituye la esencia misma del sistema representativo; independiza al elegido, sugiriéndole la persuación de que siempre hay tras de él una fuerza homogénea que lo apoya y que lo ampara; facilita la represión del fraude porque permite anular los votos falsos sin herir a los legítimos; impide que al amparo de los grandes nombres de la *lista* se deslicen mediocridades por aquello de que el pabellón cubre la mercancía; hace nacer en la masa electora el sentimiento del amor propio y hela aquí asociándose jubilosamente a los triunfos del electo, a quien ha de ser muy difícil, por otra parte, intentara una reelección si no ha hecho algo para merecerla; concluye en cuanto es posible con el tipo de los gobernadores electores, e impide, en fin, que las ventajas del sufragio universal se hagan ilusorias o se descanezcan dentro de la propia amplitud del concepto, porque así como la tierra no está nunca mejor explotada que cuando se la divide en pequeñas chacras, la democracia, señor presidente, no está nunca tan bien cultivada como cuando se la divide en pequeñas circunscripciones. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados en la banca y en la barra.*

El señor diputado por Tucumán hablaba de los extranjeros. Asistimos, señor presidente, a la formación de la nacionalidad. En este preciso momento, de todos los focos civilizadores de la tierra nos llega la contribución de sangre y de inteligencia que, fundiéndose en el crisol argentino, determinará mañana la raza definitiva que poblará esta comarca, destinada a constituir algún día el contrapeso meridional del continente.

Al par que se consuma este fenómeno étnico, el más grave, el más complejo, el más fundamental, quizá, por que haya pasado la República, ha podido decirse que simultáneamente con él estamos asistiendo a las exequias del civismo argentino.

Yo no sé si habrá pesimismo en la frase; lo que sí sé es que dentro de las evoluciones normales de esta democracia, el pueblo está totalmente ausente. Es menester que se produzca uno de esos grandes acontecimientos que hieren sus fibras más íntimas, para verlo en la superficie, para fortalecerse con su presencia, para sentirse tranquilamente argentino y poder mirar sin temores hacia el futuro. Y mientras está desierto el atrio electoral, que es el recinto donde debieran resonar más destacadas, más puras y más netas las manifestaciones del alma nacional, el comercio, que es el teatro donde crece el elemento extranjero, prospera, se difunde y agiganta a la República, llenándola de riqueza.

Lejos de mí, al hacer notar este desequilibrio profundo que debiera preocuparnos vivamente, una idea de hostilidad al extranjero que ha traído a estas playas todo lo que es luz; lejos de mí, siquiera, la idea de negar el homenaje de mi fraternal gratitud a esa vigorosa colonia italiana, por ejemplo, que de tal manera se ha incorporado a esta nacionalidad y ha colaborado en la obra de su engrandecimiento, que asistiendo alguna vez al festín del júbilo común y reclamando para sí la parte de gloria que le corresponde, podría repetir con razón el gesto breve y enérgico del Correggio: —*anch'io*... Lejos de mí tal idea, señor presidente, pero ello no impide advertir que la energía propia languidece ante la extraña y que ya no va quedando de ella sino esos retoños tímidos que denuncian al vencido al trasluz del sello vencedor, a la manera de aquellas gramíneas humildes que asoman apenas al través de la triunfante enredadera... (*¡Muy bien! Grandes aplausos.*)

Llamemos, enhorabuena, al extranjero. Démosle todo lo que podamos darle. Ofrezcámosle, para teatro de sus actividades, este territorio amplísimo en el cual están todos los climas del mundo, como si la Providencia hubiera querido hacer de él un refugio para los hombres de todas las latitudes; bañado por ríos caudalosos cuyas olas parecen ir cantando, allá en las lejanías incultivadas, el himno del progreso y del trabajo; con pedazos riquísimos de suelo que sólo esperan la piqueta del mi-

nero para devolver con creces el sudor de las frentes; ciudades que se asoman al océano recibiendo en cada ola que se parte sobre sus playas como un hálito de la vida universal... (*¡Muy bien!*); un cielo de gala, que pone la nota triunfal de su azul turquesa sobre la exuberancia de la tierra, de cuyo seno brota sin mezquindades el oro de la espiga; montañas desde cuyas cumbres el Sol debe parecer vecino y luego inmensas llanuras, como si la tierra, fatigada por el esfuerzo de los Andes se hubiera dormido en la llanura infinita de las pampas... (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Grandes aplausos*); leyes inspiradas en las más liberales del mundo; un pueblo sobrio, hospitalario y generoso que trabaja sin temores y sin sobresaltos... ofrezcámosle todo, todo, señor presidente, pero conservemos intacta el alma propia frente al alma extraña y comprendamos que hay algo más que una frase en este concepto profundo de Quinet, aplicado a los pueblos de inmigración: — «tienen un problema: — incorporar al inmigrante, y un peligro: — ser absorbidos por él». (*Aplausos prolongados.*)

¿Y cómo hemos de conseguirlo? Vigorizando las manifestaciones privativas de la energía nacional e impidiendo que se atrofie o se perturbe la más fundamental de todas: el sufragio; dictando leyes como ésta, que saquen al pueblo de su postración; que lo muevan, que lo interesen, que lo agiten; que concluyan con estas anestesias alarmantes y hagan renacer en la República las luchas de la democracia, entre cuyas rotaciones serenas y fecundas se agitan y palpitan todos los gérmenes de la vida, sin los cuales se muere en la inercia como las aguas del pantano se pudren en la quietud. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Voy a darle mi voto con la convicción halagüeña de que concurro a la sanción de una ley de libertad, de progreso, de reacción; y abrigo la esperanza de que cuando, puesta ya en vigencia, los legisladores de este momento nos crucemos en la calle con un hijo del pueblo, que será de entonces en más, no la mera entidad numérica, impotente y anónima de hoy, sino el elector consciente y eficaz, — nos parecerá hallar en él una re-

producción de aquellos a quienes un grande hombre de la Francia, desterrado de su patria saludaba con estas palabras al desembarcar en extranjeras playas: — «son hombres libres: — yo me descubro». (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

—Prolongados aplausos en las bancas y en las galerías. Los diputados rodean y felicitan al orador.

EL ESCRUTINIO UNINOMINAL

Señor Roldán. — Pido la palabra.

Señor presidente: considero agotada esta cuestión y me resuelvo a ocupar por un momento, nada más que por un momento, la atención de la honorable Cámara, porque advierto la necesidad de rectificar algunos errores de hecho, ya que sería tarea demasiado vasta, para mí al menos, hacer otro tanto con los muchos de concepto en que, a mi juicio, ha incurrido el elocuente orador que deja la palabra.

La altura del año legislativo y aquellas a que ha llegado este debate, imponen la sobriedad, razonablemente reclamada, por otra parte, por los órganos más caracterizados de la prensa diaria. No he de incurrir, pues, en el error de complicarme en una polémica cuyo fin, como el punto matemático a que se refería el doctor Lucero, no sería visible en este momento. No he de seguirlo, entonces, al través de todo su brillante discurso, ni he de imponer a mi imaginación el esfuerzo de ir tras de la suya en ese largo viaje, tan largo, señor presidente, que a veces el espíritu, fatigado por el esfuerzo de la jornada, se ha sentado a reposar, sin notarlo, a la sombra de la paradoja... (*¡Muy bien!*) Tampoco, volviendo piadosamente la mirada hacia atrás, he de salir a la palestra en defensa de viejas reputaciones zaheridas por él, ni he de oponer al «picotazo certero de la crítica» — son sus palabras — el recuerdo de recientes y luminosas consagraciones... No he de hacerlo porque no me considero habilitado para ello y porque pienso, además, que aun cuando de estas flamantes autopsias resultará un analfabeto el autor de las *Bases,* podría seguir pensan-

do sin inquietud que el escrutinio uninominal es un excelente sistema electivo.

He de afirmar solamente, que si mi opinión, mi impresión, mejor dicho, sobre las relaciones entre la multitud y las clases dirigentes en este país no es exacta; si no es cierto que esas clases que amenazaron un día perpetuarse en este escenario, han desaparecido para siempre, si no es verdad que la República es hoy una sola alma movida por los mismos anhelos y agitada por idénticos ideales; si no es verdad que este pueblo ha demostrado que en los grandes momentos no sabe mirar sino hacia sus grandes hombres; si no es exacto que el pueblo no es solamente «*la multitud de pigmeos hormigueantes al pie de los héroes*», sino también el pedestal de sangre y de músculo sobre el cual se yergue el esplendor de todas las glorias; si no es exacto que nada vale el árbol sin la tierra que fecunda sus raíces y que al aprisionarlas en su seno les transmite la savia que reverbera en las ramas, en las hojas, en las flores y en los frutos; si es exacta la tesis asfixiante y pesimista del doctor Lucero, valiera más borrar de un plumazo el sufragio de las prácticas argentinas, proclamar el absolutismo y ceñir sobre la testa de algún predestinado de la historia esa corona anacrónica cuyos fulgores chispean al través de la prosa del señor diputado por Tucumán! (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos*).

— «No hay pueblo» — dice en resumen el doctor Lucero; y si fuera posible desconocer algún derecho en nombre de la lógica, negárale el de intervenir en este debate, porque sostener que el pueblo no existe como entidad lectoral y pronunciar un luminoso discurso sobre la mejor manera como ese pueblo debe elegir, vale tanto como negar que existe el aire y escribir un libro sobre la mejor manera de purificarlo.

Afirmaba el señor diputado por Tucumán que padecía yo un error lamentable al alegar que las multitudes argentinas tenían el derecho de infatuarse, después de haber dominado la capital el año 1806, de haber depuesto a un virrey el año 1807, haber reconquistado Montevideo, haber vencido a todos sus enemigos y ha-

ber redimido a Chile; y agregaba que la única impresión que la multitud argentina pudo recoger en aquellos días memorables fué la que debió producir en su ánimo esta pregunta formulada por el Síndico Corregidor: ¿Dónde está el pueblo?

¿Dónde está el pueblo? —preguntaba, en efecto, Leiva, en los días de Mayo; pero el señor diputado por Tucumán ha callado las palabras que llegaron entonces al oído del Síndico Corregidor.

¿Dónde está el pueblo? preguntó. Y la voz anónima, la que en todas las horas de la historia traduce las palpitaciones del alma pública, contestó: —El pueblo espera ser desobedecido para mostrarse; que se toquen las campanas del Cabildo, y se verá dónde está el pueblo! (*¡Muy bien! Aplausos*).

Dice Mitre, en la página 335 del tomo primero de su *Historia de Belgrano*: «Un rumor sordo de descontento cundió hasta los suburbios y empezó a circular por las calles y plazas de la ciudad, concurso numeroso de gente que *nadie había citado ni dirigido*.

Dice López: «Estaban todos inflamados y en pleno alzamiento, arrebatados por esa acción volcánica que se produce a veces *en el seno impenetrable de los pueblos*».

El doctor Ramos Mejía, que escruta en el pasado con la honradez con que opera un cirujano... (*¡Muy bien!* Aplausos)... dice en la página 113 de *Las multitudes argentinas,* refiriéndose a este movimiento de las muchedumbres cuya acción desconocía el señor diputado por Tucumán: «Esta mancomunidad de esfuerzos e impulsos pequeños, que produce resultados tan grandes y trascendentales, desconcierta nuestra rutina, acostumbrada a no cotizar *sino la acción personal del hombre representativo.*»

Y Estrada, en un párrafo sonoro como todos los suyos, ha tratado el punto en esta forma, que parece escrita para replicar al señor diputado por Tucumán: «La libertad argentina es planta indígena de su suelo: la conquistó la espada del guerrero, la amó el pensador sublime y arranques populares la levantaron al al-

tar. ¿Sabéis por qué la gloria de Mayo es mi gloria y la vuestra? ¿Por qué fué la de nuestros padres y será la de nuestros hijos? Porque no hay hombre que profane su sacrosanto anónimo, ni caudillo ni partido que reivindique sus laureles!» (*¡Muy bien! Aplausos*).

Fuerza es admitir entonces que si estoy en el error, conmigo están honrosas compañías...

Lo que vale, decía el señor diputado por Tucumán, *es el gesto del héroe*.

¡El gesto del héroe!...

Yo pienso en Napoleón, señor presidente; pienso en el Napoleón de Austerlitz, ungida la cara por el gesto dominador y magnífico, amplio y abierto como las alas del águila imperial, gesto a la vez implacable y hondo, como si se hubieran dado cita para formarlo el entrecejo de todos los sargentos de la Francia y las brillazones más límpidas del genio (*¡Muy bien!*), pero pienso también en el Napoleón de Santa Elena, atado, como Prometeo, a la roca del dolor; lo evoco mirando al mar, en el gesto soberbio pero inútil, de la gloria vencida; soberbio pero inútil, señores diputados, porque en la ola que se quebraba sobre la playa solitaria, no llegaba hasta sus oídos el *¡vive l'empereur!* de las multitudes ausentes y lejanas. (*¡Muy bien!*)

¡El gesto de los héroes!... Yo pienso, para citar un ejemplo más próximo y casi diría más humano, yo pienso en el gesto triunfal de Boulanger, arrastrando las multitudes delirantes por las calles de París y clarineando sobre ellas la palabra de rebelión; pero lo veo más tarde, olvidado por esa misma multitud, que tan desdeñosamente tratara el señor diputado, proscripto de su seno, desengañado y triste, suicidándose sobre la tumba de su querida, como si sus ojos —aquellos mismos del gran gesto victorioso— hubieran necesitado transponer la lápida que separa la vida de la muerte para buscar debajo de la tierra el regazo amante y caliente que le faltaba arriba...

¡No, señor presidente! Multitud y Héroe son dos fuerzas concurrentes que se complementan y compenetran.

No hay héroe sin multitud: y puede haber, sin em-

bargo, multitud heroica sin un héroe que la guíe, porque, como se ha dicho muy bien, vale más un ejército de leones dirigidos por un cordero que un ejército de corderos dirigidos por un león. ¿Habré de añadir que se ha dado el caso de ejércitos victoriosos sin generales, pero lo que no señala la historia ni lo señalará jamás es el caso de un general que obtenga victorias sin ejército!

Se argumenta todavía con el antecedente del pueblo analfabeto, y se sigue repitiendo, para impugnar la división en distritos, que el cuerpo electoral está constituído en sus dos terceras partes por electores que no saben leer ni escribir. Pero, señor presidente, si precisamente este analfabetismo deplorable es el mejor argumento a favor del distrito, porque si es inconsciente el voto que, bajo el régimen que propone este proyecto, da el elector en favor de un ciudadano a quien conoce, que está vinculado con él, a quien se ha ligado, interviniendo acaso en la elaboración de su propia candidatura, ¿cuánto más inconsciente no será ese mismo voto dado en favor de una lista compuesta por personas que el elector no conoce, lista en cuya formación no ha intervenido, como que le llega hecha del Comité central?

El señor diputado por Tucumán ha cambiado positivamente de táctica. Cuando impugnaba en general el despacho de la comisión, todo él, sin encontrar bueno ni siquiera el padrón permanente *tucumanizaba* la cuestión, y acaso más involuntaria que calculadamente, reducía sus horizontes de observación a los de la provincia natal, imaginando a la República convertida en un inmenso «ingenio» dentro del cual no accionarían otros *caudillos* que aquellos que hacen chasquear en la diestra el látigo de los patrones...

Hoy adopta una actitud antagónica, pero, a mi juicio, igualmente ineficaz, porque universaliza el asunto lo saca de su escenario natural, olvida el caso propio para ocuparse del caso extraño, prescinde de las modalidades nativas y he aquí que su dialéctica vigorosa y vivaz, construída a base de brava y fina ironía, pugna en vano por extraer, si se me permite la expresión,

consecuencias argentinas de las premisas extranjeras.

Ha sostenido el señor diputado que en Inglaterra, en Francia y en Italia esta ley no ha dado el resultado que se esperaba y sí motivo a protestas de parte de «sus estadistas más sinceros».

El señor Ministro del Interior, que cada vez que habla pone una alta elocuencia al servicio de una alta cultura, en el discurso cuyos ecos vibran todavía en este recinto, hizo un viaje análogo por los campos de la experiencia ajena, y arribó a conclusiones diametralmente contrarias.

No necesitaba, por mi parte, señor presidente, haber escuchado al uno y al otro para comprender cuánta verdad hay en esta frase de Nietzsche: «*Basta un poco de ingenio para probar indistintamente, respecto de cualquier institución humana, que ella es una de estas dos cosas contradictorias: o eximia o execrable*».

Y la tarea de impugnar es seguramente la más fácil.

El señor diputado para mirar hacia el distrito, se ha colocado en un punto de vista desde el cual no ve sino la parte mala de las cosas; y como todas la tienen, todas le parecen malas.

Pero ¿qué diría la buena lógica si después de hacer desfilar ante sus ojos, por ejemplo, la serie larga de los presidentes indoctos o rapaces, se infiriera de ahí que el sistema republicano de gobierno es malo? ¿Podría decirse que el sistema parlamentario ha fracasado porque un parlamento señala la historia respecto del cual ha podido exclamar un biógrafo implacable que renegó «de su raza y de su fuero»? ¿Se dirá que la tracción a sangre es mejor que la tracción eléctrica porque ayer un tranvía atropelló a un peatón, mientras que fué un caballo el que salvó la vida al general Paz en la batalla de Oncativo? *(Risas)*.

Se ha referido el señor diputado, con un gesto prematuramente alarmante, a «*los perfumes*» de esas multitudes del futuro. Yo veo en el fondo de esa manera de argumentar, un poco de romanticismo. Alarmarse desde ahora ante la posible consumación de fraudes futuros, me parece inocente. Es necesario darse cuenta

de que estamos legislando para un pueblo lleno de pasiones como todos los pueblos; lleno de vicios, lleno de defectos, como todos los pueblos. ¿Qué se consumarán fraudes? Estoy convencido. ¿Qué esta ley no va a cubrir con riquísimas alfombras de armiño los atrios electorales? ¡Convencido! No creemos haber descubierto la panacea milagrosa capaz de consumar semejante prodigio.

Pero, señor presidente, aplicar ese criterio a estas cosas, es soñar. Todos tenemos nuestro sueño. De mí sé decir que allá, en el lóbulo más secreto de mi cerebro, la bandera de la república de Platón flamea a todos los vientos de mi entusiasmo invisible y subjetivo. Sueño con una democracia impecable, de cuyo seno brotaría el gobierno con la espontaneidad infinita con que el fruto brota del árbol, gobierno que estaría supeditado de tal modo a los movimientos de la savia popular, que si una sola vez delinquiera o se extraviara, bastaría que un buen hijo del pueblo moviera la rama para que el fruto cayera...

¡Pero eso es lirismo! Y una experiencia que no por ser demasiado breve deja de ser para mí elocuente, me ha enseñado que la más infantil de las ingenuidades es tratar de estas cosas tan prosaicas mirándolas como deben ser, en vez de mirarlas como son.

Se ha referido el señor diputado a la última elección en Francia. Tengo aquí, en dos números de *Le Fígaro*, el resultado del último escrutinio. Podría presentar al señor diputado una lista de los nombres que esa elección ha llevado a la Cámara: León Bourgeois, Paul Deschanel, Henry Brisson, conde de Mun, duque de Broglie, Delcassé, Vallet, Jean Jaurés, Millerand, Méline, Poincaré, Ribot, Pelletan...

Y si un sistema electoral es bueno cuando consigue llevar al parlamento a los exponentes más altos de la cultura nacional, yo entrego sin zozobra esta serie de nombres a la ironía pertinaz del señor diputado.

Cuando se ha referido a la vinculación que establece este sistema entre el elector y el elegido, se ha limitado a decir *pretendida vinculación*. Y ha añadido, si

mal no recuerdo, que el futuro nos reserva sorpresas sobre este particular.

Sin embargo, no se ha producido hasta este momento un solo argumento que destruya los que hemos formulado los defensores del despacho.

Vincula efectivamente al elector con el elegido.

Supongamos que el actual señor Ministro del Interior, — y tomo este ejemplo porque necesito para el caso una alta personalidad, — que el actual Ministro del Interior, que no siempre ha de serlo, resolviera mañana reingresar a esta Cámara, en la que ha dejado por cierto la huella luminosa de su paso. Tendría que elegir el distrito en que habría de concentrar su acción de candidato. Probablemente, movido por un sentimiento a la vez instintivo y melancólico, tanto más explicable, en este caso, cuanto que se trata de un hombre de estado en el fondo de cuyo temperamento parsimonioso y grave hay una lira, — pensaría en Chilecito, de donde es oriundo, si no mienten las biografías circulantes. Con lo cual nada perdería el candidato y mucho ganaría Chilecito; y nada de extrañar sería que los poderes públicos recibieran a menudo la visita del autor de *Mis Montañas,* solicitando empeñosamente un canal de riego por ejemplo, para el amado pueblecito natal...

Son las ventajas de la reciprocidad que negaba rotundamente el señor diputado por Tucumán en su discurso brillante, incuestionablemente brillante, señor presidente, discurso que soy el primero en celebrar — porque entre los aplausos para él los míos han de estar siempre en la vanguardia —, pero discurso informado de un pesimismo prematuro y amargo, inexplicable en un espíritu joven como el del señor diputado, cuyos ideales, envueltos como en un manto de primavera, debieran levantarse sobre un poco de fe, de esa fe que ilumina todos los caminos, de esta fe que es confianza en la fuerza que será, si se quiere, mezcla de energía y de ingenuidad, pero que es poder irresistible, capaz de hacer brotar el agua del peñasco, capaz de horadar la montaña y de hacer luz de las sombras! *(¡Muy bien!)*

Se pone en duda la facilidad con que se va a con-

sumar esta evolución dados nuestros hábitos políticos: — el caudillo será el intelectual: el intelectual que aspira a un diploma, irá a buscarlo él mismo, si lo quiere: yo voy a recordar, para concluir, unas palabras de Macaulay que entrego sin comentario a la reflexión de los señores diputados.

Cuando se discutía en la Cámara de los comunes de Inglaterra la reforma electoral, Macaulay (elegido por el pequeño distrito de Calne), Macaulay, cuya palabra inmortalizó la sesión de aquel día, hizo esta referencia histórica: cuando años atrás la opresión lanzó el pueblo a las calles; cuando cien mil forajidos irrumpieron el Blackheath y quemaron hasta los cimientos los castillos de los nobles, robaron, incendiaron y saquearon los almacenes de Londres; cuando un crimen perpetrado a presencia de todos había exacerbado sus pasiones hasta el paroxismo y buscaban un capitán que sucediese o vengase al que acababan de perder, en aquel preciso instante, sin dar tiempo a que Hob Miller o Tom Carter o Jack Straw se pusieran al frente de ellos, el rey no sabiendo qué hacer, lanzó su caballo entre la multitud, exclamando: —¡Y bien: yo seré vuestro caudillo! Y los condujo al orden... Digamos al pueblo inglés — agregaba Macaulay: «¡nosotros somos vuestros caudillos; nosotros, los representantes de cuarenta condados ingleses, los intérpretes constitucionales de vuestros deseos; pondremos nuestro poder legal en favor vuestro y él es tan grande que puesto a vuestro servicio tiene fatalmente que prevalecer!».

(¡Muy bien! ¡Muy bien! Prolongados aplausos).

SOBRE UNA LEY DE AMNISTIA

Señor Roldán. — Pido la palabra.

Comparto con el señor diputado que la deja su amor a la libertad del sufragio, y coincido sin violencia con sus fulminaciones contra los sofisticadores del voto popular; pero esto no obstante, diciendo con él y quiero dar las razones que determinan mi voto favorable al proyecto de amnistía.

Desde luego, señor presidente, tratándose de una ley de esta clase, huelga analizar la naturaleza de las delincuencias cometidas. Lo que únicamente debe preocuparnos, es la oportunidad elegida por la honorable Cámara para ejercer esta alta y severa potestad de perdonar.

La amnistía, en su doble concepto jurídico e histórico, excluye el análisis de los delitos que la han motivado. Así se ha entendido desde el tiempo en que el senado romano, exhumando esta ley de la vieja legislación griega, merced a la iniciativa de Cicerón, solucionó el conflicto que le había creado el asesinato de César. ¡Y ya ha caído fruta de los árboles desde aquel entonces!

Se trata de perdonar o de no perdonar. No se trata de reabrir el proceso para los delincuentes, ni se trata tampoco de estudiar las sentencias en cuya virtud han sido condenados, ni mucho menos de emitir juicio sobre la ley que ha determinado esta condenación.

Si hubiera de referirme, sin embargo, a la índole singularísima de los delitos cometidos, sería fácil abundar en las mismas consideraciones que expuso ya el autor de este proyecto, recordando que se trata de la

aplicación de una ley nueva, que ha transformado la fisonomía electoral de la República, de una ley que adolece acaso de ciertas vaguedades en algunas de sus cláusulas y bajo cuyas penalidades severísimas han caído así altos funcionarios como modestos ciudadanos, así aquellos que delinquieron a sabiendas como aquellos otros que lo hicieron por ignorancia o por error; — de una ley, en fin, que ha sido violada a invitación de los primeros hombres de la República como que la convocatoria para la convención de notables está subscripta por los ciudadanos consulares del país, de tal manera que aquella lista de nombres podría ser como el pergamino luminoso de la democracia argentina. *(¡Muy bien!)*.

Y por lo que respecta a la oportunidad elegida para introducir al debate este proyecto, afirmo que el momento no puede ser mejor.

La República acaba de solucionar en paz y libertad su problema electoral. Una oleada de bienestar propiciatorio de todas las inspiraciones magnánimas, flota sobre ella: un período presidencial expira y estamos próximos al advenimiento de un nuevo gobierno; de los espíritus que han sabido despojarse de las pasiones nacidas en la pasada lucha, brota un movimiento de adhesión a esta ley de equidad, en contra de la cual no se ha hecho otro argumento que el viejo y conocido alegato contra la amnistía; ley de equidad, repito, que bien pudo tener por paladines en este recinto a los que se pretenden representantes exclusivos de todo el lote de los dolores ajenos. *(¡Muy bien!)*.

Yo, señor presidente, que no pertenezco al partido político en cuyo programa hay siempre una elegía entre un par de amenazas; yo que no pretendo ejercer ningún apostolado impecable de regeneración y misericordia; yo que no le pido al martirio ajeno palideces para blanquearme el rostro; yo, que según la palabra con que a diario nos regala el señor diputado, soy un burgués, lo que me colocaría más próximo a Scarpia que a la benignidad; yo, señor presidente, voto por esta ley de perdón *(¡bravo!)*, y abrigo la seguridad de que al retirarme de este recinto — tranquila la conciencia —

no vendrá a mi memoria el recuerdo de aquellas palabras con que un gran hombre de Francia, en cuyas ideas acaso ha inspirado muchas de las suyas el señor diputado que deja la palabra, se lamentaba alguna vez en su patria con motivo de una ley de amnistía presentada por él: «¡Viven tan obcecados —decía— que no conocen ni la inefable voluptuosidad de alzarse hasta el perdón!»

(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos).

SOBRE EL JURAMENTO DE UN DIPUTADO

Señor Roldán. — Pido la palabra.

Deploro estar en desacuerdo con el señor diputado que la deja, si bien — cosa curiosa — coincidimos totalmente en los conceptos generales en que él mismo se ha fundado. Yo entiendo que la Cámara puede votar sin ningún temor la fórmula expeditiva y sencilla del señor diputado por la capital, Varela Ortiz; porque además de tratarse de un asunto ilustrado con precedentes notorios y de perfecta aplicación al caso presente, — conocida como era desde hace muchos días la actitud que en esta emergencia se proponía asumir el joven y distinguido miembro del partido socialista, los señores diputados han estado en condiciones de meditar sobre el particular y de formarse un criterio que puede discretamente traducirse en una votación inmediata.

Del ligero debate se desprende lo siguiente: todos estamos de acuerdo en cuanto al fondo de la cuestión; nadie niega que el hecho mismo del juramento deriva de una prescripción constitucional; pero nadie ignora que la Constitución Nacional no estipula formas del juramento sino para el Presidente de la República en lo que es lógica consigo misma porque a ese magistrado le exige la comunión católica apostólica romana y le confía el ejercicio del patronato nacional. Pero ni por lo que se refiere a los miembros del Congreso ni a los ministros del Ejecutivo, establece forma alguna de juramento; y ello era de esperarse en un estatuto que abre las puertas de esta casa a los representantes de todos los credos y que al incorporarse a sus cláusulas el principio de la libertad de cultos, consideró sabiamente

que la conciencia de los hombres no puede supeditarse a imposiciones que sobre ser vejatorias, serían inútiles, *(¡Aplausos!)*.

Si se coloca así la cuestión en el terreno de la lógica simple, se arriba a este razonamiento irrefutable: el juramento es una fórmula destinada a robustecer y solemnizar — son los términos clásicos, — a robustecer y solemnizar el compromiso que con su conciencia y con el país contrae un ciudadano por el hecho de haber sido electo miembro del parlamento; pero si admitiéramos que este juramento puede practicarse sobre cosas, sobre entidades o sobre símbolos que forman parte de las negaciones del que jura y que por consiguiente nada valen para él, lo desnaturalizamos en su esencia, lo invalidamos en su eficacia, lo profanamos en lo único que tiene de respetable, y lo reducimos a una simple, a una mera, a una vana teatralidad que nada «robustece ni solemniza». *(¡Muy bien! Aplausos)*.

Bien sé yo que está lejos de la Cámara la idea de imponer al señor diputado Palacios que violente su conciencia y jure de acuerdo con la prescripción inconstitucional de nuestro reglamento interno. Ello constituiría un acto de intolerancia reagravado por la razón siempre deplorable del más fuerte, y tanto más inadmisible cuanto que vivimos una hora de alta cultura — hora en la cual sólo el sectario intransigente y agresivo se obstina en negar su respeto a la conciencia ajena, y en que la más preciosa de las conquistas espirituales es precisamente esa tolerancia recíproca que humaniza las relaciones antípodas del pensamiento político o religioso.

Yo voy a votar la moción del señor diputado Varela Ortiz, persuadido de que concurro a solucionar rápidamente este asunto, de acuerdo con las inspiraciones de la tolerancia y la cortesía.

JUSTICIA DE PAZ

Señor Roldán. — Pido la palabra.

Para fundar brevemente mi voto en contra del proyecto de reforma a la justicia ordinaria, lamentando hallarme en desacuerdo esta vez con sus autores y particularmente con mi distinguido colega el señor diputado por Santiago, quien lo informó elocuentemente en la sesión anterior.

Soy de los que creen, y quiero así desde luego explicar mi disidencia fundamental, — que mientras estén vigentes las actuales leyes de procedimientos judiciales con su cortejo de hábitos inveterados; mientras la escuela del juicio más trivial siga deslizando una ironía amarga sobre aquello de la justicia pronta y barata; mientras, ausente la ley reglamentaria del ejercicio de la procuración, las *aves negras* sigan poniendo la nota miserable en el conjunto poco edificante; mientras este estado de cosas, en fin, perdure, — proyectar modificaciones, introducirlas en la organización de los Tribunales, crear nuevos juzgados, nuevas instancias, nuevas cámaras de apelación, nuevos expedienteos, es complicar la cuestión sin resolverla, es instituir nuevos dispensadores de mala justicia, es consolidar, robustecer y consagrar, por un voto anacrónico, la subsistencia de todas las rutinas presentes.

La cuestión judicial, señor presidente, debe afrontarse, pero afrontarse viril y resueltamente: eludirla, orillarla, importa colocar la acción legislativa por debajo de las exigencias de la opinión.

No está el mal, como lo supone la comisión, en la organización actual de los Tribunales, ni está tampoco

en la calidad de las personas que administran la justicia, como parece suponerlo asimismo, cuando «califica» a los jueces de paz, exigiéndoles el título de doctor, que, por otra parte y dicho sea de paso, no siempre sirve entre nosotros para garantizar una discreta ortografía...

La cuestión judicial no está ni en la organización de los Tribunales ni en las personas que los componen. Y conste que al hacer esta última afirmación, no olvido — y quiero decirlo desde esta banca, en la cual no me sentiría cómodo si una sola de las convicciones que trabajan mi espíritu en asuntos relacionados con el interés general, hubiera de permanecer oculta, en nombre de pueriles vacilaciones, — no olvido, decía, que hay jueces en torno de los cuales un murmullo público cada vez más acentuado, repite a diario la palabra inconducta; que hay jueces respecto de los cuales, órganos respetables de la prensa diaria han podido formular denuncias incalificables; que hay jueces respecto de alguno de quienes un diario argentino ha podido decir esta monstruosidad: que de día, en las horas del despacho, hace descanso de las fatigas de la noche, y por la noche — ¡a qué extremos de impudicia puede conducir el vicio! — y por la noche ubica su despacho en lugares donde no es precisamente la imagen del Cristo legendario la que preside la sala!

Pero existe también y afortunadamente abunda, el juez integérrimo, para quien el respeto público que rodea su nombre constituye la primera recompensa de sus afanes; y, sin embargo, la queja es general. ¿Por qué? Porque el público no protesta contra el expedienteo, que parece lleváramos en la sangre como una enfermedad orgánica; y es ahí donde está la cuestión.

Esa misma ley de justicia de paz que trata de abolir el proyecto en debate, introduciéndole algunas reformas que aceleren los juicios, no sería mala, y tal vez podría llegar a ser excelente; lo que malo es bastardearla en la práctica, como la hemos bastardeado; lo que es malo es hacer del juez de paz un elemento electoral; lo que es malo es reclutar los jueces entre los

caudillos de barrio; lo que es malo, en fin, es convertir el *home bueno* de las Partidas en el *home* ducho de los partidos. *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos).*

Cuando el actual Presidente de la República — traigo el recuerdo por lo que tiene de sugestivo — visitó a Bismarck, es fama que el príncipe, interrumpiéndole de pronto, formuló esta pregunta intencionada: «¿Y la justicia?». Han pasado catorce años, señor presidente; y si vivo aún pudiera el canciller echar de nuevo una mirada sobre los hombres y las cosas de esta tierra, comprobaría que junto a muchos adelantos evidentes, hay algo que ha permanecido injstificadamente estacionario, algo que no ha participado del adelanto general, algo que está allí como petrificado en las pautas de un ritual campanudo y anacrónico...

A las columnas de la prensa ha trascendido en todas las formas y en todos los tonos, el eco de este estado de cosas. Los señores diputados han leído en órganos respetables de la prensa extranjera, comentarios que hieren en lo más vivo el amor propio nacional; y ¿qué haríamos para responder a estos clamores? ¿Modificar la organización de los tribunales y doctorar a los jueces de paz, vale decir, cambiar bueyes a la carreta, cuando lo que el país quiere es que desaparezca la carreta y venga de una vez el instrumento rápido y sencillo que nos dé la justicia verdadera, la justicia sin telarañas, la justicia sin un largo bostezo irritante — esa, en fin, «buena, barata y pronta» que según Gladstone explica más que ninguna otra cosa el engrandecimiento moral del Reino Unido?

Por estas breves razones, que ampliaré si las exigencias del debate lo requieren, voy a votar en contra del despacho, como votaré en contra de todo otro que importe consolidar directa o indirectamente el actual orden de cosas, alejando la esperanza de una reacción en que toda la Cámara debe estar igualmente interesada. *(¡Muy bien! Aplausos).*

(La honorable Cámara rechazó el proyecto en discusión).

SOBRE PENSIONES Y JUBILACIONES

Señor Roldán. — Pido la palabra.

La comisión de peticiones no ha despachado todavía el proyecto fundado ayer por el señor diputado Pinedo, pensionando a las familias de los generales Arredondo y Gelly y Obes, porque sólo uno de sus miembros, el señor diputado Astudillo, ha concurrido hoy a la casa.

Conozco la opinión de todos los miembros de la comisión de peticiones, favorable a esta proyecto, y voy a permitirme hacer moción para que la honorable Cámara resuelva que la comisión, integrada para el caso, con los señores diputados Garzón y Rodas, que formaron parte de ella hasta ayer, se expida en un cuarto intermedio.

No voy a molestar a la honorable Cámara relacionándole la historia triste que en cada uno de los dos casos justifica y apremia este despacho; pero séame dado aprovechar la oportunidad para expresar una idea general sobre esta materia, tan vivamente actualizada por recientes debates parlamentarios y por reiteradas manifestaciones de la prensa periódica.

Desde hace algún tiempo, señor presidente, dentro y fuera del recinto parlamentario se vienen alzando voces de protesta contra las pensiones.

Es, desde luego, curioso, por lo que hace a las manifestaciones parlamentarias, que sin traer ninguna idea que importe una reforma fundamental sobre esta materia, se impugne la teoría de las pensiones, teoría vinculada indisolublemente a las prácticas, a los hábitos y a la legislación argentina.

Se repite gravemente, con este motivo, la vieja y conocida cantinela de las economías.

¿Sería una economía, aun bajo el punto de vista estrictamente financiero, borrar de nuestro presupuesto la cifra destinada a las pensiones y jubilaciones y arrojar, en cambio, a la miseria o a la corrupción dos, tres, cuatro o cinco centenares de familias?

Yo tengo sobre esta materia ideas inflexibles. La patria entrañaría un concepto repugnante a fuerza de egoísta, si ella, que lo exige todo de sus hijos, hasta la última gota de sangre, no palpitara en estas recompensas póstumas que difunden, después de todo, el verdadero concepto del gran hogar común; que realizan, después de todo, la mayor suma de bienestar dentro del Estado — que no consiste sólo en una caja de hierro custodiada por don Francisco Vivas, ni tampoco en una bandera azul y blanca que se ha de hacer flamear en los grandes días; del Estado, que no es un mito hosco y huraño, ni un usurero eternamente ocupado en apilar cobre por cobre, sino una idea grande y magnánima, que se desprende de sus símbolos augustos para llevar al seno de los hogares desolados la buena nueva de su presencia solidaria...

Es interesante hacer notar que mientras en el parlamento argentino se levantan voces de protesta airada contra las pensiones, Parker, el candidato a la presidencia de la Unión Americana, cuya honrada sinceridad de convicciones acaba de ponerse universalmente de manifiesto en su valerosa declaración sobre el padrón de oro; Parker, repito, el candidato a la presidencia de la Unión Americana, afirma en su programa de gobierno que sostendrá las pensiones y jubilaciones como una alta y severa función del Estado. *(¡Muy bien!).*

Y no ignora ninguno de los señores diputados a qué guarismo colosal asciende en el presupuesto de la Unión, la suma destinada a las pensiones y jubilaciones, suma que no alcanza al uno por ciento en el presupuesto argentino.

Yo he votado todos los despachos de la comisión de peticiones — y tengo a honra decirlo: todos los des-

pachos de la comisión de peticiones sobre pensiones y jubilaciones, depositando mi confianza plena en su criterio y en su espíritu de justicia; y son estas ideas generales, singularmente acentuadas en el caso presente, las que me inducen a pedir el apoyo de mis honorables colegas para la moción que formulo.

(¡Muy bien! ¡Muy bien!).

SOBRE UN LIBRO: "ORATORIA ARGENTINA"

Señor Roldán. — Pido la palabra.

Más que en la obra escrita de nuestros publicistas, por otra parte escasos, — la historia de la República palpita en la palabra hablada de sus hombres dirigentes, desde los grandes días iniciales hasta aquellos otros, difíciles y brumosos, de la organización nacional.

Horas de urgencia permanente y de labor sin tregua, durante las cuales eran, además, rudimentarios los medios de publicidad, verbalizábase con profusión; y he aquí que en la controversia, entre ingenuo y heroica, de los Cabildos abiertos; en el debate parlamentario muy luego; en el discurso callejero, en la proclama de guerra y en la avasallante arenga tribunicia, fué quedando, como en una preciosa documentación hablada, la crónica prolija de todos los vaivenes que pusieron a prueba el nervio, la energía y hasta la vida misma de la vigorosa democracia naciente.

No podría aplicarse, en verdad, al libro que tales cosas exhuma y compila, el apóstrofe irónico de Shakespeare: «palabras» son, señor presidente, pero palabras a cuyo conjuro se formó la nacionalidad, salvando todos los escollos que alzó a su paso la ignorancia, el despotismo, la barbarie o el común extravío; palabras a cuyo empuje, como en la frase clásica, la República *«caminó su camino»*, cerrando el ciclo de su infancia con la rotunda y enérgica precisión de una cláusula perfecta.

Es el verbo argentino, todo entero, lo que guarda

este libro, admirable de correlación y exactitud; es el verbo argentino, manso en los serenos días, razonador y grave en las horas del debate doctrinario, rojo de cólera al cruzar el incendio de la anarquía y modelado en líneas definitivas al trasuntar las altas sugestiones de la gran cultura terminal... Es la crónica del país, contada y comentada por el labio de sus propios padres, al modo como en la austera tertulia del palacio antiguo, el viejo abuelo narraba ante la progenie atónita la historia del blasón que les legaba; es la historia completa del país, de tal suerte, que quien ha leído el primer discurso, puede, penetrándose de los subsiguientes, asistir a todo el proceso realizado, — desde la semilla inicial que cayó por cierto en tierra buena, hasta el árbol que se alzó a todos los vientos y de cuyo seno habría de brotar muy luego, malgrado tempestades y desviaciones, la opulencia de las flores y los frutos.

En esta hora de conformación étnica a que asistimos, cuando diversas corrientes de sangre concurren a este crisol argentino para fundar y fundir nuestro tipo definitivo, es juicioso divulgar todo aquello que lleve el sello de nuestra propia tradición, — de esa tradición a que aludía el señor diputado Campos en el espontáneo y elocuente discurso que acabamos de aplaudir; y a tal punto está el libro impregnado de aquel espíritu, que su lectura sugiere como un ondear de la bandera sobre la cosmópolis hirviente y naciente...

La comisión de instrucción pública ha entendido que el precio fijado a la obra, que consiste en cinco tomos como el que tengo a la mano, es equitativo; y piensa que la honorable Cámara, votando este proyecto, subscripto por varios señores diputados y fundado con notable elocuencia por mi distinguido colega y amigo el señor diputado Pinedo, habrá contribuído a la divulgación de un buen libro. *(¡Muy bien! ¡Muy bien!).*

SOBRE UNA INTERPELACION

Señor Roldán. — Pido la palabra.

Voy a votar a favor del proyecto de interpelación que acaba de fundar el señor diputado Palacios, porque pienso que en general todas las iniciativas parlamentarias de esta naturaleza deben solucionarse con la presencia aquí de los señores ministros. Nunca huelgan las explicaciones y basta que un señor diputado las solicite para que sea juicioso acordárselas.

Me habría limitado a dar en silencio mi voto afirmativo, si algunas de las aseveraciones hechas por el señor diputado no me inspiraran una salvedad oportuna, a punto de que no desespero de ver al mismo señor diputado reaccionar sobre algunas de sus palabras para coincidir con las mías, después que haya tenido la fineza de escucharlas.

No se trata de observar al señor diputado que según su propia narración, los sucesos ocurridos en la tarde del primero de Mayo constituyen un simple desorden callejero, reprimido por la autoridad pública en la única forma en que es posible reprimir los desórdenes callejeros; no se trata de inquirir del señor diputado el interés que pudieran tener veinte o treinta vigilantes en agredir a una columna de diez, doce, veinte mil hombres; no se trata de invitar al señor diputado a meditar sobre la proporcionalidad de las cifras: siete heridos sobre treinta vigilantes, quince heridos sobre veinte mil manifestantes. No se trata de averiguar de qué lado partió el primer desmán, ni de qué lado cayó la primera víctima; no se trata tampoco de observar al señor diputado que el carácter de representante del partido so-

cialista con que acaba de autocalificarse, pugna abiertamente con la prescripción constitucional que hace de él un representante del pueblo argentino. *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos),* razón de derecho que se complementa del todo con los antecedentes de hecho que registra la crónica electoral de todos conocida. No se trata tampoco de significarle que la situación de la clase obrera, en favor de la cual — séame dado decirlo, — se han traído a esta Cámara palabras de humanidad que tengo motivos para no olvidar, nos interesa a todos por igual, que también a nosotros nos conmueve profundamente el espectáculo de un obrero que cae — así se trate de una víctima de su propio extravío; — pero que también nos conmueve el espectáculo de un gendarme sacrificado en el cumplimiento de su deber, lo que querría decir que la órbita de nuestra misericordia es más amplia que la del señor diputado, acaso porque él mira el cuadro a través de una idea y nosotros lo vemos a través de un sentimiento! *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos).* No se trata tampoco de oponer a la enumeración lúgubre de los heridos que acaba de hacer el señor diputado, la lista no menos dolorosa de los vigilantes caídos, de esos pobres vigilantes que también son hombres, que también sufren, que también son humildes, que también dejan viudas que lloran y huérfanos que gimen en el silencio de los tugurios desolados! *(¡Muy bien! Aplausos).*

Se trata, señor presidente, de protestar, en nombre de un sentimiento que no puede ser indiferente al señor diputado — en quien me complazco en reconocer un distinguido espíritu, — contra el cargo infusto que infiere a los representantes de la autoridad pública de esta capital, al suponerlos capaces de cargar sobre la espalda de las multitudes indefensas...

Yo invito al señor diputado a recordar que bajo la chaquetilla de esos criollos encargados de la seguridad pública, palpita el corazón de viejos soldados argentinos, habituados a jugarse la vida de frente, de acuerdo con una tradición de honor que inspira por igual a todos los hijos de esta tierra que llevan armas al cinto!

(¡Muy bien! Aplausos prolongados en las bancas y en la barra).

El hecho de que haya obreros marcados en la espalda indicaría, cuando mucho, que hubo algunos que volvieron la espalda en los desórdenes del primero de mayo, y que los exaltados que derribaban vigilantes, no esperaban de frente la represión legítima e inmediata, hecho innegable del cual me permitiría inferir sin jactancia, que la manifestación anarquista del primero de mayo no ha sido una manifestación de multitudes argentinas.

Yo sé, señor presidente, que la agrupación que recorrió las calles de Buenos Aires el primero de mayo bajo esa bandera roja que el señor diputado pretende convertir en hosanna de paz, — yo sé que esa manifestación de anarquistas era la misma que se proponía asaltar la columna tranquila y pacífica que capitaneaba el señor diputado; yo sé que esa misma manifestación ha cubierto las paredes de la circunscripción cuarta de esta capital con carteles infamatorios para el caudillo del socialismo; yo sé que esa manifestación anarquista dispensa sus fulminaciones lo mismo a la burguesía que al socialismo; yo sé que esa manifestación que irrumpió en las calles de Buenos Aires, que insultó señoras, que detuvo ciudadanos, que apedreó casas, que asaltó tranvías, que derribó vigilantes y que epilogó su sonada bravata volviendo las espaldas, es el peor enemigo del partido a que pertenece el señor diputado, y en ese concepto no puedo negar mis alabanzas a su abnegación...

Búsquese, enhorabuena, la verdad; reconozco al señor diputado ese derecho. Busque la verdad en la persuasión de que si hubiera algún culpable, el señor diputado no estaría solo para pedir el condigno castigo; pero no infiera agravios inmerecidos a la institución argentina a cuyo cargo está la custodia inmediata del orden social, — de este orden social, señor presidente, qe si no merece los mismos respetos al señor diputado que a mí, habremos de convenir al menos, en que nos es igualmente útil a los dos, porque fué bajo el amparo

de ese mismo orden social y merced al tutelaje respetuoso y severo de sus potestades legales, que pudo el señor diputado presentarse, luchar y vencer en la circunscripción que lo ha elegido.

Con esta salvedad, le doy mi voto. *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados en las bancas y en las galerías).*

LEY DE DIVORCIO

Señor Roldán. — Pido la palabra.

Hago moción para que la honorable Cámara señale su primera sesión de la próxima semana para tratar el proyecto sobre el divorcio de que es autor el señor diputado Olivera y que ha sido despachado favorablemente por la comisión de legislación.

Ese proyecto, como se sabe, fué aplazado en la sesión anterior, después de un acalorado debate. Yo no he encontrado una sola razón — lo declaro no sin cierta amarga perplejidad, — una sola razón, señor presidente, que justifique este aplazamiento, en torno del cual, por otra parte, va a producirse ahora, puede producirse o seguirá produciéndose en lo sucesivo la misma controversia que trataba de evitarse, con el aditamento desagradable de que los ánimos estarán más exacerbados todavía, si es que cabe en lo posible un grado más alto . . .

Ese debate, por lo demás, está ya en todas partes. Está en la conciencia nacional, de la cual no hemos de extraerlo con expedientes dilatorios; está en el ambiente, está en la calle, está en el hogar, está en el espíritu de todos, está en el seno del mismo pueblo, que tendría el derecho de exigirnos, en nombre del mandato soberano que nos ha conferido, que no retrocedamos cobardemente en los umbrales de la acción y en vez de volver el rostro ante el primer problema trascendental que se nos presenta, lo abordemos resueltamente, como cuadra a ciudadanos encargados de dictar leyes y no de trazar tangentes.

Se dice que este debate es inconveniente. Lo que

es inconveniente, señor, es haber entregado un asunto de esta gravedad al comentario público, haber provocado la discusión en todas partes y cuando llega el momento de que ella se consume aquí en su centro natural y legítimo, eludirla en nombre de nueriles vacilaciones y dejar en pie todas las agitaciones, todas las dudas, todas las ansiedades, todas las protestas y también todas las esperanzas...

¿A quién puede perjudicar un debate que sería sereno y doctrinario como son todos los de esta Cámara? ¿Acaso está constituído este cuerpo en forma tal que sea prudente siquiera arrancar de su seno un motivo de deliberación apasionada? ¡No, señor presidente! Insistir hoy, después de los hechos que son del dominio público, después del proceso breve pero elocuente por que ha pasado este proyecto, insistir en su aplazamiento, importaría suponer que los que tal hacen están dominados por una de estas dos convicciones: o es inconveniente discutir en este momento la ley de divorcio, o el resultado final de la deliberación será favorable al divorcio mismo. En el primer caso, se trata de algo que no resiste al análisis más ligero; en el segundo, de un ardid parlamentario contra el cual protesto en nombre de la verdad y en nombre de las ideas, — de las ideas, que deben ser vencidas por ideas y no por estratagemas sobre las cuales nada serio ni fundamental ni estable puede crearse! *(Aplausos).*

¡No! Este debate conviene. Conviene al país, cuya agitación, por otra parte saludable, no habrá de apagarse sino «quitando o poniendo rey»; conviene a la cultura nacional, que algo ha de ganar; conviene a los anales de esta casa, a los cuales se incorporarán seguramente páginas brillantes; conviene a la Iglesia misma, que no puede eludir la polémica sin confesarse de antemano derrotada y declarar que teme caer vencida bajo el razonamiento de los innovadores; a la Iglesia misma, cuyos procedimientos de hoy no son, ciertamente, los de ayer; a la Iglesia misma, cuya más alta autoridad, León XIII, al declarar, sobre el sepulcro recién abierto de Renan, que *después de todo es conveniente*

que haya herejes en la tierra, no entendió decir otra cosa sino que es conveniente que haya a veces polémica en torno de la Iglesia; de la Iglesia misma, señor presidente, que así como ilumina hoy el interior de sus templos con luz eléctrica — la luz nueva, que pone la nota del progreso y el movimiento fecundos entre las estagnaciones austeras del ritual, — no puede mirar con malos ojos que la luz de una deliberación serena se irradie sobre un punto que tanto y tanto la interesa...

Pocas veces ha podido estar constituída esta Cámara en forma más propicia para que un debate de esta naturaleza pase por el tamiz de la más prolija deliberación. Todas las tendencias que puedan rozarse directa o indirectamente con el divorcio están aquí: jurisconsultos de reputación notoria, para los cuales la cuestión del divorcio es una cuestión puramente civil, que no tiene nada que hacer con la religiosa; médicos distinguidísimos, como mi ilustrado colega el señor diputado por Entre Ríos, quien, según propia declaración, penetra todos los días, en la mano el escalpelo implacable, al campo infinitamente armonioso de la ciencia, lo que no le ha impedido formular una moción que arranca ese escalpelo de manos de esta Cámara e impide que la luz de esa misma ciencia ilumine nuestras deliberaciones... Están aquí además, junto a los representantes, distinguidos también, del liberalismo argentino, que traerían a este debate el eco resonante de todas sus rebeliones, católicos fervorosos que aportarían a él sus talentos, su ilustración y el apasionamiento característico; y para que el cuadro se entere del todo, ocupa una banca en este recinto un alto y respetable dignatario de la Iglesia católica, cuya voz, que resonaría esta vez más vibrante que nunca, parecería traernos el eco de toda la Iglesia, y a conjuros de cuya palabra, a la cual el ambiente parlamentario no conseguiría despojar del fervor evangélico, acaso cruzara ante nuestras pupilas como en una visión lejana la imagen del Dios que inspira y preside las deliberaciones de este cuerpo!

Señor presidente: yo no necesito decir todavía, para

fundar esta moción, cuál es mi pensamiento sobre el fondo mismo del asunto. Quizá esperaba el debate para modelar definitivamente mi juicio. Entretanto, quiero para la última palabra que pronuncie esta Cámara, para la idea que quede predominando como derivativo de este proyecto de divorcio, los prestigios de la victoria bien ganada y no esos otros efímeros y fugaces, del ardid bien manejado. *(¡Muy bien! Aplausos).*

El obstruccionismo, por otra parte, no es la tradición del catolicismo argentino, cuyos adalides han tenido a honra venir a esta honorable Cámara, en días inolvidables, a batirse palmo a palmo y a defender en buena lid sus ideas.

Años atrás (este recuerdo fué traído a la Cámara por el labio elocuente de Aristóbulo del Valle), cuando Francisco Bilbao, aquel libre pensador de alta talla, discípulo inspirado de Lamennais, daba sus conferencias en el Club racionalista — un hombre joven, católico fervoroso, a quien el destino reservaba desempeñar más tarde el papel de columna fuertísima del catolicismo en su patria, — sentado en la primera fila de los asientos destinados al público, escuchaba atento y religiosamente y anotaba en su libro de apuntes los argumentos nuevos y audaces que el conferenciante derramaba a manos llenas sobre la perplejidad del auditorio juvenil. Aquel hombre, sobre cuya frente aleteaba ya el águila de luz del pensamiento y en cuyas pupilas fulguraban las brillazones del talento, aquel hombre, señor presidente, se llamaba Pedro Goyena! *(¡Muy bien! Aplausos).* Yo lo invoco y lo evoco entre los calores de este debate y alzo su nombre como un ejemplo, como una enseñanza, y como un modelo, para repetir una vez más que la obstrucción sistemática no es la tradición del catolicismo argentino!

No, señor presidente; venga el debate, y no cometamos con las ideas del crimen que antaño se consumaba con sus autores: no condenemos sin oír! Venga el debate; y si la palabra final que pronuncie la honorable Cámara es contraria a la idea del divorcio, que sus sostenedores puedan retirarse del recinto sin llevar un dejo

de amargo en el alma y sin sentir que asuman a sus labios estas palabras hermosísimas pronunciadas por aquel de quien se ha dicho que fué el filósofo de los poetas y el poeta de los filósofos: «*quieren obscurecernos el alma; nosotros queremos iluminar la suya; nuestra revancha es la luz*». *(¡Muy bien!)*.

¡No, señor presidente!

Si hay en esta honorable Cámara quienes abrigan ideas irrevocables, dormidas en el cerebro y prendidas en el corazón, por lo menos que no se encierren como la ostra en la concha de sus convicciones, huérfanos del sol que todo lo ilumina y todo la aclara. *(¡Muy bien!)*.

¡Venga el debate! Y si hay también entre nosotros espíritus demasiado débiles o demasiado fuertes — ya lo veremos — sobre los cuales gravita como una losa el peso de la historia, de la costumbre y de la tradición, espíritus que quisieran como cristalizarse en la noche del pasado, que no puedan en ningún momento aplicarse a ellos — lo deseo para honra y prez del parlamento — esta frase vieja y honda: «*Toman por noche profunda su propia sombra que pasa, llena de vanidad*». *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados)*.

(La honorable Cámara votó por unanimidad la moción del diputado Roldán).

OBRAS DE SARMIENTO

Señor Roldán. — Pido la palabra.

Hoy es el décimoquinto aniversario de la muerte de Sarmiento.

Las nuevas generaciones argentinas, señor presidente, rinden a la memoria de este hombre un homenaje que bastaría por sí solo, ciertamente, para fundar la moción con que me propongo terminar estas palabras.

El espíritu se sobrecoge de admiración al evocar la figura de este repúblico, modelada en la hora incierta de la organización nacional, cuando la elevación de las propias ideas era como un guante arrojado a la agresiva inferioridad de las ajenas; cuando en el terreno de la política el templo no había destronado aun a la pagoda y reinaban la ofuscación y el desconcierto; cuando la atmósfera estaba saturada de analfabetismo político, moral y social, y cuando la tiranía y la ignorancia se daban la mano al través del tiempo y el espacio para luchar unidos contra estos geniales caballeros de la cultura y del ideal.

El puso la semilla, regando a manos llenas el surco que abriera Rivadavia; y así como en la granja solariega, el árbol que presta su sombra a la prole robusta y ruidosa es una evocación constante del viejo abuelo que lo plantara y en cada rama que brota parece como retoñar su memoria, — así también, señores diputados, en cada destello de la intelectualidad argentina, en cada cerebración que brille con fulgor propio, en cada inteligencia que surja del libro tras de las nobles vigilias del estudio, habrá también una evocación permanente del

gran viejo, que de pie sobre la eminencia de su genio tuvo la visión perfecta del futuro, comprendiendo que era menester ante todo *educar* al pueblo de la turbulenta, democracia, y que cada escuela que se abriera era un jalón más que se plantaba en el derrotero de los destinos grandiosos y seguros... *(¡Muy bien! ¡Muy bien!).*

Más feliz que aquel guerrero de la leyenda que anunciaba desde su lecho de muerte una resurrección de su espíritu en el brillo de cada espada que se alzara para castigar el desmán de un enemigo de la patria, el espíritu de Sarmiento revive en el libro de todas las enseñanzas, flota en el silencio austero de las aulas escolares, está presente en todas las vibraciones del alma nacional, y triunfa, con triunfo cada vez menos discutido, en el foro de la pública conciencia... No morirá ese espíritu; y con menos esfuerzo que el que desplegaba el psicólogo francés para descubrir, estudiando las noches de Monte Carlo, un vago parecido físico entre la fisonomía de los jugadores de noble abolengo y el perfil grabado en los *luises* que arrojaban sobre el tapete, — en la mirada del maestro que se inclina sobre el niño, repitiendo la escena bíblica y eternamente sublime de las primeras semillas cayendo sobre el surco virgen, podrá adivinarse una reverberación del alma de Sarmiento, cuya vida sin ocios parece estar probando que en el alma de esta raza pueden coincidir victoriosamente el lírico ardor de los meridionales y la indomable energía del Norte.

Si es admirable la acción de Horacio Hann, divulgando en su patria el ideal de la educación, ¿qué no decir de Sarmiento, que realiza campaña idéntica en un medio mil veces más adverso, como que para abrir una escuela entre nosotros no bastaba convencer a un labriego; — era menester primero desarmar a un bárbaro, arrancar de cuajo el pajonal para plantar allí mismo la semilla fecunda y bienhechora. *(¡Muy bien! Aplausos).*

Yo he visto, señores, en un rincón lejano de la campaña argentina, mientras un maestro de primeras letras dictaba una lección a sus discípulos, a plena luz,

a la puerta de una escuela humildísima, al pie de un árbol a cuya sombra acaso se sentó primero el cacique, después el caudillo y donde ahora, ¡loado sea Dios!, resonaba la voz tranquila de la enseñanza, — mientras un maestro, repito, dictaba una lección a sus discípulos, un grupo de paisanos acercarse tímida y silenciosamente a recoger también ellos la voz de la educación. Aquellos hombres representaban para mí el elemento que la civilización va suave y gradualmente incorporando a sus dominios, sin batallas, sin conquistas, sin matanzas, atrayendo a su seno como por una ley física... Cruzó de pronto a las pocas varas y al galope de su caballo, un gaucho de aspecto huraño y sombrío. Envolvió la escena en una mirada rápida, y siguió... En aquella mirada reverberó el odio instintivo del desierto contra la ciudad: — aquel gaucho era la barbarie frente a la civilización; aquel gaucho era el caudillaje, la anarquía, la desolación, la ignorancia, frente al orden, al trabajo, a la educación, a la cultura: aquel gaucho era Facundo frente a frente a Sarmiento... *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos).*

Y cuando su silueta se borraba, Pampa abajo, mientras la voz del maestro seguía resonando vibrante y argentina, yo tuve la visión perfecta de la obra de Sarmiento y comprendí todo el alcance de este magnífico grito suyo: — «Más que en los fusiles, tengo fe en las escuelas para desarmar a esos bárbaros!».

Todo lo esperaba de la escuela. Para él, el problema financiero era problema de educación; el problema pólitico era problema de educación; el problema social era problema de educación... Y preconizaba por sus labios agresivos y elocuentes, la escuela surgía como la panacea milagrosa destinada a salvar a la República del caudillaje, de la anarquía, de la ofuscación y del error...

¡Escuelas! — decía. — Y cuando reclamaba a grandes voces semillas para la tierra y semillas para las inteligencias, trigales para la llanura inculta y anagnosias para los cerebros vírgenes, — la voz anónima, el cilicio que aureola la frente de los precursores, dija

estas dos palabras de injuria y de coronación: — ¡Viejo loco!

«¡Todos los caudillos llevan mi marca!» — exclamaba en un debate memorable, aludiendo a esos corifeos indoctos que todavía retoñan bajo la mal llevada levita, representando el desorden en las oposiciones y la rapacidad en el gobierno... «Tonos los caudillos llevan mi marca!» — exclama en aquella su prosa desordenada y relampagueante, que caía sobre el adversario como una carga de redomones; y pudo añadir sin tocar en la hipérbole: — y todas las escuelas llevarán mi nombre!

Creía que allí, en la escuela, estaba el solo taller donde había de forjarse el hombre de su ideal. Y el ideal para el gran viejo estaba sentetizado en este concepto admirable de comprensión y de sencillez; el orden público, que es el grado terminal de la civilización humana, no ha de estar impuesto por el sable de los milicianos, sino sancionado por la voluntad juiciosa y serena de los pueblos... *(¡Muy bien! Aplausos).*

En su obra, en toda su obra, desde el suelto de gacetilla hasta el intenso libro fundamental; desde la improvisación ligera hasta el opúsculo vibrante y oportuno, está diluído este apotegma suyo. Allí, en esos brochazos geniales, están todas las palpitaciones de una época. El crítico literario buscaría en vano, analizando esa obra, la columna finamente cincelada, impecable en la austeridad armoniosa de las líneas... En vano, porque la obra de Sarmiento es más bien el peñasco informe, majestuosamente imperfecto, hosco en la grandiosidad de las líneas caprichosas, pero destinado a quedar ahí, de pie bajo el sol y de los vientos, inmóvil y soberbio, triunfando de tempestades y vendavales! *(Aplausos).*

Divulgar su pensamiento es noble y útil tarea. Hago moción ,entonces, para que la honorable Cámara, rindiendo un homenaje más a la memoria del grande hombre, trate sobre tablas un despacho de la comisión de instrucción pública relativo a una nueva adquisición de sus obras.

He terminado. *(Aplausos).*

—Apoyada esta moción, se vota y es aprobada.

LEY DE RESIDENCIA

Señor Roldán. — Pido la palabra.

Señor presidente: cuenta una antigua y conocida fábula lugareña, que un buen día el diablo en persona se pavoneaba por el mundo. En una aldea, donde quién sabe que travesuras andaba tramitando, lo sorprendió un temporal, y he aquí que no encontraba el muy ladino otro lugar para asilarse, que una iglesia. Parece que el diablo tenía vergüenza de entrar a la iglesia; pero el bueno del cura, que lo reconoció se adelantó a ofrecerle generosa hospitalidad, asegurándole que la casa de Dios era también la casa de todos.

Muy hombre y muy amable el señor cura.

¿Pero cuál habría sido su respuesta si el huésped, en vez de pedirle hospitalidad simplemente para guarecerse contra la lluvia, se la hubiera pedido también para intentar la destrucción de la iglesia?

En caso de haberse producido tal demanda, la respuesta del animoso párroco no habría dado la fórmula para responder ahora a estos señores anarquistas que piden solemnemente el amparo de la Constitución Nacional con el propósito declarado de destruirla, de violarla, de mancillarla, y de profanarla!

Señor Palacios. — ¿Me permite una interrupción?

Debo hacer esta declaración: el diputado que se sienta en esta banca no viene a hablar en nombre de los anarquistas; los anarquistas no han pedido nada: yo lo he pedido en nombre de mi partido y en nombre de las garantías constitucionales violadas por dicha ley.

Señor Roldán. — Voy a contestar a esa observación. No sé si el señor diputado ejerce la representación de los

anarquistas; pero sé que son ellos los destinatarios exclusivos de esta ley. Y quiero hacerle esta otra observación; durante su extenso discurso, ni aun cuando se ha referido a mí en la sesión anterior, ni aun cuando nos ha llamado «infames traidores a la patria», lo he interrumpido: y me hago un deber en prevenirle que si está dispuesto a interrumpirme cada vez que se sienta alcanzado por alguna de mis verdades, va a hablar más que yo durante mi discurso!

Señor Palacios. — Como yo he permitido todas las interrupciones que se me han hecho, creía que tenía derecho: pero no interrumpiré más al señor diputado.

Señor Roldán. — No quiero cerrar esta anécdota sin añadir, en honor de la verdad y en honor del diablo, que según reza la fábula, mientras estuvo en la iglesia, aceptando la benevolente hospitalidad del señor cura, supo estarse quieto y respetuoso. *(Risas).*

No he de investigar, a pesar de la reciente declaración de mi distinguido colega preopinante, si él impugna esta ley por fino amor a la Constitución o por solidaridad con las gentes a quienes va dirigida la ley misma, — investigación que acaso permitiría poner a su elocuente discurso la etiqueta definitiva. Tampoco voy a seguirlo a través de su viaje un tanto accidentado por el campo amigo de la Constitución Nacional, porque el luminoso informe del señor diputado Vedia ha respondido anticipada y victoriosamente a todas sus manifestaciones. Voy a limitarme a formular una sola observación, llamando sobre ella la atención de los señores diputados.

Se dice que esta ley es inconstitucional; y he dicho, contestando a la interrupción del señor diputado, que los destinatarios de esta ley son los señores anarquistas. Ahora bien: para los anarquistas, la Constitución Nacional, como todos los estatutos legales, no tiene valor alguno y constituye la negación del derecho y de la justicia. Yo me pregunto: ¿es lícito que un hombre se ampare en una cláusula contenida en un estatuto al cual no rinde respeto, para derivar de esa cláusula el derecho de violar ese estatuto? ¿Viola o no viola la

Constitución del país el hombre que en esta tierra se declara anarquista? ¿Y es admisible que la Constitución Nacional ampare a sus propios detractores? Respondan por mí el sentido jurídico y el sentido común, que pueden ser una sola y misma cosa.

Recordaba el señor diputado en la sesión anterior (y no quiero pasar adelante sin responderle), que alguna vez en antesalas hice merecidos elogios de un escrito presentado a la Suprema Corte por un distinguido abogado de este foro, el doctor Carlos Rodríguez Larreta, alegando la inconstitucionalidad de la ley de residencia. Creía y creo todavía que es ese escrito el mejor alegato que se ha hecho hasta aquí contra la ley actual, el recuerdo del señor diputado me sugiere la conveniencia de explicar las razones que determinan mi actitud actual, favorable al despacho de la comisión y contraria a la que asumí hace dos años, al discutirse la ley vigente. Cuando en una sesión nocturna de 1902 y bajo la presión de sucesos que se desarrollaban simultáneamente, fué discutida la ley de residencia, tuve oportunidad, en efecto, de fundar mi voto en contra. Entendía como lo ha recordado el señor diputado —haciéndome un honor y rindiéndome un homenaje que le agradezco—, entendía, repito, que estas leyes de represión no se han dictado en los países en que existen, sino con posterioridad a las leyes de beneficio y previsión que contienen todas las buenas legislaciones.

Pero debo observar que la situación ha cambiado. Hace dos años, como se desprende de mis propias palabras, no había entrado siquiera a discusión el proyecto sobre accidentes del trabajo que tuve el honor de presentar. Hoy está en comisión un proyecto completo sobre esta materia, tan completo que constituye el estatuto más liberal del mundo, que borra todo programa positivo de la bandera socialista, y que la deja reducida a un mero trapo rojo de rebelión injustificada. Dije entonces, señor presidente, ante la duda de que el destierro del extranjero pudiera constituir una pena, que mientras en la ley no se incluyera la articulación del juicio previo preceptuada por la Constitución Nacional,

la ley pugnaría con la letra y el espíritu de aquélla. Reingresa ahora este estatuto al debate con una modificación substancial: el acuerdo de ministros como medida previa para el destierro de los extranejros ¿Si bien esta modificación puede no conciliar la ley con la letra expresa de la Constitución — en el supuesto muy discutible de que el destierro constituya una pena, — la modificación armoniza, sin embargo, a dicha ley con el espíritu de la carta fundamental, porque el propósito del juicio previo no es ni puede ser otro que rodear de las mejores garantías la aplicación de una pena; y si garantía es el juicio previo, garantía es también el acuerdo de ministros, que equivale a un jurado eminente, como que lo componen nada menos que el primer magistrado de la Nación y sus ocho ministros.

Bueno es no olvidar, por lo demás, que en nuestro país el Presidente de la República ejerce funciones judiciales; que pone el cúmplase a las sentencias de los tribunales de guerra, reconocidos por la Corte Suprema; que indulta y que conmuta penas; pero bueno es no olvidar también que ésta es una ley de prevención; que para crear el juicio previo, tendríamos que crear el delito, y que ello constituiría una redundancia porque el extranjero que delinque cae bajo la acción de los códigos penales; bueno es no olvidar que la misma esencia jurídica de esta ley, es la que informa la ley de inmigración, según la cual se rechaza del país a los valetudinarios, a los ebrios y a los mendigos sin incoar juicios previos para probarles la vejez, el alcoholismo o la mendicidad...; bueno es recordar también que el Estado, con el arma que le da esta ley, se dirige en estos términos a un extranjero que se ha declarado anarquista: — «Usted no será un delincuente; yo no puedo, pues, entregarlo a los jueces, puesto que no ha cometido usted un delito. No le discuto su dogma, no le discuto sus ideales, no le discuto sus doctrinas; pero usted me incomoda: yo le expulso».

El señor diputado decía que la ley establece diferencias entre los nacionales y los extranjeros, porque mientras al extranjero le impone solamente la expul-

sión, deja a los argentinos los beneficios de todas las formalidades legales que preceden, rodean y acompañan al juicio de extradición.

Deploro tener que significar a mi distinguido colega que la extradición no se aplica nunca a los argentinos que delinquen dentro de nuestro territorio y pido permiso a la honorable Cámara para no insistir sobre esta noción elemental, seguro de que el señor diputado habrá advertido ya el *lapsus*.

Además, el señor diputado citó el artículo 29 de la Constitución Nacional; citó el famoso artículo 29, famoso por su origen histórico, artículo en el cual están consignadas aquellas terribles palabras con que nos fulminó indirectamente: — «infames traidores a la patria!».

Este artículo dice así: «El Congreso no puede conceder al Poder Ejecutivo nacional, etc., ni facultades extraordinarias, ni la suma del poder, etc., por las que la vida, el honor y la fortuna «de los argentinos» queda a merced de gobierno alguno».

Como no se trata aquí de argentinos, convengamos en que la cita es por lo menos excesiva. No tiene absolutamente nada que ver ese artículo ni con los extranjeros, ni con la ley de residencia, ni con la materia en debate.

El señor diputado nos ha hablado de tropelías policiales.

Señor presidente: en el supuesto de que se hubieran cometido tropelías policiales, ellas no constituyen un argumento serio contra la ley de residencia. Todas las leyes pueden ser violadas por los funcionarios encargados de su aplicación; y si de tal hecho, dolorosamente posible, hubiéramos de inferir la necesidad de derogar esas leyes, habríamos llegado, por puro amor a las leyes mismas, al propio adorable estado de disolución social que preconiza la secta nueva.

El señor diputado nos ha dicho que se han cometido muchas tropelías; que los ayes de las víctimas resuenan todavía en la atmósfera moral de este país; y nos ha citado el caso de un señor Arturo Montesano,

español, anarquista, vinculado a la República por el lazo respetabilísimo de un hogar, y arrancado violentamente por la policía de una alcoba donde, sobre dos lechos vecinos, mientras una vida se extinguía, otra estaba a punto de comenzar.

He de observar desde luego, que el señor Montesano era anarquista; que tenía ese ideal de que nos hablaba el señor diputado en la sesión anterior, ideal que consiste sencillamente en odiar a la mayoría de sus semejantes, en odiar a la Rupública, en odiar a la bandera de la Nación, y en preconizar el crimen, que constituye, en definitiva, toda la «propaganda de hecho» de la secta reformadora.

Pero quiero probar al señor diputado que ni aun sobre este antecedente estaba bien informado. El nos ha dicho que el señor Montesano regresó subrepticiamente al país; que se ciudadanizó y que ahí está, pleno de odios contra esta sociedad burguesa y atenaceada su alma por la sed de todas las «vendettas».

Y bien; es cierto que Montesano volvió al país; pero, ¿sabe la honorable Cámara a quien se dirigió este anarquista, este fruto de la bandera roja, en demanda de protección para poder regresar a la República? ¿Acaso a alguna confederación libertaria? ¿Acaso a algún propagandista de su credo? No, señor; se dirigió a un burgués; a un miembro de esta Cámara, a mi particular amigo el doctor Luro... *(Risas)* a quien escribió declarándole que abjuraba de sus creencias, que renunciaba a las malandanzas pasadas y que se reintegraba a la vida del trabajo honesto, lo que prueba que si hubo tropelía policial, tuvo al fin por resultado librarnos a tiempo de un bárbaro y reintegrar a la sociedad un hombre útil. *(¡Muy bien!)*.

Nos ha citado también el caso de un señor Pedro A. Gallo, de quien el señor diputado nos ha dicho lo siguiente: don Pedro A. Gallo, es argentino; tengo aquí en el bolsillo, añadía, su fe de bautismo. Sin embargo, se le ha aplicado la ley de residencia, como si se tratara de un extranjero!

Yo tengo aquí una manifestación del señor Pedro

A. Gallo, firmada por él, en la que declara que es hijo de Francisco y de Verónica Minio, y que es italiano, nacido en el pueblo de Bagnasco, provincia de Cúneo, el 20 de enero de 1868; y tengo aquí la copia de una nota nota dirigida por éste al señor jefe de policía de la capital, en la cual le pide que en caso de ser deportado, se sirva remitirlo a su pueblo natal, donde tiene familia, etc., etc.

Como se ve, se trata o de un Gallo que no quiere confesar su origen o de un Gallo mixto. *(Risas).* De todas maneras, me parece que el «motivo» no merece el «do» de pecho.

Nos ha dicho, además, el señor diputado que los hombres más distinguidos del país impugnan la ley de residencia.

Tratándose de una expresión que no se prodiga, o que no debe prodigarse, y nombrando a Mitre, Roca y Pellegrini, se me figura que respeto el objetivo.

Mitre —puedo afirmarlo— entiende que el país necesita una ley de residencia. En cuanto a la opinión de Roca, es conocida, pues la voz de sus ministros ha defendido aquí la ley. Respecto al doctor Pellegrini, votó en el Senado el proyecto Cané. Podría ampliar luminosamente esta lista, comenzando por el nombre del doctor Quintana, que la apoyó como diputado en las sesiones de 1902.

En contraprosición a estos grandes hombres, mi distinguido contradictor nos ha traído la opinión de algunos jóvenes estudiantes, consignada en las tesis inaugurales, donde por primera vez ensayan sus aleteos científicos, y el juicio del señor Pelagio Luna y otros publicistas similares. *(Risas).*

Paso sin esfuerzos sobre las pequeñas disidencias de forma que podrían separarme en este momento del despacho de la comisión de negocios constitucionales y paso sin esfuerzo sobre esas pequeñas cuestiones de forma, porque entiendo que hay de por medio una cuestión fundamental. Para mí —y provoco al señor diputado al debate en lo que él tiene de fundamental y trascendente,— para mí, repito, el hombre que en este país

difunde el credo anarquista, o que asume actitudes de martirio para propalar el ideal socialista, es, si extranjero, un intruso, si argentino, un extraviado. Pretender trasladar a esta tierra, junto con ciertas teorías y doctrinas que no constituyen, por cierto, el privilegio de ningún círculo porque son el patrimonio común de todos los espíritus en marcha, — el lote de odios y de propagandas subversivas que las acompañan en Europa, es adulterar las leyes flexibles de la lógica, de la historia, de la verdad y el buen sentido. Explícanse si se quiere esas propagandas, allá, donde cada una de las conquistas alcanzadas hasta aquí por el proletariado ha sido la obra de muchas décadas, cuando no muchos siglos de lucha cruenta y pertinaz; donde desde la noche feudal hasta nuestros días las clases sociales han podido abatir sus murallas pero no borrarlas del todo; donde aún en el seno de las mismas repúblicas, la aristocracia, arrasada por el huracán igualitario, se prolonga en el gesto, en el ademán, en el «modus vivendi»... *(Aplausos)* y en esa especie de solidaridad retrospectiva que vincula al grupo blasonado; donde sobre los hombres y las cosas gravita el peso enorme de una tradición preñada de divergencias insolubles y donde lo que aquí surge o puede surgir de un breve y discreto debate parlamentario, es allí, la más de las veces, el derivado inevitable de dolorosos martirologios. Pero pretender trasladar artificialmente esas propagandas aquí, a este país de adaptación, donde las ideas de carácter más avanzado son debatidas serenamente, sin prejuicios de secta política ni preconceptos de secta religiosa; donde el industrialismo está en pañales, mientras la ciencia económica define el conflicto entre el capital y el trabajo como un resultado de la congestión industrial; donde la vida nacional se desarrolla en una enérgica aspiración de bienestar común, sin que las diferenciaciones sociales de Spencer consideraba «causa primaria» de la controversia secular, debiliten la robusta unidad del organismo colectivo; donde el provenir de los que se dedican al trabajo, — trabajo en el alto y severo concepto de la palabra, — se diseña tan claro y tan

preciso como la visión del horizonte en la llanura lejana... *(¡Muy bien!)*; donde la enorme campiña incultivada y riquísima, pide brazos, — mientras la voz pontificial de Tolstoi, que no es un desconocido para el señor diputado, — se dirige por última vez a los obreros del mundo señalándoles el camino del campo y asegurándoles que es allí y no en el hacinamiento estéril de las grandes metrópolis donde han de realizar la expansión triunfal de su energía... *(Aplausos prolongados)*; aquí, señor presidente, donde no hay clases ni castas, y donde por consiguiente no puede haber odios fundamentales; donde los caballeros tratamos a nuestros sirvientes casi como a nuestros amigos... *(¡Muy bien!)* donde el dependiente de hoy es el patrón de mañana, cuyos hijos pondrán sencillamente un ojo en la Universidad y otro en el gobierno de la República; donde el terrateniente de la fecha es el labriego de la víspera; donde el millonario guarda todavía, como la prenda más emocionante y bien querida, el primer arado o la primera carreta con que, pobre y joven y fuerte, comenzó a faenar la vida... *(Aplausos)*; aquí, donde el hombre del arrabal que consigue elevarse por su propio esfuerzo o por su buena fortuna, libre tiene y sin reparos el camino del «faubourg»; aquí donde eso de burguesía es una palabreja hueca y apócrifa que necesita ser adulterada en su triple concepto histórico, político y social para poder ser pronunciada; donde ese mismo obrero, afiliado hoy a la secta anarquista, será tildado de burgués por sus propios compañeros, el día en que la suerte del centavo le permita el lujo inaudito de la camisa limpia... *(¡Muy bien! ¡muy bien! Aplausos)*; aquí, donde la pretendida burguesía gubernamental está realizando el programa mínimo del colectivismo alemán en cuanto tiene de discreto; aquí donde en breve va a entrar al debate una ley sobre el trabajo que constituye, en su género, el estatuto más liberal del mundo; aquí, en fin, donde la total inteligencia ambiente se abre para recibir la Idea con la misma peregrina y augusta y fecunda sencillez con que se abre el surco virgen para recibir la semilla; aquí, repito,

pretender trasladar artificialmente esos odios, esos rencores, esas propagandas subversivas y esos ademanes de mártir sin martirio, es desvirtuar las leyes inflexibles de la lógica, de la historia y del buen sentido; es llevar el espíritu de imitación hasta donde Molière llevaba el suyo de gracia; es abrir el paraguas — según el conocido chiste — por la piramidal razón de que está lloviendo en Londres, y es parodiar malamente la arremetida que narra el capítulo décimo del libro famoso... (*Aplausos prolongados en las bancas*).

Decía, señor presidente, que la pretendida burguesía gubernamental argentina está realizando, sin jactancia y sin ademanes descompuestos, todo cuanto el programa mínimo del socialismo militante tiene en sí mismo de discreto o de factible; y para evidenciar esta voluntad, me bastaría recordar la actuación parlamentaria de mi distinguido colega y amigo del doctor Palacios, muy honrosa para él, por cierto.

Llega al Congreso, como producto de una elección libérrima, vencedor en su distrito — él, el fruto de los «sufrientes» — sobre altas influencias pecuniarias, políticas y sociales; llega al Congreso y promueve la cuestión previa del juramento. Esta misma cuestión había sido ya promovida en viejos parlamentos europeos; había tardado años en solucionarse; había dado lugar a grandes debates; había exacerbado los ánimos; acaso había encendido rencores... La Cámara deliberó veinte minutos; y en obsequio al joven y nuevo diputado, modificó su forma tradicional de juramento; en obsequio al joven y nuevo diputado ,modificó la forma de jurar con que Mitre y Sarmiento se incorporaron sin reparos a su seno. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*).

Concibe muy luego, el señor diputado, proyectos trascendentales que consiguen llamar la atención pública, y he aquí que esta Cámara, burguesa en un noventa y nueve por ciento... *Risas*), sesiona bajo la presión de una barra libertaria que corea al socialismo unipersonal del recinto, — barra que de tal manera se familiariza con la Cámara, que corona la sesión cantando su himno, actitud que el señor diputado condenó seve-

ramente en antesalas. (Y conste que corresponde a él la iniciativa de traer al recinto las expresiones recogidas en antesalas...).

Concibe después el señor diputado un proyecto de ley gravando las herencias en su transmisión, proyecto que forma parte de su programa mínimo de acción; y llega tarde la iniciativa, porque ella corresponde en realidad a un ex distinguido miembro de esta Cámara, al doctor Vivanco.

Concibe el señor diputado un proyecto de ley derogando la de residencia, proyecto que motiva el presente debate, y llega tarde también, porque la iniciativa corresponde a mi distinguido colega y amigo el doctor Gouchón y a otro apreciable ex miembro de esta Cámara, el doctor Salas.

Concebirá mañana un proyecto de ley reglamentando definitivamente y en cuanto es posible, las relaciones entre el capital y el trabajo, legislando sobre la jornada mínima, sobre el salario, sobre la higiene de los talleres y de las fábricas, sobre el trabajo de las mujeres y de los niños, sobre los conflictos gremiales, los arbitrajes, etcétera... y llegará tarde también! Y no es que el socialismo ande despacio: es que la burguesía ha andado más ligero! *(¡Muy bien! ¡Muy bien!).*

Y en presencia de estos hechos incontrovertibles, yo pregunto: ¿cómo justificar las «gros mots», los ademanes de martirio, aquello, tan pomposo, de las «grandes reivindicaciones» y sobre todo las propagandas de odio?

¿Y sabe la honorable Cámara de qué naturaleza son esas propagandas?

No repetimos, por sabido, que se asesina a veces a los obreros que no quieren adherirse a las huelgas; no mentemos tampoco la habitual proclama, incendiaria y procaz; pero sepa la honorable Cámara que en poder del señor ministro del interior hay una nota del jefe de policía en la cual se le denuncia la existencia y funcionamiento en esta capital de escuelas de anarquismo, donde siniestros sacerdotes del credo ese, lo enseñan a los niños, en salones clandestinos cuyas paredes están

adornadas por los retratos de asesinos de reyes y de presidentes! *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos).*

El señor diputado nos hablaba en la sesión anterior de Inglaterra. Nos decía que una cita de Dicey robustecería su doctrina. Y el señor diputado leyó: — «Es fácil comprender — dice Dicey — que la autoridad judicial ejercida como debe serlo invariablemente, según las reglas estrictas de la ley, paraliza los poderes discrecionales de la Corona. Ella impide a menudo al gobierno inglés de atender a un peligro público por medio de precauciones que serían tomadas de la manera más natural por el poder ejecutivo de un estado continental».

Como se ve, señor presidente, a la cita de Dicey se puede contestar con la cita de Dicey. Lo que hace este autor es lamentar que en Inglaterra no pueda la Corona prevenirse contra los peligros del anarquismo o no pueda ponerse en práctica esta máxima que consigna Calvo en la página 315 de su *Tratado de derecho internacional público:* «Todo estado está autorizado para expulsar, por razones de orden público, a los extranjeros que residen temporalmente en su territorio».

El señor diputado nos decía que se explica que en los Estados Unidos se proceda a la expulsión de los extranjeros, porque la plétora de población que abruma a aquel poderoso organismo, le obliga a abrir válvulas de escape a sus excedentes. Reconoce, entonces, el señor diputado, que la necesidad colectiva, la necesidad social, puede justificar estas extremas medidas. Y no quiero pasar sobre este punto sin recordar que el señor diputado encontraba muy justificable la expulsión de los chinos, decretada en la Unión por el delito de que trabajaban muy barato, — opinión del señor diputado que reducirá a cosa de poca monta el humanitarismo romántico y universal de que blasona su partido.

Decía también el señor diputado que las leyes de expulsión se explican en los países de emigración. Error fundamental, señor presidente. Son precisamente estos países de inmigración, estos países que tienen sus puertas de par en par a todos los hombres del mundo que

quieren poblarlos con fines útiles, los que deben fijarse quiénes son los que transponen sus umbrales.

El señor miembro informante de la comisión de negocios constitucionales ha explicado bien la naturaleza de las relaciones que deben vincular a la República con los extranjeros. Vengan enhorabuena aquellos que penetran al seno de la República por el pórtico siempre abierto del preámbulo constitucional, dispuestos a labrar su propio bienestar, contribuyendo al engandecimiento común al amparo de leyes cuya generosidad sólo podrá compararse a la del surco dilecto, que retribuye sin usura el sudor de las frentes; vengan enhorabuena esos inmigrantes sanos y buenos, que incorporan nuevos glóbulos rojos a las arterias de la República y de cada una de las cuales podría decirse, parafraseando un concepto ajeno, que es como una letra en el gran abecedario del progreso nacional; vengan enhorabuena esos extranjeros como Burmeister, como Jacques, como Berg, como Gould, como Groussac, que han ilustrado el pensamiento de varias generaciones argentinas, y cuyo paso por los bufetes de la pública enseñanza nos permite afirmar que la República, — diluída la triunfal policromía en un patente organismo joven, ha podido incorporar a su temperamento propio la parte sana y alta de los temperamentos ajenos; vengan enhorabuena esos extranjeros cuyos apellidos nos han servido para bautizar todos los accidentes geográficos de la costa patagónica... *(¡Muy bien!)* y vengan por último, esos otros cuyas figuras, esculpidas en el bronce o en el mármol, cubren pedazos del caro suelo nativo, escorzada la línea pura al calor de altísimas solidaridades. *(¡Muy bien!)*. Pero esos otros, «sembradores de ideas», según la frase del señor diputado, que parece amigo de las expresiones viejas a pesar de cultivar los credos nuevos, — esos otros, lívidos, sobre cuya ignorancia ha echado raíces la noción indeterminada y confusa de un superlirismo feroz, esos otros, señor presidente, mala hora aquella en que rumbean a esta playa, y bienvenida la ley que los repudia a nombre de un derecho al bienestar que si puede ser invocado por ellos, con mil veces

más razón ha de poder invocarlo un pueblo entero! *(¡Muy bien!).*

Tales son ,señor presidente, mis hondas convicciones sobre este asunto, convicciones, repito, anteriores y superiores a las pequeñas disidencias de forma que podrían separarme en este momento del despacho de la comisión; y tan fuertes las siento, y tan robustas dentro de mi propio espíritu, que si se me llamara a hacer mi credo sobre esta materia que tan vastas proyecciones abarca, haríalo sin ningana vacilación: creo, también yo, en la inminencia de nuevas auroras; y no turba la visión bien deseada, el recuerdo de aquel maravilloso capítulo de «Resurrección», en que Tolstoi nos pinta todo su mundo ideal plenamente realizado y nos cuenta cómo sus obreros, enriquecidos, reabrieron el capítulo de los odios, de los pleitos y las reyertas; creo en la cercana agonía de muchos actuales vasallajes; creo que repugna con razón a nuestras conciencias democráticas el privilegio social que se apoya tan sólo en la casualidad del nacimiento, pero creo también que existe y existirá siempre una aristocracia del cerebro; creo que la igualdad de los hombres entre sí, sobre ser una utopía, es una blasfemia; que hasta en el bosque, árboles hay que se alzan más altos que los otros, y pues que reciben ellos solos, allá arriba, todo el empuje de los vientos que pasan, justo es perdonarles un poco la sombra que proyectan sobre los demás! *(¡Muy bien! Aplausos en las bancas).*

Creo, señor presidente, que el peor enemigo de la libertad, ahora, como siempre, es la secta; creo que cuando la secta habla de libertad, adjetiva esta gran palabra con el irritante exclusivismo de sus propagandas y sus procedimientos; creo que el menos libre de los diputados que se sientan en este recinto —y dicho sea sin ánimo de inferir a mi distinguido colega ni siquiera una molestia, - creo que el menos iibre de los diputados que se sientan en este recinto es el señor diputado Palacios; creo que si fuéramos a pesar, a ojo de buen cubero, las cosas superiores a nuestros espíritus que gravitan respectivamente sobre el suyo y

sobre el mío, arribaríamos a este balance: sobre el mío, números redondos, los 5.000 estatutos legales de mi país; sobre el suyo, 5.001, porque gravita también el estatuto socialista que es el más absorbente y tiránico de todos; creo que esa turba que a diario acompaña al señor diputado hasta las puertas de esta casa, turba que suele honrarnos con sus silbidos y que para algunos constituye la expresión misma de la soberanía popular, no es otra cosa que la prolongación del despotismo sectario, que proclama la libertad a los cuatro vientos y comienza por negársela a sus propios afiliados; creo, para terminar, que mi país debe seguir desarrollando su maravillosa adaptabilidad a todas las pautas; que debe seguir siendo la masa blanda sobre la cual a toda hora es fácil imprimir y que debe repechar su cumbre sin que las banderas rojas, que serán siempre trapos intrusos en su seno, turben la augusta majestad de su marcha! *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados en las bancas).*

EN LA SOCIEDAD DE ESCRITORES

Señoras:

Señores:

Solamente el vivo deseo de adherir a una solicitación que mucho me honra y el de no faltar a un compromiso tanto más ineludible cuanto que mis excusas fueron gentilmente rechazadas, ha podido animarse a declarar ante concurso tan escogido y respetable, que no vengo a hacer una conferencia, al menos en el grave sentido de la palabra, y sí sólo una conversación, como si estuviéramos entre camaradas — confidencialmente y abusando acaso de la franca amistad que acaba de fundarse, por la gracia del talento, entre esta tribuna y ese auditorio — para comentar lo que la Sociedad de los Escritores tiene en sí misma de halagüeño y auspicioso y lo que significa y anuncia esta noble fiesta, luminoso paréntesis espiritual abierto en medio de la prosa del «pan nuestro...»; gran fiesta, en verdad, por lo que entraña y lo que promete; solemne y a la vez amable ceremonia, orlada, para blasonarse del todo, por la presencia de la mujer, cuyo puesto entre los que piensan será siempre puesto de honor, pues que no hubo jamás, señoras, idea en vendimia ni pensamiento en siembra, sin que sobre la una y el otro, en forma de madre, de esposa, de hija, de hermana, de novia — flotara ella como una grande ave inspiradora y buena...

Señores: la tendencia al *gremio* que no es sino una fórmula superior de esa inclinación instintiva en la criatura humana que la induce a agruparse y organizarse en unidades homogeneizadas por la analogía de las

fuerzas que cada uno de sus elementos constitutivos desenvuelve en la vida; inclinación a tal extremo orgánica que se la podría señalar en los demás reinos de la naturaleza y en cuya virtud esa pobre clase obrera tan feudalizada hasta hace poco, habrá de conseguir el mejoramiento a que aspira, sobre todo si sabe esperar y tiene el acierto de no anteponer una *R* deplorable a la evolución segura, acatando y comprendiendo el paulatinismo — tolerad la palabra — que preside la marcha de las ideas y los seres — de la semilla al fruto, del paria al hombre; — esa tendencia sana y buena, eficaz como medio y profundamente moralizadora como finalidad, no se había manifestado hasta aquí en el núcleo de nuestros escritores.

Helos, por fin, agrupados; no ya para crear una de esas efímeras asociaciones literarias en que tan abundosa fué la Buenos Aires de otro tiempo; no una de esas asociaciones románticas en cuyo seno se agrupaban unos cuantos jóvenes desocupados para poner en verso su ociosidad; no el cónclave inofensivo y vanidoso, enfermo de academismo y adorable de indignación contra «el ambiente», sino la enérgica y fecunda comunión de los que piensan; de los que viven del pensamiento y para el pensamiento; de los que están en medio de su multitud cuando están solos porque para ellos se puebla la soledad; de los que doblan todos los días la frente palidecida por el esfuerzo sobre las cuartillas blancas y la levantan cuando está en ellas la «negrura luminosa» de que hablaba el poeta; la federación de los cerebros, la más alta de las federaciones, la que en su pergamino inaugural pudiera grabar a justo título aquellas palabras secas del Eclesiastés: «la Verdad es con nos; la Verdad y la luz...». Tal significa la Sociedad de Escritores; y desde esta tribuna, iluminada todavía por la palabra que acaba de honrarla, yo saludo a la falange silenciosa y triunfal que viene a ocupar su puesto de vanguardia entre las legiones de la actividad argentina, a la sombra de su tradición, que es tradición de gloria y al amparo de su bandera, que es pabellón de honor.

Obreros — hablo de los periodistas, — obreros que ido construyendo, ladrillo por ladrillo, el monumento de la grandeza nacional; vencedores sin laurel que viven *enterrando prosa,* según el amargo y certero decir de Víctor Hugo; ministros de ese cuarto poder que a menudo gobernó más ejecutivamente que el otro, a ellos se debe la orgullosa satisfacción con que es lícito afirmar — y era ya tiempo de que alguien lo afirmara — que por lo culta y sobre todo por lo honrada, la prensa asgentina es acaso la primera prensa del mundo. No es sólo la importancia de nuestros grandes diarios con relación al medio económico, político y social en que se desenvuelven: es que el mercantilismo como sistema, la acumulación como propósito y el utilitarismo como ley; el *chantaje* disfrazado de propaganda doctrinaria; la *«caja»* investida de director y hasta el elogio definitivo en favor del hombre o la mujer, el artista o el negociante, previo pago hecho a la empresa periodística por el hombre o la mujer, el artista o el negociante, todo eso que es habitual en otros países, produciría en el nuestro verdaderos estallidos de indignación. a tal punto es carne en la conciencia pública que el diario argentino, cuando informa, cuando discute, cuando ataca, cuando defiende, cuando afirma, cuando niega, cuando impulsa, cuando crea, cuando destruye, cuando orienta, cuando sugiere, cuando se apasiona y aun cuando se extravía, es, alta la frente y en guardia de caballero, honrado antes que todo y por encima de todo... Pudo la prensa nuestra, en horas febriles, rendir su inevitable tributo al apasionamiento circundante, llegar si se quiere a la procacidad, buscar el corazón mismo del adversario para herirlo de muerte, asociarse al desenfreno, acampar en el error: ¡cuando la tormenta hubo pasado, los penachos quedaron chorreando sangre pero limpios de venalidad y de bajeza!

A lo largo de la evolución de nuestros diarios, de punta a punta, desde los dolorosos días iniciales hasta los de la victoria; desde los mil ejemplares penosamente lanzados a la circulación hasta la linotipía inve-

rosímil; desde la humilde sala de redacción hasta el palacio monumental; a lo largo, repito, de toda esa evolución, no hay una sola villanía que marcar ni una sola piedra que no haya sido honradamente adquirida con el sudor de las frentes y el rasquear de las plumas ni compradas ni vendidas...

¡Bien haya, pues, la memoria de los que se fueron — de los Gutiérrez, los Paz, los Calvo, los Varela, los Bilbao, los Gómez, el *Bartolito* que fueron capaces a un tiempo mismo de cubrir con sus gallardías las columnas de la prensa de combate y con sus espíritus las de la prensa doctrinaria, haciendo rimar nervio y luz en una sola energía fecundante; bien haya la memoria de los que escribieron aquella prosa ruda de *La Pampa, El Nacional, La Prensa, La Tribuna, La Patria, La Nacion* — prosa de guerra y de gérmen, en cuya interlínea asoma la imágen de la nacionalidad inconcusa y pujando por plasmarse; bien hayan, señores, los que viven aún, prolongando sin mancilla el blasón incontaminado de sus mayores y permitiendo a labios que no mienten venir a gritar desde aquí el elogio justiciero y halagüeño!

Hablaba de tradición... Gloriosa la vuestra, soldados del periodismo. Es ahí, en la hoja diaria, donde palpita entera y viva, jirón por jirón, más verdadera que en los libros, la historia de la República, desde el prólogo rojo hasta estas horas altas. Editoriales jadeantes, en los cuales se columbra a veces una maravillosa serenidad disputando sobre el gran delirio común; gacetillas nerviosas, que traducen, como columnas de mercurio, la fiebre ambiente; informaciones contradictorias que trasuntan el vacilar de la hora indecisa; agravios, defensas, impulsos, borbollones de vida y de energía... ahí está, mejor que en parte alguna, la crónica argentina, a la vez ruda y fiel, como un boletín de enfermo que traduce minuto a minuto las alzas y las bajas del paciente. Ahí está nuestra historia; y abarcando el amplio panorama, surgen, como tres cumbres, tres periodistas militantes: allá abajo, Mariano Moreno; ahí en medio, Sarmiento; aquí, Mitre.

Mariano Moreno, el joven inmortal, el genio rebelde, el númen de Mayo, cuyo paso por la acción pública a la vez tan intenso y tan grave, hace pensar en uno de esos golpes de hacha que más hondo penetran en el árbol cuanto más rápidamente entra y sale el acero en la madera dura...

Aún no se alza su estatua. ¡Venga para que saldemos de una vez ese déficit bochornoso con los hombres de la gran revolución; venga, para que peregrinen hasta ella las nuevas generaciones argentinas; venga, para ejemplo de los jóvenes y los viejos: de los jóvenes, para que sepan cómo es posible, en la primavera de la vida, actuar tan firme y pensar tan alto como pensó y actuó el secretario famoso; de los viejos, para que adviertan cómo es posible también que la juventud se despose con el bronce; venga y venga pronto, porque la ola cosmopolita que nos hace ver cada día más esfumado el cuadro de nuestra propia tradición, — como desde la barca que se aleja, más borrosa se ve cada vez la playa amiga donde corrieron los años de la infancia, — puede engendrar ambientes hostiles a estas consagraciones; venga y mejor si viene por la iniciativa de la Sociedad de Escritores, que habría probado así su solidaridad al través del tiempo y el espacio con quienes fueron sus hermanos en el pensamiento, en el ensueño, en el ideal y en la tarea.

Ahí en medio, Sarmiento.

Sarmiento... Ancho y feo; la gran cabeza hombruna bien clavada en las espaldas recias; largo el mirar, como hecho para medir ultrahorizontes; igualmente propicio el entrecejo al gesto de imperio y al de meditación; no sé qué de Mirabeau, no sé qué de Voltaire; plegaba la boca en este rasgo de soberbia que está dibujado en el labio de todos los vencedores de la tierra; duras las líneas, como creadas para facilitar el símil en bronce; almenado de altiveces, impetuoso, huraño, dominante, poseía toda la suma de acometividad necesaria para responder a la agresión circunvecina, y los obstáculos que ella levantó en su sendero, lejos de deprimirlo o disminuirlo, eran nuevos

acicates que estimulaban más y más la máquina prodigiosa de sus energías.

Fué a Chile con su pluma como San Martín con sus granaderos: a libertar; y cuando volvió, fogueado ya en las luchas contra el despotismo y magnífico de rebelión, no era un hombre lo que volvía: era un torrente que bajaba de la cumbre saltando de peñasco en peñasco para derramarse sobre todo el caro suelo nativo como un limo fecundador y bendito! A su paso se doblegaban bárbaros y florecían anagnosias; y tal fué su acción de decisiva y fecunda, que cada nuevo día agranda en un tramo más su figura, porque como actuó en plena selva vírgen y a puro golpe de hacha, a medida que se abaten las últimas marañas se destaca más entera la silueta del leñador...

Montaña él mismo y más feliz que la montaña, porque las nieves que a ésta cubren y enfrían no consiguieron apagar en vida de aquél la cerebración poderosa, todavía momentos antes de morir y como para cerrar su existencia con un rasgo de periodismo militante, nos enviaba desde tierra extraña un formidable artículo de combate que parecía escrito con la última sangre de sus venas y con todo el dolor de su alma patricia — paladín que se encaramó sobre su era para dominarla mejor y mirar bien hacia adelante; apóstol que para serlo del todo tuvo su doble odisea de proscripción y hostilidad; maestro para quien la República era sólo una gran sala de escolares levantiscos a quienes quiso educar y educó desde su eminencia docente... ¡Crezca, señores, en torno de su memoria el amor argentino; y más alto él cuanto más alta la patria que le vió nacer, lleguen pronto, él a la cumbre moral que le decreta su posteridad y ella a la que él le anunciara en sus delirios ardientes de patriotas!

Aquí, Mitre.

Mitre... Un anciano venerable — la anécdota me hiere de cerca y habrá de permitírseme que la refiera, — un anciano venerable a quien el general honró durante cuarenta y cinco años con su amistad y su confianza, visita todas las mañanas, sin más defecciones

que las impuestas por la salud precaria, la tumba del patricio. La visita para renovarle el homenaje candoroso de unas cuantas flores frescas. Un día no las halló en el sitio donde habitualmente las recoge, y hubo de comprarlas a una de esas mujeres tristes y pálidas que las venden en la puerta de la casa del silencio.

— Flores; — le dijo; — véndame flores. — Y como hablando consigo mismo:

—Para Mitre...

—¿Para Mitre? ¡Para Mitre mis flores no se venden: se dan!

Y la mujer triste y pálida volcó su canasta en un ademán irrevocable... Aquel hombre era mi padre; aquella mujer... ¡aquella mujer, era toda el alma nacional, vibrante de ternuras al pie del sepulcro glorioso; toda el alma nacional que siente cada día más vivo el dolor del desgarrón irreparable; toda el alma nacional que va hacia allá con sus palpitaciones más selectas, como alrededor de la roca que se levanta sola en medio de la mar, saltan y cantan las espumas blanquísimas en una enorme y eterna y solemne y sonora caricia de las aguas!

¡Ah, rodarán muchos años sin que se borre de nuestra memoria el recuerdo de la tarde dolorosa!... Aquella larga agonía, como si la implacable hubiera necesitado esforzarse para arrancar ese cuerpo al seno de los afectos que lo retenían en la tierra; aquel último respiro, exhalado con la serenidad del justo, — aquel último respiro que nos permitió proclamarle el primero en la vida y el primero en la muerte; aquel desfile camino de la última morada entre un redoble de corazones; aquella cureña en marcha y aquel chambergo, más evocador él solo que todos los cañones y todas las espadas; aquellas banderas de lejanas tierras tremolando sobre el cadáver sagrado, y aquel gesto sublime de nuestras muchedumbres, aquel ¡adiós!... infinitamente tierno, aquel ¡adiós!... innarrable con que Quinientos mil hombres, descubierta la cabeza y tendidos a lo largo de las calzadas porteñas, saludaron al pasar la envoltura humana de un espíritu que acababa de constelarse en

sol para irradiar desde arriba la lumbre propicia de su inspiración y su inmortalidad...

Después, el público debate en torno de la estatua. ¿Cómo entregarlo al bronce resonante? ¿De pie, en traje de ciudadano civil, la mano apoyada en el estatuto fundamental de la República, la mirada a la vez investigadora y mansa? ¿En medio de la exaltada muchedumbre, salmodiando su verbo inspirador? ¿En la banca parlamentaria, levantando gravemente el índice para afrontar y discutir los más grandes problemas nacionales? ¿En el silencio austero de la biblioteca, entre los libros familiares a su mirada? ¿En la sala de redacción, dando rumbo a su diario para dárselo a su pueblo? ¿Jinete acaso en su zaino de pelea, cargando sobre la trinchera enemiga, sin que cayera, porque no cayó, señores, la ceniza del habano que humeaba en los labios?...

¿Cómo entregarlo al bronce resonante? Todos terciaban en el debate plebiscitario, acaso para arribar a la fórmula simbólica y concreta que nos diera simplemente a ese Mitre que supo ser Mitre en todos los momentos de su vida y en toda la admirable multiplicidad de sus facetas, porque así como el Sol es Sol cuando estalla en la sangrienta coloración de las auroras, o cuando baña en plata las llanuras o cuando tiñe de oro los crepúsculos, — él fué Mitre en la proscripción; Mitre al frente de sus multitudes, o al frente de sus ejércitos, o al frente de su República; Mitre entre la sonora aclamación de las calles o en el bufete del estadista; Mitre en el hogar, en el periódico, en la cátedra y Mitre, en fin, cuando alzando en la diestra la espada vencedora, se batía por la civilización, por el derecho, por la verdad y por la Patria...

Allá abajo, Moreno; ahí en medio, Sarmiento; aquí Mitre... ¡Sean ellos los tres modelos de nuestro periodismo militante que ni por lo eficaces, ni por lo honesto ni por lo fecundos ni por lo inspirados, habrá de hallarse ejemplos más altos en todo el haz de la tierra!... Y siga, unida y fuerte, prestigiada por todas las simpatías y estimulada por todos los votos, la

falange silenciosa y trianfal de los que piensan, labrando sin vacilaciones la grandeza argentina cuya visión enciende ya la pupila... En medio de una América libre, en cuyo seno el Derecho y el Trabajo se habrán impuesto a las conciencias y a las voluntades como un principio supremo y una necesidad ineludible, la República habrá afirmado para siempre su hegemonía moral; traducidos a todos los idiomas, nuestros libros estarán en los escaparates de Europa y lanzados a todos los vientos, nuestras ideas saldrán con nuestros productos en un vigoroso intercambio de espíritu y materia; la mecánica, más sólicitada ¡loado sea Dios! por las máquinas de prensa que por las de guerra, habrá creado el aparato perfecto que permitirá a nuestros grandes diarios imprimir rápidamente su millón de ejemplares; un pueblo sano y altivo, en cuyas venas conjugarán sangres diversas de las cuales habrá derivado un arquetipo de libertad, de honor y de fuerza, cubrirá el suelo inagotable desde el Septentrión hasta el frígido Estrecho, y entonces, cuando la nacionalidad esté forjada, cuando por sobre todos los ruidos de la colmena, sobre el rumor de los talleres, el estrépito de las fábricas, el coro de los martillos, el jadear de las máquinas, el silbar de las trilladoras, el cantar de los labradores lejanos y la columna de humo que brotará de la chimenea, como el estandarte de un navío en marcha — cuando por sobre todo el conjunto tonante y magnífico, surjan, nítidas y solas, las notas graves y pausadas de ese Himno de la Patria cuyo monumento acaba de alzarse a conjuros de arquitecto peregrino, entonces, señores, las generaciones de esa hora bendita, a las que será dado contemplar el espetáculo jubiloso de nuestro pleno ensueño realizado, podrán volver con amor la mirada hacia atrás y pensar de nosotros que hemos sido digna progenie de nuestros abuelos y dignos abuelos de nuestra progenie!

VICTOR HUGO

(EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO)

Señores:

No lejos del rancho, en medio del silencio de la noche, extendíase en el aire una tira de cáñamo sujeta por ambos extremos a dos palos altos clavados en el suelo. El sencillo y rústico aparato servía a los indios, según ellos, para traerles noticias de los compañeros ausentes. Cuando el viento hacía vibrar aquella extraña cuerda solitaria, le arrancaban un eco, a veces triste como un gemido, a veces alegre y argentino.

Entonces el indio viejo traducía:

—Sufren...

—Gimen...

—Ríen...

Si sobre una inmensa cuerda simbólica cruzaran los vientos del pasado siglo y el hálito de esos cien años le arrancaran una nota murmuraría un solo sonido, una sola palabra, un solo nombre:

—Hugo...

Es que su genio llena la centuria. Lírico el más grande que ha producido la Francia, su obra, sean cuales fueren las evoluciones del gusto futuro, seguirá siendo el monumento magnífico, perfilado en la línea indestructible de las catedrales del pensamiento. Nadie ha sentido, ni se ha irradiado como él.

Su romanticismo desbordante no pudo reducirse a la jaula de oro del verso, ni a las limitaciones del libro, ni a los convencionalismos de la escena, y fué a derra-

marse en la política, divulgando en ese campo ingrato y prosaico las emanaciones de su lirismo visionario y sutil. Y he aquí que el soñador llegó, lira en mano, a los dominios de Zoilo... Su grande alma buena recibió dócilmente el choque de todas las emociones y, sensorio exquisito, osciló...

—¡Voluble! — dijeron.

¡No! Síntesis la más perfecta de su época, todas las agitaciones ambientes convergieron hacia él. Fué penacho más que brújula; bandera más que timón; ola que ruge y canta movida por los vientos y no índice imperturbable que señala... Fué hombre-océano, según la expresión con que él mismo calificara a Shakespeare.

Nada, ninguna sensación, ningún instinto, ningún dolor, ninguna lacra, estuvieron vedados a su fuerza de investigación, y he aquí que al regresar del largo viaje, aparecieron, adheridos a la quilla del viejo barco infatigable, productos de todos los mares y segregaciones de todas las aguas... Entonces la voz anónima, la espina que aureola la frente de los precursores, la mueca que provoca el sol de los sacrificios, repitió:

—¡Voluble!

¡No! Hijo del siglo de los grandes estremecimientos, él, concentración la más alta de la mentalidad ambiente, debió estremecerse también. Fué testigo de estas dos cosas formidables: el Derrumbe y el Advenimiento. Y en medio del drama, cuyas vibraciones inundaban aún la atmósfera cuando llegó a la edad de la meditación, todas las dudas, todos los temores, todas las vacilaciones, hablaron por el órgano de su boca. Cuando en las almas hubo un grito, él lanzó ese grito: y fué entonces inmenso, clarineando aquellas notas, que irrumpían por la cima de su genio como los fuegos subterráneos por la cresta de los volcanes.

Dijo de Mirabeau: — «Es un acontecimiento que habla».

De él podría decirse: — «Es un siglo que vacila».

El error, la rutina, el prejuicio, le vieron pasar, viajero extraño que marchaba en pos de este vellocino de oro: — la Verdad. Y empeñado en hallarla, auscultó

todos los pechos, se asomó a todos los abismos, hundió su sandalia de peregrino en todas las arenas, bebió el vino de todos los odres, analizó todas las pústulas, probó todas las amarguras, recogió todos los murmullos, abrió sus brazos a todos los dolores, escanció el chipre de todos los festines, aspiró los miasmas de todos los tugurios, vivió, en fin, todas las vidas — y así, repleto de emoción y de conciencia, tuvo la infinita lealtad de cantar al gorro frigio sin negar su beso a la flor de lis...

Y fué, sin embargo, la perfecta coherencia. La verdadera sinceridad es la más difícil de las virtudes. ¿De qué servirían las ultravidencias de la pupila si a nombre de pueriles inquietudes el labio callara lo que el alma siente? Sólo la divina honradez de Jesús pudo ver a la santa en el fondo de la pecadora. Y luego, dentro de cada convicción inquebrantable, hay una cantidad de prejuicio.

Oíd su propia voz:

«De todas las escalas que van de la sombra a la luz, la más meritoria y difícil de subir es ciertamente ésta: nacer aristócrata y realista y convertirse en demócrata... En esa áspera lucha con los prejuicios mamados en la leche, en esa lenta y ruda elevación de lo falso a lo verdadero que hace en cierto modo de la vide de un hombre el símbolo abreviado del progreso humano, a cada escalón que se salva, se tiene que pagar con un sacrificio material el acrecentamiento moral, abandonar algún interés, despojarse de alguna vanidad...»

Por lo demás, es menester que el penacho esté en la cumbre para que pueda recibir el empuje de todos los vientos. De allá, de las eminencias del pensamiento, deben verse horizontes tan amplios... Y cuando la luz que brota de la tea es tan viva que pone de manifiesto la nota de lo bueno en las mismas cavernas de lo malo y hace advertir la mancha de lepra bajo la púrpura radiante ¿se dirá de la tea que es voluble?

¡Salve, hombre-luz, hombre-sol, hombre-verdad, que tuviste la suprema honradez de sonreír en medio del vi-

cio al hallar una perla, y de llorar en medio de las perlas al descubrir un vicio!

Dijo de Voltaire: «Voltaire es la sonrisa». Y bien, señores: Hugo es la piedad. Las fulguraciones todas de un genio tienen este pedestal: un latido; y esta entraña creadora: su corazón, un gran corazón de adolescente que se desgarraba de emoción ante la belleza, arrodillado en el éxtasis de una adoración que se filtraba al través de todo para rendirle el homenaje fervoroso de su sinceridad. Amábala allí donde la hallara y he aquí que demócrata ardiente desde Luis Felipe, no ocultó su admiración por Napoleón el Grande, admiración tan viva como el desdén que le inspirara «el pequeño», a quien debió las horas largas de su exilio.

«En este siglo —decía, defendiendo uno de sus primeros dramas ante un tribunal de Francia, — no han existido sino un gran hombre: Napoleón y una gran cosa: la libertad. Hemos perdido al hombre; tratemos de conservar, al menos, la cosa».

Amaba la Belleza allí donde ella se alzara; y la Belleza, para este augusto señor del Arte, se llamaba Libertad, se llamaba Democracia, se llamaba Gloria, se llamaba Vida...

Dió a la Libertad su genio y su misma libertad; a la Democracia su brazo armado; a la Vida, hubiérale rendido el tributo de la propia; a la Gloria, el homenaje de la suya... Soldado de la Libertad, flageló al despotismo y la cantó; soldado de la Democracia, maldijo al trono y se batió por ella; soldado de la Gloria, le erigió el monumento de sus obras y soldado de la Vida, vivió en lucha sin tregua contra la Muerte, que llegaba como llega aún, consagrada por las leyes, en forma de la terrible pena que ensangrienta los códigos y que arrancó los acentos más sonoros a su grande alma buena...

Hugo es la piedad... Pensad en él bajo todos sus aspectos; recordadlo en la pluralidad extraordinaria de sus faces: poeta, dramaturgo, novelista, filósofo, político, par de Francia, ennoblecido por los reyes o perseguido por ellos, vencedor o vencido, rodeado de sus franceses o desterrado de su Francia; apedreado por

las turbas o ungido por ellas...; evocad su obra inmensa, poneos frente a la bocanada de genio que brota de ahí, y veréis cómo sobre toda ella, impregnándola y dorándola está el mismo inefable sentimiento. El viejo socialista de ochenta años sentía como el joven vizconde de Carlos X... Poeta, sus primeras estrofas juveniles son un canto de consuelo a los que sufren, y son también un canto de consuelo a los que sufren las últimas que escribiera, anciano y triunfal, cuando apaciguados los vendavales que agitaron su vida, descansaba en el seno de su París amado, en medio del fervor de todos, que veían en el viejo lírico la gloria más pura de la Francia; dramaturgo, exaltó en el teatro las nobles pasiones y fulminó el desmán de los poderosos; político, su primer discurso fué un himno en favor de Polonia, y los últimos que pronunciara en aquella su prosa lapidaria, alegatos en favor de los desgraciados y gritos en pro de los oprimidos; filósofo, consagró su dialéctica genial a la defensa del principio de la vida, condenando como a una monstruosidad indigna de su siglo, al terrible talión que la arranca en nombre de las leyes humanas y maldiciendo en apóstrofes inmortales a ese intruso siniestro que se llama el verdugo; novelista, no es posible penetrar en el templo de sus páginas marvillosas sin sentirse como envuelto en la ola de piedad que ondula en todas ellas — piedad para los que sufren, piedad para los que se extravían, piedad para los que ruedan, piedad para todos los miserables de la tierra...

¡Oh, la naturaleza ha sido pródiga con Francia! Después de Napoleón, le dió este formidable contrapeso: Víctor Hugo. Después del coloso de la fuerza, el coloso de la bondad. Después del Hércules de la acción, el Hércules de la idea.

Y era necesario, en verdad, porque las grandes criaturas que culminan encarnando un concepto son factores decisivos en la elaboración de la conciencia universal. La Roma de los Césares, habituada al predominio implacable de la fuerza, se detuvo como deslumbrada ante aquella extraña y suave teoría del perdón que predi-

caba el Nazareno. Y las almas se estremecieron; y en las conciencias embrutecidas por el espectáculo de la sangre, palpitó la larva de la verdad y hubo como una sombra en torno del trono y como una claridad en los cerebros; y al rumor de músicas ternísimas que parecían traducir las más suaves emociones del alma, los primeros altares se elevaron, entre vagos encajes de incienso...

Napoleón era la fuerza ungida por la fortuna — terrible semidiós ante el cual se postraban las absortas multitudes; y ved que la balanza se inclinaba hacia ahí, cuando vino a restablecer el equilibrio la voz de Hugo, la voz del maestro, — enorme sugestión que resonó más fuerte que las trompetas de Austerlitz y despertó en las almas esa inclinación al bien que duerme en el fondo de ella como el blasón de la especie, timbrando a la humana criatura y dándole el derecho de pensar que ha sido hecha, en efecto, a imagen y semejanza de Dios...

Canten otros al poeta; resuenen a conjuros del recuerdo las inefables armonías de su lira, cuyo ritmo flotará en los aires mientras haya corazones que sientan, ojos que lloren, almas que duden y hojarasca arrastrada por los vientos...; canten otros al artista, al pensador, al filósofo; pláceme, por mi parte, evocar al hombre, y, descubierta la cabeza, arrodillada el alma, aspirar como en la playa, a plenos pulmones, la infinita corriente de bondad que desató su paso por la tierra...

¡Oh, padre de Cosette! Hoy vuelan hacia vos los espíritus en toda la extensión del mundo, temblando de homenaje; para vos amanecen hoy las flores del suelo; los sabios, saludan, los Aristarcos aplauden, los ojos lloran, los Poetas cantan, las almas se estremecen. Gravemente, ellas velan el augusto mausoleo.

La diosa Libertad llegará a él.

—Fué mi soldado, — dirá.

Y la diosa Justicia:

—Fué mi caballero.

Y blanca, incorpórea, suprema, la Piedad llegará también:

—Fué mi genio, — dirá.

Señores: he terminado.

25 DE MAYO

(Ante los Estudiantes)

Señor Ministro:
Señor rector:
Señores estudiantes:

El ciudadano intensamente argentino que para beneficio de esta casa desempeña en su seno la función rectoral, ha tenido a bien darme la palabra en la ceremonia sencilla y solemne que realizamos. Cumplo el encargo, persuadido de contribuir en la medida modesta de mis fuerzas, a la realización de una finalidad alta y noble, cuya génesis está en la Escuela: — la de exaltar, entre los hervores del cosmopolitismo transfigurador, el alma honorable de la nacionalidad, alma por cuya prolongación al través del tiempo y el espacio debemos luchar enérgicamente, porque es una grande alma inspiradora y sana, porque es el alma de nuestros padres, el alma de la independencia, el alma que forjó la República, el alma de aquellos rojos días durante los cuales la brega era tan ruda, tan áspero el batallar, tan hondos los abismos y tan inciertos los horizontes, que para surgir como surgió, radiante y triunfal, menester fué que repitiera en sí misma el proceso breve y sonoro de las montañas, cuyo advenimiento es el resultado de formidables trepidaciones del suelo que hacen altivarse en cumbre al pedazo destinado por leyes misteriosas para reinar desde lo alto y recibir allá arriba, destacado y solo, la primicia de las auroras eternas...

No es que incurra, ciertamente, en la puerilidad de

un amor excesivo por las cosas propias. Sean bienvenidas las caravanas extranjeras con cuyo concurso inapreciable hemos llegado a las eminencias de la hegemonía material; bienvenidas esas colaboraciones cuya convivencia fecunda y creadora nos permite afirmar hoy que la República es americana por el altanero concepto de su propia independencia, española por la tradición y por la lengua, francesa por el coincidente gusto literario, alemana por el tipo de su ejército, inglesa por la pujanza de sus iniciativas e italiana por el hondo y firme amor a las cosas altas y a las cosas bellas... ; pero no olvidemos que los pueblos de inmigración corren siempre el riesgo de plasmarse anodinamente si un alto y firme sentido de patria no preside el complicado proceso de las adaptaciones.

Salvemos el alma nacional del entrevero étnico a que asistimos: renazca intacta, para que la derivación definitiva de las actividades actuales sea la bandera neta que vislumbró Sarmiento, acaudillando a los cien millones de su ensueño genial y no el trapo incoloro que en las afueras de la Roma vieja señalaba el sitio de la tienda de los mercaderes...

Así como el capullo madura en flor, las agrupaciones permanentes de criaturas humanas han de madurar en alma; y cuando se tiene una, plasmada ya en modalidades definitivas, puede un pueblo hasta bandearse impunemente una noche de dolor o de derrota. El desastre que destruye una factoría, deja de pie a una patria. Ved a España: — vencida en la guerra, trabajada por graves problemas, atiborrada de infortunio, está ahí, sin embargo, altiva y eterna, conservando hasta las más íntimas modalidades de su doble ser material y moral — desde el toro jocundo y la jota sonora hasta el penacho indomable...; ahí está España, porque ahí está su alma, lista para presidir la contramarcha que la enfrentará de nuevo a la región de las cumbres inmortales... Imaginad a un hombre — un hombre en la síntesis más perfecta de una nacionalidad — inmune a todas esas solicitaciones que definen y timbran a la criatura de Dios; un hombre indiferente y helado, sensible

sólo a los imperios de la materialidad... ¡Habréis imaginado un miserable montón de carne y hueso indigno de vivir la vida; indigno, no diré de gozar sus soles, — ni siquiera de sufrir sus sombras!

La Patria no es sólo el perímetro territorial que delimita la soberanía; no es tampoco el conjunto de los hechos pasados y la sucesión de los hechos futuros: la Patria es en resumen el alma de la nacionalidad. No es sólo la propiedad de un recinto: es ante todo la posesión de un espíritu...

Hablaba de la Escuela. Cuando sonó para la Grecia la hora del derrumbe; cuando aquel prodigioso emporio de luz sintió en sus fibras los primeros estremecimientos del derrumbe, — un griego, Aristófanes, irguiéndose, dice su biógrafo, «como un fantasma de los pasados tiempos», quiso oponerse él solo al cataclismo, y cuentan que no supo encontrar evocación más significativa para impresionar a sus conciudadanos, que la Escuela de los días gloriosos. Les recordaba cómo esa Escuela no sólo formaba hombres, sino también preparaba griegos; cómo los niños iban todas las mañanas, «así cayera la nieve como harina en un tamiz», a recibir del maestro de cítara la lección de música que les permitía entonar muy luego las canciones de la Patria; cómo sus voces se dilataban en la armonía heredada de los mayores y cómo se preparaban a prestar «el juramento de los Efebos», que los comprometía a no morir sin dejar a la Grecia más grande de lo que la hallaron al nacer... En la Unión Americana de hoy, para citar ejemplos actuales y casi diría antitéticos, los niños reciben todos los días, hiperbolizada y magnífica, la idea de la Patria, complacidos los preceptores de poder compendiar en altaneros silabarios la prosa estimulante de su Teodoro Roosevelt...; Francia acaba de declarar, por la boca de un ministro eminente, que la misión del maestro, más que en formar hombres consiste en preparar franceses; Inglaterra ha hecho de sus escuelas verdaderas vestales a cuya custodia confía el fuego sagrado; en Alemania, los escolares de primer grado, al incorporarse al aula, cantan una canción sim-

ple y fuerte como su alma, en que las palabras *das vaterland* —la patria— están cuatro veces repetidas; y en la ceremonia universitaria final, hombres ya, han de repetir esa canción, para evidenciar que al través de las emociones y los esfuerzos de la educación completada, no se ha borrado de sus espíritus el concepto fundamental de la Patria... Y si tal hacen las nacionalidades orgánicas y definitivas, ¿qué no hacer nosotros en estas horas inciertas de homogolación social, durante las cuales solemos buscar sin encontrarlas en el fondo de la masa esas palpitaciones indefinibles que son como los diástoles y las sístoles del inmenso corazón colectivo?

¡Ah! pláceme verla —hablo de la bandera— ondeando sobre nuestras cabezas en este día de caras evocaciones, para saludarla, lábaro bendito que después de recorrer medio continente sembrando ideas y salvando ideales, tuvo la virtud sencilla y suprema de replegarse en el seno del hogar propio para presidir la fundación de su pueblo; emblema de benignidad y de heroísmo que tiñó de bicelestе y blanco todos los rincones circunvecinos ensombrecidos por la tiranía, como si clavando el asta en el picacho más alto de la cordillera, —para toda la América nublada hubiera salido un sol de dos colores....; estandarte misericordioso del cual es lícito afirmar lo que de ningún otro de la tierra: —que no tremoló jamás sobre la desolación de los vencidos sin escuchar simultáneamente la plegaria de los libertados, —hermano de los débiles, númen de los rebeldes legítimos, castigo de los déspotas y a tal punto solidarizado con las causas de la Humanidad y de la Ciencia que por la una y la otra capaz fué un día no lejano, de desafiar el desenfreno de los mares y los vientos y grabar la constelación de sus colores sobre el espejo virgen de las nieves polares, arrancando al seno helado de la esfinge un puñado de náufragos ilustres que devolvió a la ciencia y a la vida entre el aplauso unánime del mundo!

Si algún día sonara para ella la hora de la sangre y los clarines, allá iría el gran ejército, cuya línea, —

yo no sé si sugerida la visión por la presencia del jefe actual de las milicias, — me parece ver desplegarse bajo el Sol entre un temblar de penachos y un relampaguear de bayonetas. El alma de todos los héroes de la historia flotando sobre la legión porteña; la imagen de San Martín cerniéndose sobre la brigada correntina: la voz de Pringles acaudillando a los puntanos; el índice del manco Paz dando rumbo a las huestes cordobesas; la astucia de Güemes viboreando entre las filas salteñas y sobre las de «el Tucumán» lejano y famoso, el recuerdo de aquel hombre que se llamó Gregorio Aráoz de La Madrid, de aquel que tenía el cuerpo cubierto de cicatrices como de calados un encaje de Inglaterra y tan camarada de la gloria, que un día ¡bárbaro sublime! un día condujo a sus soldados a la muerte coreando el escuadrón la «vidalita» que él cantaba desde la vanguardia insolente... Allá iría el gran ejército; y moviendo la columna en marcha, ese mismo ideal en cuyo nombre nuestros abuelos miraron hacia el futuro, cubrieron la planicie, salvaron la distancia, treparon la montaña, horadaron la muralla, desafiaron la muerte y dialogaron con la gloria en soberbios contrapuntos de heroísmo y heroísmo!

Señores alumnos:

Todos los días, bajo la ojiva de estos claustros seculares, flota un hálito de patria porque pasáis vosotros... Jurad, en un solemne juramento sin palabras, — jurad, como los Efebos, no morir sin dejarla más grande de lo que la hallásteis al nacer...; y vosotros, los que lleváis apellidos extranjeros, los que provenís de hogares cuyo jefe vacila sin saberlo entre la patria de origen y la de adopción, sintiendo trabado el espíritu por los recuerdos de la infancia candorosa y las solicitaciones de la pubertad satisfecha, — amad a vuestros padres, pero olvidad sus cultos inciertos y caducos; consagrad todos los latidos, sin una sola desviación, a esta tierra bendita: es digna de ser amada: tan alta, tan alta sobre el nivel de América y sobre el nivel uni-

versal, que desde su seno se ven la envidia pequeña y grande el Sol: tan buena, tan generosa, tan hospitalaria, tan maternal, que cuando abre los brazos hacia el mundo, parece que en el espacio se arquitecturara un hemiciclo inmenso capaz de albergarlo a todo entero!

Señor Ministro:

Desde la eminencia de estos días gloriosos, agitado el espíritu por brisas de patria, miro, pensando en ella, hacia el pasado, hacia el presente y hacia el futuro. Miro hacia el pasado y veo, bajo el sol de otros días, al magno granadero de corvo sable, a quien la victoria saludaba todas las mañanas como a un viejo compañero y cuya alma de soldado se templó bebiendo en la montaña la noción de las audacias que emerge de las cumbres...; miro hacia el presente y veo, entre una como peregrina constelación de luces propiciatorias, la cabeza de un niño, estudiante y conscripto, volcándose sobre el pecho de un recio veterano en el abrazo de todas las solidaridades y todas las comuniones; miro hacia el futuro, y ¡loado sea Dios! la visión del porvenir deslumbra la pupila, porque la grandeza nacional esplende como un casco de guerra en días de victoria y porque sobre los campos, sobre los llanos, sobre los montes, sobre los valles, sobre los mares, sobre los ríos, sobre los lagos, sobre las selvas de toda esta América latina — un inefable resplandor celeste y blanco preconiza y afirma y jura la difusión triunfal de una gran raza!

GARIBALDI

Señores:

«Ei squassa l'aspre crioma della fortuna in pugno
E fá d'ogni uomo una virtú
una virtú d'ardore che i conduce
col suo sorriso terribile nell'ultimo impeto
al cuor d'un astro. E l'armatura
della sua posa e il suo sorriso; e ovunque
risplenda, quivi é il prodigio; e nessuno
lo vede senza vedere un dio nel suo
cielo; é beato colui, quasi fanciullo,
che primamente lo vide nella luce
e trá le spiche ucciso cade giú.»

....

....

Así, en versos de ritmo misterioso y hondo, de cuyo seno parece alzarse a veces la gravedad profética del Dante, presenta vuestro Gabriel D'Annunzio la figura del héroe, entre el silencio de la «*notte di Caprera*» cantada por este «altísimo poeta» en hemistiquios regios cuya «*dolcezza ancor dentro mi suona*».

Canto el suyo soberbio y fraternal, como que no es, en suma, sino el homenaje de un lírico a otro lírico. Era, en efecto, un soñador el hombre extraño cuyo recuerdo flota sobre las palpitaciones de esta sola, evocado por todos los pechos, saludado por todas las almas y proclamado por todas las conciencias.

Un soñador; y volviendo los ojos hacia su madre patria, veréis cómo si «el solitario de Caprera» es una

gloria común de la Humanidad, su advenimiento a la tierra es gloria exclusiva de Italia, de cuyo solo seno pudo brotar y brotó, con la misteriosa espontaneidad de un fruto.

Es la vuestra la patria del arte y de la guerra. Cuando no por el impulso de sus ejércitos, Italia ha dominado por la fulguración de sus genios... Y bien; estas dos tendencias diversas — la artística y la guerrera — convergieron un día y de aquel peregrino connubio surgió esta creación desconocida: un poeta de la guerra; una espada sometida al mandato de un ensueño; una alma de niño dentro de una envoltura de atleta; el corazón de Fóscolo, palpitando bajo la armadura de César: ¡Garibaldi!

Garibaldi, — a cuya cuna diríase que acudieron el hada de los ensueños y el genio de la guerra; y el hada le dijo, ¡sueña! y el genio le dijo: ¡lucha! ¡Y he aquí, señores, que vivió soñando y luchando!

Era un soñador. Sus grandes ojos infantiles no podían presenciar el triunfo del oprobio sin que todo su ser vibrara en la necesidad de la acción, porque cuando en el dualismo admirable de su temperamento lloraba Fóscolo, César desnudaba el acero...

Un Poeta. El cuadro que entrevieron sus miradas de vidente, es el que todavía vislumbramos apenas en horas de ensueño, perdido entre las brumas de un mañana cada vez más lejano...; el mundo sin oprimidos ni opresores; el mundo sin sombras y sin manchas, sin déspotas, ni esclavos, ni yugos, ni cadenas, ni dogales, — el mundo que soñara Jesús, la más buena de las criaturas que hayan posado su planta sobre el haz miserable de la tierra...

Tal soñaba; y héroe de su propio sueño, peregrinó por doquiera envuelto en la púrpura de su ideal infinito, como un presagio de que alguna vez la libertad estará en todas partes y nos cubrirá a todos, a la manera del Sol, que lo mismo quiebra sus rayos sobre la corona de Nicolás II como va a ceñirse sobre la desolación heroica de Polonia.

He aquí que por la historia han cruzado muchos hé-

roes. El tiempo ha pasado sobre ellos, y muy pocos son los que llegan hasta nosotros como involucrados dentro del concepto de una gran palabra; muy pocos los que podrían señalarse hoy como encarnaciones de un símbolo augusto... Y bien; Garibaldi es un símbolo: la libertad. No es posible pronunciar estas tres sílabas en cuyo nombre se han llenado tantas y tantas páginas del libro de la vida, sin que el espíritu evoque instintivamente el recuerdo del héroe de la camiseta roja. Mucha sangre ha regado el camino todavía incierto de la montaña; muchos martirios han florecido y muchos florecerán todavía en la prosecución del gran ideal; pero nadie la encarna más enérgicamente que aquel poeta de la espada, que buscó enemigos entre los fuertes y se forjó hermanos entre los débiles; nadie como aquel hombre extraordinario que era a la vez tierno e implacable, a la vez sueño y acción, a la vez angélico y formidable. ¡Oh! Muchas estatuas que se alzan hoy sobre sus pedestales sentirán algún día los efectos del tiempo que pasa escrutándolo todo, depurándolo todo, derribando falsas glorias y respetando solamente la médula pura, el oro sin liga que resiste al avance de los siglos; muchas estatuas temblarán entonces, porque así como la muerte devora en la noche de la tumba a la envoltura miserable, así también el tiempo hinca su diente en el bronce sonoro de la gloria. Muchas estatuas temblarán entonces; y no es temerario afirmar que las que perpetúan la figura iluminadora del gran italiano, permanecerán de pie, inmunes a la autopsia, inevitable y espontánea de los años, grandes con la grandeza inatacable de lo eterno...

Es que él era él. Suponedlo — y a fé que muy pocos resistirán a la crueldad de esta prueba, — suponedlo actuando en cualquiera otra hora de la historia, y veréis cómo su figura ni palidece ni se deprime... La Roma Cesárea habría necesitado sacrificar al héroe para ahogar la rebelión; la Grecia de Lord Byron habría visto brillar su espada civilizadora como vió más tarde la de su hijo, y el gran poeta inglés habría tenido ocasión de cantar las hazañas del gran capitán italiano;

Polonia habría vuelto hacia él la mirada inquieta; Irlanda misma lo saludaría con el saludo de la esperanza y las obscuridades de la manigua cubana se habrían iluminado muchas veces con la presencia del errante guerrillero... Si aún viviera, fuerte de corazón y de brazo, la hora del descanso no habría sonado ni para el corazón ni para el brazo; su caballo de guerra galoparía bajo el sol ardiente de Sud África y su poncho legendario sería el blanco preferido... Si aún viviera, sobre el rojo palpitante de su camiseta se habría posado ya la cabeza venerable y blanquísima de Krüger, en el abrazo de todas las gratitudes y todas las solidaridades...

Es que era realmente grande. Y en vano buscaréis en su vida sin ocios uno solo de esos desfallecimientos que se advierte en las glorias más puras. Fué grande siempre; grande en la audacia de Marsala y en el prólogo admirable de Volturno; grande en el heroísmo de Catalafini y en Varese y en Bezzeca y en Villa Gloria y en Porta Pía; grande entre las sombras de Aspromonte y de Mentana, y grande por fin, cuando iluminada su frente por los resplandores de extranjera gloria, penetraba al parlamento de Francia por la puerta victoriosa de Dijón y escuchaba de labios de Víctor Hugo y de Luis Blan la defensa de su diploma de diputado electo por Argelia. Siempre grande; y su figura no fué labrada por la fuerza de lo adventicio ni por el azar ni por la fortuna, — una ciega impertinente que suele complacerse en improvisar deleznables pedestales. Su grandeza estaba ya en su alma antes de emerger al exterior; y en toda su alta tarea está visible la fuerza inicial de la propia iniciativa. Y por eso, porque era superior a su hora ambiente, sintió que el límite de su tierra era demasiado estrecho; que sus fronteras se borraban; que sus barreras desaparecían; y un día, jinete en su caballo de guerra, echada hacia atrás la hermosa cabeza dominante, hundida la mirada en no sé qué ultrahorizontes, soñó con el mundo libre y enseñó a su Pegaso de combate que de entonces en más el camino de su patria era el camino de todas las tierras oprimidas...

¡Y qué bien está el homenaje en labios argentinos! porque un día —y confieso, señores, que anhelaba llegar a este recuerdo,— un día este hombre nacido en la tierra del cielo azul y blanco, tuvo la visión de que lejos de allí, tras de los mares, una joven bandera azul y blanca gemía bajo la garra de la opresión; y he aquí que más tarde un punto rojo se destacaba en el Plata... Era él, era el libertador, era el héroe, era el Poeta que venía a soñar, espada en mano, bajo el cielo magnífico de América. Y soñó, y luchó, y ofreció su sangre al holocausto, y presentó su pecho al plomo enemigo; y acaso en la hora de la acción, en el delirio de la pelea, en el vértigo de la lucha, bajo la fiebre del choque sangriento, imaginaba ver en la muralla atacada, un trasunto indefinible de la futura Porta Pía, destinada a abrirse ante su espada como una Bastilla ante el Pueblo...

Fué allí, en la ciudadela indomable que mereció ser llamada de Nueva Troya, donde nuestros padres vieron resplandecer aquella terrible sonrisa de que nos habla el poeta; fué allí, donde se forjó el primer eslabón de la cadena moral que había de vincular a argentinos e italianos en un abrazo mil veces indisoluble.

Allí nació ese abrazo; y la estatua del héroe, que se alzara en tierra argentina donde ya se levanta la de Giuseppe Mazzini, su hermano en la patria y en la gloria, tendrá un significado más conceptuoso que la sola glorificación del guerrero: será el testimonio mudo y permanente de nuestro amor a esa admirable Italia, cuyos hijos pueden ver en la nuestra una prolongación lejana de su propia patria, porque su espíritu flota en nuestra atmósfera, porque su alma se ha diluído en nuestra alma y porque es de la fusión de su sangre con la nuestra de donde surgirá la raza definitiva destinada a encaminar a sus grandes rumbos a la primer república de América.

Eso simbolizará la estatua del héroe, que no solamente su espada sino también su alta y firme concepción republicana trajo a estas playas, a las que llegara

el rubio extranjero, hermoso como Lohengrin, en horas de patriótica tribulación...

He nombrado a Mazzini... Cuando para dolor de Italia, este grande hombre desapareció del mundo de los vivos, el general de Caprera ordenó con gloriosa brevedad «que sobre la tumba *sventolasse la bandiera dei mille*...» Y Carducci, evocando este recuerdo sobre el sepulcro recién abierto de Garibaldi, se preguntaba melancólicamente que cuáles banderas deberían cubrirlo sin herir ajenas susceptibilidades... Los años darán la respuesta al poeta. y cuando llegue el día, —no lo dudéis: llegará ese día—, cuando llegue el día luminoso en que sean una realidad los ideales de hoy; cuando no haya en el mundo ni oprimidos ni opresores; cuando no sea menester presentar credenciales de sangre para llegar al festín de las soberanías; cuando allá en lo más hondo del total corazón del Universo palpite una inmensa vibración de justicia ;cuando el astro libertad brille para todas las razas y para todos los pueblos, — entonces ,señores, sobre la tumba de este precursor heroico, tremolarán confundidas las banderas de todos los libertados de la tierra...

ECHEVERRIA

Señoras:
Señores:

Deploremos, ante todo, la ausencia de nuestro Guido Spano, cuya gran cabeza blanca debió iluminar esta sala con un plateado resplandor de plenilunio; señor de las castas rimas, que entre las rudas materialidades de la ciudad prosaica, pasea su imperturbable sotana de sacerdote del Arte, como aquellos Pedros y Pablos de la historia paseaban en pleno paganismo sangriento el evangelio del perdón y la piedad...; romancero cuya frente, nevada por setenta y nueve inviernos que no han agostar la primavera del verso y la sonrisa, rejuvece bajo la caricia de las canas y fulgura ya con las luces que derrama sobre ella el veredicto del porvenir, tal como esas cumbres andinas, blanqueadas por la nieve, adquieren magistrales iluminaciones cuando el nuevo día las cubre en el casco de la aurora; venerable caballero del ensueño, a quien ni los años ni los dolores del alma y el cuerpo, ni este recio torbellino en que vivimos, han conseguido substraer un momento al cultivo del divino jardín; poeta que lo fué en la infancia, lo fué en la pubertad y sigue siéndolo cuando las canas cubren sus hombros como una breve capa de armiño; poeta que cantó cuando la gran aldea colonial le oía, cantó cuando las pasiones argentinas entrechocaban para forjar la nacionalidad y canta cuando los ruidos de la Cosmópolis monumental no impiden que a las veces se destaque por encima de todo, nítida y sencilla, su estrofa impecable... Para él, enfermo y ausente, el homenaje de mi prólogo.

Señoras:

Señores:

Tocó al autor de *La Cautiva* modelar su numen en una hora típica, llena de encantos, por cierto, cuando se la observa desde esta gran culminación moral y material que nos permite mirar con amor hacia el pasado y con arrogante confianza hacia el futuro. La vida se deslizaba entonces más serenamente que ahora: pero por un fenómeno al par curioso y explicable, las pasiones bullían con mayor fuerza y las especulaciones del pensamiento preocupaban más a los hombres. Se vivía de ideas, de alta controversia ,de puro intercambio mental, en un ambiente de quietud, que propiciaba la tendencia a la meditación. No el vértigo éste, que nos obliga a agotar la actividad en todas las esferas bajo el acicate premioso del minuto que pasa, — sino una atmósfera patriarcal, que permitía a todos, unánimemente, vibrar a conjuros de la misma emoción diaria y palpitar a virtud de la misma clave, tal como en el seno de las viejas casas llegaba a toda la familia el tic-tac del reloj imperturbable... No esta abrumadora variabilidad de cosas y sucesos, que atenúa las emociones a fuerza de multiplicar las causas emotivas, sino un bello silencio, exento de neurastenias, que permitía a nuestros abuelos alzar gravemente el índice en la tertulia de la noche, para glosar una máxima de Juan Jacobo releída en la siesta...

Flotaba por ahí todavía el recuerdo del último virrey; y los ecos de la hombrada inicial ponían en la atmósfera una discreta dosis de tradición argentina. La cultura porteña, parsimoniosa y rígida, se replegaba sobre sí misma, jaqueada por todas las barbaries circundantes, que no eran, en resumen, sino reencarnaciones del indio aborigen pujando por llevar un último malón sobre la ciudad a nombre del salvaje desacuerdo de los desiertos... Las espadas de la independencia brillaban con su mejor luz y los guerreros paseaban su tesoro de laurel fresco por las callejas solitarias. Era un ambiente a la vez animado y conventual, casi sala-

manquino, a un tiempo mismo aristocrático y sencillo. Fueron aquéllos, sin disputa, las grandes generaciones argentinas .Figuraos que en el interior de la librería, en la trastienda o en la hospitalaria rebotica, podía congregarse a menudo, en amena plática, una rueda de hombres dignos de haber llegado hasta nosotros en la consagración gloriosa del grupo escultórico. Imaginad en la rueda a Alberdi, predilecto de las damas porteñas, — a quienes acaso impresionó más con sus *valses*, que con sus *Bases*, y de cuya breve boca volteriana caían sentencias; Echeverría, famoso ya en las letras, impregnado de la lectura de los enciclopedistas y con un concepto personal y profundo de las nuevas orientaciones del romanticismo en boga; Mármol, cuya lira subalterna había de engrandecerse bajo la presión del despotismo; López, Carril, Rodríguez Peña... y pensad que mientras uno de ellos comentaba discretamente las últimas noticias de la corte de Luis Felipe, el mate de plata peruana pasaba de manos de La Madrid, que se había batido en ciento cuarenta combates, a las manos de Necochea, que tenía catorce cicatrices de Junín...

Fueron aquéllas, repito, las grandes generaciones argentinas; y abisma pensar cómo el advenimiento de la tiranía produjo la súbita dispersión del grupo selecto y cómo los Sarmiento, los Mitre, los Rodríguez Peña, los Las Heras, abandonaban el caro suelo nativo, buscando en tierra extraña el regazo caliente y amante que les negaba la propia y templando la pluma y la espada para emprender una como reconquista de esta Buenos Aires, que gemía bajo el improperio del moño rojo, y sobre la piedra de cuyas calles resonaba, en la media noche terrible, el tranco trágico de la Mazorca... ¡Bárbaro! Ni el tiempo, que disfraza al olvido de perdón; ni la victoria, que induce a la benevolencia; ni esta luminosa realidad que nos pone de espaldas al pasado y nos enfrenta a la gran ruta del porvenir seguro; ni el torpe intento de tus flamantes abogados; nada, en fin, puede hacernos olvidar el ultraje que inferiste a la civilización y a la humanidad: y desde esta tribuna, alzada en nombre del arte y la cultura, ¡bárbaro! repite por él

órgano de mi labio la conciencia de las nuevas generaciones argentinas!

Decía, señores, que sobre aquellos hombres pesó una formidable porción de responsabilidades históricas. Todo estaba por hacerse. Reinaba el embrión. El poema épico estaba concluído y las dianas de Ayacucho habían puesto un «cúmplase» final a la soberana sentencia del destino. La piedra estaba por fin extraída de la cantera; pero el bloque en bruto esperaba la mano que trazara la línea y la forma; y mientras los artistas labraban, espiritualizando sin mezquindades en la noble faena, necesitaban a menudo dijar el buril y tomar la espada para defenderse de la «chusma» que cargaba sobre la estatua, hacha en mano... ¡Así trabajaban, como en un taller rodeados de bandoleros, oyendo a intervalos el alarido de la horda... Y la horda era Facundo; Facundo, encarnación la más agresiva y procaz de toda la barbarie ambiente; Facundo, ramificado en pequeños satélites que le secundaban sin igualarle y reflejado como por una proyección luminosa en ese Restaurador, que había aprendido a barnizar de cultura sus instintos, disimulando el «facón» bajo el frac, pero que no era sino una edición en pasta de aquel original en rústica; Facundo, cuyo redomón se diría empujado por todos los vendavales del destierro y cuyos ojos negros brillaban entre la maraña de la melena y las barbas como dos pupilas de pantera en una selva; Facundo, cuya nervuda diestra apretaba una lanza de ébano con virolas de plata, mientras hundía la mirada en quién sabe qué ideales sugeridos por quién sabe qué salvajes atavismos misteriosos; Facundo, en fin, que era ejemplo y consuelo y enseñanza, había de morir dos veces: primero bajo el puñal de un asesino y después bajo el plumazo de Sarmiento!

Pensad que contra esta monstruosa engendración tuvieron que batirse aquellos hombres finos, atildados, pulcros, cuyas caras afeitadas se destacaban sobre los corbatines estilo Directorio, lectores apasionados de *El Federalista,* amigos espirituales de Montesquieu, de de Lamartine, de Locke, de Filangieri, de Condillac y — pa-

ra que la antítesis se extremara del todo — heridos en lo más hondo de sus almas por la oleada de romanticismo que a la sazón circulaba por el mundo, representada en la vieja Francia por Hugo y Saint-Beuve, por Alfredo de Musset en la *Jeune France,* por Byron en Inglaterra, Schiller en Alemania, el Duque de Rivas y Espronceda en la madre patria. Bien es cierto que esta crisis romántica irrumpió cuando el Universo entero se iluminaba como bajo un relámpago de despotismo: Francia se estremecía bajo el «terror blanco»; la bandera negra-roja y oro clamaba en la confederación Germánica; Inglaterra no había olvidado su Jorge IV; Rusia tenía su zar, España su Fernando, Italia sus tiranías regionales, la América española sus Rozas y sus Francias. Nunca como entonces pudo evidenciarse que el dolor de los pueblos emerge por la voz de sus poetas y que cuando los déspotas oprimen desde arriba, los laúdes lloran desde abajo...

Iba a decir, señores, que en aquel ambiente nuestro, cargado de sombras y de luces, fragua en cuyo solo seno pudieron forjarse estos caracteres duros como el bronce que ha de perpetuarlos, templó su lira el cantor de *Los Consuelos* y cortó su pluma de prosista el dogmatizador intenso y personal.

Hay que afirmarlo: si Mariano Moreno fué el verbo en las jornadas del «hecho», Echeverría lo fué en la primera parte de las campañas del derecho; su *Dogma de Mayo* es acaso el compendio de filosofía política más robusto que nos ha legado aquella era y la acción del publicista, su pensamiento, su palabra, su obra, sus ideales, sus visiones, sus esperanzas, su bello gesto romántico y rebelde, hacen de él una noble encarnación del «puro espíritu» de que habla Taine. La Asociación de Mayo, como otrora la Logia famosa, agitó las ideas hasta el punto de armar los brazos, y mientras sea posible que la democracia aborte en un despotismo; mientras sea posible que haya un tirano más; el juramento de la juventud, concebido por él, podrá ser como el decálogo de la libertad y del derecho. Dijérasele un prologuista intuitivo de Sarmiento.

El vió, como éste, todos los peligros; tuvo, como éste, a la vez que la «ciencia del momento» la visión del porvenir, y pregustó sin vacilaciones el goce inefable de la victoria lejana.

Fué, por lo demás, el primer poeta argentino, propio, regional, nuestro. Nuestro, por la deliberada orientación que se trazó; por la musa que inspiró sus cantos; por el romanticismo de que están empapados y por el perfume de endecha que vaga en toda su obra, desde las candorosas estrofas a la *Bella porteña* hasta las metálicas rimas de *La Cautiva,* llamada por Sarmiento la Eneida argentina. No por excesivo amor a Byron, que gustaba poner en escenarios grandiosos y enigmáticos a los héroes de sus romances, sino por puro espíritu nacional, cantó al Desierto; y de él puede decirse, como el más perdurable de los elogios que, conquistador a su modo, incorporó la Pampa a los dominios de la belleza argentina... Mirábasela hasta entonces con la natural hostilidad que sugería el desierto, cuna, albergue, hospedaje y refugio del enemigo común; pero él supo encontrar las bellezas que encierra y cantó así la pampa nuestra, que se dilataba pagana y estéril, amplia, interminable, larga y ancha, como un enorme bostezo de los Andes... Y cantó las mañanas, cuando las lomadas suaves adquieren sonrojos de doncella bajo la coloración de las auroras nacientes; y cantó los medios días tropicales, cuando el sol cae sobre la tierra como garúa de plomo hirviendo; y cantó las tardes, cuando el crepúsculo juega la danza de las sombras sobre el magno escenario de las llanuras; y cantó esas noches mudas y solemnes, en que las estrellas parecen agrandarse como pupilas absortas en la contemplación de tanto silencio; y cantó al «gaucho», adivinando lo que había de tierno en el alma de ese errante trovador de poncho y puñal; y hurgando más y más en los tesoros de la nativa belleza virgen, cantó al indio, última encarnación de una raza que moría... Fué el primer poeta nuestro, y en su lira, como en la ingenua guitarra de nuestros paisanos, atárase a justo título un puñado de cintas argentinas...

No faltó quien tachara de efímera su obra, porque efímeros son —dijo— los seres y las cosas que canta. Podrá, en efecto, el tiempo, que pasa por estas comarcas de aluvión como un esfumino enorme, desvaneciendo en el conjunto nuevo las peculiaridades del cuadro viejo, borrar cuando el poeta cantó, podrá la pampa esa cubrirse de sembradíos; derribarse el último rancho; huir ante el silbato de las trilladoras, el último pájaro que cantaba en los ombúes; doblegar su cerviz el último toro alzado, y, al viento las flotantes vestiduras, desaparecer el último gaucho hundiéndose en algún confín remoto con la bronca melancolía de una nota de bordona que se apaga...; pero entonces, poeta, revivirán tus versos, porque así como las breves alas luminosas no se abren sino cuando la crisálida ha muerto, así también la tradición no descorre sus velos de sugerencia y de encanto sino cuando todas las encarnaciones del pasado han muerto bajo el rodar implacable de los años...

Señoras:

Señores:

Atravesamos un solemne momento de formación. Todas las razas fuertes de la tierra convergen a este rico crisol argentino, acaso para fundar la más vigorosa unidad étnica de los tiempos venideros; y mientras el alma nueva comienza a destacarse sobre el fragoroso torbellino, ahí debajo ,tristemente, agoniza el alma vieja.

La línea, el perfil, la fisonomía de antaño, se van para nunca más volver; y ante el torrente innovador que llega hasta transfigurar las modalidades del sentimiento colectivo, hiérenos a veces aquella misma emoción dolorosa que invadía a la madre de Sarmiento cuando los golpes de hacha derribaban la vieja higuera de la casa patriarcal...

Apresurémonos a levantar las estatuas que faltan, porque no está lejano el día cuyo ambiente nos sorprenderá con inauditas hostilidades; entreguemos al porvenir nuestra historia, en cuanto tiene de gloriosa, consagrada en el bronce inapelable; y repitamos, nobles

damas, estas ceremonias sencillas y tocantes que nos permiten mirar hacia el pasado, bañar el espíritu en las linfas puras de la Patria y evocar el recuerdo de esas grandes generaciones de argentinos, en las cuales, para honra y prez de todos ellos, sobreviene aquel cuyo nombre no es posible pronunciar sin sentir que el corazón bate para él dentro del pecho, el himno sin palabras de todas las veneraciones: Mitre, que ocupa en este momento la cumbre moral más alta de la civilización latino-americana; Mitre, *nec pluribus* impar, de quien he dicho alguna vez y habré de repetirlo, que allá en las canteras lejanas, el bloque de mármol se estremece esperando el buril que entregará su imagen al respeto inmutable de los tiempos!

INAUGURANDO LA CATEDRA DE INSTRUCCION CIVICA

Señores alumnos:

No es una sutileza excesiva afirmar que la edad de cada uno de ustedes y el año escolar en que nos iniciamos, determinan el primer paso en los caminos serios de la vida. Un momento más, porque sólo un momento falta en la relatividad de los plazos humanos, y habrán ingresado a una casa universitaria o dirigido su actividad hacia otros rumbos; un momento más y, tocada el alma por esa inevitable melancolía que informa todas las separaciones definitivas, transpondrán, acaso para nunca más volver, esas mismas puertas que cinco años atrás se abrían ante el grupo infantil y sonoro, que venía a buscar en el seno de este vieja casa las primeras emociones para el espíritu y las primeras semillas para el cerebro... Sabiamente colocada en este curso final, la asignatura en cuyo estudio vamos a iniciarnos, se afronta, pues, en esa hora grave de la vida en que la infancia se aleja de las espaldas y la hombría está golpeando la pupila.

No se trata de una ciencia infusa. La Constitución de la República es un estatuto claro, concebido con honradez y escrito con llenaza. No ignoran ustedes que, esto no obstante, cada una de sus disposiciones culminantes ha motivado grandes polémicas y ha originado infinidad de interpretaciones. Ello se explica; es que durante muchos años, nuestros hombres políticos no han sabido discutir entre sí sino sobre el tema consti-

tucional, como si hubieran sentido la necesidad de graduarse de constituyentes en una interminable convención plebiscitaria; es que cuando el gobierno sostenía, verbigracia, que el quinto y sexto famoso debían interpretarse en tal sentido ,la oposición se creía obligada a sostener literalmente lo contrario por el órgano de sus voceros en la prensa o sus caudillos en la calle o sus parlamentarios en la banca; es que las mismas cátedras de derecho constitucional en nuestras Universidades, han sido durante mucho tiempo, más que cátedras, verdaderas tribunas de política militante, tras de las cuales era común ver escurrirse al maestro para dar sitio a lo otro... No olvidaré nunca que mi ilustre catedrático de la materia en la Universidad de Buenos Aires, el doctor Aristóbulo del Valle, aquel tonante tribuno a quien aplaudieron sus contemporáneos tanto como respeta su posteridad, nos decía una mañana, clavado el índice en la Casa Rosada: «ese gobierno, que yo puedo calificar desde esta cátedra...».

Y bien, señores alumnos: desde esta cátedra, a la cual llego con el solo prestigio de mi buena voluntad, malgrado las benevolentes palabras con que acaba de honrarme el señor rector, — no vamos a calificar ni a decalificar gobiernos. Vamos simplemente a estudiar el estatuto fundamental de la República al través de su inequívoca diafanidad; y habremos de recorrer ese campo amigo siempre con interés y a menudo con emoción legítima, porque en todo él, desde la primera hasta la última palabra, desde el Preámbulo ,luminosamente abierto como un pórtico, hasta la disposición final, a lo largo de todos esos parágrafos articulados, palpita, entera y viva, el alma de nuestros mayores; y más que en un manual de historia, ahí está la historia nuestra, desde el prolegómeno rojo de la anarquía hasta estas horas de cultura que nos enorgullecen. De aquel choque de las pasiones argentinas, de aquel gladiar de ideales, ambiciones y sentimientos, de todo eso, turbulento y ruidoso, señores estudiantes, surgió ese Estatuto... Así del crisol, donde se ha acumulado metales inferiores y diversos, surge, por virtud de amalgama misteriosa, el

bronce resonante y magnífico. La noche trágica tuvo su fin; la larga tempestad tuvo su sol, y ese sol fué este libro, pequeño como una semilla pero grande y fecundo como una síntesis... De ahí surgió este libro, que ha sifrido y deberá sufrir nuevas transformaciones porque según la enérgica expresión de un publicista norteamericano, las constituciones no han de ser aros de hierro puestos en el tronco del árbol para oprimirlo y obstaculizar su libre desenvolvimiento, sino instrumentos flexibles destinados a favorecer y auspiciar sus evoluciones en el tiempo y el espacio.

Tal es lo que vamos a estudiar. Si alguna vez fué lícito al catedrático, en este terreno relativamente neutral de la enseñanza, invocar la idea de la Patria, nunca más justificada que ahora la solemne invocación. Yo la formulo, y los invito a que estudiemos juntos; los invito a nombre de un sentimiento que está involucrado en la asignatura misma y que a todos nos conmueve del propio modo: — a nombre del amor a la bandera de la República que inspira y cubre por igual al ciudadano que enseña y a los futuros ciudadanos que escuchan.

Y pues huelgan mayores incitaciones al esfuerzo tratándose de un estudio que tiene la prestigiosa virtud de conmover el sentimiento a la vez que el pensamiento, me limito a repetir desde la cátedra estas palabras hondas y severas que están escritas en el reloj de la Universidad de Oxford: «las horas pasan: daréis cuenta de ellas».

Hasta mañana, señores.

PELLEGRINI

Señores:

Una ciudad de la República, vinculada por doble motivo a la memoria del ilustre muerto — Bahía Blanca — me ha requerido para que traiga a esta tumba un eco más del gran dolor común; y cumplo el honroso encargo poseído de una emoción tan alta y tan pura, que acaso ella sola, en su infinita elocuencia sin palabras, fuera la más fiel traducción del público sentir...

El espíritu argentino llega extenuado a este epílogo doloroso.

Ha sufrido durante un mes las angustias de la expectativa, midiendo con acabada precisión la magnitud del desastre y consolidándose a intervalos con la esperanza de que ante ese recio organismo de atleta retrocediera ,vencida, la Implacable... Pero ¡ah! la racha trágica sólo quiere derribar torres muy altas y aun hoy mismo, después de una ansiedad tan larga y durante la cual se ponían a prueba al propio tiempo la energía física de un gran hombre y el corazón de un pueblo — aun hoy mismo, señores, ante el alegato irrefutable de sus restos inmóviles, la amarga verdad parece una impostura...

Morir él, que era una opulenta explosión de vida, tan rico de nervio como de numen; él, que destacaba su carácter entre los caracteres como su silueta entre las siluetas, conjugando en el alma y el cuerpo esa

suma de todos los vigores que le impuso la misión abrumadora de ser vanguardia en el ataque y blanco en la defensa; él, que vivía braveando su entusiasmo, más fuerte que todos los otros y capaz de gladiar su ideal en un circo si gladiando por él hubiera de salvarlo o consagrarlo...; él, que era la Vida misma, la rica, la intensa, la febril, la que se derrama en actividades interminables como correntada copiosa y resonante!

Bien hacéis en llorarlo, Pueblo a quien él amó como a un niño, tolerante con sus desvíos y orgulloso de sus calidades... Bien hacéis en llorarlo, porque de este caído eminente puede decirse, parafraseando el concepto de un maestro, que fué un instante de la conciencia argentina; y aquí, en la casa del silencio, bajo la solemne sugestión de la muerte que inflige la primera quietud a su energía indomable, ante ese cuerpo inanimado que nace para el bronce de las consagraciones y frente a frente de un pueblo entero estremecido de dolor — digamos de él lo que fué, lo que encarnó y lo que significaba en el seno de la democracia turbulenta.

La historia palpita aún. Sólo dos tipos de hombre directivo contendían en la República; sólo dos, fácilmente perceptibles al través de los matices y las gradaciones: el hombre de gobierno y el caudillo popular. Todo prudencia el primero, todo acometividad el segundo. Aquél la resistencia, éste el empuje. Allá, a ratos, la sutileza; aquí, siempre, la gallardía. Con esos protagonistas culminó el drama.

Estaba ya cerrado el período de los avances «oficiales» y parecía que el ímpetu, el ardor, la fuerza, la acción misma eran pertenencias exclusivas del caudillo... Y bien; Pellegrini quebró la amenazadora monotonía del cuadro y encaró el primer tipo con toda la pujanza del segundo: fué el caudillo-estadista, el caudillo del orden, de la ley, de las instituciones bamboleantes bajo el eterno asedio del desorden; y tal acometividad puso en la tarea, que ante la suya palidecieron las otras y pudo alzarse en la plenitud de su eficacia salvadora una irresistible fuerza desconocida, algo como un acero forjado en el Capitolio y templado en la

plaza, — un factor irresistible sin el cual habríamos retardado muchos años la evolución hacia «el momento orgánico» con que soñaba Sarmiento, su predecesor en la historia y en la gloria... El «caudillo» era hasta entonces un ente privativo de la multitud hostil, que actualizaba bajo formas diversas la vieja tendencia huraña y desquiciadora, tan instintiva a la vez que tan ingenuamente «opositor», que habría protestado con su mejor sinceridad si alguien le hubiera advertido que al aspirar al gobierno, aspiraba a «oficializarse»... Era necesario un hombre y ese hombre fué él; un hombre que prodigara en la acción positiva toda la fuerza con que Sarmiento había doctrinado en el libro y en el diario, — un hombre de excepción, en fin, que pusiera al servicio de la ciencia política la propia suma de vigor con que se presentaba escoltada la anarquía. ¡Y cómo lo hizo! Recordadlo: hablaba de paz; y quien hubiera visto desde lejos agitarse aquella gran cabeza, que sugería la visión de una ausente melena leonina; quien hubiera visto desde lejos aquel gesto, aquel ademán dominante y magnífico, — habría sospechado que el tribuno alegaba por la guerra, tal era la impetuosidad con que la combatía este caballero armado de la paz... La muchedumbre se abría ante su paso; y así se impugnaran recíprocamente, ella parecía ahogar el aplauso que le arrancaba el paladín exuberante, en quien veía algo suyo, intensamente suyo, por más disconforme que estuviera con su acción del momento y en quien nunca pudo desconocer esa rebosante sinceridad con que él blasonó todos sus ideales, adelantándose con ellos al peligro, solo y triunfal como Bayardo en el puente...

Avaro de sus responsabilidades ante los hombres y ante la historia — que de algo había de serlo este generoso — cuadrábale asumirlas por entero; y si allí estaba el empuje de la acción prodigada sin reatos, — allí estaba también el pecho abierto a los golpes como una Biblia a los fieles...; allí estaba él para recibir las diatribas, que sólo conseguían estimular más y más la máquina admirable de sus energías; allí estaba él, a la vez muralla y vanguardia, más hermoso todavía en

la resistencia que en la carga, altivado tras de sus convicciones, imponente y temible, erguido sobre sus contradictores como un viejo castellano ante la morisma...

Miraba hacia el mañana por sobre las dudas del presente, como en los días tormentosos miraba hacia el horizonte por sobre las demas cabezas aglomeradas; y pleno de confianza en sí mismo, acorazado de convicción, espontáneo como todos los buenos y tenaz como todos los inspirados, cubrió su huella con tan luminosa arrogancia, que su paso por la política argentina puede seguirse con los ojos como la cimera de un héroe en el entrevero glorioso... Revolucionario ¡él! contra las rutinas y las dogmatizaciones erigidas en catecismo, — esta columna fuerte del espíritu conservador había sabido desprenderse en plena juventud, cuando un arcaísmo hereditario y rígido gravitaba sobre todas las cosas, de los despotismos doctrinarios que pasaban en autoridad de axioma; y debieron sorprenderse sus coetáneos cuando en asuntos financieros viéronle concebir iniciativas que no concordaban con los viejos libros y lanzarse a sostenerlas en el parlamento, en la prensa y en las tribunas populares con aquella dialéctica suya, en que la eficacia del argumento era sólo comparable al gesto imperioso y dominador que lo subrayaba, — con aquella elocuencia suya, desordenada y relampagueante como la de Sarmiento, con aquella gran palabra calurosa que ora inundaba de ideas el recinto legislativo, ora irrumpía como un redoble sobre la desbordada muchedumbre; ora caía paternalmente sobre la perplejidad juvenil en el aula universitaria o sonaba entrecortada por el sollozo de esta casa sin rumores, cuando venía a decir a un amigo muerto la última expresión de su ternura varonil...

No rastreó nunca el suelo con las alas, y cuando concibió una idea, pudo ser ella buena o mala; pero fué siempre una idea grande y decisiva para la civilización argentina. Era que visionada la pupila por cosas altas, para mirar hacia lo trivial habría necesitado mirar hacia abajo y agachar demasiado aquella cara angulosa,

habituada a cernirse sobre las demás en la constante escrutación del porvenir.

Por eso pudo cruzar incontaminado al través de las pasiones lugareñas, que se prendían a modo de zarzas sobre las conciencias más fuertes...; por eso, trasuntado en su elevación moral los siete pies de su estatura física, abarcaron sus ojos todo el panorama y sembró por igual la gratitud de sus conciudadanos en todo el escenario, sin que fuera capaz de negársela el más escueto regionalismo... Fué, como ningún otro argentino lo fuera nunca, el custodio pertinaz de sus propias inspiraciones, que nunca quedaron rodando como huérfanos abandonados, porque detrás de ellas estaba él «entero y verdadero», listo para darles en acción o en sangre si era preciso, el equivalente de lo que en mentalidad les diera al concebirlas.

Son hombres a la vez cerebro y brazo, —cerebro que piensa y brazo que ejecuta; a la vez idea y fuerza, — idea que alumbra y fuerza que la escolta; a la vez pensamiento y acción, —pensamiento que civiliza y acción que lo impone; a la vez bandera y asta, — bandera que flamea y asta que la sostiene; a la vez jefe y legión, — jefe que guía y legión que triunfa; a la vez índice y hacha, — índice que señala y hacha que despeja; a la vez penacho y espada, — penacho que se alza iluminando a un pueblo, a una era, a una noche de barbarie o de ignorancia y espada que la conduce, la ampara, la cubre, la cuida, la defiende, la ama, la salva, la enarbola y la clava por fin donde más vivo resplandece el sol!

¡Ah, el país entero se ha estremecido en una suprema palpitación; viejos, niños, mujeres, han llevado al cadáver; el tribuno infinitamente sincero de su tribulación. Hay, pues, una justicia para los hombres... Recojan la estimuladora lección cuantos han menester de ella, y sepan que no es fuerza adular las pasiones de la multitud para recibir en la hora solemne el sufragio soberano que no miente, el que llega en la muerte para prolongar la vida del bronce, llenando de lágrimas la

pila bautismal en que habrá de mojar su frente el nuevo inmortal que nace...

¡Adiós, viejo león, fuerte y manso, en quien rimaron por modo peregrino la altiva audacia y la ternura infinita; maestro en el pensar, en el sentir y en el actuar, — la trilogía de la perfecta superioridad humana que sólo realizan en su plenitud los elegidos... Maestro en el pensar porque pensásteis libremente, magüer las rutinas y las obstinaciones, más alto y más fuerte vos mismo que todas ellas; maestro en el actuar, porque cuando hubísteis modelado la Idea en el silencio del gabinete, salísteis con ella y por ella al combate y tal fuísteis de pródigo en la brega que pudieron confundirse con «impromptus» geniales lo que no era sino riqueza ejecutiva...; maestro en el sentir, porque fuísteis ante todo bueno; porque bajo la rudeza de las cejas oblicuas brillaron muchas veces lágrimas de niño, — hombre generoso y cuyo corazón llamaban con iguales timbres los hermanos en la sangre y los hermanos en la amistad; hombre nuestro, hombre todo nuestro que se va y sobre cuya tumba cae como en un desvanecimiento la seda de la azul y blanca...

ANTE LA ESTATUA DE ECHEVERRIA

Excelentísimo Señor Presidente de la República.

Señoras:

Señores:

El Colegio Nacional de la capital, de cuyo cuerpo docente tengo la honra de formar parte y a cuyo rector prestigioso se debe la idea de esta estatua, a punto de que bajo la firma del artista que la modeló, bien grabada estaría la suya, así la precediera el estilado «d'après», — ha tenido a bien discernirme su representación en esta ceremonia, doblemente significativa por la justicia que encarna, por la majestad que le ha prestado la palabra auspiciosa del primer mandatario de la Nación y por lo que podría llamarse el momento argentino en que se realiza.

Solemne momento, en verdad. Jaqueada por las corrientes de sangre diversas que en esta hora precisa se homologan en el seno nuestro, acaso para fundar la más robusta unidad étnica de los tiempos futuros, la tradición nacional parecía esfumarse en una cada vez más borrosa lejanía. El inevitable lote de indiferentismo que las caravanas inmigratorias traen consigo y esparcen en redor al menos mientras dura el proceso de su adaptación definitiva, proceso cuya fórmula terminal es el nieto del inmigrante plasmado en los moldes nacionales y olvidado de los cultos del abuelo en fuerza de familiarizarse con los propios, — fórmula que supone un doble proceso de caducidad y compenetración, — había interpuesto una mancha gris entre el pasado glorioso y el presente triunfal. Los días del prólogo escapaban ya a nuestra emoción y se vislumbraban apenas en

sus acentuaciones más rotundas, al modo de esas inscripciones murales, de las que el tiempo no respeta sino el rasgo tajante y hondo, que queda negreando, firme y solo, como un héroe antiguo en el desfiladero... Pero he aquí que de pronto la República libre, rica, próspera y feliz, ungida por el prestigio de todas las grandezas materiales, magnífica de orientación y de hegemonía, un punto se detiene; y envolviendo el pasado en una mirada cuya maternalidad no acierta a desnaturalizar el cosmopolitismo turbador, exhuma del cofre de sus cosas viejas la figura de un poeta, lo cubre de laurel fresco, lo eleva a la plena luz de su actualidad, lo funde en el bronce indeleble y lo entrega sin zozobras a la custodia segura del sentimiento nacional... No es, por cierto, el tributo baladí de las progenies felices, que bajo la sugestión de días venturosos se dignan pensar un momento en sus mayores: es una enérgica vibración del alma argentina que pugna ya por acentuar su fisonomía y revivir su pasado, a la manera del ombú, — pláceme el símil por tratarse de un árbol todo nuestro y sólo nuestro —, a la manera del ombú, que cuando despliega la copa en toda la amplitud de su radio, ve las propias raíces enarcarse hacia arriba, romper la tierra y mostrarse, como si quisieran también ellas vivir serenas y proficuas a la sombra del ramaje que siendo su fruto, será su amparo... Así la tradición, bajo la pompa de estos días victoriosos, rompe el olvido, surge y sale: hela aquí, en una de sus más brillantes encarnaciones, en la figura del dogmatizador intenso y personal para quien de hoy en más y desde esta culminación de la cultura nuestra que constituye por sí sola enhiesto pedestal, comienza la vida del bronce, — vida suprema, juventud porque sobre ella no reina la muerte...

Señores:

Este pedazo de suelo que pisamos (1), bajo el cual moran acaso restos ignorados de las víctimas del bárbaro que lo habitó, es como un símbolo de la evolución

( ) Palermo

argentina. Diríase que el espíritu nuevo se complace en sembrar sus flores más peregrinas en el preciso sitio donde más hirsuto estallaba el pajonal... Allá, justamente donde se levantaba la tapera del déspota, álzase hoy, triunfal como una iluminación, la estatua de Sarmiento, sobre el Apolo simbólico, más eficaz por cierto que el bronce mismo para compendiar la acción del gran viejo dominante; más allá, a la sombra de estos árboles vetustos que tal vez escucharon los diálogos siniestros del condenado y el sargento, — la del más culto, la del más tolerante, la del más inglés de nuestros políticos; ahí, semioculto entre el follaje, la de un sabio de Alemania, escorzada la línea pura al calor de altísima solidaridad, y aquí, mirando hacia la Buenos Aires de sus amores y sus desvelos, de espaldas al río amigo, que un día cruzara camino de la Nueva Troya para batirse por la libertad, — la de otro enemigo del déspota, la del pensador romántico y rebelde, de quien ha podido afirmarse con verdad que el tirano tuvo miedo al remordimiento de aumentar con la sangre de sus venas la sangre de sus crímenes...

En la plena evolución consumada; y seamos justos a pesar de todos los errores, de todos los apasionamientos, de todos los extravíos, de todas las barbaries, la República repechó siempre su cuesta; y por más que el pesimismo se obstinara en negar que avanzaba, así, indisciplinada y todo iba ganando terreno, como un redomón que galopa de través... Habíala herido la anarquía en todos los órdenes de su actividad, dejándole la cicatriz multiplicada, lo propio que una bandera ondeante cuando la cruza una bala; y se derrochaban, es cierto, verdaderos tesoros de energías; pero esa fuerza, arrojada al acaso en locas aventuras, no era fuerza perdida; era fuerza que volvía muy luego a encauzarse en su lecho originario, con la simplicidad con que suele volver a la cubierta del navío en marcha la hoja de papel arrojada desde la borda al mar...

Pudo así parecernos que a ratos el culto del pasado disminuía y que el pasado mismo se borraba; pudimos hasta confundir con depresiones del temperamento colec-

tivo lo que nunca fué sino resultado inexcusable del fenómeno étnico; pero el tiempo hizo su obra, y de pronto ¡loado sea Dios! un frescor desconocido acarició los rostros, un murmullo solemne llegó al oído y la planta posó a sus anchas sobre un plano horizontal: era la cumbre... Entonces, en la lontananza bien amada, blanqueando sobre el verde de los valles, reapareció el intacto caserío paterno; y ante la visión bendita, que el tiempo y el espacio transfiguran en astro, las nuevas generaciones argentinas, desde esta cúspide luminosa, le rinden al mirarlo el homenaje varonil de una lágrima de vencedores... Es la patria vieja vista desde las eminencias de la patria nueva... Para la una, el latido selecto y la emoción superior que son ley de vida en los pueblos orgánicos: toda el alma, todo el nervio y todo el numen, juventud, para la otra, para la de hoy, para la invicta, la que puede desplegar orgullosamente el pabellón, porque ese Sol que va estampado entre sus dos franjas, más feliz que el otro, sólo alumbra un pedazo de tierra en cuyo seno, desde el Septentrión diamantino hasta las brumas prepolares, reina sin intervalos el desposorio fecundo de la libertad y del trabajo!

Señores:

Las figuras civiles de la gran revolución y las de la era subsiguiente, menos felices que las militares, tardaban en llegar a las consagraciones del bronce. Bien es cierto que el «militarismo» nuestro, cuyo ciclo se abre acaso con el héroe de los Andes para cerrarse definitivamente con el de la unidad nacional, escapa a los apóstrofes con que habitualmente se adjetiva esta morbosa degeneración de una actividad necesaria. La anarquía argentina no fué nunca la obra de las espadas: fué la obra de caudillos sangrientos, que disfrazaban de generalato su don de arrastre y su tendencia al mando; y es justo reconocer que desde la campaña inicial hasta la organización, los entorchados legítimos pugnaron en todo momento por desposarse con la gloria. Duerma, pues, sobre su blando lecho de laureles la falange brillante y bravía; cubra en hora buena la bandera nacional

los túmulos sagrados y a conjuros del redoble evocador reaparezca a menudo en nuestros espíritus la imagen del héroe legendario; pero creamos que esta estatua, la primera de un Poeta que se levanta en el país, marca una instintiva y serena tendencia hacia el ciudadano civil, que fluye, por otra parte, de las especulaciones del pensamiento contemporáneo. Echeverría proscripto en vida y glorificado en muerte, proscripto de la aldea bárbara y glorificado por la metrópoli triunfal, — es una síntesis admirable de la infancia y la madurez argentina... Estamos honrando al pensamiento puro, y place advertir que también en el seno de esta turbulenta democracia nuestra, cuyo pasado hace pensar en un enorme taller donde se forjara hierro a golpes de almadana, la suspirada gloria no es una trinchera de guerra que sólo han de trasponer las espadas vencedoras, sino una celeste eminencia lejana, por cuyas laderas puede avanzar un hombre solo, sin más fuerza que la de un corazón latiendo por la Patria, bajo el cetro de un cerebro que piensa para ella!

Así llega Echeverría, con el manso y triple prestigio de su nispiración poética, sus dogmatizaciones felices y su intenso amor a la República tanto más hermoso este último cuanto que para sentirlo y practicarlo era menester erguirse en una permanente rebeldía y echar la vida propia al montón de las cosas secundarias... «Eneida» nuestra llamó Sarmiento a *La Cautiva* famosa; y si el elogio de la obra poética debe necesariamente circunscribirse a límites discretos, no ocurre lo propio con las demás fases de esta personalidad, de la cual es lícito agregar, como el más sintético y perdurable de los elogios, que ofrendó sin desfallecimiento a la «cara tierra» musa, numen, alma y brazo...

Quede ahí su estatua, por los siglos de los siglos, perdurando cuando perdure la orgullosa soberanía que la levanta y ampara; séale propicio el murmullo afectuoso del cercano Plata, y el rayo de luna que filtrándose por el ramaje, en el silencio de las noches, bese su frente de bronce, trasunte y traduzca la suprema, la infinita, la fecunda caricia de la Patria!

QUINTANA

(Proclamando su candidatura presidencial en el Rosario de Santa Fe)

Señores:

Séame dado rendir el homenaje de mis aplausos y de mi respeto a la selecta asamblea que me escucha. El de mis aplausos, porque brotan irreprimibles en presencia de la columna amiga que desfila camino de la victoria, como que no en vano flamean a su vanguardia el pensamiento más puro y el nombre más alto hacia los cuales haya podido dirigirse en este momento el índice juicioso de la voluntad pública. El de mi respeto, porque nada me lo inspira tan intensamente como estas solemnes vibraciones del alma colectiva, que exteriorizándose así, en forma imponente por la calidad y por el número, dijéranse esta vez el argumento irrefragable con que una rica ciudad del interior contesta desde lejos a esos innocuos agitadores metropolitanos que se pretenden poseedores del monopolio de los sufragios populares...

El cuadro es digno, en verdad, del escenario soberbio en que se desarrolla. Aquí, en este ambiente de serena democracia, miles de hombres libres solidarizándose en los ideales de un credo común; ahí fuera, la ciudad populosa y brillante que se destaca ya con los perfiles de un gran emporio americano; y allá a lo lejos, rodeándolo todo, al modo de la orla de fuego que en el lienzo antiguo circundaba la frente de los inspirados, el oro de las espigas brillando al sol como los aceros de un ejército al beso de la gloria... Aquí, las nobles

efusiones del entusiasmo; ahí fuera, los rumores estimulantes de una civilización que avanza; y allá a lo lejos, el silbato de las trilladoras, — la voz más diáfana y más pura que se levanta hoy sobre la concertación total de las actividades... No he de ocultar, señores, que llego a esta tribuna pleno de optimismo. No en vano hemos venido contemplando, a los lados del tren en marcha, el cuadro esplendoroso de la tierra que responde al contacto del brazo que interroga; no en vano hemos sentido que se abría ante nuestros espíritus la visión del porvenir seguro, con la misma serena majestad con que se dilataba ante nuestros ojos el panorama del horizonte visible; no en vano hemos evidenciado un movimiento de conmiseración incontenible hacia ese pesimismo estéril, que derrocha en apóstrofes de negación las energías que debiera consagrar al himno varonil de la confianza, — de la confianza en el porvenir del país, de esta confianza que es nervio de lucha y músculo de fuerza y que ha sido el rasgo saliente de todos nuestros grandes directores, cuya fe en el futuro contrasta con las predicciones amargas de la mediocridad subsiguiente.

Así Mariano Moreno, que alzándose sobre los primeros balbuceos de la República, naciente, tuvo la visión perfecta de sus destinos: así Rivadavia, cuya noble cabeza se descubría, en día memorable, para presentirla «primera entre las primeras...; así Sarmiento, que empinándose en la loma de su genio, vislumbraba, allá a lo lejos, la bandera nacional acaudillando a cien millones de argentinos que desfilaban entre el polvo de las naciones en marcha e iban a hacer flamear ante el solio del Altísimo el penacho inviolable de las glorias nacionales...; así Avellaneda, que ni un punto sintió su fe desfallecer; así, en fin, el general Mitre, de cuyo labio inmaculado cae todos los días, lo mismo en las pláticas del hogar que en la solemnidad de los debates públicos, la palabra grande y fuerte y estimuladora de la confianza...

¡Mueca pueril, por Dios, la de esos pálidos regeneradores, para quienes la República muere porque ellos no llegan! ¡Mueca pueril la de esos pesimistas, que

diluyen en el lenguaje de Jeremías el gesto del fracaso y del despecho! ¡No! ... Desde aquí, desde esta futura Liverpool argentina, desde este rico emporio de civilización y de fuerza en cuyo seno el espíritu se robustece y se yergue, descubrámonos para salir al encuentro del porvenir grandioso...

Y así, con esta fe, signo de salud, por otra parte, porque propio es de dispepsias y de histerias forjarse sombras donde esplenden luces, — entreguémonos, señores, a esta gran campaña por el impersonalismo, por las instituciones y por la verdad!

No es sólo mi propio pensamiento lo que traigo a esta tribuna; hablan por el órgano de mi labio muchos hombres de la generación nueva para quienes el doctor Quintana, en ocasión reiterada y solemne, ha declarado que abrirá las puertas del gobierno, puertas que no siempre estuvieron franqueadas para ellos, pues fué hábito inveterado en muchos de nuestros actuales adversarios, golpear desde arriba sobre las cabezas que se alzaban desde abajo... Con toda nuestra conciencia, pues — y permitidme esta fórmula de evidenciada solidaridad — con toda nuestra conciencia, que es a la vez fuerza y escudo: fuerza porque en ella están diluídas las emanaciones más vigorosas de nuestro espíritu; — escudo porque en su seno hemos fundido el bronce irreductible de las propias convicciones; con toda nuestra fe, que es espada, — anheloso el joven acero intacto de medirse pronto; con toda nuestra energía, que está empenachada de varoniles osadías y con nuestra juventud, que es la sola ánfora donde bien arde el sacro fuego... con todo esto, señores, llego a vosotros. No es solamente un nombre lo que nos guía. Hay un ideal — un noble ideal que cabe en la fórmula compendiosa de las cuatro palabras: — la muerte del personalismo...

Forma de barbarie; cristalización terminal del caudillaje; prolongación del «chiripá» culminando en levita, — el personalismo se exterioriza en dos manifestaciones extremas y contradictorias: la adhesión incondicional a un hombre — *perinde ad cadaver* — pedestre — sentimiento que sólo florece del todo en el invernáculo

estrecho de las camaraderías, y el odio implacable a un hombre, estado de alma igualmente pequeño, enfermizo y escueto, excluyente del raciocinio que busca la verdad sin prejuicios y enemigo de las libres voliciones que trazan el rumbo noble; depresión mental que proscribe el análisis sereno y supedita lo grande y lo permanente al fenómeno transitorio y pueril; descenso espiritual que profana el ministerio orgánico de la mejor entraña y convierte la pretendida independencia personal en una positiva esclavitud, como que no se mueve el hombre que la soporta sino a conjuros del invisible mandato; especie de ilotismo testarudo que puede brindar temas a las neuropatías, pero no enseñanzas a un pueblo libre, para quien sólo valen como buenas y como sanas, las inspiraciones de la razón que no se turba y las especulaciones del juicio que no se obceca...

No más, tampoco, ese tipo de irreflexión que procede por corazonadas impulsivas, verdadera intentona de retroceso a un caudillaje urbano, — especie de «gaucho» metamorfoseado por el tiempo y untado de civilización, que diría Sarmiento. No más ese tipo de hombre en cuyas actitudes insólitas y teatrales se confunden a veces el mandoble de los Quijotes con el alarido de los caciques... No más. Estas generaciones que nacen y que vienen libres de reatos, de odios viejos y de personalismos recalcitrantes, quieren en el gobierno aquel «specimen» preconizado por Carlyle; el hombre a la vez «docto, enérgico y prudente», tres palabras que parecen hechas para describir de una sola pincelada la fisonomía moral de Manuel Quintana.

¿Necesitaré añadir que nuestros adversarios encarnan ese personalismo en sus dos manifestaciones extremas, de la manera más irritante y más notoria? ¿Necesitaré añadir que de tal modo es ello exacto que reconociendo en nuestro candidato todas las condiciones que nadie le niega, no le prestan su adhesión por el solo hecho de que no es el hombre en quien está encarnado aquel personalismo? ¿Necesitaré añadir que el honor de la jornada corresponde al Partido Nacional, que ha levantado la bandera del impersonalismo, proclamando can-

didato suyo a un ciudadano que no milita en sus filas? ¿Habré de recordar que al Partido Nacional debe el país el espectáculo no repetido de una asamblea que, constituída en su casi totalidad por hombres de un color político determinado, honra con sus votos a un ciudadano que no pertenece a esa mayoría, permitiendo que en obsequio a este acto de noble impersonalismo puedan repetirse aquellas palabras hermosas y severas: «el partido del espíritu ha triunfado esta vez sobre el espíritu de partido»?

¡Oh! Hay una gran fuerza de innovación que nos acompaña en esta brega; y no es que la República atraviese «un momento solemne de su vida», como dicen ellos, apelando al lenguaje de los grandes somatenes. La expiración de un período presidencial y el advenimiento de un nuevo mandatario, constituyen fenómenos normales en la fecunda rotación democrática; y vanamente agotarán el escalafón de los trompetazos bélicos para probarnos otra cosa que la inutilidad de un esfuerzo malogrado por el buen sentido de la masa, más propensa esta vez ¡loado sea Dios! a la sonrisa de inteligencia que a la colaboración indirecta en planes fáciles de adivinar.

¿Sabéis por qué puede ser grave el momento para ellos? Porque han comprendido, con el retardo característico, que suena la hora de la liquidación para muchos hombres y para muchos sistemas...

Advierten la hora final y no saben irse con gracia. No atinan a imitar los dos grandes ejemplos de la actualidad argentina: Mitre, iluminando con los resplandores de su propia gloria el recinto donde hospeda su ostracismo voluntario, y Roca disponiéndose a dar serenamente el paso final que al substraerlo al manejo personal de los negocios de estado, va a entregarlo a la pasividad gloriosa del respeto común... Ellos quieren quedarse a toda costa. Oyen la voz irresistible que pide hombres nuevos en el gobierno; asisten a la enérgica reclamación de una protesta que va complicada con hastío; ven venir la tempestad, pero ilusos en medio de todo, ni a correr el temporal aciertan, y helos ahí

de cara al viento, gesticulando penosamente las últimas ediciones del repertorio caduco...

Se irán, señores. Y se irán sin ruido. No necesitaremos inscribir en nuestra bandera el alarido trágico de los Polacos: «por nuestra libertad y por la vuestra!...». Sin sangre, sin sacudimientos, sin conmociones, la evolución ha de producirse con la espontaneidad irrefutable del fruto que cae para dar lugar al fruto que nace... Se irán; y cuando sus siluetas se borren en la lejanía, habrá en el país un gran suspiro de libertad y gravitará un peso menos sobre espaldas que habrían crujido de puro doblegadas si esta viril reacción no las hubiera altivado en una suprema hambre de independencia!

La grey se bate ya en retirada. Una mistificación permanente es la última arma. — ¡Se os impone un presidente! — le dicen; y el pueblo, destinatario paciente del grito de alarma, razona por su cuenta, con una autonomía de criterio que es la desesperación de estos pilotos, habituados a que en el seno de la suya propia se realizara todo el proceso de la conciencia ajena...

¿Quién es el que impone y quién el impuesto? Es el primero un ciudadano que concluye por segunda vez de gobernar al país; un ciudadano que ha colmado todas sus aspiraciones; un ciudadano cuyos anhelos, en el orden lógico de los humanos anhelos, no pueden ser otros que dejar de ser el primer magistrado de la Nación para incorporarse, por derecho propio, a la legión breve y gloriosa de sus primeros hijos; un ciudadano cuyas esperanzas de palma y de laurel, tienen forzosamente que salvar el conjunto efímero de los hombres y las cosas actuales e ir a golpear puertas invisibles y lejanas que sólo se abren para la virtud y la austeridad... Tal el que impone. ¿Y el impuesto? ¿Es acaso el amigo íntimo del presidente que termina? ¿Es su adlátere? ¿Siquiera su correligionario? ¿Es por ventura el sargento político de que los presidentes impositores se valen para perpetuarse a su través, confiándoles un mando puramente nominal mientras ellos, a la espalda, siguen ejerciendo el mando real? ¡No! El impuesto será

Manuel Quintana; y me basta nombrarlo para preguntar si esa noble cabeza, encanecida en bregas notorias de energía y de carácter, no es la mejor respuesta para reducir la torpe imputación a un pueril desahogo de vencidos!

Ni creamos tampoco en esas amenazas de resurrección jacobina de que también se habla. Ha muerto el radicalismo, al menos en su concepto de fuerza militante. Lo ha concluído la probidad de los gobiernos actuales, acallando la protesta airada con una honradez de procedimientos que hemos ido lentamente conquistando. Y lo ha desnaturalizado también la evolución de sus hombres dirigentes. Oíd, señores. Un niño de catorce años cayó muerto, el 90, en el cantón donde se batía; y arrancando de su benemérita casaca de hijo del pueblo la escarapela tricolor de los revolucionarios y alzándola en alto, dió un viva a la República. Cayó luego, mientras sus labios murmuraban una frase no comprendida, que sólo Dios sabe si era la última plegaria del moribundo o la maldición con que el niño mártir flagelaba a los grandes culpables que le obligaban a rendir la vida en desagravio del decoro nacional... El padre de aquel niño — un criollo humilde y bueno — siguió desde entonces y desde lejos las evoluciones de la política argentina. Días pasados me detuvo para preguntarme si era cierto que esos hombres que rodeaban al doctor Alem en los días de Julio, — aquellos mariscales a quienes el pueblo hartaba de aplausos cuando los veía erguirse a la vera del impetuoso agitador, cuya figura se destacaba contrapuesta a la de otro argentino que es hoy nuestro adversario y que acabó con él en una carta famosa — si era cierto, repito, que aquellos hombres navegaban ahora en las mismas aguas políticas que el autor de la carta famosa... Y como mi respuesta fuera afirmativa, en los ojos del viejo criollo brilló una lágrima. A aquel hombre, señores, no se le engaña más: — y aquel hombre es el pueblo!

Han dado nuestros adversarios, por lo demás, en la idea de autotildarse «impecables».

Desconfiad, señores, de los impecables; de los que

según la feliz y conocida expresión, viven en los balcones comentando el desfile de la caravana que trabaja; desconfiad de los eternos aspirantes que ponen en la aspiración una irritabilidad tan grande como prolongado ha sido el período del deseo no satisfecho... Desconfiad de los que enseñan la túnica inmaculada, porque no han sabido exponerla nunca a las tempestades que empapan o a los entreveros que arrugan! Desconfiad de las virginidades involuntarias, porque así en política como en lo otro, la virginidad involuntaria se prolonga en histerismo: por eso sale enflautado el apóstrofe con que pretenden conmover al país y por eso hablan del «oficialismo» con ese gesto indefinible con que la solterona recalcitrante habla del varón, — gesto evocador de la fábula famosa del zorro y las uvas... —

Recojamos, señores, las enseñanzas que se desprenden de estas verdades, no ya para anotarlas como un desengaño en las almas, que impropio fuera ello de quienes hacen equipo de gallardía y de fuerza, sino como un estímulo más que nos ayude a repechar la cumbre de esta noble campaña en que braceamos.

A los hombres jóvenes me dirijo ahora: — a los jóvenes, a quienes es necesario congregar a la sombra de un propósito común y solidario: a los jóvenes, bajo cuya frente pálida me parece adivinar en este momento la ebullición del propósito firmísimo; a los jóvenes, cuya fuerza de innovación es tanta, que capaces fueran de hacer verdear el bosque en pleno invierno; a ellos me dirijo, para invitarlos a estrechar las filas y luchar sin descanso y sin temores, seguros de que allá, en la eminencia lejana donde resplandece el ideal, nos esperan inefables emociones de patria!

EMILIO MITRE

Señores:

Traigo a esta tumba mi gran dolor de argentino y de amigo. Dolor sentido también por aquellos que escapan a esta última calificación, porque con rara unanimidad palpita en todas partes el concepto de que el país acaba de experimentar un desgarramiento y de que pocas veces con mayor motivo que ahora la bandera de la Nación se ha abreviado en la media asta de los grandes infortunios...

Es que ha muerto un alto espíritu, una mentalidad de privilegio, un hombre de gobierno, una maduración esenciada de esta democracia, un arquetipo de civilidad, de eficacia y de cultura: es que se ha detenido para siempre una energía en marcha y hay un fulgor menos entre las luces de la República.

Todas las virtudes del progenitor insigne brillaban, en el molde de este varón moderno, de formas propias, solidarizado con el país *ex toto corde,* heredero obligado como un cesionario, noble por la pluralizada razón del instinto y el abolengo, y cuyas actividades lo habían definido ya en la neta diafanidad de un estadista.

Provenir del primer repúblico de su era y estar al frente del primer diario de América, son circunstancias que dificultan el brillo más que lo facilitan cuando no se tiene caudal de luz propia, porque nada es tan sensible a los roces de la lucha como los destellos de puro reflejo; y porque ha de ser muy alto el mérito para tolerar que se lo mida por cartabones tan eminentes y se lo juzgue en el ejercicio de ministerios tan sagrados.

Vivir bajo el dosel de una gloria inmediata, es estar tan próximo a su calor como lejos de su engendración; en casos tales hay que multiplicar el fulgor propio, ya que la luz no es, por definición, sino un fenómeno de relatividad sobre el tono circundante... Emilio Mitre hizo honor, sin embargo, a su estirpe; lo hizo a punto de que habría podido fundar el apellido y marcar el momento inicial de una como dinastía de honor, de virtud, de fuerza, de gravitación, de altura en los procedimientos y en los anhelos, de serena altivez en todos los gestos, y de ese cuño característico, en fin, que habría sido digno de ser creado por él si no lo hubiera recibido, intacto y estimulador, en la herencia gloriosa. Y a fé que ante su cuerpo inanimado evoca el espíritu la imagen del grande anciano, que pusiera en el hijo todas sus esperanzas de padre y de argentino; y se turba el alma, señores, bajo la visión de los dos viajeros que van a encontrarse en la lejanía misteriosa...

La muerte lo hiere en la plena eclosión de sus prestigios y en momentos en que muchas miradas convergían hacia él, porque se pensaba que debía llegar a destinos superiores el ciudadano de virtudes fundamentales, el parlamentario de alto vuelo y espíritu profundizador, el periodista doctrinario y fecundo, el hombre firme, el estadista de paso seguro y de anhelos grandes como su cuna, — el heredero moral a quien el índice del pueblo señalaba como capaz de agrandar la herencia y honrar el pergamino...

Se asiste con un estremecimiento a la desaparición de estos hombres. La caravana en marcha advierte todo lo suyo, lo íntimamente suyo que se va con ellos. Dijérase que son pedazos de la Patria misma, arrancados de pronto por la muerte...

Y sabe Dios si el homenaje pleno no llega, a menudo, tardíamente. Es una verdad que todo bloque de mármol guarda en su seno una estatua peregrina y que la tarea del artista se reduce a extraer los pedazos que sobran: — temamos, señores, que del bloque de estas sociedades inorgánicas, realice la Muerte el trabajo de

extracción que no sabe o no quiere hacer el juicio contemporáneo, y sólo ante la presencia de grandes cadáveres advirtamos que hubo entre nosotros grandes varones...

En su herencia integral habíanle llegado, por cierto, bienes preciosos: se le llamaba «Emilio», malgrado su medio siglo; «Emilio» sin el «Don» que habría disminuído la afectividad de la manera y el cariño como paternal que entrañaba; «Emilio» a secas, y no por cierto ¡para qué decirlo! en virtud del menosprecio con que se tilda con el de pila descarnado a los que están por debajo del «Don»; «Emilio», que era la forma íntima de expresar el estado de propiedad que las gentes cultas se atribuían instintivamente sobre este hijo pródigo de sus culturas y su patriciado; «Emilio», cuya sencillez moral, que lo presentaba despojado de antesala, le permitía aparecer ante todos como un punto de arribada, franco y propicio; «Emilio», a quien se iba como a la fuente cristalina, a la cual no es preciso demandar venia para mirarse en su espejo y verse; «Emilio», en fin, a quien en las sinonimias de la intimidad, las más hondas, las que no se exteriorizan en palabras, porque maduran y perduran en conceptos internos, — se señalaba siempre como a una equivalencia que está, señores, por encima del elogio: Emilio era el amigo; y quien hubo estrechado una vez su mano grande y huesosa, pudo anotarlo sin reserva, desde aquel día en la lista siempre escasa de los que tienen a toda hora calores en el alma y fraternidades en el corazón...

Es, pues, un prestigio legítimo, es la claridad, el quilate, la virtud, el abolengo, la experiencia, el arraigo profundo, la solidaridad casi física con los latidos del alma nacional, — es todo lo que hay de nuestro y de inimprovisable lo que se va, señores, con Emilio Mitre, que estaba destinado a coronar algún día, con los nobles rasgos de su figura, el monumento alegórico de la gran familia porteña, alzado por la posteridad en el regazo de la metrópoli, donde naciera a la vida y a la gloria... Hoy mismo, bajo las emociones de la desgracia imprevista, la imaginación cree ver agitarse al bronce

que perpetúa al padre, como si quisiera ofrendar un sitio en el pedestal al hijo muerto en su hora meridiana y tan digno del tributo por el laurel recogido como por la siembra, de cosecha segura, cuyos brotes ya brillaban en la lontananza iluminada...

En nombre de las emociones que traduzco y comparto, dejo en esta tumba ilustre el homenaje profundo de una lágrima; y busco y encuentro, señores, la fórmula concreta del panegírico: «¡Panida, Pan tú mismo!» — dijo del poeta muerto, el poeta eximio; permitid la paráfrasis para decir, ante los restos inmóviles del gran caballero, como un compendio de justicia y de ternura, estas palabras simples: — ¡Hijo de Mitre, Mitre él mismo!

LA NACIONALIDAD ARGENTINA

Señoras:
Señores:

El «Círculo de la Prensa», cuyos prestigios fuera ocioso exaltar, porque bastara para evidenciarlos este concurso brillante, congregado por su iniciativa y en su beneficio, me ha hecho el honor de sus requisitorias para que ocupe esta tribuna y ha tenido a bien, asimismo, insinuarme el tema que debo tratar: la nacionalidad nuestra, su estado actual de modelación, su porvenir. Grave asunto, sin duda. Habré de abordarlo, empero, libre de toda suerte de reatos; y dicho quede, desde luego, que el único endoso de mis convicciones es la propia sinceridad que las inspira, sinceridad tan definitiva, tan profunda y tan perfecta, que voy a cometer el desliz un tanto revolucionario de violar la prescripción del cánon, según la cual el exordio ha de estar siempre impregnado de modestia, — anticipando la certeza de que en el alma de cada una de las personas que me escuchan, va a quedar temblando desde esta noche la chispa primera de un alto y fuerte ideal argentino...

Señores:

Recorriendo alguna vez el interior de la República, hube de comprobar que para un espíritu porteño, internarse en el país, alma adentro, importa recoger una verdadera sensación de patria vedada casi por completo

al ambiente de esta cosmópolis enorme, donde todo lo que es nuestro, propio, característico y tradicional, desaparece bajo una policromía de cosas deslumbradoras, es cierto, pero extranjeras...

Siéntese uno allá intensa y jubilosamente argentino: la emoción de la nacionalidad, si así puede decirse, reaparece en todo su vigor, y el alma se reconforta ante el espectáculo de esos emporios en marcha que se desenvuelven inmunes a la acción irreverente del oleaje cosmopolita. Ahí, para citar alguno, «el Tucumán», opulento de tradiciones y orgulloso de guardar en su seno, como en una vitrina inmensa, la reliquia venerada del rancho aquél, Basílica de la libertad de América no obstante su franciscana pobreza, pues que en su seno oficiaron nuestros abuelos la misa mayor de la Independencia, un día que debió ser de gala para la América entera, como si el azul de la enseña se hubiera corrido por el espacio para cubrir y amparar a todos los oprimidos circunvecinos... Ahí, para no omitir a la más típica, Córdoba, la pensadora, la salamanquina, la cerebral; la que un día esparció sobre toda la República el ambiente incontaminado de sus claustros; la que magnificar supo la toga y el entorchado y la sotana en fuerza de producir a su Vélez, a su «Manco» y a su Deán; la que al través de las ineludibles transfiguraciones mantiene íntegramente el prestigio de la línea originaria, haciendo pensar en una de esas antiguas joyas de plata cincelada, sobre las cuales no pasa el tiempo como no sea para exaltar más todavía la gracia del orfebre peregrino que las buriló; la arcaica, cuya incorporación a las corrientes fecundas del progreso moderno no le ha impedido salvar su fisonomía propia, probando una vez más que un grupo orgánico de hombres libres puede avanzar hacia el porvenir como avanza el Amazonas hacia el mar: conservando la dulzura de sus aguas en medio del salitre circundante... Ahí, en fin, esos emporios de cultura nuestra, en cuyas entrañas es lícito buscar a la patria como se busca la salud en algunas de sus serranías, y tras de cuyos muros, al igual de la nobleza de Francia en la Vendée, pa-

rece que tendieran a amurallarse los últimos blasones del patriciado nativo...

Señores:

Esta emoción porteña, honradamente sentida, insinúa un hondo problema que todos conocen y nadie afronta. Emplearé, para plantearlo, una fórmula que tiene la concreción del simbolismo perfecto: si es triste asistir a la agonía de la guitarra, es más triste aún verla depuesta por el rezongo calamitoso del acordeón importado .. Nuestra facilidad para adaptarnos a todas las pautas, facilidad que hace del carácter nacional una arcilla blanda y lista siempre para la modelación, constituye, como se sabe, nuestro rasgo más ponderado. Los extranjeros que nos visitan, sea cual fuere su punto de procedencia, pueden sentir siempre satisfecha su vanidad respectiva. Un hijo de Francia verá en nuestra literatura del día el influjo decisivo de la suya y comprobará con satisfacción legítima que en el seno de los hogares argentinos se cultiva la lengua de Molière con más amor, si cabe, que la lengua propia...; un hijo de Inglaterra verá que, sobre estar nuestras fuerzas económicas directivas, lo propio que en una factoría, en manos inglesas, los juegos públicos de la Gran Bretaña son ya los juegos públicos de la Argentina; un yanqui saludará alborozado un pequeño «Tammany» en cada gran comité político; un súbdito de Víctor Manuel III comprobará con júbilo igualmente legítimo, la difusión triunfal de las «trattorias», y un hijo de Alemania, en fin, verá en el tipo de nuestras milicias la parodia sudamericana de las milicias suyas: la línea del soldado aborigen, línea naturalmente blanda, como construída para curvarse en las ondulaciones del pericón caballeresco, se ha exacerbado hasta llegar a la rigidez germana; y la visera del quepis, que el veterano primitivo enarcaba por instinto hacia arriba, como queriendo trasuntar en ella el ala altanera del ausente chambergo, cae ahora sobre los ojos, obligados

así a mirar al suelo en el gesto sumiso de las glebas imperiales...

Y bien: pluguiéranos ver a la República moldeándose en pautas personales, y no repitiendo en grande la hazaña de aquellas negras suburbanas, de quienes cuentan nuestras abuelas que después de proveerse en cada tienda de una muestra de género, emprendían la fabricación de una colcha... Se preconiza como excelsa esta facultad de adaptación; y es lo cierto, sin embargo, que los pueblos eternos, los que en la marcha de la humanidad a sus destinos constituyen como las naves capitanas que orientan y alumbran y mandan, son precisamente aquellos que han sabido salvar su fisonomía primaria al través de todas las evoluciones del tiempo y el espacio. «El día en que hayamos cambiado habremos muerto», dijo Bismarck; y allá vá la Alemania con su inalterable y magnífico gesto prusiano; y allá Inglaterra con su tradicionalismo ingénito y tan hondamente arraigado en la conciencia pública, que en su nombre se llega hasta rechazar el sistema métrico, por que, aun reconociéndolo superior al suyo, entiende que adoptarlo importaría vulnerar anterioridades sagradas; allá Norte América, cuyo Teodoro Roosevelt gritó alguna vez ante su pueblo que si la tierra de Wáshington es un país de inmigración, es sobre todo y ante todo un emporio de absorción; allá Italia con su línea de siempre, a la vez grácil y blanda como la de una banderola desplegada al viento; alla la Francia con su sonrisa, su heroica sonrisa que surge inmaculada de los más rudos sacudimientos, al modo de aquellas antiguas armaduras de plata que cruzaban sin mancharse por el charco de sangre, porque la sangre resbalaba como humillada por el bruñido brillante...; allá, en fin, España, mentada la última en la enumeración por que es la primera en el afecto, madre nuestra de tan indomable arrogancia que capaz fuera de encaramarse sobre el infortunio propio para gritar su grito y ser oída; allá España con sus pinceladas rotundas como subscriptas por Goya: sus manolas, sus mantillas, sus navajas, sus guitarras, su toro y su jota...

Entretanto, asistimos a la agonía de todas nuestras acentuaciones fisonómicas y melancoliza más aún este hecho amargo, la circunstancia de que en la mayoría de los casos, lo moribundo es superior a la equivalencia substituyente. Evocad nuestra fisonomía de otro tiempo, la verdadera, la originaria la que naufraga en este momento en un revuelto mar de exotismos; evocad nuestras costumbres de entonces, patriarcales y simples, orladas asimismo de yo no sé qué especie de republicanizada cortesanía; nuestros bailes populares, rítmicos y elocuentes como danzas griegas; nuestros «aires» nacionales, — esa vidalita profunda, en cuyas apoyaturas intermedias parece que causaran lamentosamente vibraciones del alma nativa; esa guitarra, en cuyo ingenuo silabario de notas, dijérase que está la patria, tan perceptible como el acorde que la mano ruda del trovador le arranca; evocad, en fin, esa gran silueta moral del gaucho, el único tipo acaso, de criatura humana en quien rimaron como en una aleluya perfecta la humanidad y la altivez, — y pensad si estos rasgos no son dignos por sí solos de perfilar una fisonomía étnica y resistir victoriosamente a las tropelías truhanescas de la importación...

Hay que decirlo, señores: — ni la patria consiste en el simple pedazo de tierra propia, ni la soberanía se alcanza con el solo hecho material de romper un yugo. De un país que es a la vez libre y tributario, libre en cuanto le falta un amo y tributario en todas las manifestaciones orgánicas de su propia vida, puede decirse sin miedo que es libre en el dicho, pero «colonia» en el hecho... Salvar del caos el cuño nacional, que muere en este momento entre la incoherencia advenediza de los aluviones extranjeros, y fundar la serie de sus derivados subsiguientes y concordantes: — una ciencia nacional, un arte nacional, una literatura, un comercio, una industria, una línea nacional, en fin: eso sería «hacer patria» según la benemérita y honda expresión de nuestros padres. «Hacer patria», decían, no obstante ser ya la independencia un hecho consumado, porque comprendían que no bastan, para poseerla, una

extensión geográfica de tierra en la plenitud del dominio eminente ,un puesto en la lista de los estados libres, y una bandera en la página polícroma de los almanaques de Gotha...: «hacer patria», decían, anteponiendo al vocablo sagrado este verbo ejecutivo y rico... Intuición bendita que permite a un hombre de las generaciones actuales exhumar del vocabulario de sus mayores una frase grande y breve como una semilla, tremolante como un penacho y estimuladora como un dogma, pues que «hacer patria» pudiera ser el programa predilecto y único de las actuales direcciones argentinas!

Se pretende que somos un país de inmigración, que nuestra fisonomía se está formando y que cuando se haya plasmado del todo, plasmadas estarán también las derivaciones subsiguientes y concordantes; pero apresurémonos a reparar que si somos en la actualidad un país de inmigración, lo seremos con mayor motivo en el futuro, lo que prolongaría indefinidamente el problema, y reparemos asimismo que la fisonomía no es un accidente que se recoge en marcha, sino un hecho primario que se salva, si ha de salvarse, al través de todas las evoluciones y transfiguraciones...

Y el problema es más hondo de lo que parece. El alto comercio, la alta banca, la gran industria, el ferrocarril, el telégrafo, todo lo que en los índices de un estado pone la etiqueta, está en manos extranjeras; por virtud de sucesivos desalojos, había llegado a con-
y el atrio electoral, que era el último recinto adonde,
centrarse la energía nativa, — ha dejado de ser el coliseo de los que luchan para convertirse secamente en la Bolsa de los que mercan.

Señores:

Corre a orillas del Rhin una tierna y tristísima leyenda. Una noche, bajo un cielo sin estrellas que envuelve en sombras a un camino solitario, una partida de bandoleros ha arrebatado a una pobre madre viajera, la joven y bella hija que la acompañaba. La madre se ha batido como una leona, ha implorado, ha imprecado,

ha gemido en vano; y cuando agotada por el dolor y vertiendo sangre de las heridas abiertas, ve, allá a lo lejos, a la hija que se va para siempre, conducida por los salteadores que la arrastran, cae de rodillas, alza a Dios los ojos y murmura una plegaria misteriosa. Queda así largo rato, en la petrificación de la suprema angustia, bajo el cielo sin luna que parece desplegarse como un manto de luto sobre aquella desolación sin consuelo. De pronto su fisonomía se dulcifica, una como aureola de luz parece circundarla, recobran sus ojos la serenidad aparente de los días felices, y balbuciendo: ¡gracias! — cae rígida... Había pedido a Dios la muerte, y Dios, clemente, se la enviaba. ¡Que los argentinos que quedan, — argentinos en el corazón, en el anhelo, en la voluntad, en la intimidad y en la esperanza, no sientan algún día, al ver a toda su patria en manos mercenarias, la necesidad de caer de rodillas como la mujer de la leyenda germana y alzar a Dios la plegaria inútil del dolor y la impotencia!

¡Pero no será; no será mientras haya en el interior de la República grupos orgánicos que levanten en sus manos la bandera abandonada por los grandes centros; no será mientras quepa en lo posible inocular en la conciencia de las actuales generaciones el concepto de que por virtud de un complicado veredicto de la historia, les está reservada la misión vestal de organizar por segunda vez la nacionalidad y consumar ,en sus proyecciones complementarias e ineludibles, la definitiva independencia de la Nación!

Ello no puede ser difícil en un país prolongado por una epopeya capaz de abrillantar el escudo de mil generaciones sucesivas, epopeya que de tal suerte compendia y totaliza las más altas palpitaciones del alma humana en punto a libertad, que así como un mismo día marca para todos los fieles de la tierra el día venturoso de la Ascensión, esa epopeya llegará a señalar alguna vez para la conciencia de todos los hombres libres del orbe, el día también fecundo en que un soldado americano ascendió serenamente a la montaña, redimió pueblos, sacudió yugos, rompió dogales y realizó después el

milagro no repetido de eliminarse, temeroso de que sus propios laureles gravitaran demasiado pesadamente sobre la libertad que acababa de fundar...

Tengo para mí por otra parte, y ojalá me haya tocado en suerte prejuzgar una verdad infinita, — que las emociones del centenario próximo van a determinar entre nosotros un inesperado y súbito proceso de homologación social. El colono extranjero más inmune a las saturaciones del país, izará ese día al tope de su cabaña, por virtud de una volición casi inexplicable para él mismo, orgullosamente y en medio de la progenie enardecida, el pabellón de la República... Apoderarse de ese fenómeno para traducirlo en orientaciones inmediatas, sería la obra de ilustres directores. Y urge pensar en ello porque pisamos ya los umbrales del onomástico. Un año más, y como un trasunto magnificado del que brilla en los cielos, el Sol de nuestra bandera marcará, en la explosión triunfal del júbilo argentino, la opulencia gloriosa de su minuto meridiano... Será aquel un día inmenso. Y no incurramos en la vulgaridad de alistarnos entre los que se desviven por la falta de preparativos: nuestro temperamento los va a reemplazar con ventaja; somos un país de repentes caudalosos; y después de todo, para conmemorar un hecho histórico que no tuvo anterioridades coordinadas, que no tuvo caudillos, y que, por no tener, ni a tener llegó el vil metal, de indispensable actuación en las jornadas presentes, — más y mejor que pomposos ceremoniales preconcebidos es dejar al pueblo soberano que se eche a la calle e improvise el festejo, de la propia manera como el otro se echó a la plaza e improvisó la libertad de América...

Será, no lo dudemos, un día inmenso. Será por lo radiante y por lo vasto, un día a la vez ecuatorial y bíblico. Todo el Nuevo Mundo levantará la cabeza para mirarnos; y las viejas civilizaciones habrán de trazar, para vernos bien, una línea visual de perfecta horizontalidad. Estaremos investidos de cumbre. El alba de àquel día se desplegará sobre el caro suelo como un beso propiciario; de las florestas lejanas llegará un mur-

mullo solemne y el Ande inmediato parecerá monologar así:

«Yo fuí testigo del advenimiento... Mi lomo está timbrado por los cascos de la gran caballería. Hoy resonaron dianas entre mis rocas, como si el libertador hubiera sembrado clarinadas allí, y esta siembra de ruido sagrado se recogiera al fin de la primera centuria... Yo fuí testigo del Advenimiento. Era una mañana luminosa. El Sol, como una inmensa pupila absorta, se había arrimado a mis picachos para ver de cerca la epopeya, y tan bajo se vino, que las bayonetas en marcha arrancaban pedazos de disco y se embanderaban de astro. Hubo un momento en que el Gran Capitán se detuvo y miró; arriba de su cabeza no estaba sino Dios; a sus pies estaba el mundo. Y la falange argentina siguió marchando; y cuando cruzaba las hondonadas, los abismos se llenaban de libertad... De pronto, irrumpió en la llanura un estruendo inaudito, un estampido colosal hecho de todos los ruidos, hecho de pólvora, de grito, de imprecación, de lamento, de clamoreo, de protesta, de blasfemia, de rebeliones, de rupturas, de retumbos, de redobles, de rugidos, de rayos y de rabia, — una sinfonía bárbara que pobló mi nada, pegó en mis senos, repercutió en mis rocas, gruñó en mis desfiladeros y rugió en mis abismos; una sinfonía bárbara que acabó por aguzarse en una última nota vibrante y metálica, — una última nota que rebotó de soslayo en la arista de una cumbre y voló hacia arriba, como si fuera el mensaje destinado a llevar al solio del Eterno el parte sideral de la victoria...».

Y parecerá que la montaña continúa:

«Después... un resplandor rojizo se divulgó por los cielos y hasta las criptas más trágicamente negras de mi entraña se tiñeron de esa misma coloración... ¡Era que toda la sangre argentina derramada en el valle, acababa de izarse en el espacio para constelar en aurora, la aurora de un nuevo día, la aurora de un mundo libre, por cuya inmensidad estremecida corrió el nombre del Redentor acaudillado por los vientos, acla-

mado por los mares, saludado por los bosques, bendecido por las selvas y ungido por las almas; y como si en su contacto con cumbres y con águilas, las alas de una, simbólica y magnífica, se hubieran prendido a sus dos flancos de criatura épica, aquel hombre y aquel nombre volaron por toda la órbita de la América libertada! »

Señores:

Será aquél, repito, un día inmenso. Exhumadas de los museos y carcomidas por el tiempo, volverán a doblar las mismas campanas que cien años antes tocaron a rebato; y el propio son metálico a cuyo conjuro vibró la aldea, embriagará de patria a la metrópoli... Flotará en el espacio un frescor de cumbre sagrada. Entre los ruidos del regocijo, habrá minutos de un silencio solemne. Siete millones de hombres estarán conjugando sus corazones en un solo latido. La muchedumbre, por instinto, mirará hacia arriba, como procurando definir, en líneas precisas, el motivo de sus evocaciones fervorosas, y le parecerá que ve materialmente, pinceladas fragmentarias del drama épico... ¡Es primero un punto, luego una nube, aquello que aparece de pronto en la cresta de una loma, turbando como con una mancha la blancura de los cielos; aquello que aparece de pronto en la cresta de una loma, que avanza, crece, se agiganta, se precipita, llega, embiste, horada, mata y pasa, en una tan prodigiosa armonía de hombres y corceles, de cascos y crines y penachos, de aceros luminosos como pupilas y de ancas trémulas chispeando bajo el sol, que se echa de menos la detonación que debió preceder al disparo de aquel formidable proyectil de carne y hueso; es San Martín que carga en Chacabuco; San Martín, que en el momento de incertidumbre suprema, ha hecho a un lado el catalejo con que estaba quemando las espaldas de la infantería entreverada, ha desnudado el sable y se ha puesto al frente de un escuadrón de granaderos que van a hacer rayar sus redomones en los umbrales mismos de la gloria, sig-

nando con su sangre y con su triunfo el alegato más gigantesco que por la libertad humana haya subscripto jamás la espada de un guerrero en todos los días vividos de la vida universal!

La muchedumbre creerá ver, repito, como esbozadas en lienzos inasibles, las escenas salientes del drama glorioso; y los bien amados de su corazón, los varones insignes que complementaron muy luego la obra magna, aparecerán también; y como si un telón se hubiera descorrido, asomará de pronto, allá en la altura, la mansa, la profunda, la evangélica fisonomía de Mitre; y ante la presencia solidaria de sus dos predilectos, pensarán las multitudes, en una última fórmula definitiva y concreta, que el héroe de los Andes fué el Mitre de la epopeya y Mitre el gran capitán de las instituciones... Estaremos asistiendo a una como enérgica consagración de soberanía. La imagen de los hombres del Cabildo abierto, difundida por el cromo ofrendario, presidirá con severidades de estampa sagrada la mesa larga de los hogares patriarcales; e imagino la cara vieja de nuestros padres, de los que viven aún, al levantar la copa para beber por la Patria en la íntima cena de familia, teñirse de un jubiloso resplandor desconocido, como si la aurora de la República, que ellos pudieron ver de cerca en su niñez, se derramara de nuevo en aquel instante sobre el plateado bendito de sus canas... Todo parecerá grande a nuestro alrededor. Los versos del Himno, que ahora no llegan hasta nuestra emoción porque tropiezan en nuestra literatura, asumirán ese día una majestad desconocida; y el pueblo repetirá augustamente, como poseído de unción sacerdotal, las palabras legendarias: «Oíd, mortales, el grito sagrado»... «Coronada su sien de laureles»... «Desde un polo hasta el otro resuena»... y parecerá que asume tonalidades de trompeta bíblica la voz argentina y fuerte que se levante sobre las otras para decir:

¡Y los libres del mundo responden:
Al gran pueblo argentino, salud!

Excelentísimo señor Presidente de la República: Desde esta tribuna, levantada por la prensa y en su bien, que es como decir erigida por la luz y para ella, — permitid a labios conmovidos dirigirse a vos, en el vocativo solemne.

Un año más, y cruzado el pecho por esa misma banda, tras de cuya seda palpitaron los corazones de Sarmiento, de Avellaneda y de Quintana; en un día que será todo azul y todo blanco, porque el cielo se habrá engalanado de bandera y la blancura solar habrá asumido pureza de armiño inmaculado; ante el ejército tendido en línea; frente a las bayonetas empapadas de sol; entre los penachos altivos, que parecerán tremolar saludos misteriosos, como si quisieran horadar el tiempo para dirigirlos a los primeros camaradas que en el día inicial blandieron el corvo invicto; tocado el corazón por las sensaciones más hondas y más puras que haya sido dado experimentar hasta aquí a un mandatario argentino — presidiréis, señor, la gloria del primer centenario... ¡Pluga al cielo que esté en vuestros labios ese día el verbo inspirado y compendioso, y que vuestra acción ejecutiva se apodere de las emociones de ese minuto supremo, las interprete, las conduzca y las traduzca en patria, a la manera como las fuerzas superiores que rigen y dirigen la armonía de la vida universal, se apoderan del vaho intáctil que brota de los mares, lo materializan en nube, la llevan, la orientan, la elevan, la rompen y la derraman por fin, como lluvia bienhechora en el regazo fecundo de la tierra.

JUAN MARIA GUTIERREZ

Señores:

Rindo ante todo, el homenaje profundo de mi respeto al recinto que alberga esta emoción y esta palabra. Es la escuela, cuyas adyacencias con la criatura civilizada son tales y tan hondas que no sabría discernir, en verdad, si constituye el primero o segundo de sus hogares, porque es como la cuna donde se mece la perplejidad candorosa de las primeras meditaciones; como el taller donde empieza a animarse el barro informe; como la pila, bendita mil veces, donde recibe el espíritu la fecunda unción del bautismo; como un Sol, en fin, ante cuyos resplandores sintiera el alma, por vez primera, la sensación turbadora de la luz... Es la escuela, cuyo ministerio centuplica sus prestigios cuando se lo ejerce en el seno de esta sociedad inorgánica, — e inorgánica no por la razón falsa de que sea embrionaria, sino por la razón suficiente de estar constituída por un entrevero de aluviones que se desenvuelven, aumentan y se agigantan en la más absoluta ausencia de un principio, siquiera, de canalización premeditada y directiva. Tal vez fuera del caso pensar que, después de todo, acabará por imponerse en la amalgama la fisonomía del más fuerte; pero sabe Dios si en estos procesos de homologación social no queda primando en la superficie la fisonomía del más débil, al modo cómo de varios líquidos vertidos en un vaso queda en el fondo el más denso y se encarama el más leve...

Yo saludo a la escuela, repito, y pido inspiración a sus potestades para trazar, en breves rasgos, la figura moral de Juan María Gutiérrez cuya vida de do-

cencia inmutable — porque enseñó hasta en sus yerros, si los tuvo — le acuerda la honra insigne de dar su nombre a una escuela y encender en labios infantiles la plegaria de todas las gratitudes, bajo el acorde sonoro del Himno de la Patria...

Señores:

Afirman victoriosamente los historiadores de mi predilección que los grandes anhelos del alma pública «determinan» el advenimiento de las grandes criaturas ejecutivas. El héroe cumple el mandato; pero el mandato engendra el héroe: — tal la síntesis. Y bien: al anhelo de la emancipación, traducido en dianas por el augusto guerrero de los Andes, sucedió en nuestros abuelos calificados un intenso ideal de paz, de paz fecunda, educadora, definitiva y como epilogal de los sacudimientos iniciales, — sacudimientos que, con ser santos, habían dejado en el ambiente su inevitable siembra de guerreros viles, cumpliéndose así una ley humana según la cual detrás del éxito peregrino y alto va siempre la parodia infamante, a menudo más grande en su villanía que el original en su esplendor, tal como a veces es más vasta que nuestro cuerpo la sombra que proyecta el mismo...

Para dar cima a este anhelo era poco propicio, sin duda, el escenario. Tenían a sus espaldas aquellos varones, a modo de tradición demasiado fresca para serlo, — una pléyade de guerreros gloriosos que descendían serenamente su última etapa, persuadidos, acaso, de que no hallarían cumbre más alta que la que venían de cruzar, y un tanto cohibidos, asimismo, por la actitud del jefe ilustre, que había disimulado en una eliminación magnífica sus laureles ni manchados ni mostrados...

Tenían ante sus ojos al caudillaje bárbaro; y allá abajo como para ensombrecer del todo el panorama, la tribu salvaje se golpeaba la boca. Buenos Aires, desde su eminencia de cabeza, sentía en el cuello la mano de los «caudillos» como una amenaza; y alrededor de su frente, la indiada como una vincha...

Y aún así, la fuerza del anhelo público engendró a las criaturas ejecutivas. Pocas fueron, sin duda; pero cumple a la posteridad consignar que reemplazaron la escasez del número con la intensidad de la propia gravitación y dieron nuevos argumentos irrefutables al determinismo victorioso... Habían de reunir esos hombres calidades preciosas. Habían de ser mansos y cultos, eruditos y sagaces, divorciados de la violencia en fuerza de amar las instituciones, capaces de expedirse en la cátedra, en el periódico, en la tribuna, en el libro y en el gobierno, oponiendo en todas partes el razonamiento a la blasfemia, en su misión de Pablos frente a un cesarismo analfabeto y colorado... Vinieron, con todo; y entre ellos, de vanguardia, Juan María Gutiérrez, cuya figura evoco en el gabinete de trabajo y doblado sobre las cuartillas que negrean bajo la pluma, único acero que pudo cruzarse sin mengua con el otro en todos los choques de la tiranía con la redención... Lo evoco en su poblada soledad de pensador, respondiendo al golpe con la idea y en una completa analogía de «blancos» por parte de los dos combatientes, como que él y los otros tiraban a la cabeza... Lo evoco en su bufete, midiendo la eficacia de sus dogmatizaciones por el ardor de las diatribas contrarias, diatribas que enrojecen de cólera ante la verdad, a punto de que es fuerza alejarse de la barbarie cuando se la toca con la Idea, como es preciso separarse de la roca cuando se la hiere con la dinamita... Lo evoco en su mansedumbre de hombre bueno, frente al paganismo político ,sintiendo él mismo intensificarse su solidaridad con los inspiradores ausentes y lejanos a medida que la ignorancia adversaria los agredía en su persona — como que estos destacados de la civilización en campo bárbaro ejercían la más peligrosa de las representaciones: una como plenipotencia de la cultura en plena republiqueta gauchesca...

Señores:

Nuestros antepasados posteriores a la emancipación y anteriores a la libertad, — que a tal distingo invero-

símil obliga el paréntesis de la Restauración, sufrieron las amarguras del ostracismo. La tierra extraña operaba sobre los altos espíritus como el imán sobre el acero, con el añadido de que el propio suelo colaboraba con el ajeno para determinar el exilio inevitable. Tenían que alejarse del incendio para combatirlo a la distancia, fuera de que el lujo de la permanencia equivalía a caer bajo la llama, o, lo que es peor, a disimular las rebeliones hasta convertirlas en silenciosa complicidad, en esa «*nuance*» de rozismo, que es la más bochornosa de todas, como que hay que echar en la paleta, para pintarla, un poco de honestidad instintiva y mucho de miserable acomodamiento; «*nuance*» ésta, señores, que bondadosamente atribuyó a mimetismo necesario el doctor Ramos Mejía, a quien habré de saludar como a uno de los más altos representantes de la mentalidad contemporánea y cuyo escalpelo asume majestades de buril cuando lo hunde, certero y sagaz, en los misterios del cuerpo social; «*nuance*» ésta de la que huye el historiador verbal, porque abochorna recordarla en toda la intensidad del colorido con que la trazó la cobardía de muchos, para quienes tarda en pronunciarse la condenación de la posteridad ,— posteridad que, después de todo, es consecuente consigo misma cuando nada dice de estos últimos y alimenta con pensiones exiguas a los descendientes directos de la Independencia!

Gutiérrez recibió ese como bautsimo de patria del destierro voluntario; y después de errar, al igual de otros muchos, por países diversos, plantó su tienda melancólica de proscripto en suelo chileno, en aquella tierra amiga, que fué el regazo predilecto de nuestros abuelos, no sé si porque les brindaba generosa hospitalidad o porque para mirar dolorosamente hacia la patria, Andes mediante, debían habituarse a levantar la cabeza en el gesto viril de la esperanza... Allí bebió el concepto unitario que había de incorporar muy luego, en cuanto fuera posible, a la Constitución del 53, de cuya Constituyente fué miembro laborioso; allí le llegó la buena nueva de Caseros, como si las dos victorias de la

libertad — la de San Martín y la de Urquiza — se hubieran obstinado en sorprenderlo del otro lado de la montaña... allí, en fin, templó su alma de batallador para reincorporarse a la gran campaña institucional que sobrevino, tras de aquel retorno de expatriados que parece, a la distancia, un repliegue de capitanes decretado por guerrero genial...

Así como un arco — imaginadlo sideral, señores, para engrandecer el símil — así como un arco tiene tres puntos visibles en el de nacimiento, el de apoyo, y el de conclusión, la trayectoria de esta vida fecunda tuvo tres conexiones: Gutiérrez fué el amigo de San Martín, el amigo de Echeverría, el amigo de Mitre. Bebió en el libertador insigne ese concepto bravío de la emancipación que muchos años después había de dictarle aquella famosa renuncia a formar parte de la Real Academia Española, pensando que «en este momento sería antipatriótico aceptar tan gloriosa distinción»; bebió en el cantor de *La Cautiva* aquella cólera amarga, aquel dolor alzado, aquella melancolía insurgente, diré así, que es como el penacho de los poetas oprimidos; y a fe que la transfusión debió producirse como un derrame lírico en ánfora propicia; bebió en Mitre, en fin, cuanto este magnífico fruto de la democracia podía exhalar de sí mismo; el concepto dinámico de la verdad, de la tolerancia, de la organización, de la virtud, del gobierno, de la serenidad y de la patria...

Tales fueron los contactos espirituales de esta vida, cuyo paso por el periódico, la tribuna, la función rectoral y el ministerio, permite afirmar sin hipérbole que Gutiérrez fué una palpitación civil de la libertad argentina. Tribuno, sólo un alto ideal inspiró su verbo; publicista, su pluma estuvo siempre del lado de la luz en aquella larga controversia con la noche; poeta, cantó en versos candorosos cosas altas y bellas, y en el ambiente salamanquino de la época, temblaron al viento sus versos sanos y buenos, como campánulas sencillas en margen agreste; estadista, fué el ministro de la confederación que obtuvo de España el reconocimiento de nuestra independencia, como si el destino hubiera que-

rido premiar su inagotable amor a la patria y a la raza, haciendo de él el destinatario inmediato del primer abrazo de la madre a la hija segregada...

¡Quede ahí su imagen en el regazo propicio del aula primaria, como en el seno de un arca sagrada; desfilen ante ella las caravanas infantiles entonando plegarias y deshojando rosas, y tímbrese esta ceremonia, silenciosa y fecunda como un latido, con el acorde sonoro del Himno de la Patria, en cuyas notas parece que viniera, para solidarizarse con la consagración que realizamos, el espíritu de todos los grandes muertos argentinos cuyos nombres iluminan y rubrican el pergamino inaugural de la República!

He terminado.

EN HONOR DE JACINTO BENAVENTE

Señoras:
Señores:
Señor Benavente:

Muy sincero y muy alto, porque muy caro, el homenaje que tócame traducir en palabras, — pálidas ellas, ciertamente, sobre todo si se las mide por la intensidad del sentir que las inspira, ya que no por la majestuosa hermosura del concurso que las escucha. Muy alto, señores, porque muy caro. Este auditorio, todo él vibrante de bienvenida para el ingenio peregrino que nos trae, a modo de magnífica plenipotencia, la representación de la nueva mentalidad española, a la cual cabe la gloria de bañar el viejo solar en luz de nuevas auroras; este tributo que se despliega como una bandera ante vuestros ojos; ese aplauso, que para saludaros acaba totalizarse en la más encumbrada de sus armonías; esta conmoción de los espíritus que van hacia vos en las efusiones del agasajo espontáneo, — todo esto, joven maestro, todo esto es extraordinario en el seno de la ciudad prosaica...; y no creo turbar con una reflexión amarga la serenidad de esta fiesta, ni incurrir en un defecto que sería, desde luego, hereditario, — señalando así, rudamente, el hecho poco halagüeño para la tierra áspera que pisamos...

Era llamada hasta hace poco esta Buenos Aires, no sin remilgo, *la Atenas del Plata;* pero en el salto de la aldea a la metrópoli, el calificativo naufragó en prosa

bursátil; y yo no sé por qué súbito desnivel del espíritu ,la más desoladora materialización del pensamiento y el sentimiento públicos es nuestra característica actual. Consuélanos apenas la esperanza de que sea ello un fenómeno transitorio, propio de la hora de evolución que atravesamos, asistiendo — cada vez más extranjeros nosotros mismos en el suelo que nos vió nacer y bajo del cual moran las cenizas de nuestros mayores — a una conjugación de sangres diversas y contradictorias que chocan y se entremezclan en el crisol enorme para fandir y fundar la raza definitiva que poblará mañana esta comarca, comarca destinada — eso sí, dejadme decirlo con toda la unción de la sinceridad y del amor, — a constituir algún día, para las criaturas del mundo que quieran desposarse con el esfuerzo ante los auspicios de la libertad, un estadio bendito de libertad y de trabajo...

Muy alto como véis, porque muy caro, el homenaje; y si hubiera, por mi parte, de reducir mis palabras a su expresión más correcta, — siquiera, señores, para hacer más breve la modestia de escucharme, — limitárame a deciros: señor: por el Arte que nos habéis hecho gustar; por la emoción alta y pura que habéis puesto en nuestras almas: por cuanto nos habéis dicho en el lenguaje insuperable de nuestros abuelos, que manejado por vos se agiliza como el buen francés de un estilista: por la sonrisa y la lágrima con que alternativamente os han rendido su tributo nuestro corazón y nuestro espíritu, — gracias... Gracias en nombre de este público, que ha sabido llenarse las manos de flores para arrojarlas al paso del vencedor hermano, — venceder y hermano, que tal fué siempre para nosotros quienes como vos y como nos provenimos del seno de la misma gran madre común...

Sedúcenos vuestro Arte, porque tal como nosotros en las realidades inconfundibles de la vida, vuestros personajes hablan, piensan, sienten, sufren, gozan, lloran, ríen, sueñan, odian, aman, pecan, ruedan, triunfan...; sedúcenos vuestro Arte, porque en los postrimerías del siglo décimonoveno habéis realizado lo que Moratín

en las del décimooctavo, y con la ventaja en vuestro favor de que este último sólo incorporó el teatro francés al teatro español, en tanto que vos llevásteis al genio español el espíritu francés, su numen, su esencia, su perfume, su secreto y su levadura; sedúcenos vuestro Arte, porque la proyección moral de vuestras especulaciones se graba a veces en la conciencia como un tatuaje en las carnes y porque en toda vuestra obra, desde *Gente conocida* hasta la magistral creación de esta noche, —flota yo no sé qué trasunto de Juvenal, yo no sé qué flagelación irresistible de lo bajo, de lo torpe, de lo necio, de lo ruín, de lo innoble, de lo indigno, de lo indocto, — flagelación que sin desplantes catonianos ni sentencias del Justiciero, marca como un floretazo el pecho mismo del enemigo, —enemigo escurridizo y casi intáctil que se llama vicio, debilidad, convencionalismo, costumbre, vanidad, suma de todos los perjuicios y todas las mentiras axiomadas, error, cobardía, rutina, baja pasión o amor desmedido por los bienes materiales — fórmula ésta la más fastuosa de la retrogradación a las asperezas de la barbarie plena, degeneración dorada que sólo tienen el derecho de sufrir los pueblos que la justifican ante la historia con un engrandecimiento deslumbrador, pero que conduce a hibridismos enfermizos cuando se apodera del alma de colectividades que seguirán siendo latinas por más andanadas de sangre extraña que arroje sobre ellas el cosmopolitismo transfigurador...

Es curioso, señores, señalar el momento de la aparición en el escenario hispano de este brillante creador, para quien, como para el joven griego, «aún no ha terminado el laurel de dar sus brotes...». Sucedánea inmediata del clasicismo, la escuela romántica que culminó acaso con el Duque de Rivas, amenazaba prolongarse demasiado. Bien es verdad que era necesaria una noche de tanta luna para epilogar un día de tanto sol... Los innovadores sufrían las naturales vacilaciones; y hasta el propio Echegaray, con haber marcado tan enérgicamente su orientación hacia otros rumbos, no supo desembarazarse del todo de las influencias de la escuela

vieja. Cupo a vos la gloria de consumar la evolución, abriendo para el teatro el Nuevo Mundo de la nueva era... Y el Arte, fatigado de buscarse a sí mismo en el campo de los convencionalismos, a veces seductores, pero falsos por definición, desplegó como nunca sus alas cuando hubo de sentirse en el seno infinitamente armonioso de la Verdad, — tal como Elena, la adorable Princesa de la comedia que acabamos de oir, cansada de buscar su ambiente propicio en el estrépito y la promiscuidad de los hoteles y los balnearios, soñando con inverosímiles abstracciones, se reencuentra a sí misma y renace a la vida y al amor ante la indefinible sugestión de una noche que abre sobre ella la majestuosa solemnidad de su silencio...

Por cierto que la crítica no ha evolucionado en vuestra España con paso tan firme. Es a la vez penoso y grato imaginar el regocijo con que Larra habría saludado la incorporación al teatro que tanto amó de un ingenio tan concordante con el suyo como es el vuestro, y pensar con cuánta emoción aquella prosa suya, aguzada en la sutileza de la censura eterna, habría relampagueado para el autor de *Rosas de Otoño* en la loa soberana y jubilosa...

A vos, cupo ,repito, — a vos más que a ningún otro — la honra insigne de señalar el rumbo grande... ¡Quisiera el destino que ese vuestro espíritu de reformador atrevido resplandezca en todos los ámbitos de la energía española; que las generaciones actuales revivan para la España nueva los grandes días de la España vieja; reverdezcan los lauros de antaño bajo los soles de ahora; derriben, a golpes de hacha flamante, las petrificaciones indaradas; hurguen en los horizontes — que aun hay muchas Américas por descubrir para el pensamiento, — y a despecho de cuantos salmodian todavía la sonata pueril del *finis hispaniæ*, abran de una vez la brecha por donde la Madre ¡quiéralo Dios! repechará de nuevo el derrotero de las cumbres inmortales!

Tendrá algún día, señores, el teatro español su monumento simbólico. Grandioso habrá de ser como des-

tinado a perdurar, inmóvil y magnífico, bajo los vendavales y bajo los siglos. Imagino el pedestal, donde el bajorrelieve habría de insinuar el Corral de la Pacheca, en cuyo seno, humilde como una cuna de Belén, nació a la inmortalidad el gran teatro, — orlado por las nobles figuras de los dos, el de Vega y el de Rueda, la de Calderón, la de Tirso, la de Rioja y la de todos los brillantes príncipes iniciales; e imagino que al igual de lo que ocurre con la Alhambra de Granada, a medida que el monumento se levara sobre la base de graves líneas, iría sutilizándose hasta cupular en una maravillosa explosión de filigranas... Estaría allí todo vuestro teatro, desde el clásico, en que los personajes se expedían en la quintilla rotunda o en la cuarteta sonora y monologaban en la espinela bruñida; desde aquel otro, tan sutil, en que las damas de tontillo y los caballeros de capa y espada soslayaban discreteos ingeniosos entre las pompas de los salones artesonados o en la tarde apacible del jardín, a la vera de la fuente que murmura o al pie del árbol que se abre sobre el mármol desnudo del infaltable Cupido...; desde aquel tan romántico y tan rojo, en que una mancha de sangre iniciaba o solucionaba siempre el conflicto dramático, hasta este vuestro de hoy, tan humano, tan espontáneo, tan verdadero, tan cierto, tan vivido, tan sentido, tan lógico, tan nítido, tan honesto al par que tan sencillo en sus recursos, — teatro en el cual hemos podido aprender que la vida drama o «comedia es», sin que sea fuerza exhumar, para comprobarlo, los convencionalismos de antaño y bastando con que cada humana criatura cubra su huella y viva su vida dentro de su propio ambiente y con su lote irrenunciable de imperfecciones y capacidades... Allí, estará vuestra obra, yo no sé si a modo de chapitel gracioso coronando una columna o bajo la tendida diestra de la matrona, que honrará vuestra frente con el gajo de laurel... yo no sé dónde ni cómo; pero allí estará vuestra obra, en el monumento simbólico, destinado a altivarse inmóvil y magnífico bajo los vendavales y bajo los siglos...

En nombre de la Asociación Patriótica Española y

en el de aquellos de mis conciudadanos que han tenido el buen gusto de adherir a esta significativa demostración, pongo en vuestras manos, fundido en el metal indeleble, un recuerdo de vuestro paso por Buenos Aires. Sírvaos él para evidenciar en todo tiempo que la ciudad cosmopolita se conmovió ante vuestro ingenio; que estos corazones os consagraron un latido; que para vos abriéronse un día las flores de estos jardines y que quien hubo de traducir el público pensamiento, tuvo a honra afirmar que por sobre todas las dilaciones de su alma siente el amor de la Madre, de esa España que otrora braveó en esta tierra por el nervio de sus recios capitanes y hoy triunfa en ella por el numen de sus pensadores, — soldados del ideal que llegan a la playa hermana donde se les acoge, se les comprende, se les ama, y se les aclama; de esa España, señores, cuyo genio aventurero y romántico corrió tras el albatros en quijotescas peregrinaciones por el mar, irradiándose en la audacia de aquellos guerreros que tripulando inverosímiles carabelas, llevaban el verbo castellano a todos los rincones del mundo e iluminaban de súbito la soledad de las selvas lejanas con el resplandor triunfal del rojo y gualda; de esa España generosa cuyos hijos actuales han de mirar hacia el futuro como sus abuelos al océano, cuando concebían sin reparos la empresa de salvar sus ondas, cubrir sus aguas, desafiar sus cóleras, triunfar de sus tormentas, vencer sus agresiones y glorificarse entre sus vientos.

CARIDAD

Señoras:
Señores:

Bonum, pro eo quod est, persequere. Exhumo de mi latín, —valiérame más decir, como Sarmiento, de «mis latines»,— este recuerdo lejano, evocador del aula grave donde lo conocí... de vista, entre el hastío unánime de mis condiscípulos y la impaciencia del dómine magro que lo preceptuaba... *¡Oh jucunda recordatio!*

No creo inferir a mi selecto auditorio el agravio de una sospecha insólita apresurándome a traducir el insinuante epifonema: —«haz el bien por el bien mismo»; y, corolario ineludible de la frase es, de mi parte, una palabra de congratulación para las nobles damas que han tenido el acierto de realizar esta ceremonia misericordiosa, destinada a llevar un poco de Dios a los recintos sin luz del infortunio, para cuyos moradores la vida es infinitamente más amarga todavía que «el valle» de la enunciación bíblica, como que equivale a una ladera escarpada que han de repechar a pie desnudo entre vientos que cortan y carnes que sangran... Son los vencidos .Hacia ellos vamos a mirar un momento, y no con el gesto trivial del poeta en el anfiteatro, sino con la mirada intensamente humana con que saben mirar las madres. La caravana es larga y lúgubre; tiene la extensión de muchas vidas y el ensombrecimiento de muchas noches; a su paso se nubla el sol,

se agostan las flores, sécanse las fuentes, callan los pájaros... Allá el anciano endeble, más doblado por las penas que por los años, avanza clavando la mirada en el suelo, en cuyo seno, un solo amigo, dormirá por fin la primera noche tranquila...; las grietas del peñasco no son más hondas que sus arrugas y las barbas están nítidamente blancas, como si las impurezas del aire hubieran temido profanar aquella eucaristía de la senectud y del dolor... Allá una madre, amarilla y angulosa, apretando al hijo sobre la desolación de los senos sagrados, — madre cuyos ojos vertieron tantas lágrimas, que con solo ellas fuera posible lavar muchas conciencias...: ahí la doncella infeliz, para quien la vida no tuvo primavera, porque cuando los primeros carmines debieron brillar en el rostro, ya estaban en él las primeras livideces como nieve enseñoreada del rosal; allá, en fin, el niño macilento, cuyas carnecitas tiemblan de frío bajo el improperio del harapo como la *colombella spaorita* del poeta y cuyos grandes ojos absortos se abren ante el mundo en una mirada que tiene más de pregunta que de protesta, cual si pensara que cómo pueden ser sus hambres y sus penas y sus fríos...

¡Ah! Piensa que el Señor no puso en vano
Un rayo de piedad dentro del alma
Y sobre el humo de la tierra triste,
El sempiterno hogar de la Esperanza!

Hasta esta última madre común, invocada en el verso doliente de Gutiérrez, suele negarles su auxilio, pues que si bien la más duradera de todas, la Esperanza es también una ilusión con término... Ellas han de avanzar subiendo, mas no porque allá arriba les aguarde una cumbre, que el suelo se ha enarcado tan sólo para hacerles más áspera la marcha... Y son criaturas humanas, cuyo espíritu fué tocado, en su hora, por todas las solicitaciones que trabajan al nuestro. Aquella Mater, bajo cuyos ojos, que agonizan en sus cuevas, parece que las ojeras hubieran languidecido en epitafio, — soñó con la gloria de un hogar apacible, centro y

alma ella misma de una infinita corriente de amor que debieron discernirle sin reatos el coro de la progenie robusta y el esposo feliz y respetado...; aquel mendigo extraño, en cuya enmarañada cabellera flotan yo no sé qué trasuntos de majestades lejanas ¡desgraciado! ese hubo de soñarse poeta, y antes de que la angustia lo derribara creyó tener la plena visión del verso sonoro como un corcel joven embridado de cascabeles que debió cruzar la tierra galopando armonías...; la doncella infeliz, marchita en flor, ha tiempo ya que no ve, en el insomnio de sus medias noches, la figura inasible del varón bueno que para su defensa y su ventura le ofrendara el doble regalo de su brazo y su corazón; el niño macilento sueña todavía, en su inocencia desesperada, con la nocturna visita de un ángel amigo, de quien espera dos albricias que le permitirán alejarse de las agonías circundantes: un ala para cada flanco...; y malgrado las anestesias espirituales que engendran la miseria, aquel hombre mudo que tiene algo de espectral y algo de loco, conserva todavía en el fondo de sus recuerdos, como dos cicatrices del amor, luminosos, eternos, abiertos y radiantes, los ojos, ¡ay! de la mujer que amara... y allá va la caravana larga y lúgubre; y va en silencio, porque tan imperativas son para ella las humildades del dolor que hasta los ruidos del jadear se han malogrado en murmullo. Hay lamentos que parecen el eco de roturas interiores, como si en la bocanada que los lanza salieran pedazos de vísceras; hay bocas contraídas en un «rictus» desolador; pechos que tañen su tos cavernosa; pupilas que conservan extrañas fulguraciones, como si el infortunio se hubiera complacido en tallarlas... Y allá va la caravana larga y lúgubre a cuyo paso se nubla el sol, se agostan las flores, sécanse las fuentes, callan los pájaros...

——

Pero no más... Bástenos con haber estado, siquiera sea un minuto, frente a frente del dolor. Columbrarlo de soslayo, como al través de una ventana maldita, ver punto menos que nada y volver las espaldas,

obra es de las cobardías cotidianas. Ir hacia la llaga, derechamente, diluyendo la debilidad en misericordia y transfigurando la repulsión en cristianismo: eso es grato a Jesús de Nazareth, a quien se sirve más y mejor secando lágrimas y restañando heridas que ornamentando templos pomposos ,más propicios a César que a Pablo, o yendo a depositar joyas profanas en el ofrendario de imágenes famosas, sin perjuicio de haber pasado indiferentemente ante el infeliz que en los umbrales de ese mismo templo, y en nombre de esa misma imagen, tendió la mano y pidió con una voz áspera y seca como el ruido de un hueso que se parte!

La Verdad es conmigo, generosas señoras, y toleradme que integre el raciocinio. Sublime religión la nuestra; mas no creáis que la practica quien apegado a las formalidades extrínsecas del ritual, olvida que ellas no importan sino solemnizaciones subsidiarias de un modo de «ser», formalidades que son al dogma lo que la diana a la victoria: la manera de simbolizarla, pero no el medio de consumarla... Fundid en una sola palabra todas las palabras del Divino Maestro, y llegaréis a esta síntesis bendita: misericordia. Y bien; saber dónde está la Basílica, pero ignorar dónde mora la amargura y tener los labios familiares a la plegaria pero no el corazón a la piedad, ni las manos a la dádiva, ni el espíritu a la tolerancia, es practicar un cristianismo desorientado, invertido y baladí... Orar es, si os place, llamar a las puertas del Cielo; pero no lo dudéis, señoras: ¡prodigar la beneficencia es abrirlas!

—¿Qué has hecho tú para titularte victorioso? ¿Cargaste acaso sobre el enemigo? ¿Le impusiste la fuga? ¿Te mezclaste con él y del entrevero glorioso surgieron vencedoras tus espaldas? ¿Qué has hecho, pues, para titularte victorioso?

—He tocado diana...

—Y tú ¿qué hiciste para denominarte cristiano? ¿Amaste a tus semejantes cual lo prescribiera el hijo de María? ¿Fuiste misericordiosamente hacia el dolor? ¿Tendiste la mano a los caídos? ¿Practicaste la caridad en la escala infinita de sus vibraciones, desde la

donación opulenta que beneficia a una era o el pedazo de pan que salva una vida hasta la simple palabra afectuosa que pronunciada a tiempo puede salvar una conciencia, orientar un espíritu, revivir una ilusión o encender una esperanza? ¿Qué has hecho, pues, para titularte cristiano?

—He orado...

Entrego estos dos diálogos imaginarios y de inconexión aparente, a la inteligencia de mi noble auditorio, todo él digno de la verdad, porque es capaz de escucharla, de asirla, de sentirla, de aplaudirla, divulgarla, proclamarla, consagrarla, defenderla, salvarla y amarlá!

Señores:

Un afamado sociólogo italiano —Ferri— se ha ocupado de este mismo tema en una de sus celebradas conferencias recientes; y pues que habré de recoger y negar sus conclusiones, permítaseme, ante todo, rendir al orador eminente el homenaje fervoroso de mis aplausos. Sabíamos ya, antes de su arribo a esta tierra, que en el insigne positivista coinciden, por modo peregrino, la fuerza creadora y la facultad de difundir, defender e implantar la propia obra creada, a la manera de aquellás águilas augustas, cantadas en el verso antiguo, que después de construir su nido en el improvisado taller de alguna roca, cruzaban los aires con él en el pico, buscando, para colgarlo, cumbre propicia...; sabíamos ya que muchos de los credos nuevos, como a progenitor le miran y como a paladín le siguen; que a veces tiene su pensamiento, al igual del Océano, la magnificencia del contorno y el prestigio de la hondura, bien que para la inagotable necedad humana la pompa de la forma suele equivaler a pobreza de fondo, cual si talento y profundización no fueran dos términos tan indisolublemente unidos entre sí, como luz y calor...; sabíamos que la ruda lucha actual contra los prejuicios y las obstinaciones, afirman los unos y las otras que jamás los agredió adalid mejor templado; pero lo que sólo ahora hemos podido evidenciar es que su voz tiene, en

efecto, sonoridades inauditas; que el investigador ilustre es también un príncipe de la sagrada elocuencia; que al emerger de su labio se exorna de alas el verbo y que para él, en fin, parece escrito aquel jubiloso apóstrofe del Dante, reiterado no ha mucho en honra de un lírico muerto por otro que vive para prez de Italia y que repito a mi vez con hondo regocijo, como que se proyecta sobre toda mi raza:

«*¡Oh latin sangue gentile!*»

El sabio maestro se ocupó de Caridad en su conferencia sobre el Papa actual, a quien, dicho sea de paso, adornó con los mismos colores que, según refieren, usaban los papas antes de la Reforma: — de oro y azul... Ferri combate la caridad; la combate como hecho social y la niega como fuerza eficaz de protección. Apresurémonos a recordar que el conferencista del Odeón es un miembro militante del socialismo y que este último es hostil a la beneficencia. Siendo la propiedad un robo, aceptar dádivas de los que la poseen es complicarse en el robo: el razonamiento es decisivo. Además, estando la caridad preconizada por el catolicismo, hay que atacarla sin cuartel. Conviene no olvidar, por otra parte, un antecedente de hecho: León XIII, aquella gran cabeza, más iluminada por los resplandores del genio propio que por los que brotaban del solio pontificio, afrontó años atrás — 1893 — y en una encíclica famosa conocida con el nombre de *Rerum novarum*, eso que ha dado en llamarse cuestión social, siendo así que se la podría denominar con más justeza cuestión económica. Como se sabe, el problema estaba ya planteado; huelgas pacíficas o sangrientas habían estallado en todas partes; de entre un apeñuscamiento de caras lívidas brotaban las banderas rojas; vidas de reyes y presidentes habían caído bajo la venganza; los gobiernos extremaban las medidas de precaución y agravaban las leyes represivas. En tal momento apareció la encíclica. La iglesia católica — decía más o menos — no puede permanecer indiferente ante un hecho nuevo que

llena el siglo; el adelanto de las industrias y el perfeccionamiento de las máquinas han determinado un conflicto entre el capital y el trabajo; una gran columna, vengadora y desolada, avanza; los gobiernos se equivocan si creen posible resolver el caso con sus cañones y sus fusiles; la solución está ahora y estará siempre, en la práctica honesta de las máximas de Jesús... La Iglesia, terminaba, aconseja: a los obreros, la resignación cristiana que ampara los grandes dolores humanos; a los patrones, caridad...

Este solemne y sobrio documento, que he recordado en esencia y que atrajo hacia el Vaticano enormes muchedumbres de obreros y uniformó a aquel socialismo católico, venido muy luego en menos por razones que no explico, temeroso de alargar demasiado este paréntesis, — exacerbó en el socialismo contrario su repugnancia por la caridad, ya que esta gran palabra, puesta al pie de la gran encíclica, derivó hacia el papado millares de sufragios que los anticatólicos descontaban como seguros. Pero fuerza es reconocer que Ferri concreta su impugnación en otros términos.

Científicamente, — dice (él habla siempre «del punto de vista científico», aun cuando aborde temas románticos...) científicamente, dice, quien da una limosna comete un hecho antisocial: prolonga un estado de mendicidad, estimula una indolencia, ampara un vicio. Esta doctrina no es sino la aplicación al caso de una vieja teoría de origen pagano, según la cual la humanidad fuerte del porvenir debe irse forjando por medio de procesos de eliminación natural. Los enfermos, según esta tesis bárbara, deberían ser sacrificados, como lo fueron en lejanas épocas los niños que nacían microcéfalos, ya que en esa imaginaria humanidad fuerte del futuro, la salud del cuerpo y la del alma se cotizarían a la par, — doctrina según la cual las criaturas no dotadas para vivir la vida, deben caer en su abismo. Rima dificultosamente, como se ve, esta tesis absurda, que en fuerza de pretenderse científica es metafísica, — con el fondo sentimental que palpita en el dogma socialista. Sería curioso invitar al maestro a que la aplicara a las

grandes masas de obreros sin trabajo, en cuyo nombre solloza a menudo su alegato trágico... Es interesante, asimismo, observar que quien tales ideas abriga sobre esta materia, profesa, respecto de los delincuentes, aquellas otras, tan humanitarias, que le conocemos.

Para los ladrones y los asesinos que roban o matan por imperativa imposición de occipitales mal hechos, —asilos afectuosos regentados por psiquiatras exquisitos, observación médica paternal practicada por psicólogos que ojalá tuvieran para su asistencia los neurasténicos que no matan gente, y, por último, cuando estén «curados», la libertad... Para los otros, los vencidos, los que no roban ni matan, pero han caído bajo la garra del destino adverso, —para esos la doctrina pagana... Y por supuesto que sin analizarles el cráneo, porque para llegar a los honores de un diagnóstico lombrosiano, es fuerza tomarse primero la molestia de matar a alguien. En contradicciones tan extraordinarias incurre el propagandista oral de esa ciencia balbuciente que tratar de imponer don Cesare Lombroso.

Balbuciente, he dicho, y acaso el vocablo importe, en mis labios, una irreverencia... A fin de justificar el *impromptu,* siquiera en parte, permítame la asamblea que refiera una impresión personal recogida en una de las conferencias de Ferri sobre los delincuentes.

El sabio maestro explicaba con admirable elocuencia la doctrina de Lombroso en la parte relativa al atavismo. Sostiene Lombroso que el «delincuente nato» de hoy no es sino una resurrección del salvaje primitivo: la misma inclinación orgánica al delito, la misma conformación craneana, el mismo tipo fisonómico, caracterizados en ambos por grandes mandíbulas, que se abren bajo frentes innobles y fugitivas. Exhibió dibujos rudimentarios hechos por salvajes primitivos, y, después de compararlos con otros, garabateados por delincuentes actuales, infirió de la semejanza visible una conclusión que no era precisamente la de que todos los malos dibujos se parecen entre sí. Pero abundando en detalles, favoreció a su auditorio con una serie de retratos de grandes asesinos; a medida que una de esas caras anchas

aparecía en la tela iluminada, el maestro, provisto de un largo puntero, señalaba las mandíbulas hiperbólicas, narraba rápidamente los crímenes cometidos por el sujeto y proclamaba la exactitud matemática de la tesis lombrosiana. De pronto, apareció en la tela otra cara más: y cuando una buena parte del público esperaba que el puntero embistiera hacia las amplias mandíbulas, para repetir que con tal adminículo en la cara no es posible hacer en la vida sino barbaridades, — el orador cambió de mano el báculo, se inclinó respetuosamente y señalando el retrato, dijo: Cesare Lombroso...

Afirma Ferri, volviendo a mi asunto, que la mano que se adelanta a recibir la limosna, no es casi nunca la del más necesitado. Ello no probaría, en resumen, sino que la caridad debe practicarse cautelosamente; no en *vano* se ha dicho de ella que es un arte, acaso una ciencia. Dice que en Italia, sólo una cuarta parte de los fondos provenientes de la beneficencia pública llega a los pobres y que las otras tres cuartas partes se van en gastos... Este hecho puede hablar poco en favor de la honestidad o la destreza administrativa de ciertas personas de la península, pero está muy lejos, como se ve, de constituir un argumento serio y mucho menos un argumento científico. Dice además, que desde que el mundo existe, la caridad se preconiza como necesaria: los ricos *un puó la fanno, un puó si lasciano stare;* entretanto los pobres siguen existiendo. Y de ahí infiere su ineficacia. Con el mismo razonamiento podrían impugnarse muchas otras cosas, — la medicina, por ejemplo. Desde que Hipócrates vino al mundo, los médicos se consideran necesarios; *un puó* curan, *un puó* no curan; entretanto, los enfermos siguen existiendo; luego, suprimamos la medicina... Desde lejanos tiempos existen escuelas; «un poco» enseñan, «un poco» no enseñan; entretanto, sigue habiendo analfabetos; luego, cerremos las escuelas... ¡Pero no, por Dios! Ya sabemos que la beneficencia, como toda concepción humana, es insuficiente; ya sabemos que no alcanza a atenuar todos los dolores ni a secar todas las lágrimas; pero debería bastarnos que secara una sola para declararla bendita,

por el solo hecho de haberla secado. Hay en este momento en Buenos Aires más de cinco mil enfermos menesterosos que, merced a la beneficencia, tienen cama, hispital, remedios, médicos, alimentos. *Questo è un fatto*, como dice Ferri exaltando las ventajas del sistema experimental y probando victoriosamente que un hombre no debe orientar sus convicciones en uno u otro sentido, sino cuando «hechos» intergiversables y seguros determinen su juicio. Y bien: ¿encontraría más científico el caso de que se murieran en el desamparo?

Y en cuanto a su afirmación impresionante de que, malgrado la caridad, el número de los menesterosos no disminuye, — he de permitirme observar que si es un hecho absolutamente cierto que la beneficencia aumenta en intensidad y en eficacia; si es un hecho indubitable que cada día es mayor el número de hospitales, patronatos, asilos, escuelas, etc., donde la misericordia abre sus brazos a los desamparados, tiene que ser un hecho asimismo innegable el de que la suma de aquéllos disminuye, con relación ¡es claro! a los aumentos de la población y a las necesidades cada vez más crecientes de la convivencia social...

Por lo demás, me ha parecido notar, y no sin cierta turbación, que el elocuente polemista tiene de la caridad un concepto un tanto... subalterno. Parece entender que caridad es un sinónimo seco y simple de limosna. Y no es eso: es más que eso y mejor que eso. Así como el rayo solar, al quebrarse sobre el prisma propicio, asume la totalidad de los colores del iris y ora estalla en los escarlatas sangrientos, los azules graves, los procelosos verdes o el gualda mezquino, ora se diluye en desvanecimientos de ópalo o fulgura en la irritada plenitud de los tonos terminales, — así también la Misericordia, al quebrarse sobre el prisma bendito de la caridad humana, asume todas las gamas del bien posible, como si, hecho rayo de sol, Jesús llegara hasta nosotros en una sacrosanta policromía de bondades... ¡La caridad! Se la cultiva a veces con sólo poner un poco más de afecto en el saludo habitual; con sólo estrechar más efusivamente que de costumbre una mano amiga y tem-

blorosa; con sólo desviar el cuerpo en los caminos de la vida para que pase, enhorabuena, el impaciente que viene detrás y quiere adelantarse; con sólo callar la censura que pugna por subir al labio u omitir la mordacidad que se escapa... y desde ahí, que es como su forma auroral, imaginad la serie de peldaños intermedios hasta llegar a lo que podría llamarse el estado misericordioso — ese noble afán de ir hacia el infortunio, esa emoción indefinible que apaga la risa en el labio propio cuando se evoca la lágrima del párpado ajeno, ese instinto supremo de solidaridad que acibara el chipre de los festines cuando se piensa en la desolación de los tugurios...

¡Eso es la caridad, la verdadera, la honda, la santa, blasón de la criatura, timbre de la especie, trasunto material de un latido selecto que bastaría por sí solo para dividir al mundo en dos hemisferios morales: los que lo sienten, y los que no lo sienten, que es como decir, los buenos y los viles! ¡Eso es la caridad, la verdadera, la honda, la santa, la que no se analiza, ni se mide, ni se gradúa con cartabones científicos, porque como todos los movimientos humanos que derivan de la víscera suprema, es anterior y superior a la ciencia misma, así la encarne Ferri o no la encarne!

Se me dirá — lo estoy oyendo — que tengo razón del punto de vista «sentimental»: pero que el maestro la tiene del punto de vista «científico», y que frente a la sabiduría replegada en su laboratorio, ha aparecido esta noche el lirismo recostado en su madrigal... (La ignorancia es muy dada a estas expresiones sencillas y manuales, que le permiten el lujo inocente de creer que opina). El cargo sería injusto, porque basta haberme escuchado sin prejuicios para comprender que he tomado las cosas como son y donde están... Pero... ¿y si así fuera? Me interesa plantear esta cuestión. Cuando de dos hombres que discuten sobre un asunto humano, el uno se encierra en la «ciencia pura», al par que se encierra el otro en el puro sentimentalismo, — extraviados están los dos, pero más cerca de lo cierto el último por la razón suficiente de que está más enla vida.

¿Quién ha dicho a estos pretendidos propietarios del «*a más b*» descarnado, que el mundo se rige o se dirige por especulaciones científicas o por raciocinios puros? ¿Les es lícito olvidar que si entre el hombre y los demás seres de la escala zoológica, suele la inteligencia ser patrimonio común del uno y los otros, el sentimiento, en cambio, es prenda privativa del primero? Lo eterno, lo sublime, lo que en los horizontes visibles constituye las cumbres morales, ¿fué acaso obra del raciocinio o del sentimiento? ¿Fué por ventura un cálculo matemático y no una nobilísima impulsión del pecho lo que permitió a la tierra miserable honrarse bajo la planta de aquella criatura divina que se llamó Jesús de Nazareth? ¿Fué una especulación científica simple, o un grandioso amor por lo desconocido, por la ciencia, por la verdad, y por la gloria la fuerza que echó sobre el Océano las tres carabelas inverosímiles del descubridor de América? ¿Fué un cálculo o una pasión tumultuaria y avasalladora, la fuerza que derribó la Bastilla, marcando, entre los estampidos de la fusilería indisciplinada, el último minuto de un ciclo y descorriendo los velos de una aurora nueva? ¡Pero para citar al propio ejemplo en que suelen apoyarse los «científicos puros»: el médico, ese grande, generoso y abnegado médico que en el silencio solemne de su gabinete, solo y magnífico, se inocula fríamente el germen de una enfermedad mortífera para estudiar en sí mismo los procesos del terrible mal, en la ilusión de dejar para la humanidad la terapéutica segura, ¿es por acaso un «raciociniador» o un sentimental que por amor a sus semejantes, a la ciencia y a la verdad, afronta la muerte sin aguardar más retribución que la esperanza de morir con la sonrisa de las conciencias infinitamente serenas?

No creo, por lo demás, en las ambulaciones de la ciencia verdadera, quieta por definición: pienso que sólo pueden invocarlas como suya «los pocos sabios que en el mundo han sido»... y que es absurdo analizar problemas sociales con criterio antisocial, o estudiar a la criatura humana —augusta conjugación de sentimientos—

con prescindencia deliberada y trivial de esos mismos sentimientos.

....

....

Señores:

Esta ceremonia — la primera en su género que se realiza en Buenos Aires, lo que hace doblemente plausible la inspiración feliz que la concibiera — tiene por objeto inmediato beneficiar a los ciegos menesterosos, a los que sobre ser hijos del infortunio, llevan la noche en los ojos... ¡Vaya hasta ellos, en ondas misericordiosas, un eco de esta fiesta; la gratitud ponga una lágrima en sus pupilas muertas, y ya que no en ellas, porque ¡ay! no es posible, que al menos en el fondo de sus almas brille un poco de claridad al pensar que si hay en este mundo grandes amarguras, hay también en este mundo grandes conmiseraciones...

Y no he de abandonar la tribuna sin añadir que la idea de ampararlos, asilarlos, cuidarlos, educarlos, apoderarse, en fin, de su dolor para hacerlo menos cruel, pertenece a una señora, una magnánima señora que supo poner al servicio de este propósito todas las energías de su voluntad y su virtud — una joven y nobilísima dama, cuyo nombre tengo la honra de pronunciar aquí, pidiendo para ella el aplauso unánime y justiciero de la sala: Ernestina Llavallol de Acosta.

He terminado.

ORACION A LA BANDERA

Excmo. Señor Presidente de la República:

Señores Ministros:

Señores:

Asuma el verbo sus majestades más altas; inspírelo la República, y brote del labio, en cláusulas opulentas de unción y verdad, el himno a la bandera de la Patria... ¡Hela ahí, eterna como los cielos que trasunta, inmutable como la soberanía que representa, serena como la nacionalidad que simboliza, a la vez triunfal y benigna, desconocida de las derrotas y camarada de la victoria...; hela ahí, ondeando jubilosa en su armonía tricolor de firmamento y sol, más sagrada que todos los lábaros del mundo, ¡arriba los corazones para escuchanr esta verdad inmensa!, más sagrada que todos los lábaros del mundo, porque jamás tremoló sobre el dolor de los vencidos sin recoger al mismo tiempo la bendición de los libertados...; hela ahí, magnífica de anterioridades, porque cuando nació, tal fué de solidaria para con los oprimidos y de castigo para los opresores, tal de americana su misericordia, que era como si los Andes fueran su asta y todo el cielo su trapo...; hela ahí, legítimamente orgullosa de su duplicado simbolismo, como que tiene a la libertad por madre y a la libertad por fruto...; hela ahí soldados de la República, lista para cobijarnos como un dosel en las jornadas fecundas de la paz o para conducirnos, si el caso llega con la serena precisión de un águila que vuelve al nido, a su eminencia familiar de triunfos y de glorias!

Ella inviste los tonos siderales... Los inviste, no sé si porque nuestros abuelos, en la inmutable arrogancia de su gesto, miraban habitualmente hacia arriba, o porque para traducir la pureza del anhelo común nada sugestionó tanto sus espíritus como la mansa diafanidad de un día serenísimo, o porque al cruzar la cumbre más alta de la cordillera andina, el sable de José de San Martín, alzado en la vertical absoluta de la última invocación al Dios de las victorias, arrancó y trajo en la punta un pedazo de cielo como ejecutando militarmente el voto soberano del año diez y seis...

Acabáis de jurarla, soldados. Jurar la bandera es como subscribir el desposorio de la virilidad con la Patria. Ello fué siempre un honor para toda criatura humana y respeto de toda enseña de hombres libres; pero jurar «esa» bandera — ¡hay que decirlo y hay que sentirlo, señores! — jurar esa bandera importa un honor muchas veces insigne. He ahí, en efecto, un jirón de firmamento bajo del cual nunca pasó una nube; ni una sola mancha la sombrea; y si es verdad, según el vibrante grito conocido, que no fué atada jamás al carro de ningún vencedor de la tierra, cierto es también ¡loado sea Dios! que en los carros vencedores donde ella tremoló como dueña y señora, no se cargó jamás botín de aventureros; ni se ultrajó a la dignidad humana... Paseó por América guerreando y redimiendo, como si el alma de la Madre, heredada integralmente por la progenie romántica y bravía, la hubiera inducido a echarse, campo afuera, en gigantescas aventuras de redención; y cuando la victoria premió el esfuerzo supremo, sólo supo esa progenie, en su honradez inmaculada, replegarse con un gajo de laurel entre las manos al seno del hogar propio, perseverando en el propósito generoso de agigantarse hacia arriba, para poder agrandar el feudo suyo sin disminuir el ajeno!

Así hay que comprender a esa bandera y así hay que amarla. El patriotismo de los fuertes, por lo demás, no debe ser el sentimiento melancólico y trivial que caracteriza a las civilizaciones retardadas. No, pues, la loa lamentosa y sí el grito varonil. Hemos de enorgulle-

cernos del pasado, del presente y del futuro. Del pasado, porque aquellos guerreros fueron tan perfectos bajo su triple aureola de denuedo, de destreza y de virtud, que la Ilíada misma fuera más brillante si la guerra troyana hubiera podido brindar al cantor de la Odisea semejantes varones por modelo...; del presente, porque malgrado las incoherencias que determina el fenómeno de amalgama de razas a que estamos asistiendo, el país constituye ya, por la gravitación incontrarrestable de sus prestigios, el contrapeso meridional del continente americano. Hemos de enorgullecernos del futuro... ¡arriba otra vez los corazones para encender la pupila en la visión suprema! Opulenta y triunfal, la República habrá cerrado los brazos, que hoy abre a todos los vientos, para estrechar entre ellos a la bienvenida caravana inmigratoria; el suelo, palpitante y fiel como una esposa, seguirá rindiendo, en el intercambio fecundo de productos y sudores, a razón de una espiga por cada gota...; una selva de mástiles cubrirá el Plata, tendido a los pies de Buenos Aires, celoso y temible como un guardián; asomándose al Atlántico, emporios deslumbradores alzarán en la costa argentina el prestigio ruidoso de sus actividades; el litoral pletórico exhalará como un vaho de victoria; las minas del Norte habrán incorporado el tesoro de sus filones a la gran riqueza nacional; y la colonia donde ayer la tribu; donde la Pagoda el Templo, donde el pajonal la floresta; donde la nada el todo; y allá el pincelazo dorado de los trigales; y allá el oleaje grávido de las espigas; y la llanura proficua y el bosque ubérrimo y la selva ondeante; y ni una sola vara de tierra escapando a la rúbrica bendita del arado; y una gran raza de selección poblando hasta el confín más remoto; y un himno al trabajo, que tendrá una estrofa por cada estado, brotando del conjunto sonoro; y los Andes, bajo la cabellera cana de sus nieves eternas, presidiendo como estatuas de abuelos la explosión triunfal de muchos millones de energías; y cubriéndolo todo, esa misma bandera que acabáis de jurar y de la que podrán decir nuestros descendientes agitándola an-

te el Plata: ¡he aquí, hombres del mundo, el pabellón del pueblo más libre de la tierra!

¡Salve, bandera de la Patria, hija de la libertad y madre suya; lábaro sacrosanto impregnado de unos fulgores que traducen a la vez la altura de la precedencia y la altura del destino; síntesis de una historia de redenciones y altiveces tales, que más que la pluma para contarla, fuera lo propio templar los laúdes para cantarla... ¡Salve bandera de la Patria!...

Por ella y para ella, todas las vibraciones del cerebro y todas las pujanzas del músculo; por ella y para ella, soldados, hasta la última gota de sangre de las venas... Rija nuestra conducta en las jornadas de paz a que estamos destinados, el «¡Excelsior!» arrogante y estimulador; y si alguna vez sonara para la República la hora de la sangre y los clarines, inspírennos siempre, por los siglos de los siglos, aquellas palabras como espartanas de la Canción Nacional:

Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir!

ANTE UNA MANIFESTACION DE LA JUVENTUD (1)

(MAYO DE 1910)

Señoras:

Señores:

Gracias. Gracias por todo, por el tributo inmerecido, por el aplauso que lo subraya, por las palabras generosas con que acaba de ser interpretado y por la coincidencia feliz que me permite deponer mis emociones, como una ofrenda, en el altar de las que inundan hoy el alma de la República. Y permitid que, a mayor abundamiento, funda mi propia gratitud. Tengo para mí que el aplauso de los jóvenes, así sea discernido, como en este caso, con más efusión que justicia, es el más precioso a que puede aspirarse... Es, en efecto, la juventud, inmunizada desde luego, y casi por definición, contra los riesgos de la lisonja — uno como diagrama exquisito que sólo registra las vibraciones selectas de la masa y ante el cual retroceden por intrusas, sin haber conseguido imprimir siquiera una sombra, las solicitaciones del entusiasmo sin fuego, o aquellas otras, todavía más torpes, de la pasión sin luz... Ella es la chispa inicial de todas las iluminaciones. Si los escombros de las Bastillas pudieran hablar, confesarían que fué del grupo bullicioso de donde partió la primera piedra. Ella va cuando debe ir, sin esperar a que la llamen, porque el

(1) Contiene las oraciones de Boulogne Sur-Mer y el Ateneo de Madrid con motivo de las cuales se realizaba la demostración pública que originó este discurso.

toque de somatén le pertenece y su puesto está siempre en las vanguardias que orientan y al pie de las banderas que alumbran. Es espontánea como un grito y ejecutiva como un golpe. En vano la buscan los que periódicamente se esfuerzan por disfrazar de controversia respetable el choque de las ambiciones respectivas...; sabe que sólo le es lícito apasionarse por las ideas o por la Patria, que ni las unas ni la otra tienen contactos con aquello, y prefiere quedarse en el recinto fecundo de sus aulas escolares, mientras monopolizan el escenario político el entrevero subalterno de los que aspiran y el monton miserable de los venales... Tíldanla entonces de insensible; pero apenas un hecho cualquiera exalta en ella el sentido de la Patria — así se trate del retorno a la misma de un hombre en cuyo abono sólo puede decirse que condujo con fidelidad un doble mensaje de los corazones argentinos, entonces... hela ahí, entera y verdadera, recta como una intención y sincera como un latido; hela ahí, dispuesta a devolver en palmas generosas lo que el obsequiado sólo dió en emociones y en esfuerzo; hela ahí, constituyendo una asamblea distinta de las habituales, porque aquí están los entusiasmos que no se fingen, aquí las conciencias que no se tuercen y aquí también ¡loado sea Dios! aquí también los sufragios que no se mercan!

He aludido, al pasar, a vuestro alejamiento deliberado de nuestras luchas políticas. Bien hacéis en mantenerlo. Aquello es pueril y fugitivo. Día llegará, no obstante, en que contiendas de ideas reclamen vuestra presencia y la justifiquen. La actualidad es simplemente desoladora, desde este punto de vista. Cuando Su Majestad el Rey de España me inquirió que cuáles tendencias respectivas encarnaban los últimos candidatos a la presidencia de la República, hube de improvisar una piadosa mentira patriótica y hablé de proteccionismo y libre cambio, porque la intencionada pregunta revivió ante mis ojos, en toda su irritante desnudez, el anacronismo de las luchas personales en pleno país calificado y en pleno siglo vigésimo... Es esta falta de doctrinarismo

lo que explica, entre otros fenómenos, la divulgación de ideas extraviadas que prosperan en el país, ideas que se destruyen más eficazmente con razones que con el argumento un tanto revenido de la fuerza. Buenos Aires acaba de presenciar el espectáculo intolerable de muchedumbres extranjeras porfiando por nublarnos el sol del centenario... Y mientras reeditaban su alegato trágico, ocurría, señores, que como la más formidable de las respuestas con que a tales credos replica este país sin industrialismo y de población exigua, — un ex-obrero ofrecía al Gobierno su palacio para hospedar a uno de los huéspedes ilustres que nos traían el saludo y el aplauso de todos los pueblos grandes de la tierra...

Pero no debo ocuparme de cosas ajenas a la gratitud que me inspira este homenaje magnífico. Tengo la sensación de hallarme frente a una avanzada de la Patria msima; y puesto que sois, en realidad, su encarnación más pura y los mandatarios verdaderos de la doble misión que me llevara a Europa, a vosotros daré cuenta de la manera como la cumplí.

Hube de asistir primero a la inauguración de la estatua de San Martín, en Boulogne Sur-mer. Fué aquélla una solemne ceremonia. Alzase el monumento, como se sabe, a orillas de la mar. El héroe monta un caballo tranquilo, que tiene la sosegada actitud correspondiente a un corcel que viene de galopar largo y tendido, como que aquella triple jornada de ascensión, cumbre y exilio empieza en Mendoza, de donde arrancara y termina en Francia, donde lo sofrenó el jinete... Los vientos marinos que soplan sin cesar en la región parecen echar hacia el mismo lado los cabellos del prócer, que está descubierto, y la Bandera Argentina que empuña enérgicamente en la mano derecha, como si hubiera sentido la necesidad de conducir ese lábaro hasta la pila bautismal de la Francia, para dejarlo consagrado por los siglos de los siglos como emblema de redención, de soberanía y de igualdad. Hay una grande y ruda altivez en esa cara, que está inclinada hacia atrás, mirando a la Europa; y de los labios, en los cuales el buril ha acen-

tuado todavía más la comisura enérgica del gesto; de aquellos labios que se abrieron en Maipo para mandar «¡a la carga!» y en Guayaquil para pronunciar palabras radiantes de austeridad; de aquellos labios de bronce, señores, parece que brotara, destinada a cruzar los mares y caer sobre nosotros en la gran hora centenaria, la jubilosa salutación del Himno:

«¡Al gran pueblo argentino salud!»

Ocupé con honda emoción la tribuna altísima. Bajo el cielo gris, la estatua se destacaba en la armoniosa plenitud de sus líneas. Ya habían desfilado a sus plantas, al galope de los caballos, los coraceros franceses; veteranos de la gran República habían saludado militarmente; sus entorchados ardían al fuego de la Marsellesa; miles de compatriotas, agrupados, prolongaban en anhelante y extraña vibración de patria el murmullo del agua inmediata; entre la inusitada solemnidad del cuadro, la compacta muchedumbre se apiñaba ante el bronce como un regimiento alrededor de su jefe; y nuestras banderas, ondeando bajo la atmósfera plomiza, parecían querer aproximarse las unas a las otras para improvisar un poco de cielo argentino sobre la imagen del gran capitán... Fué un momento supremo. Era como si el Sol de la enseña que preside esta sala, naciera de nuevo, tras de los mares, en tierra de Francia; era como si estuviéramos a punto de ver desvanecerse la bruma, desaparecer las nubes, escurrirse el gris y azularse el cielo por obra y gracia de un conjuro americano... Aquel jinete de bronce era la República Argentina penetrando en la Europa, bajo palios de honor, al amparo de la Libertad, en nombre de Igualdad y por virtud de la Fraternidad: era un Hombre redivivo declarando ante el mundo los derechos de un hijo nuevo; era la Gloria...

Toda la América estaba allí. Al oro de los uniformes mezclábase armoniosamente el de los fracs diplomáticos. Ya el Embajador de los Estados Unidos había pronunciado sus palabras, rotundas y definitivas; y cuan-

do el soldado ilustre (1) que dirige las milicias francesas, dejó perderse en sus barbas una lágrima varonil, mientras allá arriba, en torno a la cabeza de la estatua, el crepúsculo azulaba su tono melancólico — me pareció que por las pupilas de aquel veterano lloraban solidariamente todos los héroes sepultos de la Francia y que las sombras de los muertos por la libertad venían a sentar plaza de voluntarios en aquel batallón póstumo y grandioso...

Imaginad con cuánta unción alcé la voz sobre el cuadro solemne. Sea mi primera palabra — dije — una gratitud para esta Francia benemérita, que tan significativamente ha sabido asociarse a la glorificación de un libertador americano, brindando a la estatua, a modo de pedestal insuperable, la eminencia de su suelo sobre el nivel común del Universo... ¡Francia, en cuyo seno, como en el regazo de una madre, vivió su niñez la libertad; Francia, cuyas mentalidades fulguraron y fulguran como Bastillas incediadas y cuya Bastilla reverberó en su hora como un cerebro inmenso; Francia, que marcha a la vanguardia del mundo porque en ella florecen sin intervalos el genio, la sonrisa y la osadía, que son las tres grandes direcciones humanas; Francia, cuyo pueblo fué el primero en alzarse hasta la soberanía y cuyos soberanos se irguieron hasta el laurel, como si el poder ascensional de esta prodigiosa unidad étnica hubiera estimulado a sus directores hasta obligarlos a fatigar la gloria y a su pueblo hasta purpurar las blusas...; Francia la eterna, la luminosa, la justa, tenía que ser la primera nación de Europa que brindara su suelo a la consagración de un libertador americano; y al referirme a nuestro gran capitán, tolerad, señores, que en un movimiento de orgullo incontenible cuya legitimidad alcanzaréis, añada que bien está, después de todo, en tierra extraña, la imagen en bronce de quien en tierra extraña se batió, por la redención de otros hombres y otras patrias...

No fué Boulogne, por cierto, el sitio donde la muerte

(1) El General Brum.

le sorprendiera casualmente, sino el rincón elegido por él mismo para vivir sus últimos días de proscripto voluntario. Había redimido a tres países, cruzando con sus ejércitos por donde las águilas cuelgan sus nidos; estaba radiante de laurel; cubríanlo aún el polvo de las últimas batallas; era o podía ser el dueño casi absoluto de un mundo nuevo, y al reintegrarse al suelo nativo, ejecutada íntegramente la magna empresa, pensó y dijo que la presencia de un general afortunado podía constituir un peligro para las democracias nacientes, clavó en el mundo su mirada triste y honda, y buscó en la cuna de la libertad, buscó en la Francia, un regazo para sus últimas horas de libertador sin recompensas... Así vino a Boulogne este romántico que elegía enemigos entre los fuertes y se inventaba fraternidades con los débiles, y que un día, jinete en su zaino de pelea, echaba hacia atrás la hermosa cabeza americana y hundida la mirada en horizontes infinitos de luz y de esperanza, había enseñado a su pegaso de combate que todos los opresores eran sus hermanos y que para las banderas de América que aún no habían nacido, porque la opresión ahogaba el advenimiento, contaba con un asta por cada brazo...

De él decía la derrota:

—Le ignoro...

Y la victoria:

—Mi camarada...

Y la sombra de Jorge Wáshington:

—Hermano mío...

Tal decían la probidad, la derrota y la victoria de este varón, sagaz para el bien tanto como ingenuo para explotarse a sí propio, y cuyo elogio definitivo queda hecho afirmando que la diana, familiar a sus ejércitos, no resonó una sola vez sobre el dolor de los vencidos sin encender al propio tiempo la bendición de los libertados...

....

Hice luego la historia del héroe, jornada por jornada, desde el advenimiento hasta la muerte. Recordé sus batallas, sin excluir las derrotas, útiles estas últimas en el cuadro porque nada exalta tan vivamente la claridad

como un poco de sombra inmediata; y sobre la jadeante emoción del auditorio, bajo las sombras crepusculares que ya envolvían el conjunto, el delegado argentino terminó:

Padre nuestro que estás en el bronce. Las progenies multiplicadas levantan el corazón para jurarlo: — hemos hecho la patria que soñaste... Es fecunda como tu vida, altiva como tus vanguardias, eminente como tus cumbres; en dignidad, en esfuerzo, en avance legítimo y también en virtudes, ha hecho honor en todo tiempo al relámpago soberbio que, a manera de aurora, trazó tu espada el día tormentoso del nacimiento; y así como siguiendo tu imagen viva entró en la libertad, entra a la gloria, un siglo después, por el pórtico de Francia, marchando de nuevo tras de tu imagen veneranda...

¡Quede ahí su estatua para siempre jamás, al amparo de la potente soberanía en cuyo suelo naciera como un brote espontáneo de la entraña generosa; séale propicio el murmullo de esa misma mar, que arrulló las últimas nostalgias del proscripto, del anciano y del enfermo; la ola, que llega rumoreando a quebrarse en estas altas playas, traiga hasta el monumento, como un eco de la tierra bien amada, el solemne latido de la Patria; y que allá, en los más lejanos días del porvenir, cuando sobre el polvo de todos nosotros haya pasado rodando la caravana implacable de los años, y al beso de los soles y las lunas haya envejecido esa frente de bronce, aquellos hijos de nuestros hijos que recorran la Europa y lleguen a posar su planta de hombres libres en este rincón sagrado, sientan, descubierta la cabeza y arrodillada el alma, que tiembla en sus corazones la plegaria sin palabras de todas las gratitudes...

....

....

Iba conmigo, camino de España, mi vieja y notoria predilección por la Madre; y cuando, cruzado ya el Pirineo, abarqué por vez primera la noble tierra tendida a sus plantas, hube de imaginar que viajaba en mí el alma de un hijo retornando al solar bien amado de su

infancia. Y pareciéronme familiares a la vista las primeras colinas pedregosas, y la llanura gris, y la arboleda escasa, y el gran cielo azul que se abre sobre el cuadro, esmaltado apenas por el reverbero de pobres hilos de agua serpeando penosamente... Y familiares a la vista pareciéronme los aldeanos robustos, las mujeres rosadas, los caseríos silenciosos; y cuando, ya en las puertas casi de la coronada villa, vi alzarse en el espacio la imponente sencillez del Escorial, que es como una tumba de la Historia en la cual se contaran por capítulos los muertos, sentí dentro del pecho, en toda su inconfundible simplicidad, la emoción del que vuelve, tras larga ausencia, al sitio donde corrieron sus primeros días...

Bien es cierto que era carne en mi espíritu una profunda gratitud hacia esa España, que puso en nuestras venas la sangre selecta a cuyo conjuro vibramos ante el riesgo y ante el crimen; que nos transmitió el amor al terruño en la heroica llaneza de su forma originaria; que templó en sus fraguas la espada de nuestro libertador y nos enseñó a pisar altivamente sobre el campo de pelea; que nos hizo hidalgos y nos hizo pundonorosos y cuya inapreciable herencia de virtudes fundamentales derramó sobre el rancho inicial de nuestras llanuras el concepto del hogar, del viejo hogar castellano, a la vez hospitalario y bravío, en cuyo seno arde sin intervalos la lámpara votiva del honor...

Mediréis fácilmente la emoción con que ocupé la tribuna roja del Ateneo. Ni el hábito — dije — ya viejo en mí, de expedirme ante grandes auditorios; ni mi amor por la difusión oral de las ideas; ni mi familiaridad con esta suerte de emociones, son causas bastantes para disminuir las que siento en esta hora de mi vida. Estoy, por fin, en el seno de la madre España, en su Madrid, famoso, sobre la tribuna de su Ateneo preclaro y en medio de estos grandes corazones españoles, que cuando palpitaron por la verdad, por el honor y por la Patria, hubo de parecernos, allá en la mía, que llegaba a nuestros oídos un redoble lejano de batallas y victorias... ¡Sombra de Emilio Castelar, cuya voz resonara en este recinto, exornado de imágenes históricas como una Ba-

sílica del pensamiento; un hijo de las Indias pone bajo el amparo protector de vuestros manes el verbo americano que llega opulento de lealtad a esta España eterna, de la cual habré de decir ante todo que no sé cuándo se impuso más y mejor al respeto de los hombres: si cuando, como antaño, lo hacía por el arte de la fuerza o cuando, como ahora, lo hace por la fuerza del arte; a esta España generosa, a la cual mi país ama y comprende en sus glorias, en sus infortunios, en sus esperanzas y sobre todo en esa falange selecta que ansía revivir para ella las grandes horas de la España vieja y poner toda su vida a la altura de aquel pasado luminoso durante el cual, en las horas primeras de su historia mientras contenía con una mano el desborde de la barbarie invasora señalaba con la otra magnos derroteros y convertía en realidades inauditas el heroísmo de las leyendas inverosímiles; que se proyectaba en el alma de los Capitanes como el foco en sus rayos; que en su inmenso amor por lo desconocido, soñaba con amarrar al Sol sus estandartes para recorrer e iluminar con él y con él toda la redondez del mundo, y no satisfecha con haber alzado el monumento de una altísima civilización dentro del recinto peninsular, se empinaba sobre la eminencia de su propia obra buscando más allá de los mares tierra virgen donde verter la semilla fecunda de su raza, y cielo desconocido donde grabar la constelación sin manchar de sus banderas...

Ama a España mi país en todos los rasgos de su doble fisonomía moral y material; ámala en su idioma, perfecto idioma, como que, sobre tener del *romance* polícromo la procedencia inmediata, del francés la sutileza, del italiano la dulzura y de las lenguas sajonas la precisión, posee de sí misma, riqueza aparte, esa potente rotundidad que desde el Fuero Juzgo hasta nuestros días le ha permitido traducir sin intervalos el pensamiento de miles y millares de hombres y perdurar mientras haya en el tímpano de la criatura humana una placa sensible a la gracia, la fuerza y la diafanidad fonética; ámala en sus banderas, tan identificadas para nosotros con los conceptos fundamentales de la gallardía, el ho-

nor y la belleza, que allí donde tremola una roja y gualda, parécenos que hubieran ondeado a un tiempo mismo la enseña de un caballero y el mantón de una beldad; en su teatro, insigne teatro, cuya era romántica, sucedánea inmediata del clasicismo, fué tan larga como fué porque era menester una noche de tanta luna para epilogar un día de tanto sol, teatro que desde las espinelas de Lope hasta las alquimias psicológicas de Benavente, traza en el espacio una parábola hecha de luces, sin que sea posible señalar cuál es el punto de fulguración más intensa, no sé si porque todas esas luces son iguales o porque en fuerza de alumbrarse las unas a las otras han acabado por conjurar en una sola irradiación deslumbradora; en sus pinturas, tales y tantas, que desde Velázquez hasta Sorolla todos los pinceles del mundo se vienen mojando en la paleta española; en su tesoro escultórico, tan ininterrumpido, tan espontáneo y tan enorme, que es como si las fuerzas misteriosas que rigen la marcha del Arte universal, hubieran puesto, a modo de conjuro irresistible, en sus manos el buril, en su cerebro el genio y en las canteras de Carrara el mármol...; ámala, sobre todo, en ese altanero concepto de su propia autonomía, concepto puesto a prueba en largas noches de infortunios y cuyo quilate superior permite afirmar que hay más patria en vuestra península que en muchos emperios poderosos, como hay más arte en el del Prado que en todos los museos de la tierra; en la obra magna de sus poetas y sus prosistas, obra inmune a los siglos, ante los cuales se la diría cuadrada en la actitud triunfante de un viejo castellano frente a la morisma; en las cúpulas que se alzan sobre sus ciudades como calvas cabezas de ancianos entre una multitud de gentes nuevas; en el claustro de su Salamanca famosa, de la cual todas las universidades latinas de la tierra pudieron decir un día: — Salamanca, mi madre...; en la almenada torre de sus castillos que sembraron de fantasías nuestra edad primera y pueblan de meditaciones nuestra edad madura; en las peculiaridades inconfundibles de sus costumbres populares; en la novelesca altivez de sus *rondallas,* en la sana y fresca alegría de sus estudiantinas, en

el traje de luces y en la fiera, que según reza la sonora quintilla: «...da dos vueltas al recinto, llevando en cada pitón un tercio de Carlos V...»; en el tiesto de flores que asoma entre los hierros del balcón de Andalucía; en el alma sonriente de sus sevillanos, y la recia energía de sus vascos, y el vigor de los gallegos, firmes como antiguas torres y fuertes como sus vinos rojos; en los de Bilbao ágiles y dúctiles como el acero que damasquinan sus graves hermanos de Toledo; en los de Murcia pálidos, y los de Cataluña indóciles y los extremeños brunos, y en toda esa multiplicada variedad de temperamentos que se diseminan en la península para constituir el gran todo, de la propia manera como en la paleta de Zuloaga se aislan los colores para engendrar la armonía perenne...; ámala en la púrpura sangrienta de sus claveles, en los ojos negros de sus manolas, en el bronco rasgueo de sus guitarras, en el retumbo jovial de sus danzas, en el ritmo incisivo de sus cantares, en el relampagueo sensual de sus navajas, que vienen soslayando en el aire, desde inmemoriales días, las fintas del amor y del honor, y en ese mantón flecado, que no cubre los hombros de ninguna otra hembra de la tierra porque la española se ha robado el secreto misterioso de terciárselo con gracia!

¡Y cómo no traeros sin zozobra este mensaje de los corazones argentinos, si según la ampulosa pero eficaz expresión de un poeta de mi tierra, vuestra sangre «recorre nuestra arteria y la dilata»; si somos los unos y los otros hojas y ramas de un mismo árbol secular; si la guerra de la emancipación americana no fué, en definitiva, sino una guerra civil, como que hubo españoles liberales alistados en la causa rebelde y criollos conservadores afiliados a la realista; si apenas miramos hacia arriba en la escala de nuestra genealogía, tropezamos con el retrato de algún adusto ascendiente para quien el conflicto entre la metrópoli y su colonia comenzó por plantearse entre él, viejo «godo» y sus hijos, nacidos allá, — conflicto destinado a trocarse en aproximaciones más vigorosas que nunca y a sugerir el símil de esas enredaderas del trópico, que se des-

prenden violentamente del tronco originario, pero se abrazan a él cuando han crecido, y lo cubren y lo visten y lo besan con la gracia de sus corolas abiertas...; cómo no traeros jubilosamente este mensaje argentino, si malgrado las desorientaciones que suele determinar entre nosotros el fenómeno de amalgama de razas a que estamos asistiendo, fenómeno que constituye acaso nuestro más hondo problema actual, porque no se nos escapa que los países de inmigración tienen por programa adaptar al inmigrante y por peligro ser absorbidos por la masa inmigratoria y ver naufragar el timbre nacional entre la incoherencia de las incorporaciones, — las incorporaciones que llegan, se colocan, entrechocan, disienten a veces, se acercan primero, se unen después y se cohesionan por fin en la gran armonía definitiva, — si malgrado, repito, ese fenómeno, el alma española sigue gravitando integralmente sobre el alma argentina en sus palpitaciones más recónditas y por eso mismo más intergiversables! Si hubiera de referirme a detalles triviales, bien que ninguno lo sea en realidad cuando se trata de analizar la psicología íntima de un pueblo, os diría que la guitarra, vuestra guitarra armoniosa y varonil, varonil sobre todo, porque aquel cordaje ingenuo parece estremecerse de vida cuando traduce sensaciones de hombre; vuestra vieja guitarra, cuyas voces rompieron el silencio heroico de las noches zaragozanas después de haber vibrado en el fasto misterioso de los edenes moriscos, — es también la lira de nuestro pueblo; y cuando en las graves llanuras o en las serranías del levante argentino la mano del tocador le arranca ese primer bordoneo que más bien parece la voz de un alma, dijérase que el espacio y el espíritu se estuvieran impregnando de España...

Y en la caja de esa lira vino hasta nosotros, como en un cobre sagrado, vuestra alma primaria... El matiz primordial ha variado de tono sin cambiar de color. Y he aquí que en el fondo de nuestros «aires» nacionales, asoma la insinuación de vuestras *peteneras* cuyo ritmo ingénito parece envuelto filialmente en nuevas armonías derivadas; en la *milonga* de mi tierra, canturrea-

da por hirsutos campesinos, flota, todo entero, el perfume de vuestra quejumbrosa *malagueña;* del *berzolari* de vuestras provincias vascongadas nació el *payador* de nuestros llanos, errante caballero de alma levantada como el ala de su chambergo; nuestros pechos laten más de prisa que nunca bajo el jadeante galope de esa *jota,* que debiera ser vuestro Himno; y de tal suerte somos propicios a sensaciones idénticas, que también nos invade una melancolía infinita cuando hiere nuestros oídos el rumor de las *gaitas* y los *tamboriles,* esos buenos amigos de la humildad, que resuenan aquí, en la España montañosa, en medio de las nieves invernales y a la vera de una cabaña donde lloran de emoción dos pobres viejos...

Es un estado de solidaridad emocional amasado en los latidos elementales, de tan fuerte manera que cuando, con cualquier motivo, vuestra bandera ordea sobre nuestras cabezas y recordamos, al mirarla, que esa enseña sagrada debió sufrir alguna vez el desgarramiento de nuestra separación, — sereniza nuestra conciencia de hijos el concepto profundamente simple de que no llega a la pila bautismal sin causar el dolor del nacimiento . . .

Sabemos, por lo demás, que cuanto de grande hicimos en nuestra breve historia, emancipación inclusive, es obra de la herencia moral que nos transmitísteis. Aquel José de San Martín, tres veces insigne, fué ante todo un soldado español; aquí se formó; los héroes de Bailén le contaron entre los suyos, y fué en vuestra escuela de guerra y en vuestra escuela de honor, donde el hijo de las florestas de Yapeyú aprendió cómo se lucha y cómo se triunfa por la causa de la libertad y de la Patria. Todavía más . . . Tengo para mí que los héroes imaginarios, creados por el genio en el Arte, determinan a su vez, cuando son eternos, el advenimiento de progenies carnales. Y bien; ese mismo José de San Martín que después de fundar tres repúblicas, se declara temeroso de que sus propios laureles graviten demasiado pesadamente sobre la libertad que acaba de crear y prefiere coronar su vida en la proscripción, la pobreza

y la sombra, — ese José de San Martín, señores, es el primer vástago magnificado y carnal del Quijote imperecedero... Fué, en efecto, un superlírico aquel magro señor de la montaña, que se batió en la península por la libertad española y en América por la libertad americana, porque su grande alma romántica y bravía le permitió darse por igual y por entero a la tierra de procedencia y a la de nacimiento. Y pues que me he referido a nuestra emancipación y he mentado a su ejecutor ilustre, permitid que la República Argentina rinda cuenta ante la madre, por el órgano de mi labio, del uso que hiciera de sus cien primeros años de independencia...

Es, como veréis, un balance rotundo. Quedónos, a raíz de consumada aquélla, y a modo de centro directivo, la Buenos Aires que fundara vuestro muy ilustre don Juan de Garay. Cincuenta mil habitantes... Erase un monótono ladrillal, de cuyo silencio emergían, como dos mástiles, las torres de Santo Domingo y San Francisco, magníficas de elevación en su chatura por virtud de esta piadosa ley de la estética; la ley del contraste... Desde los dos campanarios podían los sacristanes respectivos envolver con la mirada todo el perímetro de Santa María de Buenos Aires, y hasta darse el lujo de pensar en la pequeñez de las cosas profanas comparadas con la suntuosidad de las sacras cosas. Era la clásica aldea colonial, cuya arquitectura incipiente, que apenas osaba endurecer en mampostería de pacotilla las cuatro rectas del rancho aborigen, — culminaba en uno o dos macizos paredones verdinegros, terribles de Edad Media... En el interior del país, enorme y vacío, villorrios diminutos ponían a largos trechos, la nota melancólica de su presencia. El desastroso *monopolio* había dado, por lo demás, sus frutos inevitables, y he aquí que el último Virrey, al retirarse, dejó en las reales arcas un largo suspiro por todo Haber...

En el orden político, el cuadro no era más edificante. Confusas nociones de gobierno trabajaban el espíritu de todos, harto atribulado ya por la visión de las responsabilidades, que no muchos, en verdad, su-

pieron medir. Era soberana a todas luces aquella pequeña patria; pero ¡cuán complicada y penosa debió parecerles la misma libertad y cuán largo el camino que los separaba de la iniciación en los rumbos grandes! Vuestros descendientes inmediatos, los herederos de la cultura, la inteligencia y el tesón españoles, habíanse agrupado en la ciudad para resistir unidos a las infinitas agresiones de la barbarie ambiente; y asombra la confianza en el porvenir que los acompañó siempre, sin que el denuedo, derrochado a manos llenas en la jornada inicial, los abandonara en las mil veces más ásperas batallas subsiguientes. La ignorancia, que corría por el país mano a mano con la selva; el instinto de pelea, que las guerras habían exacerbado, amén de una tendencia nativa a la prolongación de los estados de tormenta; las pasiones elementales, que tenían tantos incentivos en el conflicto diario como suelo propicio en la vasta escena — y todas, en fin, las exuberancias de la raza inculta y las que derivaban del momento inorgánico y novelesco, tuvieron en el *caudillo* su formidable encarnación humana. Fué una gran energía dirigida hacia el mal esa altiva figura ecuestre, que galopó a los cuatro rumbos su rebeldía, más instintiva que deliberada, pues vibraba en su alma una conminatoria palpitación de llanuras selváticas que debían ser necesariamente focos hostiles por explicables razones de pampa y de maraña...; y permitidme integrar el raciocinio añadiendo que el último gaucho argentino que maldijo de la última vía férrea, repitiendo en otra forma la rebelión de sus iguales en el pasado, tradujo tanto el gruñido de la fiera desalojada, como el grito candoroso del pájaro que huye ante el silbato de la trilladora... Fué el caudillo, con todo, y a pesar de la benevolencia de mi juicio, más propenso este último a encontrar en nuestros tipos de antaño temas para el artista que motivos para el historiador, — una fuerza colosal opuesta al avance de la república. Contra él, todo barbarie, todo sagacidad y todo arrogancia, debió batirse, palmo a palmo, el hombre de la ciudad. Os debo, en el rasgo amplio y grande que es lícito esperar de mi

discreción y ofrecer a vuestra benevolencia, la silueta de este último.

Adolecía, desde luego, de una desesperante escasez numérica con relación al lote de sus enemigos; y excusado es añadir que esta circunstancia le obligó a intensificar hasta lo inverosímil sus propias fuerzas. Las ideas de libertad habíanle llegado impregnadas de romanticismo que a la sazón andaba por el mundo, y en el fondo de su alma se agitaba siempre un paladín melancólico. Leía a Rousseau con la devoción de un creyente en su misal, era dado a especulaciones mentales, soñaba con la gloria y se sentía con ánimos para incendiar la Bastilla pero incapaz de formar parte de la Comuna. Odiaba los excesos de la violencia; y tal vez explica mejor que nada esta plausible inclinación al justo medio, el hecho de que para estos actores no existía público alguno y estaban libres de conminaciones perturbadoras. Alejados del ruido universal e inaccesibles casi a la mirada extranjera, pudieron desenvolverse serenamente, en un escenario cerrado y propicio a la meditación. En sus rostros rasurados conservábase el sello inconfundible de los padres; y habrían sido perfectos estos varones si hubieran poseído un poco de sonrisa... Eran graves tanto como austeros. Buscaríamos en vano al través de toda su lucha benemérita, un movimiento aproximado a la jovialidad; y la ironía, que es la sal de la vida, no estuvo nunca en su intención ni en sus labios, pero, en cambio ¡qué transparencias de manantial serrano en sus virtudes y qué absoluta consagración de todos los vigores al anhelo superior de fundar una patria digna del magno esfuerzo inicial!

El *caudillo* tenía, como veis, su antítesis perfecta en estos hombres, cuyo hermoso y severo continente reflejaba un alma encendida y radiosa. Eran, el uno respecto del otro, la energía urbana frente a la barbarie rural; y con tales protagonistas, cuyas dos encarnaciones más altas habían de llamarse algún día Domingo Faustino Sarmiento y Juan Facundo Quiroga, —

se inició el proceso solemne, sonoro y sangriento de la evolución argentina.

Nada faltó en él; ni el desconcierto general que subsigue a las grandes convulsiones; ni la anarquía, el despotismo, las crisis de todo orden, los tanteos peligrosos en que incurrían hasta los más bien intencionados, las guerras, prolongadas muy luego en largos estados de ojeriza con los países limítrofes; y, para que el cuadro se integrara del todo, hasta el regionalismo, que parece por definición, un fenómeno propio de organismos seculares, hizo presa en la naciente democracia.

Y bien; en todas partes triunfó la civilización sobre la barbarie; la aldea de cincuenta mil almas es hoy un emporio colosal, habitado por un millón quinientos mil hombres, libres y blancos; cúbrela la red de tranvías más vasta que ciudad alguna de la tierra — sin excluir a Nueva York — tenga en su seno; es luminosa como Madrid y sonora como Londres; levantan sus hijos un palacio donde hasta la víspera verdeaba la humedad de un baldío; no saben ellos detenerse en la habitual gradación de las obras colectivas, y gustan de cambiar el horizonte, siempre azul, en fuerza de cortarlo con torres atrevidas que improvisan a diario una nueva perspectiva para los ojos y un nuevo esparcimiento para el espíritu; es agitada, nerviosa y diversa de las otras; constituye un sensorio universal donde hallan repercusión inmediata todas las vibraciones del mundo conocido, sin que dejen de llegarle las más circunscriptas a su radio propio por razones de raza o de región; ama el Arte y pide a los buriles prestigiados por el aplauso de Europa monumentos para sus plazas y bronces para sus patricios; háblanse en ella todas las lenguas y es como una Babel armonizada por la comunidad del ideal; ruedan sobre el asfalto de sus avenidas los equipajes más lujosos de la tierra; ama, piensa, siente, vibra; se engalana en honor de todas las victorias nobles y se enluta por todos los dolores; es fuerte, ruidosa, maleable, y está demostrando en aquel meridión de América que a la vuelta

de un siglo, los retoños de los héroes de la Conquista tenían que ser, a su turno, héroes del progreso y haber transpuesto como ellos todas las barreras que dificultan y ennoblecen el avance de la luz... En su entraña de urbe universal caben todas las esperanzas con la misma amplitud con que los vientos en la cercana pampa; y para dar una idea de las cotizaciones a que ha llegado en su seno el esfuerzo y el trabajo, va a bastarme la nota rápida y seca de una cifra compendiosa: una casa de comercio, situada en la parte central de la ciudad, paga, por concepto de alquiler de su local, dos millones quinientas mil pesetas al año...

En el interior del país, otrora enorme y vacío, brillantes emporios se levantan tomando a Buenos Aires por ejemplo; y la República, pasando la mirada por sobre las demás nacionalidades de América, clava los ojos en el coloso del Norte y aspira a evidenciar que el modelo de sus instituciones es también el cartabón de su engrandecimiento en la vida, en la historia y en la gloria...

La presencia de damas en el brillante concurso que me escucha y cuyo aplauso recojo como demostraciones de afecto hacia mi país, me inhabilita para abundar en el laconismo elocuente de los números; pero habrá de permitírseme que presente uno más, al menos porque se refiere a un fenómeno no estudiado aún y que la nosografía social no ha mencionado hasta aquí.

En el año 1905, que ha sido para los Estados Unidos aquel en que la inmigración marcó un guarismo más alto, la estadística comprobó que la poderosa república había incorporado a su seno un inmigrante por cada 120 pobladores, denunciando así un asombroso poder asimilativo, poder que acaso esté supeditado a algún índice de saturación de elementos inmigratorios, no conocido todavía.

Y bien; en 1906 la República Argentina incorporó un inmigrante por cada 28 pobladores, y esta cifra demuestra mejor que nada hasta qué punto es capaz aquel hogar inmenso de brindar su regazo a todos los

hombres del mundo que quieran confiarle el tesoro de sus esperanzas y sus energías...

En el orden político, nuestros progresos son asimismo evidentes; y por más que al referirse al sufragio universal sea juicioso emplear siempre un criterio de relatividad, es lícito afirmar que el pueblo argentino se siente dueño del voto, — tan dueño, que de un tiempo a esta parte ha dado en la gracia de venderlo al mejor postor... Nuestro federalismo no es, ni con mucho, un modelo en el género; pero constituye *un modus vivendi* digno de toda estimación. Cada *provincia* elige su gobernador y tiene su legislatura, lo cual si bien abulta los presupuestos, satisface al sistema federal en su esencia misma; y el Poder Nacional puede *«intervenir»* en las provincias, con cuyo requisito queda satisfecho, a su vez y a menudo muy ampliamente, el dogma unitario, hacia el cual estamos, en mi sentir, destinados a evolucionar. La Unión Americana, que ha perfeccionado su mecanismo político sin sacudimientos, sin controversias públicas y casi sin debates parlamentarios, como que la jurisprudencia de los tribunales ha sido el único instrumento de que se ha valido con aquel objeto, nos dió el modelo de Suprema Corte de Justicia, admirable resorte de gobierno, llamado a constituir la gran fuerza dinámica a cuyo alrededor girará la maquinaria institucional. Tenemos, por lo demás, el concepto de que no son las formas de gobierno sino las costumbres políticas lo que constituye la felicidad de los pueblos y determina su mayor o menor grado de perfeccionamiento, sin que sea pueril recordar a este respecto, que el vetusto régimen político de la Gran Bretaña no le ha impedido el honor de ser denominada «la libre» y que algunos avanzados sistemas republicanos de la América española no han sido parte a evitar que bajo sus rótulos pomposos nazcan y perduren verdaderas retrogradaciones al feudalismo...

La República, cuyo primer balance presente se ha engrandecido por el trabajo, a despecho de todas las complicaciones, entre las cuales los malos gobiernos

no pueden dejar de computarse: esta circunstancia, que revela la innocuidad relativa del hecho político frente a la verdad irrefutable del progreso nacional, — ha determinado cierto desdén público por las contiendas electorales singularmente acentuado por el cosmopolitismo, y que suele determinar nuestra alarma más viva. Advierto que, visto desde lejos, el fenómeno toca a su término y que las cuestiones económicas que ya se insinúan producirán en breve el advenimiento de sanas, ruidosas y fecundas controversias democráticas, mientras una politiquería subalterna cubre el claro que media entre las últimas encarnaciones del personalismo y esas hermosas jornadas del porvenir.

Emporio de agricultura y ganadería, la República Argentina debe a esas dos grandes fuentes de riqueza, su prosperidad presente y futura; y sería injusto omitir en esta somera rendición de cuentas, a un factor obscuro pero decisivo en el proceso prodigioso de un desenvolvimiento. Es una fuerza casi anónima, que espera todavía la consagración de los historiadores y el laurel de los poetas: un héroe del trabajo, en cuyo honor se alzará algún día el oportuno símbolo de bronce; un benemérito del progreso material que no mencionan las crónicas pueriles escritas hasta aquí, crónicas que apenas si llegan a hurgar a flor de cáscara...; un retoño transfigurado de los Capitanes de la conquista, una extraordinaria figura de batallador que heredó de los abuelos el denuedo sin límites y la constancia, puestos a prueba aquél y ésta por todas las hostilidades que la naturaleza virgen podía albergar en su seno, desde la fiera y el reptil hasta las marañas traidoras y las fiebres malditas, desde la soledad terrible hasta la emboscada habitual, desde el bandido sanguinario hasta el indio salvaje: es el «*estanciero*» el criollo por excelencia, en cuya voluntad de hierro se albergó la parte más sana de la energía nativa: es el héroe de la gran jornada, el que en nombre del trabajo y del progreso, derribó la maraña, batió al indio, desalojó al bandido, salubricó el pantano, pobló la nada, y borró con sus arados tintos en sangre la última huella de

la barbarie fugitiva: es el criollo benemérito, tesonero y audaz, — el mismo que hoy en el amplio corredor del Chalet de su «farmer» da cara al campo, frente a las mansas haciendas que pacen, ante la ondulación dorada de los trigales y bajo el rumor de las lejanas maquinarias que trabajan, refiere a los vástagos, desde la eminencia de sus ochenta años repletos de Pampa, la trágica jornada del avance, el choque y la victoria...

Es ya lugar común en mi país el falso concepto de que su prosperidad se debe, más que a nadie, al *inmigrante,* cuyos títulos efectivos a la gratitud nacional fuera, por otra parte, ocioso exaltar; y yo reivindico desde esta tribuna eminente las glorias, aun no proclamadas ni discernidas, del «estanciero». El inmigrante no se internó jamás en la campaña mientras ella fué bárbara. Fué el criollo aquél quien avanzó hacia la Pampa enigmática y grandiosa; y los cuatro palos de su rancho de adobe, elavados en medio de la soledad, constituyeron la primera vanguardia de la civilización argentina en la plenitud terrible del desierto. Para él, pues, la palma bien ganada, mientras la justicia venidera levanta en Buenos Aires el símbolo de bronce que lo presentará jinete en el sufrido «overo» de la tierra, escrutando la llanura, altivo como un conquistador, solo como un destacado y alerta como un centinela...

La amalgama de razas — volviendo a mi asunto — ha tenido manifestaciones externas de aspecto diverso en todos los órdenes de la actividad argentina, y la coexistencia armónica de aquéllas, en un medio propicio como ningún otro a la eficacia de los esfuerzos, ha tenido la virtud de engendrar un ambiente nuevo, ambiente de modelación moral, diré así, en cuyo seno mueren los prejuicios que traen siempre consigo las caravanas inmigratorias, como hijas que son de civilizaciones seculares. Suavízanse allí las asperezas del espíritu en las masas trabajadoras, acaso porque no hay esfuerzo que no tenga su epílogo en cosecha; y las almas pulen sus aristas bajo aquella atmósfera, como el guijarro que rodó mucho. La falta de tradiciones in-

muniza al conjunto contra todos los riesgos que ellas determinan, y he aquí que siete millones de hombres trabajan y prosperan sin que ni aun las cuestiones religiosas hayan llegado a apasionarlos... Y si conciencias extraviadas lleváronle sus doctrinas rebeldes y turbaron la serenidad del ambiente con el estampido trágico, ello no evidencia sino su adaptabilidad a la vida y su insuficiencia morbosa para corresponder a las solicitaciones de ambientes diversos de aquellos que encendieron su rebelión, ya que en el regazo de aquella lejana hija vuestra, es más fácil atraer un anarquista hacia la paz del trabajo fructuoso, que ver desviarse un hijo del trabajo hacia el dogma de la anarquía...

Señores:

Tal es, a grandes rasgos, el estado actual de aquel país, cuyos resplandores bastarían por sí solos para salvar la dignidad de la civilización latinoamericana. El viejo tronco inmortal puede estremecerse de orgullo: ese triunfo es un triunfo de la raza. Y luego, os invito a mirar hacia el futuro. La América española está poblada en la actualidad por cuarenta millones de hombres, a razón de tres por kilómetro cuadrado; está, pues, casi vacía. Augurar una decuplicación de ese número no es tocar, ni con mucho, en los lindes de la hipérbole; y bien: pensad en esa misma América, desde Méjico hasta la extremidad austral, cuatrocientos millones de criaturas humanas perpetuando en el tiempo y en el alma y el habla luminosa de Castilla. Y cuando esa inmensa legión de energías se haya difundido sobre el vastísimo escenario, España, que podría signar esa grandeza con el mismo derecho con que Sorolla una de sus telas o Mariano Benlliure uno de los arabescos de su buril prodigioso; España, la madre, más fuerte en su hora que los poderíos ajenos porque los venció en la lid y más fuerte siempre que los propios infortunios porque al resistirlos los venció también; España eterna, intangible y sagrada, podrá gritar ante el mundo, con razón y con orgullo, que lo ha llenado alterna-

tivamente con sus glorias, con su genio y con sus vástagos...

En nombre del pueblo argentino, de cuyo sentimiento soy en la península mensajero verbal y cuyas palpitaciones más íntimas conozco y traduzco, yo despliego a los pies de la madre el pabellón inviolado de la hija... Es la enseña de una caravana de hombres libres que están honrando en la Historia el blasón sagrado de sus mayores; una caravana de hombres libres que aspiran a modelar su alma definitiva en las pautas hidalgas y severas de sus abuelos, persuadidos de que a la noble sangre que corre por sus venas debe atribuirse en primer término el honor de su propia victoria; una caravana de hombres libres que allá, en aquella «Nueva Europa» de Isabel y de Colón, realizan sin desfallecimientos el triple y fecundo poema del ensueño, del esfuerzo y de la cumbre.

He terminado.

....

....

Señores estudiantes:

Sólo me resta repetiros las seguridades de mi gratitud más viva. Y pues que llena nuestras almas la gran luz del Centenario, abandonemos esta sala bajo una fuerte y honda sensación de patria. Evoquemos para ello el día inicial y recojamos en el espíritu, fragmentada y grandiosa la vibración que determina... Fué un siglo atrás, a pocas cuadras de aquí, en la Plaza Mayor. Ya la víspera, el 24, un capitán argentino había escoltado al pregón que difundió por las calles de la aldea la buena nueva del Bando rebelde. Ondeaban entre la muchedumbre, silenciosamente, el poder de us voluntad irrevocable. El edificio de la sala Capitular parecía escurrirse bajo la llovizna de aquel día, que fué todo él gris, como si para dar paso al Sol de libertad que iba a asomar por una de esas ventanas, el de los cielos hubiera preferido ocultarse y esperar... Y sur-

gió; surgió para la Patria, para la América, para lá humanidad. Y helo ahí, en el fondo de los cielos, marcando la gloria del minuto meridiano; y helo ahí, entre las dos franjas de la bandera ofreciendo el amor de su lumbre y la claridad de sus rayos a todas las esperanzas que hayan menester de un hogar y una luz...

UN DISCURSO POLITICO

Señores:

Bastará verla — hablo de la juventud — disponiéndose a marchar bajo el despliegue orgulloso de sus estandartes, para comprender que la patria la inspira y la victoria la espera, tanto y tanto estuvieron siempre identificados entre nosotros estos tres conceptos inconfundibles de patria, juventud y victoria... Ella no encarna tan sólo las palpitaciones más austeras del alma nacional: traduce también, y eso es lo importante, las manifestaciones elementales del instinto del país, a punto tal que cuando levanta una bandera, sea cual fuese, a poco de sustentarla en su puño robusto, esa bandera se abre en blanco por el medio y se tiñe de azul por los costados; y para que nada falte en la integración del símbolo augusto, el fuego ineludible le finge un sol en el centro... y entonces, es la patria lo que pasa; — yo me descubro...

Yo me descubro; y en presencia de la columna en marcha, columna en cuyas filas resplandecen todos los apellidos que son la síntesis viva de todas las tradiciones de la República, repito, como una exhortación oportuna, aquella penetrante paráfrasis con que Mitre se dirigiera a los hombres jóvenes de Buenos Aires en una de las horas más solemnes de su insigne vida pública: «¡Juventud, juventud: se trata de tu destino!»

Señores: La elección de un nuevo presidente es un hecho que dista mucho, sin duda alguna, de constituir un suceso anormal en la vida de una democracia; pero por una serie de circunstancias que voy a puntua-

lizar con un poco de crudeza, porque así lo estimo indispensable, esta vez es algo más que una simple lucha política lo que se inicia para los argentinos. Esta vez vamos a demostrar, así como suena, si somos o no somos dignos de gozar de los beneficios del sufragio libre que nos legara la presidencia del doctor Sáenz Peña... Hagamos una breve retrospección. Iniciado de golpe el pueblo soberano en las voluptuosidades del voto sin suerte alguna de cortapisas, sus primeros movimientos fueron torrentosos e indisciplinados. Hubiérase dicho un grupo de escolares levantiscos llegando al patio de un recreo retardado... En los primeros ensayos correspondió el triunfo, así en la capital como en algunas ciudades del interior a los partidos extremos. Y bien; en todas las naciones civilizadas de la tierra hay partidos extremos; en todas las naciones civilizadas de la tierra hay sufragio libre. ¿Qué nación civilizada de la tierra ha entregado el gobierno al partido extremo? Limitémonos a los países que actualmente combaten en la guerra europea: Inglaterra, Alemania, Italia y Austria están gobernadas por sus monarquías respectivas, tradicionalistas por definición, lo que no les impide ser permeables a las ideas nuevas; Francia está dirigida por una combinación de sus viejos núcleos, y como una síntesis envidiable, un francés ilustre ha podido decir que la Francia de nuestros días está gobernada por el talento. Todos, en fin, esos países están regidos por sus agrupaciones tradicionales, más o menos abiertas las filas, según convenga, al avance de los credos nuevos que agitan la atmósfera moral del siglo. Hay, sin embargo, una excepción, — la excepción de siempre, confirmatoria de la regla. Cuadra a mi lealtad enunciarla. Uno de los países que actualmente sangran en la tragedia europea, sin abdicar de su vieja forma de gobierno, ha entregado este último al llamado partido extremo. Voy a nombrar a ese país, sin comentarios: se llama Turquía.

Señores: Debemos apresurarnos a reconocer que nuestro adversario más poderoso en esta contienda — el partido Radical — es una agrupación popular. ¿Por

qué es popular? No es preciso hacer prodigios de hermenéutica para dar con la causa: es un partido popular porque es un partido extremo. En todas partes y en todo tiempo las agrupaciones de este tipo gozaron de aquella ventaja. Muy bien; pero... ¿es realmente un partido «extremo»? He aquí que es todo lo contrario... Cuando triunfó en los comicios iniciales de 1912, tras veintidós años de abstinencia más o menos revolucionaria, el buen pueblo, que había llegado a las urnas agitando una rebeldía más instintiva que deliberada, creyó haber elegido ocho revolucionarios y eligió... ocho clericales militantes. ¡Era de verlos después, en la Cámara joven, pujando por conciliar su origen jacobino con el conservadorismo a toda furia de sus espíritus: era de verlos ocupando la extrema izquierda, que es cabalmente el sitio contrario al que les corresponde; era de verlos desenvainando el catecismo cuando algún socialista proyectaba el divorcio o santiguándose cuando algún otro proponía separar la Iglesia del Estado; era de ver a estos Dantones con sobrepelliz, si se me permite la expresión, trémulos de archicofradía, fingiendo esgrimir en la diestra un hacha cuando lo que llevaban en la diestra era ¡un hachón!

Y conste que no estoy impugnando ese clericalismo desopilante: lo señalo, nada más, para demostrar cómo ese partido está mal sentado en el Congreso y mal ubicado en la popularidad, pues si bien estamos habituados a comulgar, respecto de muchas cosas, con ruedas de carreta, es un poco fuerte — caramba — esto de querernos convencer de que Pantoja es revolucionario, innovador y demoledor...

No es, pues, ni mucho menos, un partido «extremo». Y si es popular porque parece extremo; y si no siendo extremo en realidad, no debiera ser popular; y si aun en el supuesto de que fuese realmente extremo, vedado le estaría por ese sólo hecho el camino del gobierno. ¿A título de qué habían de instalarse en la Casa Rosada los «jóvenes turcos» de la localidad? ¿A título de qué habría de gobernarnos un partido cuya

característica, harto curiosa por cierto, consiste en el hecho de que todos aquellos hombres de su seno que llegaron alguna vez al gobierno fueron repudiados por el propio partido o le abandonaron ellos mismos, desde Aristóbulo del Valle hasta el Menchaca contemporáneo — y vaya si es violenta la oblicua — sin contar a los Barroetaveña, los Mujica, los Torino y tantos otros que a lo largo de la historia radical son testimonios vivos de que en el titulado partido de la libertad nadie se alza impunemente contra los rituales del fetichismo? ¿A título de qué habría de gobernar la República un partido político que no encarna ni representa sus tradiciones; que no encarna ni representa sus mejores clases sociales; que no encarna ni representa la práctica del gobierno y que en definitiva, no encarna ni representa sino la impaciencia, una «radical» impaciencia por llegar, cosa esta última que no constituye, como se ve, ni un programa, ni una bandera, ni un ideal, sino simplemente un estado de espíritu que si puede fundar un derecho al entrecejo arrugado, no importa título bastante para pretender el gobierno de un país en el cual la función ejecutiva debe estar en manos que interpreten el pasado y comprendan el futuro bajo las amplias iluminaciones de la experiencia y el talento, más indispensables todavía para dirigir la América que para gobernar la Europa?

Se dirá — se ha dicho — que el Partido Radical representa la intransigencia. He aquí otra bella mentira. La intransigencia es un hecho físicamente imposible dentro de la sociedad humana y mucho más dentro de las contiendas cívicas. La política es el arte de transigir y concordar. El Partido Socialista, el único que entre nosotros puede denominarse «extremo», rinde tributo también, *velis nolis*, a esa ineludible necesidad de la lucha, y su «programa mínimo» no es sino una «transacción» entre las dificultades inmediatas con que se tropieza y el propósito integral que se persigue. Hasta los anarquistas transigen, como que sólo dejan de hacerlo cuando delinquen; y de esta sonora superchería que se llama «intransigencia» puede decirse lo que alguien

afirmó de cierta forma del Arte; es una serpiente que se muerde la cola. ¿Intransigencia con qué o con quiénes, por lo demás? ¿Con algunos hábitos censurables que nadie defiende? ¿Vienen de otro planeta esos señores y son inmunes a los extravíos, los errores y las pasiones que constituyen el fondo esencial de la ciatura humana? ¿Intransigencia con algunos «hombres del pasado», como ellos dicen? ¡Bah! ¿Acaso ignoramos que en las provincias no hay palaciegos descontentos que no se folie al radicalismo en la esperanza de volver con esa bandera a la casa de gobierno? Y aquí mismo, en la capital, una gran parte de su elemento de lucha, de su pueblo, de su masa, de su «chusma», según el escabroso decir del poeta de la agrupación, ¿no ha intervenido por ventura en las contiendas pasadas? Cuando el radicalismo se presentó en la liza, la venalidad desapareció de las prácticas electorales, no sólo porque ya no había a quien comprar... y adivínese ahora, señores, quiénes eran los que se vendían antes.

Voy a cometer un acto de irreverencia y tal vez un acto de indisciplina. Si esto último ocurriera, cúlpese de ello a mi largo alejamiento de las luchas políticas que me ha hecho perder un poco, sin duda, el sentido de las filas... Voy a declarar que no participo sino en un grado muy relativo, de los entusiasmos que al común de las personas inspira el sufragio universal. Creo, con un alto pensador de la Francia, que si ha habido muchos historiadores que han hecho el proceso de los Reyes, a muy pocos se les ha ocurrido hacer el proceso de los pueblos; creo que todas las tiranías, las más irritantes, desde Tiberio hasta don Juan Manuel, se apoyaron en el sufragio universal, y «la opinión de los más», «la voluntad de los más» y «el veredicto de los más», son expresiones que no me conmueven mayormente, sobre todo cuando se las pronuncia en este país, donde el porcentaje de analfabetos es un hecho que debiera inducirnos a esconder, como el romano de la historia, el rubor de la cara entre los pliegues de la túnica...; pero creo, en cambio, y de una manera firmísima, en la inteligencia de este pueblo, tardío pero seguro para

orientarse bien; creo en los movimientos maravillosos de su instinto colectivo, que a menudo lo hacen reaccionar sobre sí mismo; creo en la Providencia, que ni un punto dejó de velar por nuestro destino; creo en la buena suerte que espera a este núcleo demócrata y «progresista», lo que equivale a decir que no ni revolucionario ni «conservador», vocablo este último que debiera constituir una mala palabra en el diccionario político de la República Argentina, donde poco o nada hay que «conservar», donde todo debe estar supeditado a las leyes de la evolución juiciosa y donde ni aún la Constitución Nacional es un estatuto «conservador» sino esencialmente «progresista», como que sus autores pensaron, inspirándose en la frase gráfica y feliz de un publicista del norte, que las constituciones no son círculos de hierro puestos en el tronco del arbusto para dificultar sus movimientos, sino aros ondulantes y flexibles destinados a patrocinar sus expansiones todas a través del tiempo y el espacio; creo en el triunfo de este partido nuestro, que no levanta una rebeldía por bandera ni una negación por programa, ni agita como los otros, a guisa de carnada, el presupuesto de la nación sobre las muchedumbres perplejas, — partido que se siente solidarizado con la historia del país, que se descubre y se inclina ante los autores de la grandeza de hoy, ante los varones ilustres cuyas imágenes están perpetuadas en el bronce, varones a los cuales niega o de los cuales reniega el radicalismo, no sé si porque para este partido la historia contemporánea de la República Argentina comienza con la primera revolución chingada que subsiguió a la del noventa, o porque no puede olvidar que ninguno de aquellos grandes varones, cuyas imágenes el bronce perpetúa, tuvo jamás el mal gusto de enrolarse en sus filas...; creo, en fin, que triunfaremos y que mientras un radicalismo sin Del Valle sigue vociferando su apetito de veinte años, iremos a aumentar en el gobierno los quilates de esta grandeza argentina que es un patrimonio nuestro, intergiversablemente nuestro, porque es la obra de demócratas insignes, que fueron nuestros correligionarios en el pasado y serán

nuestros guías y nuestra fuente de inspiración en el futuro...

Con estas convicciones profundas y en estas vísperas de una lucha que será necesariamente áspera, como que va a jugarse en ella el destino del país y sabe Dios sino la paz de la Nación; en medio de esta juventud que no puede ser vencida porque es la victoria misma y en alto la esperanza y la bandera, — correligionarios, compatriotas y amigos: ¡salud!

EN HONOR DE BRADLEY Y ZULOAGA

Capitán; señor: Esta mesa, rodeada por unos entusiasmos tan vivos que capaces fueran, ellos solos, de hacer rechinar la cristalería de las copas y arder en burbujas al vino dormido, importa un homenaje pálido si se lo juzga por la magnitud de proeza que lo determina, pero es un alto homenaje si se lo mide por la fuerza del sentir que lo ha inspirado. Tiene ella, por lo demás, — me refiero a la mesa — flores en medio y flores en torno, porque para discerniros el espontáneo tributo han querido confundirse en un mismo gajo las que perfuman el aire y las que purifican el alma. Ni podrían estas últimas estar ausentes de aquí, tratándose como se trata de certificar esta magna verdad: de hoy en más cuenta con dos ejemplos nuevos, nuevos y nuestros, la suprema bizarría, esa que los poetas cantan y los buriles labran, augusta levadura con que se amasan la oda, la marcha triunfal y las sinfonías del bronce, cuando no aquellas blancas explosiones de mármol, que a lo largo de la historia ponen la nota de lo eterno y de lo bello entre el desfile incesante de la estirpe... Y esos dos ejemplos nuevos son oriundos de tierra argentina, de esta tierra nuestra que se enarca en Andes y se altiva en héroes, como si el hombre se hubiera propuesto demostrar a la naturaleza que allá donde se va el suelo ungido por el terremoto, allá también puede ir y más alto todavía, el corazón alzado por el ensueño.

Pero no he de intentar el elogio del gesto enorme, sin cumplir antes con lo que tengo por un deber. Quiero evocar, desde luego, un poco melancólicamente, el recuerdo de aquel otro hombre joven y nuestro, hermoso y varonil, intrépido y sonriente, que cayó inten-

tando la misma hazaña, como si para arrancar una nota semejante al arpa invisible de la gloria, hubiera sido menester, señores, que el preludio tocase a muerto...

He recordado a aquel cuyo nombre está seguramente en todos los labios y sobre cuya tumba hago flamear, como una caricia lejana, la bandera de la República que vosotros dos acabáis de cubrir de gloria, la bandera de la República, que parece ondear hoy más jubilosa que nunca, como si el propio trapo presintiese que tiene derecho de llevar estampado entre sus franjas al sol, el emblema de un pueblo cuyos hijos son capaces de irlo a buscar más allá de las cumbres y las nieves...

No sé si por deliberada previsión de vuestra energía, o por un auspicioso capricho del destino vuestro triunfo coincide con la fecha centenaria... ¡Felices de vosotros dos, que llegáis, ebrios de azul, a deponer la ofrenda de vuestro heroísmo ante el pueblo soberano en el preciso momento en que todo él vibra de patria y de recuerdo, en el preciso momento en que cada ojal tiene puesta su escarapela y en el fondo de cada conciencia palpita una enérgica afirmación de nacionalidad! ¡Felices de vosotros dos, que un siglo después de la epopeya habéis podido recorrer de nuevo la ruta del Gran Capitán, como si ese punto negro, redondo y suspenso que se balancea en el espacio, fuese la sombra del héroe, proyectada por la Gloria, cien años después, en el espejo infinito de los cielos! ¡Felices de vosotros, que habéis refrendado, con una rúbrica hecha en el firmamento, la fraternidad de dos pueblos vecinos, trazando sobre su bóveda común la curva simbólica del arco iris, que si es presagio de calma cuando lo finge el sol, tiene que ser nuncio de amor seguro cuando lo pinta el nombre! ¡Felices de vosotros que allá arriba, adonde los cóndores no llegan y donde no hay más encuentro posible que el de los astros y los héroes, habéis descubierto un viento propicio, capaz de unir para siempre en el mismo rumbo y en el mismo abrazo a las dos grandes unidades humanas que habitan este rico meridión del mundo nuevo!

Por vuestra patria levanto también mi copa, señor ministro de Chile, por esa noble tierra que allá en la época bárbara, cuando el exilio de los buenos era dura ley de vida, tenía ya suficiente capacidad moral y material para brindar un albergue seguro a todos los perseguidos por todos los déspotas de América: y que hoy, casi un siglo después, manteniendo en todo su vigor la íntegra hidalguía de siempre, sabe despedir con el ¡hurra! clamoroso y solidario de sus multitudes a dos almas que se lanzan a describir en la altura la parábola inmensa de la gloria...

Capitán que acabáis de empenachar de cielo vuestro casco; ciudadano que habéis entorchado de gloria vuestra casaca civil... yo tengo una cosa aguda que decir a los astros; ya no son ellos solos los que han visto a los Andes desde arriba...

EN LA TRASLACION DE LOS RESTOS DEL Dr. ACHAVAL RODRIGUEZ

El vecindario de San José de Flores, donde residiera muchos años el ciudadano ilustre ante cuyos restos venimos a inclinarnos, ha querido que sea yo quien le represente en esta ceremonia.

Válgame, a falta de otros títulos, ya que no promedia de mi parte ni siquiera el coincidente fervor religioso, la circunstancia de haber sido, a mi vez, vecino de aquel «faubourg», donde corrió mi infancia; y a fe que siento revivir ahora muchas escenas de la época, de esas que se graban como un tatuaje en la imaginación de la adolescencia y perduran intactas a través de las emociones posteriores de la vida. Evoco, aunque el recuerdo pueda parecer cosa profana en el ambiente de esta casa, evoco, escogiendo al azar entre los detalles del cuadro lejano, una pincelada curiosa: el tranvía, aquel lento tranvía, tirado por caballos, que ligaba con la ciudad el arrabal pintoresco y donde viajaba todos los días, de mañana y de tarde, un grupo de hombres eminentes en las ciencias, en las letras, en la política y en la banca del país. Eran pasajeros habituales don Manuel Quintana, ¡con cuánta emoción lo nombro!, don José de Carabassa, Enrique Santos Quintana, Tristán Achával Rodríguez... Mi niñez absorta los veía platicar animadamente en el viaje de hora y pico. Recuerdo de Achával que tenía una amplia frente de color mate pálido, una cabellera de ébano, una luenga barba obscura, dos pupilas profundas y no sé qué del Nazareno fulgurando en la armoniosa severidad del perfil. A raíz del debate parlamentario donde pronunciara sus discursos famosos contra la enseñanza laica, se celebró

en la iglesia parroquial de San José de Flores — no sé con qué motivo — una misa solemne. El templo desbordaba de fieles. Entraron de pronto Achával y Goyena. El cura, un animoso y buen párroco que se llamaba Feliciano de Vita, se adelantó a recibirlos y les brindó dos sillones de alto respaldo, cerca del almar mayor. No olvidaré nunca mi impresión de ese momento... Me pareció que el altar se había iluminado en honor de aquellos dos brillantes defensores del credo de Cristo. que para ellos resonaban las notas del órgano severo, que la propia frente del Señor se teñía de gratitud y que la plegaria de todos los fieles arrodillados estaba pidiendo a Dios ventura para los dos paladines insubstituíbles del catolicismo argentino... Después, hombre ya, cuando leí esos discursos; cuando conocí, sobre todo, aquellos otros que la federalización de Buenos Aires inspiraron al docto cordobés, discursos donde el orador y el estadista marcaron su momento meridiano, adquirí la convicción de que el amigo de Avellaneda había brillado con luz propia en épocas en que era menester rayar muy alto para destacarse, como que el nivel medio de la inteligencia ¡qué tiempos aquellos! se medía por una sucesión de cumbres eminentes...

No he de intentar aquí la nota biográfica, por más que la vida de este hombre, breve y rotunda como la de Mariano Moreno, cabría dentro de una buena cláusula oral, ya que le cupo en suerte compensar con el vigor de su acción la escasez del tiempo que anduvo por el valle; pero he de decir que por la austeridad de su vida, por el valor de su mentalidad, y, más que todo, por la dignidad de sus convicciones que le indujo a abandonar la vida pública en una edad en que otros se inician en ella, Achával Rodríguez merece la consagración estatuaria de que nos hablaba hace un instante con noble elocuencia el presidente de la Cámara de Diputados de la Nación.

Señores: En este país de vértigo en que vivimos, en medio de estas muchedumbres cosmopolitas que detentan todas las energías visibles de la Nación, la dura ley del olvido es más dura todavía: el musgo

crece con demasiada presteza sobre las lápidas de nuestros muertos y las ternuras del alma pública, si existen, tienen la duración precaria de las rosas... Por eso es reconfortante esta ceremonia, que nos permite brindar a la caravana sórdida que pasa sin mirarnos, el espectáculo de un grupo de hombres libres, oriundos de todos los campos del pensamiento doctrinario, que vienen a descubrirse, treinta años después de su muerte, ante la tumba de un ciudadano que fué luminoso y bueno, que tuvo ideales y lidió por ellos y que murió como en el romance griego, cuando aún no había empezado a recoger su cosecha de laureles...

La Municipalidad de Buenos Aires ha hecho bien en brindar a sus restos mortales el hospedaje justiciero de una bóveda porteña...

¡Quede ahí el polvo de sus huesos, para siempre jamás, al amor de la cruz de Cristo; y puesto que él la defendió en la vida con todo el fervor de sus luces, ella lo ampare en la muerte con la gran sombra de sus dos brazos abiertos!

EN LA TUMBA DE JORGE NEWBERY

Señores:

En nombre del Jockey Club de Buenos Aires, cuya representación honrosa traigo a esta tumba, depongo ante ella el homenaje de las emociones profundas que comparto, emociones que ignoro si habré de interpretar, ya que es difícil hasta lo indecible traducir en palabras el sollozo, sobre todo cuando es la expresión inarticulada de uno de los dolores más unánimes que hayan conmovido hasta aquí el alma de propios y de extraños, dolor que salva lindes y fronteras, dolor que enluta a humildes y a poderosos, dolor a que nadie escapa, acaso porque cuando se cae de tan alto no quedan pupilas que no hayan visto ni corazones que no hayan sentido como sobre sí mismos la angustiosa rudeza del derrumbe...

Era un héroe intensamente nuestro, ya besado por la gloria y ungido por las almas, este que acaba de írsenos para siempre y a quien una ironía del destino ha fulminado en una maniobra de esparcimiento, apenas si días después de haber hecho relampaguear los diez y ocho quilates de su denuedo en alturas no visitadas hasta entonces ni por hombres ni por águilas...

Aun suenan las vibraciones de aquel gesto supremo que universalizó su nombre. Fué de pronto, sin anuncios previos, como para no engendrar esos estados de expectativa que tienen tanto y tanto de amargo. Una visión plena de la gloria; un espíritu de ciencia servido por un corazón de acero... y allá fué el universitario

argentino, a 6.000 metros de altura, desplegando sobre el mundo entero el pabellón de la República, sin otro impulso que su amor a la patria, a la ciencia y a la madre; allá fué el patriota, a 6.000 metros, jadeando y jadeando, lo mismo que si quisiera — tolérese versos míos:

« ¡lo mismo que si quisiera
robarse el disco del sol
para usarlo en la bandera! »

Allá fué... Y al escalar la altura soñada, bajo la lumbre del firmamento inmediato, debió suceder que más rítmico y seguro sonaba el pecho del héroe que el motor de la máquina; y he aquí que las dos alas se tiñeron súbitamente de un azul intenso; y la estela blanca del pájaro en marcha fué poniendo entre ellas dos la franja ineludible; y para que el símil se integrara, el sol hubo de posarse en el propio sitio que ocupaba el nauta... y ved, señores, cómo la enseña nacional flotó sobre el mundo entero, quince días atrás, enarbolada por el puño férreo de este gran paladín a quien lloramos...

Hubiérase dicho que la gloria, como el agua, busca su nivel, y que un hijo de las generaciones actuales hubiera debido cernirse a la misma altura que frecuentó el abuelo de la epopeya, con la sola divergencia de que este último sorprendió a los cóndores en sus nidos y plugo al otro cruzarse con ellos en el piélago sin fin donde revuelan...

Y ha caído esta gloria, toda nuestra; ha caído el héroe de la sonrisa eterna; ha caído con el ala rota, como el ave fastuosa de la leyenda antigua... Ha caído el atleta manso, el de la hermosa cara plácida y núbil, el que hacía contrastar su alma ruda con la juvenil belleza de su tipo, haciendo pensar todo él en una armadura de hierro recubierta de armiños impecables...; ha caído con el alma puesta en la patria y la pupila fija en los Andes, cuyos picachos estaban destinados a verle duplicar su silueta en el espejo vir-

gen de las nieves eternas, magnífico y erguido, dejando absortas a las cumbres con la primera mirada venida de más alto que ellas mismas...

Ha caído para siempre el que tenía el corazón abierto a todas las emociones puras y la mano lista para todas las lealtades; el que no necesitó dejar de ser bueno para ser glorioso, y a quien la Providencia nos arrebata en las vísperas precisas de su hazaña meridiana, como si hubiera querido ella misma conducirlo de una vez a las alturas mayores de donde no se vuelve, pero donde no se sufre...

....

....

Señoras; señoras que habéis querido poner en este cortejo la desnuda nota de vuestra presencia, como para comprobar una vez más que en la tumba de los paladines no faltaron nunca ni las flores que perfuman el aire, ni esas otras que purifican el alma... Señores; señores que me estáis escuchando con el párpado cansado de contener la lágrima que asoma; hombres de todos los núcleos y de todas las clases; obreros; ancianos; niños; mujeres; madres — madres para quiecel viajero había asumido ya simbólicas semblanzas de hijo: — si es verdad que las almas vuelan al desprenderse de su mísera envoltura terrenal, ciérnase la suya en la más augusta y plácida de las elevaciones; las aves, sus hermanas, escolten al espíritu que asciende; la paz intacta de los espacios que creara en vida reine por siempre en su postrer refugio; y pliéguese la bandera de la patria en la media asta de los duelos nacionales, porque el país acaba de perder una de sus glorias y porque en el fondo del total corazón de la República sangra en esta hora la herida de un desgarramiento verdadero, mientras pasa ante nuestros ojos, como en una pesadilla trágica, la visión de un ave que cae, el ala rota, para retomar en esencia y en llamarada el camino de la luz y de la gloria...

POR LA NEUTRALIDAD ARGENTINA

Si hay alguna acritud en mis palabras, cúlpese de ello — lo confieso — más que al calor de la improvisación inevitable, a la vehemencia con que llego a esta tribuna, desde la cual me es dado contemplar una imponente palpitación del alma nacional. Los que creían que bastaban un par de clarinadas retóricas para conseguir que la República se echase en la hoguera — sin ignorar cuál ha sido la suerte de los pueblos chicos envueltos en la tragedia; — los que juzgaban fácil meter al país en una aventura quijotesca que la propia patria del Quijote ha sabido eludir hasta la fecha, habrán de detenerse asombrados ante esta repentina vibración de la conciencia pública, que congrega en un mismo sitio y en un mismo anhelo a hombres de todos los partidos, de todas las edades y actividades, de todos los credos políticos y religiosos, al punto de que por primera vez parecen confundirse en una misma armonía solidaria el Himno de la República y la canción de los Trabajadores, a los cuales saludan desde aquí en nombre del coincidente amor infinito a la paz de los hombres en la tierra...

Habré de hablar alto y claro. La República Argentina necesita, desde luego, evitar el ridículo. Un país de la América española que se declarase en estos momentos en estado de guerra con los imperios centrales o con los aliados, se habría caído de bruces en el campo de la opereta. La neutralidad ,con ser un sinónimo de abstención, nos queda grande. Ni aun eso podemos ser; somos menos que neutrales, mal que nos pese.

No somos, no podemos ser sino espectadores pasivos de la gran tragedia, y apenas si nos estaría permitida por otra parte inútil, *ad petendam pacem*... Hablar del efecto moral que produciría el quebrantamiento de nuestra neutralidad, es una cosa inocente. Las fuerzas morales —resulta necesario decirlo— caducan como gravitaciones efectivas cuando tiene la palabra la boca negra y redonda de los cañones: ¿Se quiere mayor fuerza moral que la que emerge de la Bélgica mártir? ¿Se quiere mayor fuerza moral que la que irradia la Francia, heroica y arrasada? ¿Y alcanzan, por ventura, esas enormes fuerzas morales a modificar el curso de los acontecimientos? ¿Qué valor tendría entonces el inofensivo gestito bélico que nos aconsejan algunos exaltados? Sostener la conveniencia de inmiscuirnos en la guerra, cuando se tiene el convencimiento absoluto de no pesar un adarme en la balanza de la guerra misma, ni desde el punto de vista d ela impresión moral —fuerza caduca— ni desde el punto de vista del poder material —fuerza ausente— es adoptar una actitud que pide a gritos un comentario musical de Offembach.

¿Que la guerra submarina es horrenda? Admitido. Pero no nos equivocamos... Cuando se inventó la pólvora (porque la pólvora se inventó alguna vez), los que no la tenían protestaron también contra esas balas impunes que venían desde lejos y que a menudo erraba al beligerante y pegaban en el neutral... ¿No sería lógico, además que los argentinos belicosos de este momento —casi todos los cuales estaban graduados de pacifistas— mirasen con un poco menos de espanto a esa arma nueva que permite a los débiles defenderse contra los fuertes y pone a los pueblos que no tienen escuadras poderosas y sí poseen costas marítimas, en condiciones de contener a los grandes acorazados, cuyas correrías por el mar no siempre se ajustarán a las prescripciones del derecho de gentes?

Lo que es horrendo, compatriotas, es la guerra misma es su carácter específico de cosa brutal y sólo en virtud de un deplorable extravío de criterio puede imputarse a este o aquel beligerante lo que no es sino la

obra conjunta y fatal de todos ellos. Se dice, verbigracia, que la libertad de los mares está vulnerada; ¿pero lo está sólo por obra de los submarinos alemanes? ¿Podría llegar hasta los puertos teutones un buque argentino cargado de trigo? ¿Es uno entonces de los beligerantes o son ellos que vulneran esa libertad, palabra incompatible, por otra parte, con el estado de guerra y mucho más cuando esa guerra es casi universal y su solución cosa de vida o muerte para los que pelean?

Amemos, enhorabuena a la Francia. Es nuestra madre espiritual. Amemos a nuestras hermanas latinas; ello no debe impedirnos la facultad de admirar a la Alemania. Aplaudamos también, si se quiere, la actividad de Norte América, que en nombre de una repentina repulsión por la guerra, interviene en ella después de haberla fomentado, con pingües beneficios; pero que no se obscurezca la conciencia argentina. Se habla de justicia, de derecho de gentes, del uso excesivo de la fuerza bruta... Cuando el embajador de Alemania presentó sus credenciales ante el gobierno argentino en ocasión de las fiestas centenarias, dijo, en un discurso admirable de concreción y austeridad:

«No sé si Alemania ha dado motivos para ser amada por los argentinos; pero afirmo que no ha dado motivo alguno para no serlo». Así habló entonces el embajador alemán y dijo la verdad. Ahora no hay sino un hecho nuevo: el hundimiento de un velero que no tenía de argentino sino la matrícula, matrícula, por otra parte, perteneciente a un país que carece de marina mercante. No tenemos razón alguna para creer que nuestra reclamación ante el gobierno teutón, será desoída; nada nos autoriza a pensar que no vendrá a su tiempo la reparación condigna y es ya notorio que Alemania ha ofrecido someter el caso a la única forma de solución que la Argentina ha preconizado hasta aquí: el arbitraje. Entretanto, ¿podríamos decir de todos los beligerantes aquello que dijo von der Goltz de Alemania? Ha llegado, repito, el momento de hablar claro. Recuerde la juventud argentina que un día del año

1833, una fragata de guerra fondeó su ancla en aguas argentinas, en unas islas que formaban parte integrante del territorio nacional. Recuerde la juventud que en el mástil de esa nave ondeaba la bandera inglesa y que esas islas se llaman Las Malvinas. Recuerde la juventud que la tripulación de ese barco bajó a tierra, derrocó, *manu militari,* a un ciudadano argentino que ejercía las funciones de gobernador de ese pedazo de suelo nuestro, arrió la bandera nacional y puso en su lugar el pabellón de la Gran Bretaña. Recuerde la juventud que cuando el entonces ministro nuestro en Londres —Manuel Moreno— formuló ante la corona su protesta por el atropello inaudito, atribuyéndolo a un error del comandante de aquel barco, recibió por toda contestación esta respuesta: «El comandante del *Clio* ha procedido en virtud de órdenes del almirantazgo inglés». Sepa la juventud argentina que esas islas nos fueron robadas después de una posesión no contestada de cincuenta y nueve años, y que nuestra protesta, periódicamente repetida, no ha conseguido alterar la flema de los usurpadores.

Sepa, en fin, la juventud argentina que el despojo se consumó así, de esta manera bestial, en nombre de esa misma fuerza bruta que arranca ahora gemidos tan profundos a los vencedores del pueblo boer. Sepa también la juventud argentina (no voy a hablar de hechos pasados sino de cosas contemporáneas), que reiterados telegramas procedentes de Londres y publicados en los grandes diarios de esta capital hace muy pocos días, insinúan la conveniencia que hay para nuestro país en prestar a Inglaterra, a cambio de títulos cuyo valor está supeditado a la contingencia enorme del triunfo o la derrota, los trescientos diez y seis millones que guardamos en la Caja de Conversión... Sepa asimismo esa juventud, que si cometiéramos el error imperdonable de abandonar la neutralidad, esa insinuación telegráfica se podría convertir en una reclamación perentoria de los aliados más fuertes, y pagaríamos con la extracción de toda nuestra reserva metálica, el ho-

nor harto discutible de incorporarnos en calidad de comparsa de última fila a una contienda de intereses ajenos...

Se ha afirmado tiambién que no inmiscuirnos en la contienda es un acto de cobardía. Esto es monstruoso, señores. Si esa palabra se hubiera echado a las calles cuando el caso del *Presidente Mitre,* habría podido explicarse el hecho como un exceso de nerviosidad muy propio de pueblo chico: pero ahora, cuando para ser neutrales necesitamos ser enérgicos — porque todo este absurdo movimiento en favor de la guerra es obra de presiones exteriores; — ahora, cuando el oro del Norte se ha lanzado al negocio; ahora cuando la patria de Schiller y de Goethe se bate contra todo el mundo; ahora, en fin, cuando la tragedia culmina en una estupenda epilogación de heroísmo, llamarnos cobardes porque no nos foliamos con Bolivia, es escalar el último peldaño de la sinrazón y el extravío!

¡No! Nosotros no tenemos sino una política: la de la paz. Nos está impuesta por la razón física de nuestra pequeñez material y por la no menos fulminante de nuestra aspiración al respeto de todos cuando el cañón haya dicho la última palabra. La guerra cambiará la faz del mapa; y la única manera de no exponernos a caer bajo las señales del lápiz del vencedor, la única manera de no exponernos a ser girados como capital de toma y daca en algún congreso futuro de liquidaciones de la guerra, es estarnos quietos y ocuparnos en cultivar nuestra tierra mientras las civilizaciones superiores se despedazan... Esa es, por otra parte, la política de nuestras tradiciones y lo que nos impone el Evangelio articulado de nuestra democracia; no olvidemos que la Constitución Nacional, en su preámbulo, que semeja un pórtico por lo abierto y un arco de gloria por lo alto, nos está pidiendo a gritos solidaridad «para todos los hombres del mundo» sin distingos de razas ni regiones.

Así habla un hijo de la República, de cara al conflicto y de cara al pueblo soberano, en la plaza histórica de la libertad y al amor de la pirámide propicia. Si se lo tachara de germanófilo — a él, cuya vida ante-

ra, malgrado su modestia, es una palpitación profunda de amor a la República —, él se limitaría, por toda respuesta, a mostrar su libreta de enrolamiento en el Ejército Argentino... He terminado, por hoy.

ANTE UNA MANIFESTACION DE LA JUVENTUD NEUTRALISTA

Señores:

Bien hace la juventud en expresar su júbilo sereno. Jamás, en el curso todo de nuestras disidencias internacionales, la República fué objeto de una explicación más cabal que la que acaba de recibir del gobierno de Alemania. Jamás se desagravió en forma más concluyente; jamás se le habló en términos más altos ni se calmaron sus inquietudes patrióticas con declaraciones más firmes de respeto, de adhesión, de afecto para «el pueblo y sus instituciones». Sería del caso preguntar ahora quiénes estaban en lo cierto: si los que aconsejaban al país un absurdo y prematuro gesto de belicosidad inútil, o los que de «cara al conflicto y de cara al pueblo soberano», gritamos a voz en cuello que «nada nos autorizaba a creer que Alemania no escucharía nuestra protesta y que no llegaría a su tiempo la reparación condigna». Pero es piadoso no hablar del episodio pasado. Hablemos del presente. Se nos dice ahora, con sutileza digna de mejor causa, que habiendo fundado Alemiania sus explicaciones en el hecho de que el *Monte Protegido* se hizo a la mar sin conocer el decreto imperial del bloqueo, el conflicto puede repetirse con peores caracteres, puesto que hay buques nuestros en marcha a la zona de guerra y que conocían antes de zarpar dicho decreto. Y bien señores. Hay que decirlo todo de una vez. El derecho interna-

cional no existe hoy por hoy. Eso se disuelve en el caos de la guerra como el metal en los altos hornos. Invocar preceptos de ese derecho, sólo estaría permitido a quienes dispusieran de la suficiente fuerza bruta para imponerlo de nuevo y repetir una vez más el fenómeno de su progenitura, pues no debe ignorar nadie que el tal derecho es la expresión codificada de la tal fuerza bruta. Basta, pues, de mistificaciones. Lo que el gobierno argentino debe hacer — lo que debió haber hecho ya — es prohibir la salida con rumbo a la zona de guerra, de esas enormes supercherías que se llaman barcos de cabotaje y que no conducen, ni representan, ni encarnan un ápice de la soberanía argentina, por más que al tope de su mercantilismo a *outrance* flamee una cosa que tenga los colores de nuestra enseña. Tenemos que inclinarnos ante el bloqueo porque carecemos de fuerza brutal para violarlo. Tenemos que evitar nuevos conflictos; y si otro *Monte Protegido* corriese la suerte del anterior, el pueblo debe estar preparado desde ya para responder con el silencio a los chauvinistas y pensar que la dignidad argentina no puede estar a merced de la osadía de este o aquel comerciante del mar. ¡No! Sembremos nuestra tierra; multipliquemos nuestros esfuerzos; serenemos nuestro espíritu; comprendamos que el honor nacional está, hoy por hoy, encerrado en las cuatro paredes del hogar propio y agrupémonos en torno de la bandera, mientras suena para ella la hora de que retumben en su honor los cañones del Rhin, tendidos en línea de desagravio y fraternidad.

He dicho.

EN HONOR DE JUAN PABLO ECHAGÜE

Jean Paul: Porque es usted un combatiente en este medio donde nadie combate como no sea para llegar a rico o a diputado; porque escribe usted con gracia, con elegancia, con talento; porque en el breve núcleo de los censores teatrales es usted el destacado, no sólo por los prestigios del diario que hospeda su prosa, sino también por la gravitación inequívoca de la propia personalidad; porque sabe usted poner colores al pie de sus asertos, y porque su último libro es una noble revelación de trabajo, por todo ello, hemos tendido en su honor esta mesa, en medio de unas efusiones que tienen la rara virtud de borrar el escozor de las heridas pasadas — si lo hubo — para no dejar en el espíritu sino una palpitación de simpatía hacia el compatriota que trabaja, que estudia, que piensa y que sueña...

Señores: Yo no sé si Emile Faguet estaba en lo cierto cuando decía que el teatro francés nada debe a los críticos... ¡No sé tampoco si Mauclair estaba en la verdad cuando repetía lo propio, agregando, a mayor abundamiento, que ningún teatro tiene cosa alguna que agradecer a sus Aristarcos correspondientes; pero sé que en este país y en esta hora, la alta crítica tiene la equivalencia de un apostolado indeclinable. Estamos improvisándolo todo, en el ritmo de vértigo que es ley de la casa; estamos formando teatro, formando autores, formando críticos, formando intérpretes, formando público; y nunca surgió tanto como ahora dirigir el gusto de este último, encauzarlo hacia la belleza — siquiera sea la belleza relativa, — desviarlo del abundoso dislate triunfante, velar por la pureza del idioma, y disipar, en fin, la enorme confusión de valores que sub-

siste en el campo de esto que ya podemos llamar dramática nacional... Porque juzgamos a usted capacitado para misión tan noble, hemos venido en discernirle este tributo, que es un aplauso para lo pasado y un estímulo para lo futuro. Y pues que rodean esta mesa personas vinculadas entre sí por el común amor a las especulaciones del espíritu, hagamos nuestro el lema del docto emperador: «trabajemos», señores. Prometámosle así, como el mejor homenaje que podemos rendir al laborioso a quien agasajamos; prometámosle así, en esta noche cordial de primavera, al amor de la luna que parece más cercana, no sé si porque estamos en una torre o porque ella gusta aproximarse a los que sueñan; prometámoslo así, camaradas, mientras allá abajo, a nuestras plantás ¡alguna vez había de estar a nuestras plantas! la gran ciudad prosaica respira y duerme...

EN LA "SOCIEDAD SARMIENTO"

Señores:

Invitado por la Sociedad Sarmiento a pronunciar en este acto las ineludibles cuatro palabras de apertura, he de reducirme a proclamar, después de rendir al gran auditorio el homenaje de mis respetos, la simpatía profunda que me inspiran aquella institución benemérita y los caballeros que la dirigen con un desinterés y una asiduidad dignos, por cierto, de orientar hacia ellos la suma preciosa de los aplausos públicos.

Proteger a los animales, sobre todo en este momento argentino en que los habitantes del país sienten, cual más cual menos, la necesidad de ser ellos mismos protegidos, paréceme una cosa admirable...; y me valdré de esta gran oportunidad para ensayar en favor de los primeros — los primeros son los animales — algunas palabras de defensa.

Somos harto injustos con los animales. Les llamamos, desde luego, «irracionales». Dícese de un ser que es irracional cuando carece de razón; y yo pregunto: ¿hay nada más «razonable» que los animales? ¿Hay nada más normal, más regular, más igual, más discreto que los animales? ¿Quién ha visto a uno de ellos cometer esos actos de locura que son moneda corriente entre los seres de nuestra orgullosa especie? Nuestra injusticia para con mis defendidos, llega como va a verse, hasta lo inverosímil. Cuando queremos señalar en un semejante nuestro rasgo simpático que lo superioriza sobre el nivel común de sus congéneres, nos apresura-

mos a relacionar ese rasgo con el similar de un animal; y así decimos de un hombre que es bravo como un león, fuerte como un toro, astuto como un zorro, ágil como una ardilla, fiel como un perro, noble como un caballo, manso como un cordero, cándido como una paloma, musical como un ruiseñor, paciente como una hormiga, laborioso como una abeja, altanero como un gallo, atrevido como un águila o sumiso como un buey... Y cuando queremos calificar a un hombre que no tiene rasgo alguno estimable decimos de él secamente: ¡Es «un animal»!

¿No es esto una injusticia? En el fondo de nuestro desdén por los animales hay algo de cómico, a fuerza de haber tanto de injusto. Imaginemos en un animal, salvaje por añadidura, el rasgo más... animal, el que más nos repugna, el que más ofende nuestra sensibilidad exquisita de hombres civilizados; un jaguar prevaliéndose de la impunidad que le aseguran su denuedo, su fuerza y su garra formidable, se echa sobre un corderito indefenso, lo mata y lo devora. ¡Horrible espectáculo, ante el cual se crispan todas nuestras delicadezas! Y bien; nosotros ¿no hacemos lo propio? ¿O es que la moral se salva haciendo pasar al corderito por las cacerolas?

Los altos sentimientos, los que dignifican a la especie nuestra, los que encienden las estrofas de los poemas, mueven la pluma de los panegíricos e inspiran al buril de las consagraciones — el amor, la abnegación, el heroísmo, la piedad, ¿no tienen, por ventura, entre los animales encarnaciones magníficas? La cigüeña, «la piadosa cigüeña» que dijera Lope de Vega; la del andar grave y las espirales armoniosas — cuando se siente en su hora plena de fuerza y de vida, cuando los pequeños ojos ovales relampaguean de juventud, piensa en los padres viejos, los busca, los encuentra, achacoso, anquilosados, inermes; los recoge, los conduce al nido y los alimenta hasta el día de la muerte, devolviéndoles en moneda de amor y de lealtad el bien que de ellos recibiera en otro tiempo.

Después de Buffon, los zoólogos coinciden en atri-

buir a los animales, dentro de sus actividades respectivas, un grado de inteligencia simplemente maravilloso. La organización social de las abejas ¿no es superior a la que nos hemos dado los hombres?

Carecen los animales, es verdad, del don de la palabra, pero tienen su lenguaje propio. En el cacareo de la gallina, para citar un caso, se han descubierto veinticuatro sonidos distintos que responden a otros tantos estados emotivos. ¡Y sabe Dios si la propia sobriedad del lenguaje no les hace difícil mentir y decir tonterías, al menos con las frecuencias con que lo hacen los bípedos parlantes! . . . Pero no quiero espigar en el campo reservado a la erudición notoria de nuestro Onelli, a quien hemos de aplaudir dentro de un momento, ni prolongar por más tiempo el deseo de escucharlo. He de concluir. He de concluir bendiciendo la memoria de Sarmiento, que en medio de su obra múltiple y fecunda, supo legarnos esta lección de simpatía universal conminándonos a tratar a los animales con piedad y con respeto. ¡Y con qué fruición se pronuncia, señores, el nombre del gran viejo sembrador, hoy que el arribismo triunfante pone una sombra cada vez más densa entre los próceres y nosotros; hoy que el concepto materialista de la historia y de la vida amenaza borrar del fondo de nuestras almas, la gota lírica que nos hizo grandes, para substituírla por el cálculo helado que nos hará sórdidos, al amparo de una doctrina que finca en el egoísmo de los hombres la arquitectura toda de su edificio moral!

CHILE Y PERU

(INICIANDO UNA SERIE DE CONFERENCIAS PUBLICAS DENTRO DEL PAIS)

Señoras:
Señores:

Permitidme, primero que todo, una manifestación de carácter personal. Yo necesito confesar que he vacilado mucho antes de resolverme a ocupar las tribunas públicas de mi país en la forma en que lo hago ahora. Un viejo concepto, más hijo, por cierto, del hábito que del raciocinio, había impreso entre nosotros un sello especial a esta clase de actividades; y menester ha sido que grandes hombres de Europa abrieran la puerta, para que un hijo de la República osara pasar por ella... Y pues que me he referido — para abonar con su paso el paso mío — a los conferencistas ilustres que fueron nuestros huéspedes, oíd, a manera de exordio, la enumeración fervorosa con que voy a recordarlos.

Fué Guillermo Ferrero, el hurgador infatigable, ante cuya lámpara maravillosa se iluminan las cavernas de la Roma antigua, y cuyo poder de evocación es tal, que a conjuros de su magia parece que se animaran los escombros, se agitaran los vestigios, se movieran los fragmentos milenarios y se rehiciera de pronto en el espacio aquella arquitectura gloriosa, bajo cuyos arcos seculares pasaron, envueltos en sus túnicas, los progenitores del Derecho universal y los grandes padres de la humanidad latina...; fué Jean Jaurés, el tonante tribuno, en cuya ascendencia espiritual están, en línea recta, Mirabeau como abuelo y Gambetta como padre;

fué Anatole France, el griego sellado por París, el Señor de la sonrisa buena, cuya ironía, con ser tal, pasa como una racha marina, saturada de sal, sobre las amarguras del valle que habitamos; fué Vicente Blasco Ibáñez, el más grande de los novelistas de España, cuya pluma de estilista se aguza hasta el buril o se multiplica hasta el pincel, según que se le antoje esculpir como Benlliure o pintar como Sorolla; fué Enrique Ferri, el positivista insigne que va por los caminos del mundo abriendo surcos y plantando esperanzas, el gran señor de la palabra, a quien me parece estar viendo en uno de sus altos momentos oratorios, cuando, puesta la voz en el más elevado de sus diapasones, parecía que el conferencista estuviese tañendo la verdad; cuando el ademán había adquirido la amplitud de un perfecto aletazo y cuando, bajo el fuego de la cláusula iluminábanse sus canas hasta hacer pensar en ese disco de luz que en el lienzo antiguo circunda y decora la frente de los santos inspiradores...; fué Teodoro Roosevelt, el repúblico sin descanso, cuya cara parece tostada por el gran sol que irradian las muchedumbres y cuyo paso por esta tierra nuestra es una lección para los estadistas de sótano, que viven en la sombra, ajenos a ese gran sol que tostó la cara del ex-presidente; fué, en fin — y no sé si olvido a alguno, — Cavestany, el poeta, poeta por la doble razón de serlo y haber nacido donde naciera; poeta en cuya lira las cuerdas parecen los seis barrotes de la ventana andaluza, al través de los cuales no se ve sino mujeres frescas como claveles y claveles radiantes como mujeres... A cada uno de ellos mi saludo. Evoco sus nombres e invoco sus triunfos; y de pie sobre el surco que abrieron en el regazo de mi cara tierra, pongo esta humilde palabra mía, señores, bajo el amparo propicio de la gran palabra de ellos...

He debido cruzar los Andes para llegar hasta Chile... Aquel pequeño ferrocarril transandino, que se disminuye hasta lo inverosímil en presencia de las cosas giganteseas; aquel pequeño ferrocarril que serpea por

entre las montañas, trepa a las cimas, se hunde en los abismos y horada las moles por el agujero negro y redondo de los túneles, permite recoger al viajero emociones desconcertantes... Hay montañas que dan la impresión de incendios petrificados, de tal modo tienen las rocas, en medio de su rigidez, la ondulación de llamaradas fastuosas; otras hay, en las cuales la naturaleza finge explosiones de arquitectura gótica y cuyas cumbres se hunden al infinito, como obstinadas en pinchar el azul del firmamento; y, cubriéndolo todo, la nieve, la nieve eterna, la nieve impecable, que sugiere el deseo de tocarla, de palparla, de hundir las manos pecadoras en aquella eucaristía milagrosa; la nieve magnífica que desciende de lo alto y se derrama por el valle, como si por cubrir esa desnudez estupenda, la naturaleza hubiera tendido sobre ella una infinita túnica de armiño... Del lado de Chile, todavía en plena cordillera, el cuadro es aún más hermoso; las montañas son más altas, los abismos más profundos, los ríos rebraman con mayor fuerza, los montes se cortan con más violencia y los torrentes rugen con mayor fuerza, como si, con todo aquéllo, la naturaleza hubiera querido dar al viajero que va hacia Chile un anticipo geográfico del alma bravía que lo espera de aquel lado. Porque eso es Chile; lo que anuncia el panorama previo de su cordillera.

...En aquella como encerrona fecunda — el desierto de Atacama por el Norte, el Estrecho árido al Sur, el mar de un lado y la montaña del otro (la montaña y el mar, de donde se diría que los chilenos han tomado sus dos nociones ingénitas de cumbres e inmensidad), en aquella, repito, como encerrona fecunda, crece una pujante civilización nueva, blanca y triunfal... Es de ver su Ejército, desfilando por las amplias avenidas de Santiago con el paso alemán, que interpretado por los nietos de Araucania, da la impresión de que la tropa fuera pisoteando rabiosamente despojos de vencidos...; son de ver sus mujeres, radiantes de belleza bajo el manto clásico, que es negro como los ojos y severo como las virtudes de la criatura peregrina que lo ciñe; y es de ver, en todas las manifestaciones de la actividad nacio-

nal, el bravío amor a la República que inspira y preside las palpitaciones del alma chilena.

Corre entre nosotros como verdad sabida el concepto de que hay allí cierto sentimiento hostil hacia el capital extranjero... He aquí un error craso. País de industrias extractivas, sucedía antaño, que capitalistas norteamericanos llegaban a Chile para explotar, verbigracia, una mina. Traían ingenieros, máquinas y peones. Explotaban la mina hasta agotarla y se volvían todos a su tierra, sin dejar al país, por todo recuerdo de la aventura, sino una riqueza menos y unos cuantos agujeros más; pero los tiempos han cambiado y esta es la hora en que poderosas colonias extranjeras — inglesas, alemanas, italianas — están definitivamente incorporadas a la economía moral y material de Chile.

El régimen parlamentario produce la renovación un poco cinematográfica de los ministerios; pero inmuniza al primer magistrado contra los riesgos no siempre coherentes de la política. Acaso esté ese régimen destinado a implantarse algún día entre nosotros; y acaso no esté lejano el día en que estas dos Repúblicas, que viven espalda con espalda, se miren de frente, se compenetren y resuelvan a realizar de cara al sol el poema de la raza blanca en esta América étnicamente inferior...

Salí de Chile persuadido de que las viejas desinteligencias se han borrado del todo. No hay allí sino viril simpatía por nosotros. Salí de allí convencido de que las dos nacionalidades acabarán por confundirse en una misma armonía solidaria de la propia manera como allá abajo, al pie del Estrecho, las aguas de los dos océanos se entrechocan y confunden para entonar unidas la armonía colosal de sus oleajes...

Heme después, Pacífico arriba, camino del Perú. Al enfrentar el Morro de Arica — un monumento levantado por la naturaleza para perpetuar el recuerdo de dos heroísmos — tuve la visión de la guerra aquélla... Fué allí, en aquel monte abrupto que se corta a pique sobre el mar, donde se desarrolló el último acto de la tragedia. Fué en ese «morro» donde se refugió el

último ejército peruano. Los chilenos avanzaron sobre él, escalando el picacho; y hubo un diálogo:

—¡Rendirse! — dijeron los sitiadores; y fué entonces cuando Bolognesi dió su respuesta espartana:

—El Perú necesita un mártir más; no me rindo.

...Y murió. Murió de cara al mar, envuelto en los pliegues de su bandera, cayendo el hombre y la enseña en un mismo desvanecimiento glorioso que el cincel de Querol había de perpetuar más tarde. Fué allí también donde aquel estupendo Capitán Ugarte tuvo su gesto. Colocado entre el enemigo y el mar, e invitado a rendirse, prefiere morir con su bandera en la mano; pica espuelas a su caballo y desde sesenta metros de altura se lanza al océano, convencido sin duda de que sepultándose para siempre en sus ondas, había de sobrenadar en la gloria, para honor de su patria y de su raza...

Y llegué, por fin, a Lima. Los argentinos, muy dados a forjarnos en líneas definitivas las cosas que ignoramos, creemos que Lima es una aldea, toda llena de tufo virreinal. Antójasenos que las calles han de estar empedradas de una manera... pavorosa y que ha de ser frecuente ver pasar por ella, al paso claudicante de su rocín, al buen Caballero de la Mancha, como en una espectral reencarnación... Y bien, señores; Lima es una ciudad moderna, pavimentada de madera e iluminada con luz eléctrica; posee amplios paseos, grandes edificios, hermosos monumentos. Conserva, eso sí, el perfume arcaico y Dios quiera que no lo pierda jamás. La aristocracia no está formada allí por los príncipes del dinero, sino por los apellidos tradicionales. No estoy convencido de que ocurra lo propio entre nosotros: y aunque no cuento entre los que creen que vale más ascender de un labrador que descender de un Rey, confieso —hijo como soy de un país donde todo huele a flamante— que la ciudad de los virreyes brindó a mi espíritu la voluptuosidad inenarrable que pone en él el aroma de las cosas viejas... Hay palacios en los cuales, al subir la amplia escalera de entrada, el *tourista* tiene la sensación de que delante de él, unos cuantos peldaños más arriba, va escurriéndose la punta de la capa colorada de

un buen caballero que sube, pronto para ofrecer a la dama de sus ensueños que lo espera arriba, la doble fulguración del madrigal concluído y el acero probado...; hay catedrales fastuosas, donde el roble tallado a mano alcanza la sutileza inverosímil del encaje de Venecia y donde la penumbra solemne se interrumpe apenas para dar paso a un exiguo rayo de sol que llega a través de los complicados y augustos *vitraux*, en los cuales artistas del viejo tiempo combinaron rostros de vírgenes y armonías de cielo...

La cultura de los hombres es en el Perú tan proverbial como la belleza de las mujeres; y ciertamente que no incurrí en una hipérbole cuando una noche, después de terminar una conferencia sobre Poesía ante un auditorio femenino, dije que me juzgaba digno de envidia «porque colocada mi tribuna en un nivel más alto que el que ocupaban los asientos del público, me había sido posible envolver con la mirada a las mujeres más lindas de la tierra...»

El saludo armonioso —en ellas como en ellos; — la galantería sin límites; la hospitalidad cordial que obliga más y más al visitante; la espiritualidad en la parla de las reuniones elegantes y no sé qué ambiente a la vez patriarcal y cortesano, son rasgos de la casa que encantan y conmueven. No en vano, antes de abandonar la ciudad, acaso para nunca más volver, el viajero improvisó sobre un abanico una cuarteta de profunda sinceridad:

«En el país donde están
Venus y Ricardo Palma,
se queda un girón del alma
de Belisario Roldán...»

....

....

Viven demasiado aisladas entre sí, señores, las repúblicas del Mundo nuevo. Aproximarlas, material y espiritualmente, debe ser el anhelo común de sus estadistas respectivos. ¡Unámonos, americanos, para bien de la democracia, de la libertad y de la paz; frente al espectáculo de Europa que se despedaza, demos el ejem-

plo de una América latina que se une, y que con haber llegado a la vida mucho más tarde, la vive mejor porque la vive en la solidaridad y en el amor, que son las expresiones verdaderas y terminales de la civilización humana!

He dicho.

INDICE




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 28 10 07 005 8